



EL AMOR DESPUÉS DEL DOLOR



ARACELI SAMUDIO

**EL AMOR
DESPUÉS DEL DOLOR**

Araceli Samudio

Copyright © 2016 Araceli M. Samudio R.

Todos los derechos reservados.

SEGUNDA EDICIÓN

Corrección y edición: Araceli Samudio

Diseño y Diagramación: Araceli Samudio

Diseño de Portada y contraportada: María Laura José

*Dedicado con mucho cariño y respeto a todas
las mujeres que han perdido un hijo, y a
todos los bebés que se han puesto sus alitas.*

Recordando especialmente a:

*Giovanni Paolo, Nicolás (Cocolás),
Joshua, Josecito, Diego Francisco y Ariana.*

INDICE

AGRADECIMIENTOS

PREFACIO

1. TRAS LA SEPARACIÓN

2. UN MAR DE RECUERDOS

3. ¿DÓNDE QUEDÓ TODO?

4. EL PASADO DE MIS PADRES

5. Y ME DESCUBRO EXTRAÑÁNDOTE

6. MENSAJEANDO, INCITANDO...

7. MI AMIGO DANTE

8. PREPARANDO EL VIAJE

9. CONFESIONES NOCTURNAS

10. DESCUBRIÉNDOLOS

11. UN SUEÑO

12. CUMPLEAÑOS DE PRINCESA

13. ARDIENTE PASIÓN

14. ME SIENTO VIVA

15. ERES TERRIBLE

16. AMOR

17. TE AMO

- 18. PRIMER BESO**
- 19. PLANEANDO VERTE**
- 20. LA PÉRDIDA**
- 21. EL LANZAMIENTO**
- 22. TÚ EN MIS SUEÑOS**
- 23. UN BESO FALLIDO**
- 24. CORAZÓN ROTO**
- 25. ¿DÓNDE ESTÁS?**
- 26. DEPRESIÓN**
- 27. ENCONTRARTE**
- 28. DESPERTANDO**
- 29. SORPRESA**
- 30. AMIGAS**
- 31. IGNORÁNDOTE**
- 32. QUIERO CAMBIAR**
- 33. LATIDOS**
- 34. MIEDOS**
- 35. ELECCIÓN**
- 36. UNA TREGUA**
- 37. LO SÉ**

- 38. TEMORES**
- 39. FELICIDAD**
- 40. VOLVIENDO A TI**
- 41. PAPÁ CELOSO**
- 42. ¿OTRA VEZ?**
- 43. UNA SEÑAL**
- 44. TE AMO**
- 45. DÍA DE LA MADRE**
- 46. INCERTIDUMBRE**
- 47. ANSIEDAD**
- 48. DIFICULTADES**
- 49. ESPERANZA**
- 50. VERDADEROS AMIGOS**
- 51. PREOCUPADA**
- 52. EL PARTO**
- 53. EL MOMENTO**
- 54. ANGUSTIA**
- 55. EL SUEÑO**
- 56. COLORES**
- 57. FELIZ**

58. RENOVANDO EL AMOR

59. ARCOÍRIS

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Gracias a:

A Dios, por darme la oportunidad vivir, de sentir y de escribir.

A mi marido Andrés por acompañarme siempre, apoyarme en todo, escucharme y aconsejarme sobre mis personajes y mis novelas. A mis hijos: Ezequiel, que siempre se interesa en mis historias; Lupita, quien pintó el cuadro con los colores del arcoíris que utilizo en la portada del libro, y a Iñaki, con quien viví en carne propia gran parte de esta historia. A mi madre, por escuchar con atención cada vez que una historia nueva nace en mi interior. A todos ellos, mi familia, por ser los primeros en participar del entusiasmo que siento cuando empiezo a escribir. Gracias por el apoyo, por escucharme hablar y desvariar sobre mis personajes, por la paciencia en los ratos que escribo.

A mis primeras lectoras, en especial a las chicas de la MD que confiaron en mí, que me regalaron palabras tan cariñosas y llenas de esperanzas, que me hicieron creer que podía lograrlo. A quienes vivieron el nacimiento de esta historia y la acompañaron desde el inicio.

A todas y cada una de las personas que me ayudaron a mejorar la historia, a las amigas que se ofrecieron a leerla dándome opiniones y críticas constructivas, a quienes se tomaron el tiempo de corregir y ayudarme a perfeccionarla, valoro mucho el apoyo que me han brindado.

A Karen Maiotto Vega, por alentarme a publicar. A Carlos Da Silva por la increíble paciencia que me tuvo ayudándome y explicándome paso a paso todo el proceso para la publicación. A María Laura José por la predisposición, la paciencia y el hermoso diseño de la portada.

A cada persona que ha leído o leerá esta historia, por darme la oportunidad de llegar a sus corazones.

PREFACIO

Abro los ojos y me encuentro en algún sitio muy extraño. Todo es blanco. Bajo la mirada para observar mis pies, no sé sobre qué estoy pisando ni donde termina el horizonte. Tanta blancura me marea. Observo mis manos, tienen un brillo especial.

Una risa infantil resuena en el silencio y levanto la vista buscando de donde proviene, pero no hay nada ni nadie a mi alrededor. Doy algunos pasos inseguros, pues por momentos me parece estar flotando sobre nubes.

Vislumbro a lo lejos un pequeño bulto luminoso y camino hasta él, unas telas blancas parecen contener algo con vida adentro pues lo veo moverse. Me acerco con cuidado y me agacho para separar las capas de tela que cubren lo que sea que haya allí. ¡Es un bebé! Muy pequeño y está sonriendo.

Lo tomo en mis brazos y lo observo con detalle. Jamás podría olvidar esa ropita, un enterizo celeste con nubecitas blancas cubre todo su cuerpo. Siento una presión enorme en el pecho, mi corazón se estruja y aprieta como si me hubieran dado un golpe allí mismo. Esa es la misma ropita con la cual enterramos a Agostino, me lo dijo Nico... pues yo ni siquiera pude estar allí. Era la primera que le habíamos comprado juntos para ponérsela el día que naciera.

Las lágrimas comienzan a brotar sin control por mi rostro, el bebé deja de reír y a la par mía comienza a llorar. Me desespero, lo abrazo, lo beso e intento calmarlo; pero nada lo logra. Ambos lloramos de forma desgarradora y los sonidos de nuestros sollozos parecen invadir la estancia a un volumen aumentado.

Necesito cubrir mis oídos, siento que voy a enloquecer si sigo oyendo a mi bebé llorar sin poder hacer nada para calmarlo. Estoy perdiendo la cabeza, me siento en el impoluto y blanco suelo dejándolo sobre mi regazo y cubriéndome los oídos. Yo lloro, él llora. Mis lágrimas y las suyas empiezan a inundar el

lugar y cuando me doy cuenta Agostino desaparece bajo el agua que ya alcanza la altura de mi cintura. Grito e intento volver a cargarlo pero no puedo moverme, mis brazos no responden a las órdenes de mi cerebro. Sangre sale de entre mis piernas y se mezcla con las lágrimas que han formado un río, mi hijo se pierde en la corriente rosada que desaparece en el horizonte y yo no puedo moverme, estoy tiesa y desesperada.

—¡Agostino! ¡Agostino! ¡Ayúdenme! ¡Mi bebé! ¡Ayuda! —grito intentando desesperadamente llamar la atención de alguien... pero aquí no hay nadie.

El agua de mis lágrimas mezclada con la sangre ya me llega hasta las fosas nasales. Sigo inmóvil sin poder moverme, mi cuerpo no responde a mis órdenes. Me estoy ahogando, voy a morir aquí... pero no me importa... He perdido a Agostino, él está muerto y solo quiero ir con él.

Dejo de gritar pensando que la muerte es lo mejor, me llevará de regreso con mi bebé. Entonces la risa de Sofía resuena en mi interior.

—¡Mami! ¿Quieres que vayamos por un helado? —Puedo sentir su mano aferrándose a la mía.

—Miriana, te amo... Por favor lucha, no quiero perderte a ti también. —Es la voz de Nico, me está pidiendo que no me rinda. Lo hizo así, cada noche desde que perdimos a Agostino. Antes de dormir me pedía que no lo dejara, pero yo no podía quedarme.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Despierta! —La voz de Sofía de nuevo retumba en mis oídos. Cada vez más cercana, más real—. ¡Es solo una pesadilla, mamá! —Vuelve a llamarme.

El sonido del llanto va cesando mientras el agua cubre mis fosas nasales y ya no puedo respirar. Cierro los ojos esperando a la muerte, el aire no llega ya a mis pulmones.

—¡Mamá! ¡Despierta!

De repente el aire entra de golpe y me sobresalto. Abro los ojos desorientada. Están mojados, he estado llorando. Miro a Sofía, está casi encima de mí y me observa asustada mientras acaricia mi cabello. Estoy en mi cuarto, y mi hija me abraza.

—Ha sido solo un mal sueño, mamá. Estoy aquí, estamos juntas. No pasa

nada.

1. TRAS LA SEPARACIÓN

Sofía

Mi nombre es Sofía Alcázar Baccaro y en ese entonces, tenía catorce años. Mi papá fue quien eligió mi nombre; dijo que cuando me vio no parecía un recién nacido, sino una beba de seis meses, por la forma en que lo miraba y parecía entender todo lo que me decía. Sofía significa «sabiduría», y él siempre pensó que yo era mucho más inteligente que las chicas de mi edad. Y bueno, es cosa de todos los padres el pensar que sus hijos son especiales.

Mis padres estaban separados y a punto de divorciarse desde hacía ya cuatro años. Sólo faltaba la firma de ambos en el mismo papel. Sus últimos tiempos como pareja, no lo llevaron nada bien, así que intentaba no enfrentarlos en ninguna situación y evitar así terminar lastimada o sintiéndome culpable.

Vivía con mi madre en Milán, Italia; ella era cantante y de fama considerable en el país. Su profesión no le dejaba mucho tiempo para compartir conmigo, así que la mayor parte del día la pasaba sola en casa o con mi nana Jose, le decíamos así de cariño, por su nombre, Josefina. Mi padre había regresado a vivir a su país, España, concretamente en Barcelona; eso quedaba a novecientos ochenta kilómetros de donde nosotras vivíamos, pero iba y venía junto a mí todo el tiempo, o yo iba a visitarle cuando me apetecía. Él era músico, pero también era actor y más bien se dedicaba a eso, hacía teleseries en España y a veces componía canciones para otros cantantes.

A pesar de ser la mimada de ambos, en ocasiones me convertían en una especie de trofeo de guerra de sus peleas, lo que no me parecía justo ya que en realidad los amaba a los dos; eran mi todo, mi mundo, sólo que ellos no se daban cuenta porque estaban concentrados en sus vidas y sus problemas.

Vivíamos en un condominio —una especie de barrio cerrado— rodeado de mis mejores amigos. A un lado de mi casa vivía mi mejor amiga Giulianna, al otro lado mi otra mejor amiga Azzurra y en frente mi mejor amigo Dante; todos íbamos a la misma escuela privada y nos pasábamos la tarde jugando.

Ser hija de una persona famosa podría resultar complicado, siempre había alguien que me reconocía y quería una foto; sobre todo si estaba con mamá por la calle. Pero ellos siempre han tratado de mantenerme al margen de la fama y de los problemas que ella acarrea, aunque no fue muy fácil en el tiempo en que se separaron. Por lo general, no veía las novelas donde actuaba mi padre porque no me gustaba verlo besándose con cualquiera por allí. Tampoco solía ir a los conciertos de mamá, no me agradaba su faceta de «famosa», prefería las pocas veces que me regalaba su faceta de «mamá». Ya que por desgracia, ella estaba cada vez más concentrada en su carrera, lo que la separaba bastante de mí, justo cuando más la necesitaba.

Mi vida no siempre había sido así, hubo un tiempo en que todo era alegría, mis padres estaban juntos y se amaban, todo el tiempo se abrazaban y se besaban, no importaba quién los viese, no tenían miedo ni se ocultaban de nadie. A mí me encantaba verlos así, cada vez que ellos se abrazaban yo corría a ellos y los abrazaba también. Éramos los tres, inseparables, invencibles... Luego pasó lo peor, mi madre se embarazó, yo estaba muy feliz pues iba a tener un hermanito que se llamaría Agostino... pero murió dos meses antes de nacer, en parte quizás porque mi madre no reposó lo que debía por las exigencias de su carrera.

Ella no se lo perdonó jamás, y es por eso, para dejar de pensar e intentar no sentir, que está encerrada hasta hoy en su propio mundo; en sus canciones, en sus ocupaciones. Mi padre trató de que lo superara, pero ella entró en una gran depresión, tuvo problemas con pastillas y más cosas como esas. Papá la ayudó a salir de aquello, nunca la abandonó, la acompañó en todo momento, y supongo también que nunca la culpó. Pero la cosa entre ellos se enfrió de todas formas, no sabría decir por qué ya que una niña de diez años no entiende mucho de eso, y esa era mi edad cuando ellos decidieron separarse, cuando decidieron que el amor que se tenían ya no era suficiente.

—Mira Sofía, mamá y yo tomamos una decisión, no queremos que pienses que es por tu culpa, simplemente ya el amor que nos tenemos no es suficiente para que sigamos juntos, pero eso no tiene que ver contigo —dijo mi padre, mientras mi madre lloraba.

—¿El amor que se tienen ya no es suficiente? —pregunté yo confundida

—. *¿Me estás diciendo que ya no se aman?*

—*No es eso hija, sólo que ya no podemos estar juntos, porque cuando lo estamos nos hacemos más daño que bien...* —sollozó mi madre mientras miraba con tristeza a mi padre.

—*¿Me harán mucho daño al estar separados!* —exclamé enfadada—. *Pero supongo que eso no les importa.* —Recuerdo haberme sentido muy sola y perdida en ese momento.

—*¿Claro que importa Sofía!* —regañó mi padre acercándose a mí y colocando sus manos en mis hombros para que lo mirara a los ojos—. *Tú eres y seguirás siendo lo que más nos importa a tu madre y a mí, y en cierta forma nos mantendrás siempre unidos. Nosotros no queremos que pienses que esto es por tu culpa.*

—*¿Entonces es culpa de Agostino?* —pregunté con temor en mi inocencia y mi madre lloró aún más.

—*Claro que no hija* —respondió papá con suavidad y una voz que amenazaba con romperse—. *No es culpa de nadie, solo se dio. Ya las cosas no son como antes, y quizás algún día lo puedas entender. Mientras tanto, lo que debes saber es que mamá te ama como siempre y papá también, y que siempre estaremos los dos para apoyarte en todo. Tú eres lo mejor que nos ha pasado en la vida.*

Mi papá me dio un abrazo y luego besó a mi madre en la frente, ella se dejó caer en el sofá y él salió por la puerta de la casa cargando tristemente sus valijas.

Luego de eso pensé que mi madre enfrentaría otra depresión, estuvo encerrada en su cuarto por varias semanas; pero un día salió de allí, maquillada, sin rastros de tristeza en su rostro y fue a dar un concierto. Desde ese día, las cosas con ella cambiaron, algo en ella se cerró y dejó de ser esa persona cariñosa, dulce y tierna que solía ser. Siempre me escuchaba, solíamos hablar, pero nunca volvió a ser la misma de antes...

A pesar de todo, mi padre seguía preocupándose por ella y cada vez que

estábamos juntos me preguntaba cómo estaba. Pero cuando ellos estaban juntos sólo se ignoraban, y si uno de los dos tuvo un mal día, peleaban, discutían, se gritaban...

Ellos se conocieron cuando tenían veintitrés y veintidós años, mi madre era un año mayor que mi padre. Ambos trabajaban en un proyecto de televisión, una teleserie o algo parecido con público pre-adolescentes. Se grababa en México y se llamaba «*El Estudio*». No sabía mucho más porque nunca habíamos hablado de eso, solo vi algunas fotos que encontré guardadas en la biblioteca de la casa y un poster grande donde se podía observar a varios chicos y chicas, y entre ellos a mi madre y a mi padre. De aquello habría pasado como dieciséis o diecisiete años.

Aquella tarde mis amigas vendrían a casa, ya que estábamos de vacaciones. Josefina me acababa de llamar para almorzar así que cuando bajé las escaleras, mi madre ya estaba sentada a la mesa.

—Hasta que te levantas, Sofía —dijo sonriendo. Ella era realmente hermosa, tenía el pelo oscuro y lacio y una sonrisa increíble, sus ojos eran verdes y grandes, para mí era perfecta.

—Hola mami —le saludé con un beso—. Que gusto que estés acá.

—Le dije a Jose que te prepare tu comida favorita así almorzamos juntas y conversamos un poco. —Me tomó de la mano con cariño.

—Las chicas vendrán esta tarde, queremos hacer una *pijamada* esta noche, ¿podemos? —pregunté mientras tomaba mi lugar en la mesa.

—¡Por supuesto que sí! —sonrió con dulzura—. Le diré a Jose que les prepare pizzas y jugo para la noche ¿te parece?

—Sí, gracias mamá.

—La semana que viene vas a quedarte con Nico en España, Sofy. —Me informó mientras Jose nos servía la comida.

—¿Y eso por qué? —indagué mientras olfateaba mi comida que se veía y olía delicioso.

—Tengo que grabar un video clip en España, vamos a hacerlo en Sevilla, estaré una semana por ahí y pensé que como estás de vacaciones podrías quedarte en lo de Nico y pasar un poco de tiempo con él. ¿Qué te parece?

—¡Me parece genial! —sonreí—. ¿Y tú donde te quedarás?

—Yo me hospedaré en un hotel cerca de los lugares donde grabaremos, con toda la gente de producción y el equipo técnico.

—Está bien mamá, ¿y cuándo vamos?

—El domingo, porque el lunes arrancan las grabaciones —explicó llevándose un bocado de su comida a la boca y guiñándome un ojo. La veía contenta y eso me agradaba.

—Okey, pero... ¿y tu cumpleaños? —cuestioné pues recordé que caía ese mismo jueves.

—Te llamaré hija —sonrió ella—. O me llamas tú y cuando estemos aquí lo festejamos juntas. ¿Te parece?

—Si mamá... ¿Estarás esta noche?

—Tengo una conferencia de prensa pero supongo que no terminará muy tarde, así que estaré por aquí temprano.

El resto de la comida nos pasamos comentando sobre temas triviales, me preguntó de mis amigas y yo le pregunté de su nuevo disco, el video clip y cosas así.

La tarde llegó y mis amigas vinieron a casa. Yo estaba en mi cuarto con los auriculares puestos cuando entró Giuli.

—¡Hola Sofy! —saludó sentándose a mi lado en la cama.

—Hola Giuli ¿y Azzu? —pregunté.

—Ya viene, se quedó conversando con Jose, ya sabes cómo es —sonrió haciendo una mueca.

Azzu era el alma del grupo, ella reía, cantaba, gritaba, siempre estaba activa. Giuli era la más tímida y yo siempre la más racional. Éramos un trío perfecto. Dante se nos unía a veces, él era divertido, muy dulce y simpático.

—¡Hola chicas! —saludó Azzu entrando de golpe y arrojándose en mi cama— ¡Sofía no me vas a creer lo que acaba de pasar!

—¿Qué? —le pregunté sin entender.

—Todo esto te va a parecer muy raro, pero hoy llegó a mi casa una prima lejana desde España y en un momento, estaba sentada allí con sus auriculares puestos y cantando una música. Entonces yo me acerqué para observar qué oía, tenía un disco donde me pareció ver la imagen de tu mamá. Pensé que era un disco viejo, porque yo no lo conozco y tu madre se veía más joven en la portada, no es que ahora se vea vieja, es que... bueno, tú me entiendes. El caso es que le saqué el disco y lo miré, decía «*Corazones*» y entre las letras decía «*Miriana Baccaro*», o sea que confirmé que era de tu mamá.

—¿En serio? Ese fue su primer disco, lo sacó hace un montón de años —sonreí.

—¿Si?... Bueno, el caso es que le dije a mi prima, que aquella era la mamá de mi mejor amiga y a ella casi se le detiene el corazón; se puso a gritar, las lágrimas le salían de los ojos, no te puedo explicar su reacción. Ella tiene veintiocho años y dice que era *fan* de tu mamá cuando actuaba en una serie que se llamaba... mmmm... no me acuerdo, algo de una academia o un instituto...

—«*El Estudio*» —sonreí.

—Eso, eso. Bueno, el caso es que le dije que hoy venía a tu casa, pero no le dije que vivías al lado porque si no se venía conmigo y no se iba hasta que conozca a tu mamá; y la tía Miri se podría enojar conmigo, pero me dio el disco y me pidió por favor le consiguiera la firma... No sé si a ti te moleste que le pida a tu mamá que me firme el disco para mi prima... ¿Qué dices? —preguntó mirándome con ojos ansiosos esperando mi respuesta.

—Para nada. No me molesta en absoluto —sonreí—. Estoy súper acostumbrada a ver a mamá firmando discos o lo que sea, ella no llegará tarde

hoy, así que se lo puedes pedir.

—Oye ¿y de que iba esa serie *El Estudio*? —cuestionó Giuli observando el disco que Azzu había sacado de su bolsa.

—No lo sé muy bien, era para chicas de más o menos nuestra edad. Creo que era una especie de musical, cantaban, bailaban, se hacían amigos y cosas así... incluso llegaron a hacer giras. Mi papá también actuaba allí, es más, de ahí se conocieron.

—¡No me digas!, entonces seguro mi prima también conoce a tu papá —afirmó Azzurra—. Pero mejor ni se lo digo, no sea que se muera ahí mismo. Me dijo que tenía un club de *fans* para tu mamá —se rio al pronunciar la última frase.

—Oigan, ¿y por qué no vemos el programa? —preguntó Giuli.

—¿Dónde se puede ver? —inquirió Azzu.

—Por *YouTube* o por cualquier lado... Mamá tiene todos los DVD en la biblioteca —respondí encogiéndome de hombros.

—¿Y si la vemos? —insistió Giuli—. Será divertido ver a la tía Miri actuando como niña— sonrió emocionada.

—No lo sé... nunca me llamó la atención —respondí frunciendo el labio dubitativa.

—¡Vamos Sofy! Somos dos contra uno. ¡Ve a traer esos DVD! —ordenó Azzu con su tono de voz grueso y no me quedó de otra.

2. UN MAR DE RECUERDOS

Miriana

Cuando llegué, escuché a las niñas riendo desde la habitación de Sofy, fui hasta la mía y me saqué los zapatos, algo que nunca cambiaría en mí eran las ganas de andar descalza o con zapatillas. ¡Odiaba tener que usar esos tacones!, pero era parte del vestuario para entrevistas y conferencias de prensa.

Tomé el celular y llamé a Nico. No sé por qué me ponía nerviosa cada vez que debía hacerlo, me empezaban a sudar las manos y tenía miedo que atendiera, o que no lo hiciera...

—Miri... —saludó del otro lado y sentí que sonreía al hacerlo. Siempre, y aunque me costara admitirlo, escuchar su voz producía que los latidos de mi corazón se aceleraran.

—Nico... —sonreí también—. Te estaba llamando porque Sofy y yo viajaremos a España la semana que viene, más específicamente el domingo. Debo filmar un video clip en Sevilla y le pregunté si querría quedarse contigo esa semana.

—¡Me parece genial! —Nicolás nunca tenía problemas de quedarse con Sofía, era un excelente padre no había nada que objetar al respecto y aunque a veces cuando discutíamos solía echarle en cara cosas sobre su paternidad, era solo para pelearle, porque mejor padre que él no existía en el mundo; era cuidadoso, cariñoso y protector. Desde que Sofía era bebé, la cuidaba, le cambiaba los pañales y se quedaba con ella cada vez que yo necesitaba trabajar. Prefería cuidarla él a que la dejáramos con niñeras, era un padre excelente—. Me alegras con esta noticia, empezaré a planear una semana divertida con mi bella princesita. —Sonreí tristemente cuando escuché esa

palabra de su boca, él solía llamarme así también, decía que ambas éramos sus princesas... pero supongo que ahora tiene solo una.

—Bueno, me encanta que te agrade la idea, Nico. Sofy está muy entusiasmada también. Me comunico luego para informarte los datos del vuelo para que la vayas a buscar al aeropuerto.

—Está bien, Miriana —añadió con dulzura—. ¿Tú estás bien?

—Sí, muy bien. —No sé si eso era del todo cierto, hace mucho tiempo que no sé lo que es estar bien—. Hablamos luego...

—Adiós —cortamos.

Me senté en mi cama y abrí el cajón de la mesa de luz donde guardaba una foto de los dos caminando por la playa. Eso había sido en el año dos mil, cuando empezamos a salir oficialmente, o mejor dicho, cuando hicimos pública la relación. Sonreí al recordar ese día. Era un fin de semana largo y habíamos viajado a Cancún, siempre me gustó ese paradisíaco lugar. Estábamos los dos solos aquella vez y nos habíamos quedado en un hotel que daba directo al mar.

Esa noche, en especial, habíamos decidido dejar de ocultarnos. Ya había pasado demasiado tiempo —prácticamente un año— desde que él había terminado con Guillermina y yo con Mateo. Las cosas entre nosotros habían empezado a principios del año mil novecientos noventa y nueve, cuando estábamos terminando de grabar *El Estudio* y por unos capítulos nos tocó ser pareja en la ficción.

Esos besos que nos dábamos nos transportaban a un mundo que iba más allá de las pantallas de la televisión y nos terminamos por confundir. De todas formas, tanto él como yo, hicimos oídos sordos a esos sentimientos, pues llevábamos mucho tiempo en pareja con nuestros respectivos novios. Cuando

la serie terminó y las grabaciones cesaron, la distancia se nos hizo eterna. Ya no habían más abrazos que ensayar ni besos que grabar, ya no teníamos excusas para estar juntos aunque sea en la ficción y la necesidad que teníamos el uno del otro fue creciendo inmensamente y a tiempo record.

Yo volví a Italia y él quedó en México, con Guillermina. Ambos habíamos conocido a nuestras parejas en ese país que nos cobijaba en ese momento. Se suponía que luego de las fiestas Mateo viajaría a Italia para vivir conmigo, pero al final desistí de aquello. No podía hacerle dejar todo si ya no estaba segura de lo que sentía por él, y entonces volví a México para terminar aquella relación, o al menos, para pedirle un tiempo.

—No lo puedo creer, Miriana —dijo sin entender y con mucho dolor en el rostro—. ¿De verdad me estás pidiendo un tiempo? Estamos juntos hace más de tres años y teníamos la vida planeada. He dejado todo para ir contigo a tu Italia, ¿y tú vuelves para decirme esto? —Me rompía el alma herir a una persona que, pese a las circunstancias, había sido tan importante en mi vida.

—Lo siento, pero prefiero ser sincera. Hace un tiempo que las cosas no son como antes y yo no estoy segura mis sentimientos. Es mejor que te lo diga ahora, que aún estás a tiempo de continuar con tu vida a que sigamos de esta forma, cuando no puedo corresponderte.

—¡Pero tú eres todo para mí! —apeló en vano, suplicando con un hilo de voz. Sus ojos estaban cristalizados y las lágrimas amenazaban con salir.

—Lo lamento —respondí cabizbaja—. Lo que menos deseo en el mundo es hacerte daño y por eso te lo estoy diciendo así. —Sin cederle oportunidad de réplica salí de su departamento y me dirigí al hotel.

Ya no tenía hogar en México; me alojaba en un hotel cercano al edificio que compartí hasta hace unos meses con todos mis compañeros extranjeros, aquello había sido un proyecto internacional. Nicolás seguía viviendo allí, con y por Guillermina.

Aquella noche, mientras pensaba en que acababa de terminar una

relación de casi dos años, alguien llamó a mi habitación. No tenía idea de quién podría ser pues nadie sabía que yo estaba de nuevo por allí.

—Nicolás... —le saludé sorprendida—. ¿Qué haces...

—¿Has terminado con Mateo? —interrumpió entrando sin que yo le diera paso—. ¿Para eso has vuelto de Italia?

—Sí, Nico —respondí con tristeza—. ¿Pero cómo lo sabes?

—Porque él llamó a Sol para contarle y ella me lo contó a mí. —Sol era una de mis mejores amigas, también española como Nico y vivía en el mismo edificio que él. Aún no había regresado a Europa porque se había enamorado de un chico y se habían puesto de novios.

—¿Y cómo supiste que estaba aquí? —le pregunté.

—Recordé que me habías comentado que te gustaba mucho este hotel cada vez que pasábamos enfrente, cuando íbamos a grabar. Imaginé que vendrías aquí, solo llegué y pregunté por ti —dijo él sentándose en el sillón que había en una especie de sala de estar al lado de la habitación. Era una habitación amplia.

—¿Y a qué vienes? —le pregunté. Entre él y yo nunca había pasado nada fuera de los estudios de grabación, nunca mencionamos lo que sentíamos, pero lo intuíamos cuando grabábamos. Esas miradas iban más allá de las cámaras, esos besos eran más que pura ficción. Mi corazón se alteraba cuando lo tenía cerca y las manos me sudaban. En aquellos miles de abrazos la piel se me estremecía y sé que él podía sentirlo.

—Necesito saber por qué cortaste con él —habló firme y mirándome fijamente a los ojos.

—Es cosa mía, Nico, no sé por qué debería interesarte. —Traté de no darle importancia y no mirarlo a los ojos, entre nosotros había una conexión fuerte e inexplicable; si lo hacía, él lo sabría. No se movió y tampoco me sacó la vista de encima mientras yo iba a servirme un vaso con agua, todo por hacer pasar el momento.

—Quiero que me cuentes, ¿por qué cortaste con él? —repitió lentamente su pregunta y se acomodó en su sitio—. No me iré de aquí hasta saberlo.

—Terminé con él porque estoy confundida, viajé a Italia y no pude dejar de pensar en... —Hice un silencio no pudiendo sincerarme del todo. Luego continué—. En que él iba a dejar todo para ir a vivir allá conmigo, a empezar de cero, y no estaba segura de que fuera buena idea hacerle sacrificar su vida por alguien que quizás ya no lo amaba como antes, y que luego de unos meses fuera a terminar de todas formas... Igualmente, solo le pedí un tiempo, un tiempo para aclarar mis dudas.

Yo estaba parada, caminaba de un lado al otro, nerviosa, mientras se lo contaba. Él se levantó y se acercó a mí lentamente. Yo me quedé atrapada entre su cuerpo y la pared. Me quitó el vaso de la mano y lo puso en la mesa del centro. Entonces me miró a los ojos logrando que mis piernas temblaran.

—¿En «quién» no podías dejar de pensar? —preguntó casi en un susurro, enfatizando la palabra quién, mientras se acercaba mucho a mí—. Dímelo —exigió.

—Ya te dije todo, Nicolás. —Intenté no bajar la mirada, pero su aliento tan cerca del mío alteraba todos mis sentidos.

—No me mientas. Te conozco, Miriana, puedo leer tus ojos, puedo sentir tu respiración y puedo percibir tus nervios.

—¿Ah sí? ¿Y qué lees? —pregunté alterada y ansiosa.

—Que no puedes mantener la mirada porque temes que descubra tu secreto, siento que tu respiración se agita porque estoy muy cerca de ti y que tu piel se eriza cuando hago esto —dijo pasando el dorso de sus dedos por mi rostro.

—No puedo sacarte de mi mente, Nico —admití susurrante más para mí que para él y cerré los ojos suspirando—. Y por más que no estemos juntos no puedo dañar a una persona que fue tan importante en mi vida como lo fue Mateo, no quiero seguir mintiendo.

Nicolás se acercó más a mí y me besó; sus labios y los míos se volvieron a fundir como en aquella última escena. Lo volví a sentir, pero en un beso nuevo, en un beso largo, en donde no era Alejandro —su personaje en la serie— quien besaba a Laura —mi personaje—; era Nicolás que me besaba a mí, en un beso que no estaba rodeado de cámaras, de luces, ni de personas gritando «corten» cuando nosotros aun no queríamos cortar nada. Un beso

en el cual su lengua le pidió permiso a mis labios para introducirse en mi boca en busca de la mía por primera vez, y así liarse con ella en una danza de amor exquisita. Luego de un rato, se separó suavemente de mí, como no queriendo hacerlo.

—Voy a cortar con ella —explicó decidido y me dolió escuchar eso. Sabía lo que sufriría mi amiga, sabía cuánto lo amaba.

—No tienes que hacerlo, no deberíamos arriesgarnos —dije con miedo. En realidad si quería que lo hiciera.

—Lo haré, estaba pensando en hacerlo de todas formas, y ahora tú me has infundido del coraje que me faltaba.

—Quizás nos estemos equivocando, Nico —susurré con temor sin dejar de mirarlo.

—En tus ojos puedo ver que eres el camino correcto para mí—confesó él y yo sonreí.

—¿De verdad lo crees? —le pregunté y él sólo asintió. Volvió a darme un beso en los labios, esta vez corto y rápido. Tomó su chaqueta y antes de salir me habló.

—No te vayas a ningún lado hasta que yo venga por ti —sonreí.

No pasó mucho tiempo, solo un par de días y él estuvo de regreso. Traía los ojos rojos, noté que había llorado. Lo abracé, sabía que venía de romper con ella.

—Odio lastimar a la gente que quiero —dijo recostándose en mi pecho.

—Lo sé, me pasa igual. —Asentí comprensiva y nos sumimos en un silencio lleno de incertidumbre.

—No hagamos público esto aún —me pidió—. Será demasiado doloroso para ellos.

—Lo sé, estoy de acuerdo —asentí acariciando sus cabellos, a pesar de todo aquello se sentía bien.

—Ella está destrozada...

—Me imagino... —Pensé en ella y en lo mal que estaría. No, no podía

sentirme bien.

—¿Tú crees que podremos ser felices aun cuando los hemos lastimado tanto? —preguntó buscando la respuesta en mis ojos.

—No lo sé —respondí con sinceridad, buscar la felicidad a costa de los demás no era mi estilo—. ¿Tan seguro estas de lo que sientes por mí que has tirado todo por la borda en un par de días? —quise saber.

—Estoy seguro de lo que siento por ti desde la primera vez que Alejandro besó a Laura. —Sonrió con ternura y acarició mi rostro—. Siempre fue Nico quien besaba a Miriana tras el disfraz de Laura, y tú lo sabes, princesa. — Fue la primera vez que me llamó así y me estremecí.

—Lo sé —susurré acurrucándome en su hombro—. Lo podía sentir, así como supongo que tú sentías que me pasaba igual.

—Esto es algo hermoso, Miriana, algo que se siente grande y eterno — me sonrió—. Esa clase de amores que no acaban jamás, quiero luchar por esto siempre.

—¿De verdad lo piensas? ¿No estaremos siendo egoístas y dejándonos llevar por una pasión?

—¿Una pasión? —preguntó subiendo un poco la voz—. Aún no hubo pasión entre nosotros, Miriana, sólo miradas, abrazos y besos castos rodeados de miles de personas. Aun así lo que siento al mirarte y al tenerte cerca es algo que no se puede explicar, algo que trasciende lo natural, es algo que me inunda, que me puede... Quiero estar contigo, ahora y siempre... no tengo dudas.

»El despedirme de Laura en el último día de grabación fue algo muy doloroso para mí, porque sólo a través de ella podía estar contigo y pensé que luego de aquello ya no estaríamos juntos. El despedirme de ti antes de que regresaras a Italia, fue saber que debía cerrar esta historia para siempre, una historia que ni siquiera había podido ser... Pero el saber que volviste y que habías cortado con él, fue la certeza de que te pasaba lo mismo que a mí. Por eso me arriesgué, por eso vine, y acá estamos, vamos a escribir juntos esta historia de amor.

Lo abracé, me abrazó y nos quedamos allí fundidos en ese abrazo por lo

que pareció una eternidad. Decidimos mantener la relación en secreto, para eso viajamos a Europa y vivimos allí por casi un año. Yo en Italia y él en España, pero nos veíamos todos los fines de semana.

Un año después fuimos de vacaciones a Cancún, y en ese viaje decidimos dejar de ocultarnos, dejar que nos tomaran fotos, hacer formal nuestro noviazgo. Yo ya había empezado hacía tiempo mi carrera de solista y él continuaba con su carrera de actor y a veces también componía. Nos vieron juntos en Cancún y las fotos no tardaron en aparecer en las revistas y en la televisión, con las típicas preguntas que insinuaban si había o no algo más que amistad entre nosotros.

Una revista me pidió la entrevista exclusiva y decidimos dársela.

—¿Estás saliendo con alguien? —me preguntó el entrevistador.

—Sí, estoy de novia —afirmé.

—¿Hace mucho tiempo? —preguntó.

—No, solo un par de meses. —En eso habíamos quedado.

—¿Es ese alguien un antiguo compañero de trabajo? —me preguntó.

—Sí, exactamente —sonreí—. Estoy de novia con Nicolás Alcázar.

La risa estrepitosa de las niñas me trajo de nuevo a mi vida actual, volví a mirar aquella foto tomada en la playa de Cancún. Ambos ocupando el primer plano de la foto y la maravillosa playa detrás, yo miraba a la cámara pero Nico besaba mi mejilla y sus ojos estaban cerrados. Acaricié esa parte de mi rostro donde tantos años atrás él había plantado aquel beso y sonreí. Una vez más la risa de las niñas me devolvió al presente y decidí ir a ver qué tanto las divertía.

Entré a la habitación y no pude creer lo que veían. Estaban viendo *El Estudio*, yo solo sonreí.

—Mamá que raro hablabas —dijo Sofia mientras detenía el DVD.

—Estaba recién aprendiendo el español —me defendí.

—Ya nos hiciste reír un montón, tía —comentó Giuli.

—Si las escuché —sonreí—. ¿A qué se debe que están viendo esto? —cuestioné.

—Es que la prima de Azzu llegó desde España y resultó ser una ultra fanática tuya desde la época de la serie —explicó Sofy—. De hecho le pidió que le firmaras su disco. —Azzu fue a sacar el disco de su mochila—. Entonces las chicas me preguntaron de qué iba *El Estudio*, y como yo no sé, porque nunca lo vi, me pidieron para verla, pero no pensé que nos divertiríamos tanto —sonrió Sofy—. ¡La tía Sol es muy buena actriz! —agregó emocionada mi pequeña.

—Sí, lo es, siempre lo ha sido.

—Y qué bonita es la chica que hace de villana —comentó Giuli y yo asentí.

—Son sesenta capítulos, ¿la van a terminar? —pregunté al ver por cual capítulo iban.

—Seguro que en un par de días la terminamos, esto es adictivo —agregó Azzu entusiasmada.

—¿Y el tío Nico cuando aparece? —preguntó Giuli.

—Cerca del capítulo veinte, si mal no recuerdo —mencioné sonriendo.

—¡Ya queremos llegar allí! —gritó Sofy emocionada—. Quiero ver a mi papá de galán —sonrió.

—Él era el típico chico malo al principio —recordé con una sonrisa.

—¿De verdad? —preguntó Azzu—. No me lo imagino de villano. Tía, ¿me firmas éste disco? es para mi prima Sonia.

—¡Claro Azzu! —tomé el disco en las manos—. Por Dios, es *Corazones*.

—Sentí que habían pasado siglos de aquello—. ¿Aún hay gente que lo escucha? —pregunté.

—Sí, Sonia —sonrió Azzu mientras me pasaba el bolígrafo para firmárselo—. Bueno, Jose les traerá la pizza en un rato —dije levantándome para salir.

—Tía, ¿no quieres ver algunos capítulos con nosotras? —preguntó Giuli.

—Está bien, iré a cambiarme y vengo. —Tenía pensado pasar toda esa semana con Sofy ya que la próxima estaría ausente, y sería bueno compartir con mi hija algo que fue tan importante en mi vida.

Me puse mi pijama y volví a la habitación de Sofy, esa noche era una niña más. Recordé las *pijamadas* en casa con Sol y Tamara, claro que éramos más grandes que mi hija y sus amigas, pero igual, hacíamos básicamente lo mismo, ver películas, reír, divertirnos.

Cuando entré de nuevo, ellas ya estaban comiendo las pizzas y reían de una escena de Sol.

Qué joven era cuando eso, y me creía tan dueña del mundo... todavía me esperaban tantas cosas por vivir. No me gustaba mucho verme actuar, sin embargo, ésta era una ocasión especial. Estaba compartiendo esto con mi hija, que tenía la edad de las niñas que en esa época nos esperaban para que les firmemos un autógrafo. Y ahora siendo madre me preguntaba cómo hubiera sido si fuera mi hija la que se acercara a pedirme un autógrafo.

Miré a Sofía tan concentrada en la serie junto a sus amigas, vi esos ojos verdes como los míos sonrientes y orgullosos de ver a su madre en la pantalla. Su cabello era castaño y no era lacio como el mío sino rebelde como el de Nico y ella lo odiaba, siempre andaba con la planchita en mano tratando de calmar sus alborotados rizos y preguntándose por qué no pudo haber heredado

mi pelo. Yo solo sonreía, feliz de que se pareciera tanto a Nico, porque verla me recordaba que ella era lo mejor que había hecho en mi vida, y era nuestra. Su sonrisa era igualita a la de su padre, esa sonrisa que derrite, en la cual puedes perderte para siempre... ¿Por qué estaba pensando así de Nico?... siempre pensaba así de él en realidad.

Volví a la serie, esa chica jovencita llena de colores y una sonrisa gigante, era yo... Qué distinta me veía luego de que tantos años me hayan pasado encima, que distinta me veía cuando miles de problemas se habían llevado la frescura y espontaneidad de aquella sonrisa. ¿Dónde estaba yo? ¿Dónde estaba esa Miriana que había llegado a México casi sin hablar el idioma, solo tras un sueño y dispuesta a luchar? Mis *fans* solían decirme que les había enseñado que nada era imposible, ¿realmente podría enseñar algo así ahora? Dejé que la vida opacara mi brillo, que mis miedos mataran mis sueños, que mis lágrimas borrarán mi alegría.

—¿Por qué te vestías así mamá? —me preguntó Sofía sacándome de mis pensamientos.

—No lo sé hija, supongo que era la moda de la época.

Se hizo tarde y cuando terminó el capítulo que estábamos viendo les dije a las niñas que lo ideal sería que fueran a dormir.

—Tía ¿te puedo preguntar algo? —cuestionó tímidamente Azzurra.

—Si Azzu, ¿qué pasó?

—Bueno, viendo esta serie puedo entender esa adoración que te tiene mi prima Sonia, y pienso que ella sería muy feliz si pudiera conocerte —sonreí ante la timidez con que la niña me estaba hablando—. ¿No sería mucho pedir que ella pudiera venir un día de esta semana y conocerte?

—¡Claro que no Azzu! Hace mucho que no tengo *fans* de esa época de mi

vida alrededor mío —le comenté—. ¿Qué te parece si mañana la invitas a almorzar?

—¡Gracias tía! —asintió efusivamente la niña—. Si no le da un paro cuando se lo diga estará feliz de venir.

—Buenas noches chicas. —Me despedí besando a las tres en la frente.

—Buenas noches tía —respondieron las chicas.

Sofía me abrazó y me susurró un «*gracias por compartir con nosotras*». Últimamente pasaba tan poco tiempo con ella, sabía que esto la había puesto muy feliz, y más conocer parte de mí que ella no conoce. Por lo general los hijos ni pensamos que nuestros padres tuvieron una vida antes que nosotros naciéramos, y Sofía la estaba descubriendo ahora, estaba conociendo a la persona que una vez fui. Pronto vería a su papá también, y si seguían entusiasmadas con la serie, llegarían a los últimos capítulos... y estoy segura que un mundo de preguntas caería sobre mí, solo sonreí de imaginarlo.

Fui a mi habitación, cerré mis ojos y me dispuse a dormir.

3. ¿DÓNDE QUEDÓ TODO?

Nicolás

Estaba sentado en un lugar oscuro y gris, de repente escuché el llanto desconsolado de un bebé, seguí el camino de hacia dónde venía el sonido pero poco antes de llegar, el llanto cesaba... Yo seguía caminando y luego lo encontraba allí, completamente blanco, completamente tieso, completamente frío... Lo alzaba en mis brazos y cuando lo iba a besar su imagen se desvanecía. Luego escuché un grito desgarrador y sabía que era Miriana, me volteé para mirarla y correr hacia donde ella estaba, pero de igual manera, el grito cesó. Caminé, corrí hacia donde lo había escuchado y cuando iba a llegar al lugar... me desperté. Sudaba frío, tenía lágrimas en los ojos, sabía que la encontraría muerta, al igual que a Agostino y eso no lo podría superar.

Llevaba teniendo esta pesadilla hacia tres noches, así que sin importarme lo que podría pasar ni lo tarde que era, la llamé al celular

—Nico —contestó adormilada del otro lado—. ¿Qué sucede? ¿Por qué llamas a esta hora?

—Necesito saber si estás bien —dije con toda la sinceridad de mi alma.

—Sí, estoy bien, estaba dormida. ¿Qué te pasa?

—Nada, tengo una horrible pesadilla desde hace tres noches y me preocupa que algo no estuviera bien... ¿Sofía cómo está?

—Ella está bien también, durmiendo con sus amigas en su habitación.

—Bueno, cuidense por favor —rogué sin saber que más decirle.

—Okey... —hizo una pausa—. Hoy las chicas estuvieron viendo *El*

Estudio.

—¿Que chicas? —pregunté aun confundido y sin entender.

—Sofy y sus amigas Azzu y Giuli —sonrió en el teléfono, lo pude sentir en el tono de su voz—. Están en los primeros capítulos pero dicen que están ansiosas de verte de galán malo. —Hacía tanto que no tenía con Miriana una conversación sin pelearnos.

—Ya veo, pero luego Sofy no parará de hacerme preguntas.

—Sí, más vale que te vayas preparando —añadió divertida.

—¿Has visto la serie con ellas? —pregunté.

—Sí, un rato —respondió y luego hizo una pausa—. Fue gratificante y refrescante.

—Me imagino —sonreí—. Hace tanto que no veo nada de eso —agregué meditabundo mientras tomaba en mis manos una foto de mi familia que reposaba en mi mesa de noche.

—Igual yo, pero ver a Laura me hizo bien, es como que la extrañaba un poco.

—Yo también extraño a Laura... y a Alejandro —mencioné sin pensarlo, ella hizo silencio.

—Habrán preguntas que responder cuando lleguen al final —sonrió nerviosa del otro lado. Aunque no la pudiera ver podía imaginar cada línea de su rostro, cada gesto que hacía mientras hablábamos.

—Lo sé. Nuestra hija ha decidido investigar sobre sus padres —agregué.

—Tenemos la mejor hija del mundo —mencionó ella orgullosa.

—Lo sé, es lo mejor que hicimos en esta vida.

—Porque la hicimos con tanto amor. —Podía notar nostalgia en su voz.

—Lo sé princesa. —La llamé así sin pensarlo, por costumbre... ella solo calló.

—Voy a seguir durmiendo Nico —zanjó con tristeza después de un rato.

—Está bien, Miri. Me avisas cualquier cosa, ¿sí? Esta pesadilla me está atormentando, si algo les pasara yo...

—Estaremos bien Nico, no te preocupes —dijo y colgó.

Cerré mis ojos y repetí su voz y su frase en mi mente: *«porque la hicimos con tanto amor»*. Cuanto amé a Miriana no tiene nombre, fue el amor más grande, más intenso, más puro que sentí jamás. Recuerdo perfectamente la noche en que hicimos a Sofía. Era víspera de Año Nuevo y ambos habíamos decidido pasarla juntos en una cabaña en Italia. Hacía frío, mucho frío y llevábamos solo tres meses de casados. Estábamos solos en aquella confortable y cálida cabaña, aislados por completo del resto del mundo que festejaba el inicio del año con estruendosas bombas y fuegos artificiales... Nosotros, estábamos acostados en el suelo, en una mullida alfombra y frente a una cálida chimenea.

—*¿De verdad no te arrepientes de no haberla pasado en tu casa y con tu familia?* —le pregunté.

—*Es nuestro primer inicio de año como esposos Nico, quiero recibirlo sola contigo y quiero que sea el inicio de muchos, muchos años más.*

—*¿Cómo cuantos?*

—*Todos los que me queden de vida* —respondió sonriendo mientras frotaba su nariz fría contra la mía.

—*¿Tienes frío?* —cuestioné mientras la abrazaba.

—¿Cómo voy a tener frío si estoy en tus brazos? —susurró sonriendo.

—Tu nariz está congelada. —Ella se encogió de hombros.

—Podríamos encontrar la forma de entrar en calor —sonreí ante su comentario.

—¿Que sugieres? —pregunté mientras me acercaba a ella con dulzura y le besaba en la punta de la nariz

Comenzamos a besarnos una y otra vez, con más pasión, con más ansias. Nunca podría cansarme de ella, de sus besos, de sus caricias, de su cuerpo. Empezamos a acariciarnos y a dejar sueltas y libres nuestras manos y nuestros besos que iban siendo guiados solo por nuestros instintos y por nuestro amor.

La cosa fue subiendo de temperatura y con nuestro calor derretimos todo el invierno que nos rodeaba, escuchamos las bombas estrepitosas pero lejanas que anunciaban que el mundo recibía a un nuevo año y despedía a uno viejo mientras ella y yo nos fundíamos en uno solo y sentíamos explosiones internas de amor y pasión... Así recibíamos nosotros ese nuevo año, y así algo de mí se adentraba en ella para buscar su otra mitad en su cuerpo y mezclar lo mejor de ambos para formar a ese pequeño nuevo ser que más tarde sería Sofía. No nos habíamos cuidado, ni lo habíamos pensado, estábamos tan metidos en nuestro amor que sólo lo dejamos fluir... Pero fue lo mejor que hicimos, fue sin dudas lo mejor que hicimos...

La recuerdo exhausta, recostada en mi pecho, su cabello alborotado, sus ojos cerrados y su sonrisa dibujando alegría en su rostro. Estaba sudada al igual que yo, no sentíamos nada más de invierno, nosotros estábamos en pleno verano.

—Estuviste genial, fue mágico —sonrió.

—Tú también estuviste perfecta y hermosa como siempre, amo todo de ti. —Le di un beso en la frente mientras acariciaba su hombro desnudo—. Amo tu cuerpo, amo tu alma, amo tu vida... tu sonrisa, tus palabras y tus silencios, amo tu respiración, el latido acelerado de tu corazón cuando estamos juntos y la forma en que estallas cuando nos amamos —sonreí como tonto.

—Te amo también Nico, nunca me cansaré de decírtelo, nunca me cansaré de hacértelo saber... Nada podrá nunca contra nosotros, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo, mi princesa —sonreí.

Me sentía tan seguro de todo eso que le decía en aquel momento, tan seguro de que estaríamos unidos para siempre... y de cierta forma lo estábamos, unidos para siempre en lo mejor que pudimos haber creado aquella noche, Sofía... unidos para siempre en ella.

¿Por qué todo termino? ¿Cuándo todo esto sucedió? Miré los papeles recostados en mi mesita de noche, eran los papeles del divorcio que yo debía firmar y luego enviárselos para que ella lo hiciera. Pero no podía hacerlo, llevaban allí más de dos semanas y simplemente no podía, ni quería hacerlo. Separarme para siempre de ella... cerrar esta historia... me era imposible y doloroso.

Cerré mis ojos y llevé mis manos a la cabeza, recordé sus palabras aquella noche

—Ya no te amo Nico, ya no encuentro dentro de mí todo lo que sentí alguna vez por ti, ni siquiera sé si me amo a mi misma... Será mejor que nos separemos.

—Pero amor, no me digas eso. Lograremos atravesar todo esto, te lo

prometo, ya lo hemos venido haciendo por mucho tiempo, saldremos adelante, confía en nuestro amor —le rogué.

—Ya no hay «nuestro amor» porque yo perdí la capacidad de amar y no me parece justo para ti que lleves esto solo.

—Pero yo te amo, Miriana —supliqué.

—Pero tu amor no es suficiente para los dos —dijo sin titubear—. Por favor vete...

¿Qué hice mal? ¿Por qué dejó de amarme?... todas las noches me dormía pensando en eso y sin encontrar las respuestas...

4. EL PASADO DE MIS PADRES

Sofía

Al día siguiente desperté temprano y me quedé en la cama pensando. Qué raro había sido ver a mi mamá actuar; raro pero divertido, no la imaginaba de esa forma, tan... espontánea, tan alegre. Ella siempre estaba ocupada y seria, sin embargo anoche vino a ver la serie con nosotras y noté que se relajó al hacerlo... Incluso estaba divertida.

Habíamos quedado en continuar viéndola apenas nos despertáramos, es que queríamos ver a mi papá. Tenía hambre, así que sin despertar a mis amigas fui al baño, me asecé y luego bajé al comedor. Jose estaba preparando el desayuno.

—Buenos días Jose —saludé y me senté en la mesada—. ¡Tengo hambre!

—Hola Sofy, te voy a preparar algo. ¿Tus amigas? —me preguntó son su sonrisa bonachona.

—Aun duermen —sonreí.

—Me dijo tu mamá que hoy viene alguien a comer.

—Sí, la prima de Azzu, que resultó ser *fan* de mamá de aquella época de la tele.

—Ah, sí... —asintió ella mientras me servía un vaso con jugo y tostadas con dulce—. Mis hijas también eran *fans* de tu mamá y de todos los demás chicos, yo las llevé a los conciertos que hicieron aquí.

—¿De verdad?

—¡Sí, claro! Mi hija mayor Ana, era fanática de tu mami y a mi hija más pequeña Fiorella, le gustaba la otra chica, no recuerdo el nombre.

—Wow, ¿tanto así Jose? ¿Eran muy famosos? —no me imaginaba todo eso, me costaba hacerme la idea.

—Sí, yo recuerdo que un día tuve que llevar a Ana a una firma de autógrafos y esperamos paradas bajo la lluvia un montón de tiempo. —Jose sonrió al recordar esa época, sus hijas eran grandes ya.

—¿Y Ana conoció a mamá? —le pregunté.

—Sí, hace muchos años cuando yo empecé a trabajar acá para tu mamá y tu papá, les pedí permiso para traerla y que los conociera. Ella adoraba la pareja que ellos hacían en la serie... —Recordó Jose con aire soñador.

—¿Mamá y papá eran pareja en la serie? —pregunté frunciendo el ceño, no había llegado aún a esa parte.

—Sí, en la última parte, y tenían montón de *fans* que amaban esa pareja, mi hija estaba obsesionada con ellos —explicó—. Fue muy raro cuando la traje a conocerlos porque ella ya era mayor pero aun guardaba esos recuerdos en su corazón, los vio y los abrazó como una niña. Miri y Nico fueron muy amables con ella.

Mi celular sonó y miré quien era, lo atendí de inmediato.

—¡Papi! —saludé entusiasmada.

—Princesita, ¿ya despertaste?

—Sí, estaba desayunando y hablando con Jose.

—¡Qué bien! —exclamó—. Quería preguntarte que cosas quieres hacer mientras estés aquí conmigo, así me organizo. Ya pedí permiso en casi todas mis ocupaciones para estar exclusivamente a tu servicio, solo un día tendré

que grabar un pequeño anuncio publicitario, pero luego, seré todo tuyo.

—Eso me gusta. Principalmente quiero pasear contigo y conversar largo y tendido como hace tiempo no lo hacemos —sonreí—. Y segundo quiero que veas algunos capítulos de *El Estudio* conmigo.

—Ah ya me dijo tu madre que andas entretenida con eso.

—Sí, y me gusta que hayas hablado con mi madre. —Sonreí y me pregunté en qué momento mamá le pudo haber contado si solo fue anoche que empezamos a ver la serie—. No veo la hora de ver tu entrada triunfal en la pantalla —acoté.

—No vayas a odiarme. ¿Okey? —alegó divertido.

—Ya me dijo mamá que eras un galán malvado, pero cuéntame más.

—No, mejor que lo veas por tus propios ojos —añadió mi padre divertido—. Pero vas a adorar a este galán —agregó.

—Ya lo adoro ahora —contesté, amaba a mi padre, siempre había sido muy apegada a él.

—¡Buenos días! —saludó mamá dándome un beso en la mejilla—. ¿Con quién hablas? —preguntó.

—Con Nicolás —respondió Jose y mamá asintiendo se sentó a desayunar.

—Hola Miriana —saludó mi papá que escuchó su voz.

—Papá dice «hola» —dije mirándola.

—Hola Nico —saludó mamá.

—Mamá dice «hola» —comenté a papá por el teléfono y riendo. A veces, cuando no peleaban, podían hacerme tan feliz con estas simples tonterías, mamá sonrió.

—Bueno Sofy, tráete esos DVD y verás conmigo lo que es bueno.

—Creo que ya sé a qué te refieres. —Yo podía jugar su juego.

—Mmmmm creo que no sé a qué te refieres tú, señorita —dijo mi padre cuya sonrisa podía imaginar a través de la línea telefónica.

—¿A esa dónde te pones de novio con cierto personaje femenino? — pregunté con una sonrisa pícaro y mi madre me miró frunciendo el ceño.

—Ahh... me descubriste. —Mi padre se echó a reír—. Fue la mejor parte de toda la historia —afirmó.

—Creo que me pondré celosa si prefieres a otra chica por encima de mí —observé de reojo a mi madre y ella negó con su cabeza.

—Nunca preferiría a ninguna chica por sobre ti —añadió dulcemente papá—, pero debes admitir que esa chica es única. —Yo solo sonreí, él siempre tenía palabras bonitas para mi madre aunque estuvieran separados, yo a veces creía que él aun la amaba.

—Bueno, si es con ella puedo compartirte —agregué observando a mamá y la vi sonreír tímidamente; sabía que hablábamos de ella—. ¿Y tú también tenías muchos *fans* papá? Porque acá Jose me contó que cada uno tenía sus seguidores.

—Tenía un montón de *fans* —contestó mi padre—, y estaban mayormente locas —agregó—. Es que ya ves hija soy tan irresistible —bromeó.

—Ya se te han subido los humos.

—Espero con ansias nuestra semana juntos, princesa.

—Yo también papi, te amo —sonreí y luego de su contestación, corté la llamada.

Mamá se había quedado sumida en sus pensamientos, revolvía su café una

y otra vez. Aún estaba en pijama y eso me parecía raro de ella.

—¿No vas a salir hoy? —le pregunté.

—Me tomé la semana libre para pasarla contigo ya que la semana siguiente será un poco difícil.

—¿Te parece si esta tarde vamos a merendar? —Mi mamá hacía mucho tiempo no se tomaba días libres y menos para pasarla conmigo.

—Sí, me parece súper —sonrió emocionada—. Ve y despierta a las niñas que vengan a desayunar.

Me levanté y fui a mi habitación.

—Oigan, despierten, desayunemos así podemos seguir con nuestra maratón de capítulos —dije golpeándolas suavemente con las almohadas.

—Buen día —masculló Azzu.

—Buen día —sonreí—. Vamos, el desayuno está listo, las seguí golpeando para que se despierten y fueran al baño a asearse antes de bajar.

5. Y ME DESCUBRO EXTRAÑÁNDOTE

Miriana

Las niñas desayunaron y continuaron viendo sus capítulos, yo fui a darme un baño relajante y tibio ya que hoy tenía mucho tiempo para mí. Le di a Jose las instrucciones para el almuerzo ya que las niñas y la prima de Azzu almorzarían con nosotras.

—Miri... —me habló Jose—. ¿Será que puedo pedirte un favor?

—Sí, claro Jose —contesté, ella era como de la familia a estas alturas.

—Pasa que Ana está estudiando en Barcelona, y escuché que van a ir la semana que viene y quería enviarle algo. ¿Será que se podrá?

—¡Claro! —respondí sonriendo—. Pero yo no voy a Barcelona, solo va Sofy. Igual le daremos el encargo a ella y tú te comunicas con Ana y le dices que la llame al celular para coordinar, ¿te parece?

—Sí, genial Miri, gracias.

—No, de nada —respondí sonriendo y fui hacia mi habitación.

Mientras estaba preparando el agua caliente en la bañera para hundirme en ella un buen rato, prendí la tele y justo estaban pasando el comercial donde salía Nico, él era la cara de un perfume para hombres. El comercial parecía perseguirme, siempre que encendía la tele ahí estaba mi sexy ex esposo mostrando su torso desnudo y llenándose de esa colonia.

Lo miré, sonreí de solo pensar en las veces que llené de besos esa parte de su cuerpo. Cerré mis ojos y empecé a recordar. ¿Por qué mi mente lo pensaba tanto últimamente? Quisiera poder estar con él en este mismo momento, recostarme en su pecho y sentir que todo estará bien. Hay días que lo extraño tanto, sobre todo cuando tengo estos tiempos libres que me llevan a pensar.

Todo estaba siendo muy extraño últimamente, todo me recordaba a Nico desde hacía unos días, más exactamente desde que mi abogado me informó que ya le había entregado a él los papeles del divorcio, eso fue hace como un par

de semanas. Me preguntaba si ya los habría firmado, pero no creo, porque si no ya me los habría hecho llegar.

Cuando nos casamos jamás hubiera pensado que un día me divorciaría de él, estábamos tan contentos... De hecho fue uno de los días más felices de mi vida. Nos casamos en España, ya que viviríamos en Italia. Recuerdo el día que me pidió matrimonio, yo estaba en medio de una gira, y tocaba cantar en México, él me acompañó para recordar viejos tiempos, y eso hicimos durante un par de días. Salimos y recorrimos la ciudad, los lugares que solíamos frecuentar durante las grabaciones, vimos a los amigos de allá, menos a Guillermina y a Mateo con quienes habíamos perdido por completo el contacto debido a lo mal que se sintieron cuando se enteraron de lo nuestro. Ambos no tardaron en deducir que habíamos terminado con ellos para estar juntos, por más que lo hayamos ocultado. Él no quedó bien con Guillermina, ella lo llamó y pelearon. Mateo sólo me escribió un email bastante doloroso por cierto, en el cual me reprochaba lo que le había hecho.

Fue en México, el país que nos unió, donde él me pidió que fuera su esposa para siempre. La boda se realizó unos meses después, fue sencilla y familiar, unos pocos e importantes amigos y familiares que viajaron hasta España para presenciar nuestra unión. Él estaba tan guapo ese día, tenía un traje gris y el pelo bien arreglado. Yo entraba a la Iglesia de la mano de mi padre en un vestido blanco, largo, lleno de encajes y perlas, en realidad parecía una princesa. Estaba nerviosa, no por temor a equivocarme, sino porque era un día tan importante... pero lo vi allí, parado con esa sonrisa que me derretía, diciéndome con su mirada que todo estaría bien. Entonces todo el mundo a mi alrededor se desvaneció y simplemente supe que era lo correcto.

Jamás dudé de mi amor por él, jamás dudé de que fuéramos felices toda la vida. Entonces, ¿qué fue lo que pasó?

Mi vida es un caos, no soy una persona equilibrada. Desde que sucedió lo de Agostino algo dentro de mí se rompió y ya no me siento la misma de siempre, siento que la tristeza en mi corazón es demasiado grande y pesa. Entro y salgo de depresiones que algunas veces duran menos y otras duran más...

Él estuvo a mi lado, haciendo lo que nadie más hubiera hecho por mí. Cuando entré en mi primer cuadro depresivo, luego de perder a Agostino, solo

quería morir; morir y encontrarme con mi bebé para cuidarlo, porque él estaba solo en algún lugar frío y sin el calor del pecho de su madre. Cuando fui a ver su tumba, llovía... yo imaginaba su cuerpecito frío en la arena húmeda, mojado por la lluvia. Entonces decidí quedarme en la cama, no levantarme nunca más, morir allí lo antes posible, de hambre o de sed, así podría estar con él. No pensé en Nico ni en Sofy, el dolor era demasiado grande y yo no lograba encontrar las ganas para salir adelante.

Nico envió a Sofy a España para vivir con su abuela por seis meses, y él no se movió de mi lado. Dejó todo, su carrera, sus trabajos, renunció a su vida. Me daba de comer en la boca, me sacaba de la cama en brazos y me sentaba en la bañera para bañarme, enjabonaba con amor cada parte de mi cuerpo mientras me recordaba lo hermosa que era y lo importante que era para él, luego tomaba una toalla y me envolvía en ella, me secaba con suavidad y me ponía ropa limpia.

A veces me sacaba a pasear, yo no quería salir, yo era solo un robot fingiendo vida. Él me sentaba en el asiento del copiloto y ponía las músicas que me gustaban, dábamos vueltas por la ciudad, me llevaba y me compraba mis comidas favoritas o el helado que más me gustaba. Él hacía todo por mí, me cuidaba, me bañaba, me vestía, me ayudaba a dormir, me ayudaba a despertar y me decía todo el tiempo lo mucho que me amaba y cuanto él y Sofía me necesitaban.

Pero yo estaba en lo profundo de un pozo oscuro, donde uno no siente nada más que frío y soledad, donde uno no puede ver las necesidades de los otros y es completamente incapaz de amar, porque allí uno no se ama ni a sí mismo; por el contrario, se odia y solo quiere terminar con su existencia. Si yo me hubiera cuidado, si hubiera dejado esa gira como me recomendó el médico, Agostino estaría aquí con nosotros hoy, y seríamos una familia feliz.

Un día desperté de mi letargo, me dije a mí misma que ya era suficiente de autocompasión, me levanté y lo vi durmiendo a mi lado. Entré al baño y me bañé. Me miré al espejo y me odié como siempre, pero me dije a mí misma que necesitaba seguir adelante, salir de este pozo en el que estaba. Me maquillé y fui a hablar con mi *manager* para continuar con mi carrera. Cuando despertó, Nico no me encontró y se asustó. Cuando volví me esperaba alterado, me preguntó dónde había ido y se lo conté. Él se puso contento

porque al fin había decidido retomar mi vida.

Pero su presencia empezó a molestarme, todo de él me recordaba el peor episodio de mi vida, todo él me recordaba lo mala madre que había sido pues no pude ser capaz de defender la vida de mi propio hijo. Él y su amor me recordaban que yo me odiaba y que no merecía que una persona me amara de la forma en que Nico lo hacía.

Sofía volvió a casa y yo traté de ser igual con ella, pero tampoco lo logré. Ella también me recordaba a su hermano, me recordaba que yo era incapaz de ser una buena madre. De todas formas ella me necesitaba y era inocente, intenté ser lo mejor que pude para ella, aunque reconozco que dejé mucho tiempo y espacio libres, la dejé muy sola. Por suerte Nico siempre estuvo allí para ella...

Nicolás... Él me empezó a molestar, no quería estar con él, no quería sus besos ni sus abrazos, estaba harta de escucharle decir que todo iba a estar bien y de que me tuviera lástima. Estaba harta de que me dijera que me amaba, yo no me merecía su amor ni el amor de nadie. Así que un día le dije que se fuera, le dije que yo ya no lo amaba y que su amor no era suficiente para los dos. Y él se fue... se fue de mi casa, se fue de mi vida... pero no se fue nunca de mis pensamientos y de mi corazón. Sólo que yo no servía para amar a nadie, no después de todo lo que viví, después de todo lo que pasó. Yo ya no podía ser feliz ni hacer feliz a nadie...

Sacudí mi cabeza para sacarme esas ideas, descubrí lágrimas saliendo de mis ojos. Me dolía el corazón, lo tenía tan lastimado, y todo era culpa mía. Miré mi celular y sentí ganas de llamarlo solo para escuchar su voz. Hacía mucho que no lo llamaba solo por llamar, siempre era tras alguna excusa de Sofía, o algo así. Hacía como un par de semanas que tampoco habíamos discutido por nada, lo que era extraño, pero asumía que todo era por la cercanía del divorcio. Me planteé la idea de llamarlo, pero... ¿qué le diría?

Me recosté en mi cama pensando en qué sería lo correcto y me sentí tan estúpida, no sabía si llamar o no a la persona que había sido por años mi compañero, el amor de mi vida, la persona que más me conocía en todo el mundo. Me sentía peor que una adolescente imaginando cómo reaccionaría él si lo llamaba. Entonces recordé su llamada de anoche y sonreí, él estaba preocupado por mí y eso me alentó.

Busqué su nombre y le di marcar, escuché el tono del otro lado pero corté enseguida. ¡Qué tonta!, igual sabría que era yo. Escuché el timbre de mi teléfono unos segundos después, y obvio, era él.

—Hola... —saludé tratando de que mi voz sonara normal.

—Hola... ¿Me llamaste? —preguntó.

—No, creo que mi teléfono se marcó solo, perdón —sonreí nerviosa, podía imaginarlo sonriendo también, me conocía demasiado.

—¿Necesitas algo Miriana?, si es así solo dímelo —preguntó con dulzura. ¿Cómo podía seguir siendo así después de todo lo que le hice?

—Yo sólo... sólo...—callé.

—¿Sólo...? —Me instó a que hablara.

—Solo necesitaba escucharte... —susurré al fin suspirando y sacándome un peso de encima—. Por favor discúlpame.

—No te disculpes —pidió con dulzura—. Aquí estoy siempre para ti, lo sabes.

—Hay días que te extraño. —No sé qué parte de mi estaba hablando, llevábamos cuatro años separados y jamás habíamos hablado así.

—Yo te extraño todos los días —añadió él con tal sinceridad que no supe qué responder.

—Adiós Nico. —Me despedí para no alargar la conversación.

—Adiós princesa —cortó.

6. MENSAJEANDO, INCITANDO...

Nicolás

Corté el teléfono porque sabía que Miriana estaba incómoda, ya era suficiente para mí saber que quería escuchar mi voz y que había días que me extrañaba. ¿Por qué todo era tan difícil? ¿Por qué no podía correr y abrazarla, llenarla de besos y derretir con todo mi amor esa coraza de hielo con la cual ella rodeaba su corazón?

Nunca la había dejado de amar y ella lo sabía, nunca se lo había ocultado. Yo salí de su vida porque ella me lo pidió, y uno cuando ama a alguien hace lo que esa persona necesita para ser feliz, y ella necesitaba que yo saliera de su vida. Pero no importaba cuánto tiempo pasara, no importaba cuántas cosas sucedieran en el medio, ella siempre sería el amor de mi vida y jamás me arrepentiría de todo lo que vivimos.

Mi vida era solitaria, estaba completamente abocado al trabajo y a los proyectos, así como también a mi pequeña Sofy con quien me encantaba pasar tiempo y hacer locuras. Nos gustaba cabalgar, o viajar en el auto escuchando música y cantando, le había enseñado a tocar la guitarra y solíamos cantar juntos. Ella tenía todo el talento de su madre, y divertirme con ella me regresaba a la vida, me recordaba a mis días con Miriana, esos días en los que nos sentíamos los dueños del mundo.

No estaba en ningún proyecto grande, había terminado de grabar una teleserie hacía dos semanas atrás y para descansar me había tomado un mes de vacaciones. Estaba componiendo unos temas para unos artistas españoles, pero lo había pospuesto todo por la llegada de mi princesita a casa. Lo único que no pude cancelar fue la grabación del comercial del perfume, ese del cual llevo años siendo la cara. Iban a sacar una versión femenina y yo debía grabar

el comercial con una modelo que sería la cara de esa nueva versión. No la conocía, me dijeron que se llamaba Adriana, pero no sabía mucho de ella y tampoco me interesaba investigar. De todas formas, la grabación se llevaría a cabo en una playa y había pedido permiso para llevar conmigo a Sofia, ya que sería el martes de la semana que ella estaría aquí. Sabía que a ella esas cosas no le gustaban, pero no quedaba otra, no pensaba dejarla sola.

En algún momento entre mis cavilaciones me quedé dormido y mis pensamientos empezaron a volar.

—Nico, hay días que te extraño —dijo Miriana entrando de repente a mi habitación.

—Yo te extraño todos los días —le contesté sonriendo. Ella avanzó y puso sus manos alrededor de mi cuello.

—Por favor bésame —rogó mirándome fijamente a los ojos.

—¿Estás segura? —le pregunté—. No sé si quiera hacerlo —susurré sin dejar de mirarla.

—¿Por qué no quieres? ¿Ya no te gusto? ¿Ya no me quieres?

—Claro que me gustas, te quiero y quiero besarte... pero para mí no es solo un beso, Miriana. Yo no he dejado de amarte y no puedo volver a perderte, no soportaría que te fueras una vez más.

—No voy a irme, te necesito —dijo acercándose cada vez más a mí.

Yo ya estaba enredado en su aliento, en ese halo de misterio que nos envolvía cuando estábamos así tan cerca. La besé muy tiernamente, sólo rocé mis labios con los suyos y la electricidad de miles de besos no dados en cuatro años hizo que mi cuerpo estallara en shock. Ella abrió los labios y yo introduje mi lengua buscando a la suya. Oh Dios como extrañaba esos besos, como extrañaba esos labios, como extrañaba su sabor... El beso se

tornó cada vez más profundo, denso y húmedo, mi lengua exploró cada centímetro de su boca como lo había hecho tantas otras veces antes, su lengua se adentró con furia buscándome, incitándome.

Mis manos recorrieron su espalda mientras ella presionaba con las suyas mi cabeza como para hacer ese beso aún más profundo e intenso. Me detuve, la miré, sus ojos estaban llorando y sequé sus lágrimas con mi pulgar. Besé sus mejillas y llené mis labios de su sal.

—No llores más mi amor, aquí estoy para ti.

—Ya no me dejes —me rogó.

—Nunca lo hice —le contesté.

—Perdóname —suplicó.

—No hay nada que perdonar —sonreí mientras acariciaba su rostro. Sus lágrimas se hicieron más intensas pero sus besos se tornaron también más feroces. Mientras lloraba me abrazaba con fuerza y besaba todo mi rostro.

—Hazme tuya —pidió en un momento y yo sólo sonreí con dulzura.

—Siempre has sido mía —respondí y accedí a su pedido.

Salvajemente nos despojamos de las ropas que estorbaban y nos fuimos uniendo en más besos y abrazos, su cuerpo sudado y su rostro bañado en lágrimas llenaban de sal a mi cuerpo y a mis besos... Ella me abrazaba, me arañaba, me apretaba. Yo la besaba, la abrazaba y por sobre todo, la amaba.

Nos fundimos en uno solo, nos perdimos en el cuerpo del otro, ese cuerpo que extrañábamos hacía tanto tiempo, esas ganas que nos habían consumido en un deseo prohibido durante estos cuatro años o más, porque ya hacía mucho antes que no estábamos juntos debido al estado depresivo

en el que ella se encontraba.

Me desperté alterado, sudoroso y excitado. Estaba desorientado, el sueño había sido muy real... Miré alrededor, estaba solo y se había puesto oscuro. Tomé mi cabeza entre mis manos, una sola llamada de ella era suficiente para alterar todo mi mundo. No era tampoco la primera vez que la soñaba de esa forma, pero había sido muy intenso, muy real. Me levanté y caminé hasta el baño, necesitaba una ducha... y fría si era posible.

Una vez me tranquilicé, fui hasta la cocina a prepararme algo para comer. Sonreí al recordar el sueño, cuanto la deseaba, cuanto la extrañaba... extrañaba todo de ella. Amanecer a su lado y sentir sus besos en mi cuello para que yo despertara, correr para alcanzarla cuando se enojaba conmigo hasta que terminaba riendo y yo le hacía cosquillas para que me perdonara, el desorden de su pelo en las mañanas y su cara de dormida los domingos cuando cerca del medio día me obligaba a mí mismo a ir a despertarla para comer.

Extrañaba el sonido de su risa, esa risa loca cuando algo la ponía tan contenta, esa risa que había perdido por completo hacía mucho tiempo atrás. Las cosas que me decía al oído cuando hacíamos el amor y lo loca que se podía llegar a poner. Su forma de tocarme, de besarme, de abrazarme. Las pastas y las pizzas que cuando tenía ganas cocinaba para mí, porque no es que le gustara demasiado cocinar pero de vez en cuando lo hacía. Las veces que me cantaba al oído, su voz era como una droga para mí. La forma en que arropaba a Sofy cada noche antes de dormir y oírla tras la puerta cantarle una canción.

Extrañaba las caras locas que ponía cada vez que se quitaba una foto, o cuando tomaba mi celular y me lo llenaba de fotos de ella o de Sofy. No había absolutamente nada que no extrañara de ella, incluso su mal humor cuando debía ponerse tacones altos y ropa que no le gustaba, o los pijamas nada sexys

que usaba en invierno cuando hacía mucho frío y ella se cubría con ropas que parecían de mi abuela.

Sonreí ante todos esos recuerdos... ¿Cómo se puede olvidar todo eso y nada más rehacer la vida? Eso no era posible para mí, le mandé un mensaje, necesitaba hacerlo, si estaba mal, no me importó.

«Estaba recordando la vez que te enojaste tanto conmigo por comer todo el helado de chocolate que tenías en la heladera escondido para comértelo sola de madrugada».

Su respuesta no tardó en llegar

«Maldita costumbre de comer lo que encontrabas en la heladera sin preguntar de quién era».

«Después de eso empezaste a ponerle rótulos a las comida. “Esto es propiedad de Miriana, no tocar”».

«Aun así te comiste toda la crema batida que había guardado para comerme con el helado de frutilla que tenía reservado para mi noche de soltera de aquel viernes, cuando tú tenías planeado salir con tus amigos».

«Si mal no recuerdo, la crema batida la comimos juntos, o sea... bueno... fue algo así como un manjar exquisito». —Sonreí ante el recuerdo, eso pasó una noche en la que yo estaba comiéndome la crema batida que ella había rotulado como suya, pero me descubrió haciéndolo y me la quitó. Fingió enfado pero yo la perseguí y terminamos besándonos en el sillón de la sala. Sofia había ido a dormir a lo de Azzurra, así que Miriana y yo estábamos solos en la casa.

De un momento a otro ella se quitó la ropa y empezó a ponerse la crema batida alrededor del cuerpo *«Si quieres esta crema, te dejaré comértela si me atrapas»*, fue lo que me dijo aquella vez. Empezó a correr por la sala

mientras su cuerpo desnudo chorreaba crema por todas partes. Casi me vuelve loco, por supuesto se dejó atrapar y yo empecé a saborear la crema junto con su sabor, nada más afrodisíaco ni placentero. El sonido del mensaje de texto me sacó de mis recuerdos.

«Mmmmm».

«Ese "mmmmm"... ¿Es por algo que es rico o es más como un reproche?». —Pregunté.

«Elije la opción que más te guste». —Me contestó.

«Elegiré como algo que es rico, como esa crema batida que fue la más rica que probé en mi vida». —Sonreí, esto se estaba poniendo de cierta forma excitante.

«¿Has estado con alguien en este tiempo?». —Me preguntó y supe que su pregunta tenía que ver con el ámbito sexual porque ella sabía que yo no había salido con nadie después de ella.

«No, solo contigo, en mis sueños y en mis pensamientos más perversos». —Sonreí como adolescente emocionado tras enviarle ese mensaje.

«Intentaré creerte». —Me respondió. Ella siempre me decía que yo era un sexópata, pero yo era así solo por ella, por lo que ella despertaba en mí.

«¿Te molestaría que esté con alguien?». —Le pregunté.

«No lo sé». —Me respondió con sinceridad.

«¿Has estado con alguien tú?».

«No tengo tiempo para esas cosas». —Contestó y yo me largué a reír solo.

«El tiempo para esas cosas se inventa, Miriana —contesté—. Has estado con alguien, ¿sí o no?».

«¿Te molestaría si he estado con alguien?».

«Quizás —respondí con sinceridad—, pero prefiero la verdad».

«No he estado con nadie». —Me respondió.

«¿Ni conmigo en tus sueños y pensamientos más perversos?».

«Te dejaré con la duda —me respondió y sonreí—. Hasta luego Nico».

«Hasta luego princesa».

Esa noche me recosté con una sonrisa en el rostro, habíamos hablado más de lo que lo habíamos hecho en años... sonreí...

7. MI AMIGO DANTE

Sofía

Estaba acostada en mi cama repasando todo lo sucedido en el día. Por alguna extraña razón sentía que las cosas en mi vida estaban cambiando. Luego del desayuno, Azzu, Giuli y yo continuamos viendo *El Estudio*, ya nos quedaban menos capítulos para terminarla. Hacíamos una especie de maratón de capítulos, solo nos levantábamos para ir al baño y para recargar provisiones desde la cocina.

Al medio día llegó Sonia, una hermosa chica de pelo castaño claro y enormes ojos celestes. No hablaba casi nada de italiano así que le hablábamos en español. La verdad es que mamá y yo siempre hablábamos un poco de cualquier idioma, y con papá siempre hablaba en español. Mis amigas también manejaban los dos idiomas a la perfección porque íbamos a una escuela bilingüe justo porque las tres éramos de familias mixtas.

Dante vino también a almorzar con nosotros, Azzu lo había invitado y no tardamos en informarle todo acerca de la serie. Mamá bajó al medio día y conoció a Sonia, que estaba con nosotros en la sala bastante nerviosa mirando todo a su alrededor, pude ver un rastro de su niñez en sus ojos mientras veía a mamá bajar las escaleras. Era como me había dicho Jose que le pasó a su hija Ana, era como si los años no hubieran pasado y se encontrara allí, más o menos a nuestra edad, viendo a su ídola. Esta vez podía entender un poco mejor la sensación, veía a mi mamá en esa serie y pensaba que si hubiera sido yo, también la hubiera adorado, bueno, de hecho la adoraba.

Mamá bajó y nos sonrió a todas.

—¡Hola chicas! ¡Hola Dante! —dijo viniendo hacia nosotros—. Tú debes ser Sonia.

—Miriana... —articuló la chica sorprendida.

—Sí, la misma —afirmó mamá dándole un beso en la mejilla.

Pasamos al comedor y nos sentamos, Sonia no decía una palabra hasta que Azzu comenzó a burlarse de ella.

—Sonia, ¿qué pasó? ¿Te comió la lengua el ratón? —La chica se puso roja y solo sonrió.

—Estoy un poco nerviosa, o emocionada, es raro... cuando yo tenía la edad de ustedes... —Y luego miró a mamá y se calló.

—Cuéntanos —insistí yo que realmente quería saber cómo era aquel mundo pasado de mis padres.

—Bueno, era muy *fan* de tu mamá —respondió mirándome—, y de Nico... —agregó con mirada soñadora como si recordara algo.

—Nico es mi papá —afirmé sonriendo y la boca de la chica se abrió en una gran O, mamá sonrió.

—¿No lo sabías? —preguntó mamá.

—Bueno, la verdad es que cuando la serie terminó ya no seguí lo que pasaba con los actores y actrices, o sea mi vida se fue complicando un poco y ya no supe que fue de la vida de ustedes —sonrió con vergüenza.

—¡Entonces eres una mala *fan*! —se burló Azzu apuntándola con el dedo y Dante rio de su comentario, Sonia le echó una mirada de enfado.

—No le digas así —regañó mamá con ternura.

—Es que sí tía, imagínate, se quedó en la serie, no siguió la vida de ustedes y el único disco que tiene de ti es uno de hace un millón de años —replicó Azzu, pero Sonia estaba de todos los colores. Mi mamá meneó la cabeza y sonrió.

—Sonia, a ver, un tiempo después me casé con Nico y luego tuvimos a Sofy —dijo mirándome orgullosa.

—¿Y Guillermina? ¿Y Mateo? —cuestionó Sonia y yo no sabía quiénes eran ellos. Mamá se aclaró la garganta y sentí un poco de incomodidad en ella.

—Bueno, ya ves, las cosas cambiaron. El caso es que terminé casándome con Nico, pero estamos separados hace años.

—Qué pena —lamentó Sonia como si de verdad lo sintiera—. Son y siempre fueron la pareja perfecta. —Mis amigos y yo mirábamos esa conversación como un partido de tenis, cabeza acá, cabeza allá, mamá sonrió.

—Eras *fan* de *Laura y Alejandro* —afirmó mamá.

—¡Mil quinientos porcientos! —exageró Sonia con orgullo—. Lo mejor de la serie. —Mamá se echó a reír como hace mucho no la veía hacerlo.

—Yo también soy *fan* de *Laura y Alejandro* —sonreí y mis amigas levantaron sus manos asintiendo y diciendo «yo también», mamá se sonrojó.

—Ustedes no llegaron aun a esa parte, no saben si les gustará la pareja —añadió sonriéndonos.

—¡Es imposible que no nos guste! —afirmé muy segura.

Me había enterado de más cosas en ese pequeño almuerzo. Sonia le contó a mamá cosas que hacían las *fans*, le contó lo importante que era para cada una de ellas. Dijo que años atrás jamás se imaginaría estar almorzando en la casa de Miriana Baccaro y que aunque ya era mayor y todo aquello era parte de su pasado, ella le agradecía mucho la hospitalidad y en parte, el haberle cumplido un sueño. Mamá le agradeció por el cariño y el apoyo y se tomó una foto con ella. Sonia le prometió volver a interiorizarse en su carrera y comprarse los nuevos discos, todos reímos ante ese comentario.

Cuando terminamos de almorzar y de conversar mamá salió un rato y Sonia volvió a su casa. Los chicos y yo fuimos a mi habitación para continuar viendo los capítulos. Tuvimos que explicárselo todo a Dante para que entendiera, no pensábamos empezar de nuevo solo por él.

Cerca de las seis de la tarde mamá llegó, los chicos se despidieron de nosotros y se fueron. Dante me dijo que volvería en la noche y yo me dispuse a salir a merendar con mamá.

Estuvimos paseando, compramos un montón de cosas, mamá me compró una blusa, un jean y también una bota hermosa. Ella se compró una falda y una chaqueta. Le dije a mamá que quería llevarle un regalo a papá, así que estuvimos caminando y buscando opciones.

—¿Te parece que esto le va a gustar? —pregunté a mamá al ver una chaqueta muy del estilo de mi padre.

—Sí, es probable, pero tiene demasiadas. ¿Por qué no buscamos algo más personal?

—¿Algo como qué? —cuestioné.

—Algo como un disco —respondió mamá.

—¿Un disco? —inquirí frunciendo el ceño—. Yo no tengo ni idea de qué música le gusta escuchar a papá —agregué avergonzada.

—Ah pero yo sí, y justo acaba de salir el último disco de su grupo favorito, estoy segura que le encantará —comentó mamá entusiasmada mientras íbamos a una tienda de discos y libros. Ella compró un disco y un libro, los mando envolver y me los dio—. Esto le encantará a tu padre —sonrió satisfecha y yo la miré con una sonrisa pícaro.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Son su grupo favorito y el tercer y último libro de una trilogía que él adora, acaban de salir y estoy segura que los amaré.

—Y si lo amaré tanto, ¿cómo sabes que no se los compró aun? —pregunté y ella sonrió.

—Ahh Sofía, se nota que no conoces bien a Nico, él no se levantará de su cómoda cama para ir hasta la tienda a buscarlo, ese siempre fue mi trabajo —dijo y al instante la sonrisa que tenía en los labios se le borró.

Unas chicas se le acercaron a pedir un autógrafo y sacarse fotos, ella volvió a sonreír, pero era esa risa armada que siempre ponía para la exportación, sus ojos no reían con ella.

—Mamá —la llamé cuando nos quedamos solas—. Yo sé que él también te extraña —ella solo sonrió.

Volvimos a casa porque se nos estaba haciendo tarde y yo sabía que Dante llegaría enseguida, había quedado con él en vernos a las ocho.

—¿Qué sientes de ver a tu mamá en la tele? —me preguntó Dante mientras íbamos a la cocina a servirnos un helado.

—No lo sé, es como... raro —sonreí—. Pero estoy orgullosa de ella, imagínate tan joven viajar tan lejos sin conocer el idioma y estar allí sola haciendo todo eso.

—Sí... —asintió él— Y canta tan lindo —agregó.

—Sí, ¿verdad? —pregunté y él asintió.

—Hablando de cantar, ¿vamos por tu guitarra y componemos algún tema?
—preguntó mientras nos servíamos el helado.

—Me parece genial —sonreí—. Quizás podrías ayudarme a componer un tema para mamá, el jueves que viene es su cumpleaños y aunque no vaya a pasarlo con ella me gustaría dedicárselo.

—¿Por qué no vas a pasar con ella?

—El domingo viajaremos a España, ella irá a Sevilla y yo quedaré en Barcelona con papá por una semana porque ella debe grabar un video clip, así que no estaré con ella en su cumpleaños.

—Bueno pero pasarás tiempo con tu papá, después de todo lo extrañas mucho. —Dante era mi mejor amigo, no pasábamos mucho tiempo juntos pero era quien me conocía de verdad, él sabía todo lo que sentía y lo que en realidad sufría con la separación de mis padres porque él estuvo allí cuando todo sucedió y podía entenderme porque sus padres habían pasado por lo mismo.

—¿Crees que papá ya haya firmado el divorcio? —le pregunté y se encogió de hombros.

—En cualquier momento lo hará Sofy, debes aceptarlo —me miró con tristeza.

—Lo sé... estos días no han discutido para nada, ¿sabes?

—No quiero que te ilusiones, Sofy —me habló con sinceridad—. Que no discutan no quiere decir nada, quizás están madurando un poco y dejan de comportarse como niños, nada más —agregó encogiéndose de hombros—. Mis padres también ya se acostumbraron y ya no discuten... Ahora mi mamá tiene un nuevo novio. —Sus ojos se llenaron de tristeza.

—Lo siento... —Coloqué mi mano en su hombro a modo de apoyo.

—No es malo, pero no es mi papá y odio ver a mi mamá mirando de esa forma a alguien que no sea mi papá.

—¿De qué forma? —le pregunté.

—Así, enamorada, como si todo el mundo dependiera de él, con esa cara

de tonta que ponen las chicas cuando se enamoran. —Ambos reímos.

—No sé, yo no me imagino ni a mi mamá ni a mi papá con otras personas —dije poniéndome seria de solo pensarlo—. Aun no supero la separación, menos que un o una intrusa se meta en nuestra familia.

—Tu familia esta disgregada ahora, tu familia son tú y tu mamá o tú y tu papá —insistió Dante tratando de hacerme ver la realidad.

—No... Nosotros somos tres —repliqué sacudiendo mi cabeza y él solo se encogió de hombros resignado.

—Vamos a cantar. —Entonces tomó la guitarra.

A mí me encantaba cantar, lo solía hacer con papá, era obvio que tenía el talento de ambos pero era tímida y no lo hacía en público. Solo lo hacía cuando venía Dante, que era un gran guitarrista y pianista, así que él me acompañaba y juntos solíamos inventar canciones o cantar algunas ya inventadas antes.

Compusimos una canción sencilla que pensaba cantarle a mamá en su cumpleaños. Luego Dante se fue a su casa y yo fui a la habitación de mamá. Ella estaba acostada y mensajeando, se reía sola. Yo en silencio me acosté a su lado, ella siguió un rato más con los mensajes y sonreía cada vez que leía algo. Luego apagó el celular y se recostó del todo. Me miró y me abrazó besándome en la frente.

—¿Con quién hablabas? —le pregunté.

—Con un viejo amigo —respondió con una sonrisa misteriosa y a mí la respuesta no me gustó. ¿Qué tal si mi mamá tenía un novio nuevo? —. ¿Cómo vas con Dante? —me preguntó.

—Bien, estuvimos cantando y hablando... está un poco triste.

—¿Por qué? —Quiso saber mamá.

—Porque su mamá tiene nuevo novio. —Me encogí de hombros.

—Bueno, eso es normal Sofy, llevan mucho tiempo separados —comentó mamá y su mirada se volvió fija en el techo.

—¿Tú tienes a alguien? —le pregunté.

—No hija, yo no tengo ni tiempo ni ganas de enredarme en cosas sentimentales ahora —dijo ella sonriendo tristemente.

—¿Y papá? —pregunté.

—No lo sé, pero no lo creo —contestó ella—. Supongo que si aparece alguien nos la tendrá que presentar. —Mamá sonrió incómoda.

—No me gusta la idea de compartir a papá con otra mujer más... —comenté celosa—. Solo tú y yo somos sus mujeres, él siempre lo dijo.

—Yo ya no soy nada de él, y él es libre de rehacer su vida —admitió y no pude evitar sentir la tristeza en su voz—. Los hombres hija, por naturaleza, necesitan estar con alguien, seguro llegará ese momento, debes estar preparada.

—¿Tú estás preparada? —le pregunté y ella me observó confusa.

—¿Para qué?

—Para verlo con otra chica, abrazándola, besándola, cosas así —añadí sin dejar de mirarla para ver sus expresiones. Ella hizo silencio y supe que la imagen de lo que le iba diciendo iba tomando forma en su cabeza.

—Es tarde Sofia... ¿Por qué no vas a dormir?

—Lo supuse, al igual que yo, tú tampoco estás preparada —murmuré y salí de la habitación sin darle tiempo a que contestara.

8. PREPARANDO EL VIAJE

Miriana

No pude dormir, me quedé pensando en mi reciente conversación con Nico, me sentía como una adolescente jugando a un juego peligroso, pero me gustaba. Me gustaba imaginarlo soñando conmigo o fantaseando cosas en sus sueños o pensamientos más perversos como lo había dicho él mismo. Yo también lo pensaba, en ese aspecto y en todos los demás. Hice un recuento de mis días y me di cuenta que Nico seguía formando gran parte de mi vida, pensaba mucho en él, en qué estaría haciendo o en quien pensaría antes de dormir. A diario cuando despertaba, tocaba mi cama en el lado en el que él solía dormir y lo imaginaba allí, aun dormido. Los domingos cuando me levantaba tarde, esperaba verlo entrar para decirme que ya casi era hora del almuerzo. ¡Cómo necesitaba muchas veces dormir en sus brazos, sentirme protegida en su abrazo! Y extrañaba nuestros momentos de pasión, cuando dejábamos volar la locura y la imaginación, no había nada que no nos gustara experimentar, éramos arriesgados, divertidos, alocados. Sonreí tras el recuerdo.

También pensé en lo que me dijo Sofía... Y no; no estaba lista para verlo rehacer su vida con nadie... En mi cabeza estábamos separados, pero seguíamos unidos, yo seguía siendo suya y él seguía siendo mío. No podría explicar esta sensación, no tiene mucho sentido. Solo que no me imaginaba a Nico abrazando, amando, besando a otra mujer; no sabía si podría verlo, no sabía si podría tolerarlo. Yo no estaba con él, pero tampoco estaba con nadie, nadie podría nunca ocupar su lugar. Y en cierta forma asumía y esperaba que a él le sucediera lo mismo, pero lo que me dijo Sofía me hizo creer que no siempre sería así, que quizás en algún punto él querría seguir adelante... junto a alguien más. Sacudí mi cabeza tratando de sacar esas ideas de allí, simplemente no lo podía imaginar así... ¿Egoísta?, quizás sí...

Me dormí muy tarde esa noche y desperté ya cerca de las diez de la mañana. Me levanté, me aseo y me puse una ropa cómoda. Fui a la cocina en busca de una manzana y un jugo, ya no tenía ganas de desayuno. Al pasar por la habitación de Sofía escuché risas, supuse que estaban las amigas de nuevo,

ellas estaban con eso de la maratón.

Estuve en la cocina hablando con Jose un rato acerca de algunas cosas que debía comprar del supermercado para Sofy para ir preparando su valija para el viaje. Le di algunas instrucciones para cocinar el almuerzo y la cena del día, hoy se me antojaba lasaña.

—Te veo muy contenta Miri —sonrió Jose.

—¿Sí?, para mi estoy igual. —Me encogí de hombros.

—No... Hay algo distinto, el brillo de tus ojos, o quizás tu sonrisa —dijo mientras se acercaba a mí para mirarme mejor, yo solo sonreí y volví a encogerme de hombros—. Quizás sea que no hubo discusiones en estos días con Nico —agregó divertida—, y eso te sienta bien.

—¡Qué cosas dices! —exclamé—. No tiene nada que ver.

—¿No lo vas a ver en España? —preguntó.

—No, yo voy directo a Sevilla y Sofy va directo junto a él. A la vuelta mismo trayecto.

—Qué pena, llevan mucho sin verse... —Yo siempre trataba de no estar presente cuando sabía que Nico venía a buscar a Sofía.

—Bueno, es mejor así, no sea que comiencen las discusiones de nuevo, ya sabes... —gesticulé con las manos y le guiñé un ojo.

—Me gusta, definitivamente me agrada que estés de buen humor estos días —sonrió ella.

—Quizás sean las vacaciones, me hace bien dormir más —contesté sonriente y fui junto a las niñas.

Entré a la habitación de Sofy y me vi en la pantalla con aquella falda de volados coloridos. Nico me hablaba sonriente recostado sobre su gran motocicleta. Sonreí, nuestra primera escena juntos. Sofía saltaba en la cama, estaba realmente emocionada y sus amigas estaban igual. Me senté a disfrutar aquello.

—¡Mamá, mira a papá! —decía Sofía señalando la pantalla, ella tenía una debilidad por él —¡Está guapísimo! —sonrió y yo solo asentí con la cabeza.

Las niñas gritaban emocionadas. Todas querían mucho a Nico, él solía jugar con ellas como un niño más cuando ellas eran pequeñas y él aún vivía con nosotras. Lo recuerdo correteando por el jardín jugando a las escondidas, fingiendo que no veía donde las niñas estaban escondidas. Dante también estaba allí, pero él siempre más tranquilo solo reía. Nico siempre dijo que ese niño estaba enamorado de su Sofía y por eso no lo trataba igual que a las niñas, yo le decía que eso era tonto, aparte eran solo niños. No sabía qué sería de Nico cuando Sofy se enamore de verdad de alguien.

—Tía ¿te puedo preguntar algo? —Azzu me sacó de mis cavilaciones.

—Sí, ¿qué pasó Azzu? —La miré con una sonrisa.

—¿Que se siente besar a alguien que no te gusta o a quien no quieres? —preguntó la niña.

—¡Azzu! — exclamó Giuli como regañándola.

—No te preocupes Giuli, esa pregunta me la han hecho miles de veces, sonreí. Normalmente no pasa nada, no se siente nada, es un trabajo y somos amigos todos. Lo hacemos porque tenemos que hacerlo nada más, aparte hay miles de personas alrededor, cámaras y luces, no es un momento íntimo o algo así, aunque así se vea en pantalla —contesté con sinceridad.

—¿Y cuándo besabas al tío Nico? —continuó Azzu—. O sea, aun no llegamos allí pero sabemos que serán novios, digo *Alejandro y Laura* —se corrigió sobre el final, Sofy dejó de saltar para mirarme. Esa era la clase de preguntas que hacían los niños y uno no sabía que responder.

—Con él fue diferente —sonreí y traté de sonar sincera—. Me pasaban cosas cuando nos besábamos o cuando filmábamos esas escenas.

—¿Ya estaban de novios cuando eso? —preguntó Giuli.

—No... No éramos novios, solo amigos —respondí—. Ambos salíamos con otras personas en ese momento.

—No me imagino salir con alguien que se bese con otra por televisión —dijo Azzu muy seria y yo sonreí.

—No salgas con algún actor entonces —le respondí.

—Lo tomaré en cuenta, tía —afirmó la niña.

Me quedé con ellas un rato más, mirándolas ver la serie y viéndola también con ellas. Sofy daba saltitos cada vez que veía a Nico en la pantalla y hacía comentarios sobre su personaje. También se reía cuando aparecía yo, y me miraba orgullosa.

Más tarde todas bajamos a almorzar y luego subí a mi habitación a llamar a Sol.

—¡Amiga! —exclamé al escucharla—. Vamos a vernos ¿verdad? —Quería confirmar que nos encontraríamos en España.

—Si señora, ya está todo arreglado, viajaré junto a ti y me quedaré contigo toda la semana. ¡Tendremos fiesta! —contestó entusiasmada.

Sol vivía en España y se dedicaba a su pasión, la actuación. Cada vez que yo iba o ella podía venir, nos juntábamos, se quedaba en casa cuando venía a Italia o si yo viajaba a España ella se quedaba conmigo si no tenía trabajo que hacer. Justo ahora había terminado una temporada de teatro y estaba libre, así que íbamos a quedarnos juntas, y nos divertiríamos de lo lindo.

Ella seguía siendo mi mejor amiga, más bien mi hermana. Era la madrina de Sofy, junto con Davide que era el padrino. Se había casado con Benjamín —su eterno novio mexicano— y éste había venido a vivir a España. Aún seguían juntos y tenían dos hijos; Nahuel de diez años y Samantha de ocho.

—¿Con quién se quedarán los niños? —Quise saber.

—Con Benjamín, como corresponde —dijo ella sonriendo.

—Me parece bien.

—¿Y la princesita Sofía? —preguntó—. ¿Viajará contigo?

—No, ella viajará pero se quedará con Nico.

—Ah genial, él estará contento.

—Sí, lo está —sonreí, sabía que ellos mantenían mucho contacto, más aun desde que Nico estaba de nuevo en España.

Los siguientes días pasaron rápido, las chicas no se iban de mi casa y se pasaban viendo la tele y haciéndome preguntas. Yo entraba y salía de casa, pero estaba relajada, dormía bastante y comía bien. Me sentaba un rato con ellas y compartía sus divagues de adolescentes. Salía con Sofía y nos

preparábamos para viajar, comprábamos esas cositas que siempre hacen falta cuando una viaja, o mejor dicho que no hacen falta pero una piensa que las necesitará y las compra.

No quería que a mi hija le falte nada en mi ausencia, sabía que estaría bien con Nico, pero quería que tenga todo a mano, sus enseres personales, cosas de chicas y demás. Así que habíamos hecho una lista y habíamos salido a comprar todo lo que estaba en ella.

Era sábado y cuando llegamos a casa le dije a Sofy que se fuera a acostar porque su vuelo salía bien temprano. Yo me fui a mi habitación a llamar a Nico para confirmar que la fuera a buscar.

—Nico... —saludé cuando atendió.

—Hola —contestó medio adormilado.

—¿Dormías? —le pregunté.

—Un poco —dijo y lo sentí sonreír—. Tuve un día largo y agotador.

—¿Mucho trabajo? —¿Desde cuándo le hacía preguntas sobre su día?

—Sí... Bastante, quería dejar todo listo para liberarme y estar solo con Sofy esta semana, salvo un día que debo grabar una publicidad.

—Ah... bien... —añadí sin ahondar mucho en el tema—. Quería avisarte que la estaré subiendo al avión como a las ocho de la mañana, por favor ve temprano a buscarla, no sea que se quede sola en el aeropuerto y...

—No te preocupes —interrumpió—. No es la primera vez que viene sola y yo siempre la espero a tiempo —sonrió arrastrando la voz cansinamente.

—Está bien, solo por las dudas. Pon tu alarma, no vaya a ser que con el cansancio te quedes dormido y...

—Miriana —me volvió a interrumpir— Despertaré, te lo juro.

—¿No quieres que te llame para asegurar que despiertes? —le pregunté porque él nunca se despertaba temprano, era yo la que escuchaba la alarma... pero olvidé que llevaba cuatro años despertándose sin mi ayuda y me arrepentí de lo que había dicho.

—No hace falta, pero si quieres puedes hacerlo, siempre es bueno

despertar escuchando tu voz —agregó galante y yo meneé la cabeza, siempre tenía esas salidas que me dejaban entre la espada y la pared.

—Está bien, confiaré en que escucharás la alarma —suspiré—. Gracias por cuidarla esta semana.

—No hay de qué, es mi hija, gracias a ti por enviármela —sonrió.

—Adiós.

—Adiós —cortó.

9. CONFESIONES NOCTURNAS

Nicolás

En la mañana desperté temprano y me alisté para ir a recibir a mi pequeña princesa al aeropuerto. Le mandé un mensaje a Miriana que decía: «*En camino, no te preocupes, el bello durmiente ha despertado a tiempo*», ella contestó el mensaje con una carita sonriente.

Llegué al aeropuerto y me paré frente a la puerta de desembarque, tenía en mis brazos un enorme oso de peluche color rosado que traía en sus brazos un corazón rojo que decía «*Te extraño*». La vi salir con su maleta rosada, ella corrió hacia mí y yo la abracé, la levanté y la hice girar en círculos. Mi pequeña niña se estaba convirtiendo en una bella mujercita y cuanto más crecía más se parecía a su madre en sus gestos, en su forma de hablar, en sus ojos y en su sonrisa. Y aunque Miriana siempre decía que Sofy tenía mi sonrisa, yo todo lo que veía en ella era siempre a Miriana.

—¿Y cuáles son los planes? —me preguntó—. Voy a avisar a mamá que ya estoy contigo, sabes cómo se pone.

—Deja, yo le aviso —dije con la excusa de volver a escribirle a Miriana, Sofy me miró extrañada y yo solo le sonreí—. Luego iremos a almorzar a lo de la abuela ya que todos quieren verte y por la tarde, ¿qué te parece helado y cine?

—¡Suena fantástico! —exclamó animada y puse mi brazo para que ella lo tomara. Salimos del aeropuerto sonriendo, yo llevaba su valija y ella el enorme oso que le había regalado.

Llegamos hasta el auto y entró a sentarse mientras yo guardaba su valija. Me senté en el asiento del conductor y antes de arrancar tomé mi celular para

enviarle un mensaje a Miriana.

«*La princesa Sofía ya se encuentra conmigo, todo estará bien, la cuidaré*». Ella contestó el mensaje con un simple: «*Gracias por avisar y que se diviertan*».

—Ya estamos —le sonreí a Sofía—. Vamos a lo de la abuela.

Manejé hasta lo de mis padres mientras hablábamos un poco sobre el viaje y sobre las actividades que tendríamos en los próximos días. Llegamos a lo de mamá y Sofía se entretuvo saludando a todos y hablando con mis padres. Almorzamos allí, deliciosa comida casera de mi madre y luego nos quedamos un rato más conversando.

—Creo que debemos irnos ahora así llegamos a tiempo para la película —comenté levantándome y empezando a despedirme, ella hizo lo mismo.

Mientras manejábamos al shopping le pregunté a Sofy sobre su maratón de la serie.

—¿Y ya llegaste al final? —le pregunté.

—Vamos por la mitad más o menos. Debo decir que me has desilusionado, ¿cómo puedes estar mintiéndole así a la pobre *Analía*? —Sofy me miraba sobre exagerando indignación, como si de verdad sintiera lo que estaba diciendo yo empecé a reír.

—Definitivamente deberías actuar también, has sacado mi talento —dije y ella se largó a reír—. ¿Y qué sientes de ver a tu guapísimo padre en la televisión? —Ella volvió a reír.

—Realmente siento un orgullo enorme de verlos a los dos actuando... ¿Sabes que me gustaría?

—¿Qué? —pregunté.

—Volver en el tiempo y ver la serie cuando la pasaban, vivir todo eso que vivieron ustedes, pero ya siendo tu hija. Algo así como ese dibujo animado en el cual el hijo vuelve del futuro para ayudar a su padre, bueno en mi caso sería volver del futuro solo para ver a mis padres y verlos vivir ese momento.

—Eso suena divertido, pero si llegaras a esa época y me dijeras que eres mi hija y de Miriana, creo que me daría una especie de ataque de pánico, o algo así. —Ambos reímos.

—Cierto, olvidé que mamá me había dicho que no pasaba nada entre ustedes en aquella época... ¿Empezaron después? —preguntó.

—Sí, un poco después de terminar de grabar...

—Pero ella dijo que cuando grababan a ella le pasaban cosas contigo. — La hora de las preguntas había empezado.

—Si, a mí también me pasaban cosas con ella, pero era complicado.

—¿Por qué?

—Porque estábamos en pareja con otras personas que también eran del ambiente.

—Ahh... —Quedó un rato en silencio.

—¿Qué más dijo tu madre? —Me animé a preguntarle.

—Nada, solo eso —se encogió de hombros—. Suele mirar la serie con nosotras y yo la veo cuando se queda colgada mirándote. —Mi hija era astuta.

—¿Has traído los DVD para verlos conmigo? —pregunté.

—En realidad he traído los de los último capítulos, esos quiero verlos contigo para que puedas responder a mis preguntas, pero es un secreto porque si mis amigos saben que adelanté escenas se enojarán.

—Okey, será un secreto pero dime una cosa; ¿porque soy yo el que debe responder las preguntas? ¿Por qué no le dejas la parte complicada a tu madre? —sonreí.

—Ella no responde, cuando las preguntas son difíciles solo cambia de tema —ambos reímos.

—En eso tienes razón...

Llegamos al cine y nos dispusimos a comprar las entradas, también compramos palomitas y un refresco gigante para compartirlo. Vimos una película de acción y nos divertimos muchísimo. Saliendo de allí le pregunté qué quería cenar y me dijo que quería comer hamburguesas, así que fuimos a *Burguer King*. Estábamos allí sentados y comentando la película cuando unas chicas se acercaron a pedirme unas fotos y unos autógrafos. Sofía se ofreció a tomar la foto.

—¿Cómo van los amigos? —pregunté una vez que las *fans* se alejaron.

—Bien, todos entusiasmados con la serie —sonrió—. Azzu trajo a la casa a una prima fanática de mamá a conocerla y almorzó con nosotros, era súper fanática en aquella época, no solo de mamá sino también de la pareja de ustedes. Pero no sabía que había sido de sus vidas así que ignoraba que se habían casado, ella preguntó por Mateo y Guillermina... Por cierto, ¿quiénes son? —Me aclaré la garganta.

—Mateo era el novio de tu mamá, y Guillermina era mi novia.

—¿Quiénes eran? —preguntó curiosa.

—Eran del equipo de trabajo. Guillermina era una de las actrices, la que hacía de *Alma*, ella era mi novia.

—Ah —dijo ella llevándose sus papas fritas a la boca sin dejar de mirarme—. ¿La amaste?

—Sí, Sofy, fue muy especial para mí, pero nada se compara con lo que sentía por tu mamá... por eso terminé con ella para quedarme con Miriana.

—¿Sentías o sientes? —dijo guiñándome un ojo.

—No te pases de lista princesita —Ella empezó a reír.

—Si no quieres decírmelo no me lo digas, pero yo lo percibo igual —se encogió de hombros.

—¿Cómo está tu amiguito? —cambié de tema.

—Bien, bueno no tan bien —su mirada se tornó triste.

—¿Por qué?

—Porque su mamá tiene nuevo novio, y a él no le gusta mucho la idea... Bueno, es lógico, yo lo entiendo —bajó su mirada.

—El que su padre o su madre tengan nueva pareja no influirá en el cariño que le tengan a él —dije tratando de ayudarla.

—No va por ahí, ya sabemos que nuestros padres no nos dejarán de querer y toda esa cháchara que siempre nos dicen, sólo se siente feo. Se siente como que un intruso entra a tu familia, como que debes empezar a compartir con alguien que no conoces... aunque no quieras hacerlo. Es complicado...

—Entiendo, pero tienes que aceptar y ayudar a Dante a comprender que sus padres merecen rehacer sus vidas, merecen también encontrar alguien con quien ser felices.

—Yo no entiendo por qué la gente se separa —dijo ella con tristeza y algo parecido a la impotencia.

—Sofy, las relaciones de los adultos son complicadas.

—El amor no debería ser complicado, si amas a alguien quieres estar con

esa persona y si esa persona te ama también quiere estar contigo y no debería haber nada que se interponga a eso. Las personas deberían luchar por el amor. Y si una mamá y un papá se casaron y formaron una familia es porque se amaban, y no deberían dejar que ese amor se apague... más aun cuando hay hijos de por medio. —Mi hija sonaba lastimada y sentí tristeza por el daño que le habíamos causado.

—Tienes razón, los hijos son los que más sufren, cierto, pero no es tan sencillo para los adultos vivir sólo del amor. También hay problemas, quizás de dinero, o engaños, mentiras, otras personas u otros factores que a veces hacen que la relación se descomponga, que se enfríe y se deteriore, que se apague.

—¿Qué fue lo que hizo que te separaras de mamá? —preguntó—. Ya soy grande, lo puedo entender... ¿Acaso ella te engañó? ¿O tú a ella? ¿Hubo mentiras? ¿Que fue tan grave?

—Para serte sincero, es complicado, tu mamá no pudo superar la pérdida de Agostino y entró en depresión.

—Eso lo sé, pero tú estuviste a su lado siempre.

—Lo sé, pero no fue suficiente.

—¿Por qué?

—Porque la depresión es una enfermedad Sofy, una enfermedad que te hace perder el sentido de la realidad, te impide ver todo lo que tienes de bueno en la vida y solo te enfocas en lo malo, en lo triste; te metes ahí como en un pozo ciego del cual no puedes salir, y giras y giras alrededor de eso. Ella siente que algo dentro de ella cambió, se perdió, no se siente bien consigo misma y así no puede sentirse bien con nadie.

—¿Crees que ella no es feliz?

—No lo sé, no digo que no lo sea del todo, pero si digo que no puede salir de ese círculo de autocompasión, donde ella está siempre mal por algo, donde se siente mal por no haber hecho lo que pudo hacer, se siente culpable... En palabras sencillas no se perdona.

—¿Pero tú la has culpado alguna vez? —preguntó con sus ojitos tristes.

—Nunca. Pero las cosas pasan por algo, nunca al azar. Ella no tiene la culpa, las cosas fueron como deberían ser, pero ella debió aprender de los errores y levantarse mientras que hizo lo contrario, hundirse en la culpa y el error.

—¿Y cómo podríamos ayudarla? —cuestionó con preocupación en los ojos.

—No lo sé Sofy, supongo que tu amándola y teniéndole paciencia. Yo ya no puedo hacer mucho desde que ella me echó de su vida.

—Tú la amas —me aseguró.

—¿Es una pregunta?

—No, es una afirmación, yo sé que tú la amas —sonrió.

—¿Cómo lo sabes? —sonreí al preguntarle. Amaba las charlas con mi hija, las teníamos desde siempre, pero ahora que era más grande eran mejores.

—Porque te preocupas por ella, por la forma en que la miras las pocas veces que están juntos, porque es ella la que siempre te pelea y tú tratas de evitar las discusiones, solo cuando ya se pone muy pesada le discutes...

—Puede ser... —sonreí—. ¿Nos vamos? —Sus palabras de algún modo me incomodaban.

—Vamos.

Manejé hasta casa en silencio mientras Sofia iba mensajeando no se con

quien en su celular. Cuando llegamos la acompañé a su cuarto y le dije que se cambiara para dormir. Yo fui a hacer lo mismo y más tarde volví junto a ella que ya estaba acostada. Tenía los auriculares puestos y un paquete encima de su estómago.

—Sabía que vendrías a darme las buenas noches —dijo sonriendo, sacándose los auriculares y haciendo un lugar en su cama para que yo me sentara—. Te traje este regalo. —Me entregó el paquete.

—Un regalo ¿por qué? —le pregunté.

—Porque te amo y porque te extraño, quería hacerte sentir especial —sonreí, era un dulce mi hija.

Abrí el paquete y me quedé en silencio al ver lo que contenía.

—¡Sofy! —La abracé—. ¿Sabes cuánto quería esto?, lo estaba esperando hace meses y justo pensaba ir a comprarlo esta semana.

—Ese era mi miedo, que ya lo hubieras comprado —dijo sonriendo.

—No, es que me cuesta un poco salir e ir a las tiendas, me da un poco de pereza —añadí mientras miraba mis regalos.

—Eso dijo mamá, que ella solía hacer ese trabajo. —La miré sonriendo—. ¿Cómo supiste?... —Ella puso una expresión de obviedad en su rostro y lo entendí—. Fue tu mamá... —sonreí con dulzura al imaginar que ella aun sabía lo que yo quería, que aun pensaba en mí, que se tomó un tiempo para elegir algo que sabía que amaría.

—Cuando uno ama a alguien, sabe lo que a esa persona le hace feliz —dijo mi hija y yo fruncí el ceño y la miré extraño.

—¿De dónde sacaste eso? —le pregunté.

—De la novela que vemos con Jose... pero ahora de repente tomó

sentido. —Ambos reímos y nos abrazamos. Le di un beso en la frente y me dispuse a salir de la habitación—. ¡Papá! —me llamó.

—¿Sí?

—¿Crees que mamá tenga a alguien más? —No entendí por qué preguntaba eso.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté.

—Porque está de buen humor, anda más sonriente, discute menos contigo... Y la otra noche fui a darle un beso de buenas noches y reía sola en la cama mientras mensajeaba con alguien.

—¿Eso cuando fue? —le pregunté mientras sentía mi corazón acelerarse de solo pensar que ella pudiera estar con alguien más.

—Anteanoche —dijo sin dudarlo y yo supe que hablaba de mí, o eso quise creer, sonreí satisfecho.

—No creo que mamá tenga a nadie más que a ti —agregué tratando de calmarla—. Pero debemos pensar que eventualmente habrá alguien. —Sentí el dolor que me producía esa idea—. Debemos prepararnos —continué—, porque tu madre es bella, es única, cualquiera se podría enamorar de ella.

—Supongo que sí —habló Sofy con tristeza—. Nunca estaré preparada para verlos con otras personas papá —dijo con sinceridad y yo la abracé.

—No te preocupes Sofy, todo va a estar bien —le di un beso en la frente aunque ni yo sabía si eso era cierto.

Fui hasta mi habitación y tomé el celular, miré mi foto de pantalla, allí estábamos los tres. Yo tenía a Sofy en brazos y Miri me envolvía a mí con sus brazos mientras me daba un beso en la mejilla. Sonreí...

«*Gracias por los regalos —le escribí—, era justo lo que quería*».

«*Lo sé, supe que te encantarían*». —Me dijo y yo intuí que se reía al escribir, podía deducir sus gestos, su forma de respirar, su forma de sonreír, su manera de sentirse orgullosa de sí misma cuando hacía algo que sabía que me gustaría.

«*Lo que más me gusta del regalo es saber que para elegirlo pensaste en mí*». —Afirmé sintiendo mi corazón estallar de los nervios ante la ansiedad de la posible respuesta.

«*Para serte sincera, pienso mucho en ti, no solo cuando decido comprarte un regalo*». —Definitivamente ella estaba sonriendo.

«*¿Qué piensas?*».

«*Cosas*».

«*¿Cosas como que?*». —Pregunté.

«*Cosas como si ya has decidido firmar ese divorcio*». —Me dijo sacándome de mi ensoñación.

«*¿Quieres que lo haga?*». —Le pregunté con temor.

«*¿Tengo alguna opción?*».

«*Siempre hay opciones —respondí—, pero no contestes con preguntas. Dime si quieres que lo firme y lo firmaré ahora y te lo envío mañana mismo*».

«*No estaré mañana en casa, estoy en Sevilla ¿lo recuerdas?*». —Sonreí.

«*Estas más cerca mío ahora*».

«*Técnicamente estoy por unos kilómetros más lejos*». —Sé que sonrió ante su astucia.

«*Pero estás en el mismo país, eso me hace sentir que estas más cerca,*

que respiramos el mismo aire».

«Las distancias solo son medidas». —No supe bien que me quiso decir.

«Las distancias las ponemos nosotros». —Le respondí.

«Llevamos mucho sin vernos». —Me dijo como si estuviera pensando en voz alta.

«Cuatro meses y catorce días».

«¿Llevas la cuenta?».

«Un día sin verte es como un día sin sol todo se pone gris y nublado».
—Le contesté.

«Cursi». —Dijo ella pero yo sabía que le gustaba.

«Romántico». —Le respondí.

«Por ahí uno de estos días sale el sol». —Me contestó.

«Qué más quisiera yo».

«¿Qué tal con Sofy?». —Cambió de tema ante el rumbo de la charla.

«Divertido pero cargado de preguntas».

«Ella es así, curiosa. Supongo que está creciendo y tiene dudas, lo mejor es responderlas lo mejor posible».

«Eso es lo que trato de hacer. Es tan inteligente».

«Tanto como yo». —Sonreí, ella estaba bromeando conmigo.

«No, tanto como yo».

«Tanto como tú». —Dijo en una especie de halago.

«No, tanto como tú». —Acepté.

«¿Te has preguntado porque no discutimos más?».

«No, más bien lo disfruto — le respondí —. ¿Tú te lo has preguntado?».

«Si... pero no hallo respuesta alguna. Quizás hemos madurado».

«Quizás sí, pero es aburrida la vida si somos muy maduros».

«¿Quieres discutir?». —Me preguntó.

«No, más bien estaba pensando en otra clase de inmadurez».

«¿Cómo cuál?».

«No lo sé... mmm... ¿Volar hasta ti quizás?».

«No lo hagas». —La respuesta me llegó tajante.

«¿No me quieres ver?».

«No lo sé».

«Tienes miedo». —Afirmé.

«¿Miedo de que?». —Preguntó.

«De que te tiemblen las piernas al verme, de que el corazón se te acelere...». —Contesté con una sonrisa de autosuficiencia.

«No tengo miedo de eso...».

«¿Entonces de que tienes miedo?».

«No lo sé, no quiero discutir... Odio cuando lo hacemos, odio que nos lastimemos».

«Ya nos hemos lastimado demasiado, pero ni todo el dolor que nos hagamos puede apagar lo que sentimos y lo sabes Miriana...». —Me arriesgué, en realidad no sabía lo que ella sentía.

«No es así Nico... Te cansarías de mi».

«Nunca».

«Ya no soy la que conoces, ya no soy la que amaste, el tiempo ha pasado».

«Si te volviera a conocer en otra vida te amaría de nuevo, ¿por qué no hacerlo entonces en esta misma?... Todo lo que venga de ti lo puedo amar».

«Otra vez cursi». —Dijo para aliviar la tensión que le producían mis palabras.

«Otra vez huyendo. El día que dejes de huir de ti misma, ese día me encontrarás esperándote».

«Nico, ¿crees en verdad que solo el amor puede superar tanto dolor? el dolor de un pérdida, el dolor de la culpa, el dolor del tiempo pasado y perdido, el dolor del daño infringido a la otra persona».

«Miriana el amor es lo único que puede superar al dolor... Es el único bálsamo capaz de curar esas heridas y cualquier otra. Pero el amor de verdad, el amor verdadero».

«¿Cómo se reconoce el amor de verdad?».

«Solo se siente, es un amor profundo, es un amor paciente, no se cansa ni es egoísta...».

«¿Cómo puedes amar así?, ¿Cómo puedes amar de esa forma a quien solo ha causado daño a tu vida?».

«El amor perdona, el amor olvida». —Agregué.

«Es un amor demasiado grande, nadie estaría a la altura de recibir eso».

“El amor no cobra facturas ni necesita preparación universitaria. Uno solo lo siente, uno solo lo da, el otro puede recibirlo y quizás retribuirlo, pero si no lo hace no pasa nada, el amor no deja de sentirse por eso, se

aprende a vivir con eso».

«Te mereces una persona capaz de amar así». —Ese comentario me dolió.

«Cualquier persona es capaz de amar así».

«Algunas han perdido la capacidad de amar».

«Mentira, esas son mentiras, algunas han perdido la capacidad de luchar, esa sería la verdad. El miedo ha inundado su corazón y por eso se sienten incapaces, pero eso no quiere decir que lo sean. Deben dejarse amar y soltar todo el amor que pueden sentir».

«No lo sé...».

«Luego de leer este mensaje, cierra los ojos, imagina que estoy a tu lado y que recuestas tu cabeza en mi pecho, aspira y respira mi aroma y yo acariciaré tu cabello y me hundiré en el sabor a tu shampoo de avellanas y miel. Esta noche dormiremos juntos ¿te parece? Las distancias solo son medidas. Buenas noches mi princesa».

«No duermas antes que yo y acaricia mi espalda hasta que quede dormida, luego dame un beso en la frente y cierra tus ojos también, yo dormiré en el aroma de tu jabón de manzanas verdes. Las distancias las ponemos nosotros. Buenas noches príncipe de mis cuentos de hadas».

10. DESCUBRIÉNDOLOS

Sofía

El lunes papá me despertó trayéndome el desayuno a la cama, definitivamente era el mejor papá del mundo. Me dijo para que vayamos a cabalgar, el día estaba hermoso y soleado, así que se le ocurrió la idea de hacer un picnic y luego cabalgar.

Aquello me pareció genial, ningún día era igual al otro estando con él. Preparamos lo necesario para nuestra salida y fuimos a divertirnos.

Llevaba tiempo que no cabalgaba, lo había hecho desde pequeña, mi padre y mi abuelo me habían enseñado, era mi abuelo el que tenía los animales. Me encantaba hacerlo, me sentía libre.

Luego nos sentamos en el pasto a preparar nuestro picnic, papá sacó la guitarra del auto y luego de comer nos pusimos a cantar.

—Quiero que escuches la canción que compuse con Dante. Es para mamá por su cumpleaños —dije mientras tomaba la guitarra y me disponía a cantársela.

Papá me miraba con unos ojos brillantes y una sonrisa inmensa, veía orgullo en su mirada.

—¡Me encanta! —exclamó aplaudiendo cuando la terminé—. ¡Mamá le adorará! —agregó.

—¿Lo crees?

—Estoy seguro. —Yo solo sonreí.

—Pa, ¿mañana es eso que tienes que grabar?

—Ah no se me olvidó decirte, la modelo no va a poder, así que contratan

a otra, pero no se podrá hasta el sábado. Así que nosotros tenemos libre mañana.

—¡Genial! —dije emocionada—. Mañana quedé con Ana, la hija de Jose, vendrá por la mañana a buscar algo que su mamá le envió y luego ya podemos salir.

—Me parece genial —comentó papá.

Luego de cantar y pasar una bonita tarde al aire libre decidimos volver a casa y ponernos a ver la serie.

Me senté muy entusiasmada en el sofá mientras papá ponía el DVD y empezamos juntos a ver los capítulos. En el primero que vimos, él se acercaba a mamá y yo sonreí al verlos así.

—¿Entonces tu personaje se vuelve bueno? —sonreí cuando terminamos el capítulo y él fue a buscar algo para tomar.

—Algo así, el personaje de tu madre y su amor lo transforman.

—Eso es hermoso —suspiré.

—La verdad que sí, porque gustó desde el principio, nos llenamos de fanáticas muy apasionadas de la pareja. —Papá sonreía con el recuerdo.

—¿Cómo te llevabas con mamá antes de que grabaran esta parte? —le pregunté.

—Bien, éramos amigos pero no muy cercanos. Todos éramos buenos amigos, pero cada quien tenía su grupo con quien más se juntaba. Ella andaba con Sol y Tammy siempre, y de los chicos con el que más hablaba era con Davide, pues eran de la misma nacionalidad. Yo me juntaba más con Guillermina y con otros.

—¿Y cómo fue cuando te enteraste que serían pareja en la historia?

—Bueno, me pareció un giro bastante divertido y supe enseguida que iba a tener muchos seguidores porque los dos teníamos muchos *fans*. Aparte esa idea de que ella era la más buenita y yo el chico malo, como que le daba sal al asunto —sonrió con picardía—, es lo que a la gente le gusta.

—¿Y cuándo o cómo fue que te empezó a gustar mamá? —Quise saber.

—No lo sé Sofy, estábamos mucho tiempo juntos, teníamos muchas escenas en las que estábamos solos los dos y compartíamos ese tiempo. Hablábamos de todo y me era cómodo, me era sencillo estar con ella, es como si la hubiera conocido desde siempre. Ensayábamos las escenas, y no podría ni sabría decirte en qué momento lo que actuábamos comenzó a ser real... No sé si me explico —comentó mirándome con ternura, amaba su sinceridad.

—Si... —asentí sonriendo—. ¿Lo hablaron?

—No, no lo hablamos nunca, yo la respetaba a ella y a su novio, eran mis amigos. Y también a mi novia, con la que estaba bien... o al menos hasta ese momento. De repente empecé a pensarla mucho, cada vez más, y no me parecía que eso fuera normal, pero lo dejé pasar, disfrutando el tiempo que estábamos juntos y las escenas que grabábamos.

—¿Te gustaba besarla? —pregunté y por poco se atraganta con el jugo que tomaba.

—Si Sofy, siempre —respondió melancólico.

—¿Y luego? ¿Qué pasó?

—Cuando terminamos de grabar nos separamos, cada quien a continuar con su vida. Yo quería verla, saber de ella, pero ella volvería a Italia y Mateo se iría con ella. Así que me mantuve alejado, ni siquiera sabía si a ella le pasaba lo mismo, aunque lo sentía.

»Y se fue, se fue a Italia y pensé que la había perdido hasta que al poco

tiempo volvió para terminar con su novio, que en ese entonces aún no se había ido con ella. Cuando me enteré de eso fui a buscarla y le pregunté por qué lo hizo, hasta que terminó aceptando que estaba confundida porque yo la confundía. Y estuvimos juntos desde ahí, yo terminé con mi novia.

—Que mal papá, esos chicos se habrán sentido fatal —dije y él asintió con tristeza.

—Vinimos a Europa y estuvimos a escondidas por un tiempo hasta que lo hicimos público, no queríamos lastimarlos y queríamos que parezca que empezamos después de un tiempo.

—¿Se lo creyeron? —pregunté incrédula, papá negó con la cabeza.

—Él le mando un email a tu mamá diciéndole muchas cosas, pero no le volvió a hablar. Y Guillermina, bueno, ella vino y me gritó de todo, sufrió mucho, le hice mucho daño.

—¿La volviste a ver? —cuestioné.

—No, o sea por televisión o en revistas, pero jamás en persona —aclaró papá—. No creo que me haya perdonado lo que le hice, lo que le hicimos... Tu mamá era su amiga.

—Qué pena, papi —dije negando con la cabeza—. No me gusta que la gente sufra por amor.

—Todos sufrimos por amor alguna vez hija, eso te hace fuerte —añadió papá y yo me encogí de hombros.

Continuamos viendo unos capítulos más. Fue divertido, papá miraba la pantalla y puedo jurar que moría por volver a ese momento y estar así tan cerca de mamá.

Unos cuatro capítulos después, la noche había caído sobre nosotros y yo

moría de sueño de tanta televisión.

—Continuemos mañana —dije a papá y él solo asintió con su cabeza, me levanté como para ir a mi pieza pero él no se movió, lo vi triste y me senté a su lado tomándole de la mano—. No estés triste, pa —añadí y él sonrió.

—No sé si debería decírtelo pero la extraño tanto —suspiró. Mi papá se sentía solo, yo lo abracé.

—Papá, ¿por qué no luchas por ella? —pregunté sin salir del abrazo—. Ella te ama, solo necesita que la saques del pozo ese en el que me dijiste que se encuentra.

—Ya no sé cómo hacerlo —sonó sincero.

—Amándola —le aconsejé—. Como me dijiste que la ayudara yo papá. —Lo miré y algo se me ocurrió en ese instante—. Tengo una idea...

—¿Qué propones? —preguntó sonriendo melancólico.

—Vayamos con ella el jueves a pasar su cumpleaños. Hace mucho que no tiene un «*cumpleaños de princesa*», podemos organizarlo mañana, papá sonrió.

—¿Y si cuando llegamos se enoja? ¿Si me grita o me pelea? —Ahora yo parecía el adulto y él era niño.

—Lo pensaremos mejor mañana. Ahora vayamos a dormir, muero de sueño.

—Me parece bien —dijo besándome la frente.

—¿Puedo dormir contigo? —pregunté y él me cargó en sus brazos y me llevó hasta la habitación.

Me recosté y cerré los ojos, fingí dormir pero en realidad lo que hice fue pensar. Papá siempre dijo que él tenía dos princesas: mamá y yo; y cuando una

de las dos estaba de cumpleaños el mundo debía detenerse, dejábamos todo. No íbamos a la escuela ni al trabajo y solo le regalábamos a la cumpleañera un *«cumpleaños de princesa»*. Era una idea de papá, pero lo que hacíamos básicamente era cumplir los deseos de la persona de cumpleaños, hacer lo que tuviera ganas de hacer y pasábamos juntos todo el día.

Yo recuerdo uno de mis cumpleaños de princesa, cuando tuve ganas de subir a un castillo saltarín, de esos que se inflan, pero quería subir con ellos, con papá y mamá. Entonces papá alquiló uno y lo armamos en el patio de casa, estuvimos saltando allí toda la tarde, yo les prohibía cansarse.

En uno de los cumpleaños de mamá, tuvimos que ir a un spa, estuvimos todo el día entre masajes, sauna y cosas así, fue lo más aburrido que hice en la vida, pero según mamá fue el mejor cumpleaños de princesa que había tenido.

Ya hacía cinco años que ninguna de las dos teníamos un cumpleaños de princesa, simplemente porque ya no estábamos los tres juntos y eso era esencial para que hubiera uno. El primero de esos cinco años no lo tuvimos por la depresión de mamá, y los cuatro siguientes porque se separaron. Pensé que no lo volvería a tener jamás, pero éste jueves, podría ser diferente. Sólo esperaba que mamá no lo tomara a mal. Ya era tarde cuando escuché el celular de papá sonar. Era un mensaje, seguí haciéndome de la dormida pero lo sentí sonreír, luego de un rato soltó el teléfono y se dispuso a dormir. Que misterioso, pensé, ¿con quién hablaría tan tarde? Esperé que se durmiera y cuando empezó a roncar me levanté en silencio a mirar la última conversación.

«Estoy en esta habitación del hotel, Sol salió un rato con unas amigas de aquí, yo no quise ir... quisiera imaginar que duermo igual que ayer, sobre tu pecho». —No lo podía creer, era un mensaje de mi mamá, mi corazón empezó a latir a toda velocidad, leí lo que papá le contestó.

«Yo no estoy durmiendo solo hoy princesa, una hermosa extensión de ti

y de mí descansa acá a mi lado. ¿Podríamos dejarla dormir en el medio de nosotros esta noche?».

«No, yo dormiré en el medio y ella al lado mío. Necesito recostarme en tu pecho y que me rasques la espalda hasta que duerma... Es el mejor lugar del mundo ¿lo sabes?».

«¿Cuál? ¿Sevilla?».

«No, tonto... Tu pecho, dormir en tu pecho... no sabes cómo lo extraño». —Mis ojos estaban abiertos como dos enormes platos, no podía creer lo que leía, ¿qué clase de juego jugaban papá y mamá? Sentí un ruido y casi muero del susto pero papá solo cambio de posición, y volvió a roncar, así que seguí husmeando su celular.

«¿Por qué lo extrañas?». —Le preguntó papá.

«Porque puedo oír tu corazón latiendo, porque olvido los problemas y los dolores cuando estoy ahí».

«Puedes dormir en mi pecho toda la vida».

«Las noches son tan frías desde que no dormimos juntos».

«Solitarias, silenciosas, tristes». —Completó papá.

«Pero anoche solo imaginándote dormí como nunca».

«Pues imagínate esta noche también, y todas las que quieras, porque estoy ahí, estoy contigo, mi corazón y mi mente te pertenecen». —Yo estaba por llorar, quería pincharme para ver si no estaba soñando.

«Cierro mis ojos y duermo contigo».

«Descansa princesa, yo te cuido.» —Le dijo papá y ahí termino la conversación.

Dejé el celular en el lugar donde papá lo había dejado y fui a acostarme a su lado, pero no logré dormir. Hice lo primero que se me ocurrió, fui a la cocina y llamé a Dante.

—¿Qué pasa? me asustaste —dijo mi amigo adormilado desde el otro lado de la línea.

—Lo siento, necesito contarte algo, por favor escúchame —supliqué.

—¿Qué pasó? Cuéntame —añadió y yo le relaté todo lo sucedido.

—¡No lo puedo creer Sofy, estarás feliz! —exclamó él animado.

—Lo estoy, pero no sé, no lo entiendo —dije confundida.

—¿Qué no entiendes?

—¿Por qué se hablan así si están a punto de divorciarse? ¿Por qué no vuelven de una vez?

—No será tan fácil, quizás tienen miedo, quien sabe... Pero disfruta de esto, ya no discuten y no solo eso, algo está pasando entre ellos, por eso el cambio en tu mamá. Quizás era con él con quien mensajeaba esa noche que estabas a su lado y me comentaste. Obsérvalos de cerca, pero ten cuidado, no te ilusiones tanto que después si no sucede nada te quedas peor, no quiero verte sufrir —dijo Dante con dulzura.

—Gracias por estar —agradecí sonriendo.

—Siempre voy a estar —respondió él y yo sentí que me sonrojaba.

—Gracias, hasta mañana. —Me despedí.

—Hasta mañana, anda a descansar —dijo y en eso escuché un ruido en la cocina.

—¿Qué haces despierta? —preguntó papá y yo escondí mi celular.

—Nada, solo vine a tomar leche, no podía dormir.

—Bueno, sírvete y vamos a la cama —comentó papá con su pelo alborotado y medio adormilado, yo sonreí e hice lo que me dijo.

11. UN SUEÑO

Miriana

—¿Qué vamos a hacer mañana? —preguntó Sol refiriéndose a mi cumpleaños, era miércoles, la semana estaba pasando muy rápido.

—Tengo que grabar por la mañana, pero por la tarde tengo libre, podemos hacer lo que tengas ganas —sonreí.

—Andas muy feliz últimamente —dijo mi amiga que me conocía muy bien—. ¿Qué pasa? ¿Algún chico?

—Bueno, algo así... —respondí con un halo de misterio.

—Dios Miriana, cuéntame quien es ya, ¡pero ya! —insistió emocionada—. Era hora que rehicieras tu vida.

—Bueno... es alguien con quien ando mensajeando todas las noches —agregué continuando con el misterio—. Pero solo hablamos...

—Mensajeando todas las noches —repitió Sol levantando las cejas desconcertada—. ¿Y de qué tanto hablan?

—Imaginamos que dormimos juntos —contesté naturalmente y Sol casi se atraganta con lo que estaba comiendo, yo me reí a carcajadas.

—Primero, me encanta verte reír de esa forma, años sin escuchar el sonido de tu risa. Segundo... ¿Cómo hablas con un chico que acabas de conocer de que duermen juntos?, sabía que estabas loquita, pero no me imaginé que tanto —bromeó.

—Primero, ¿quién dijo que lo conocí recién? Segundo, hablamos de dormir juntos, pero de eso literalmente, de «dormir» juntos. —Señalé las comillas con mi mano—. Imagino que duermo en sus brazos y que él me hace mimos en la espalda hasta que me duermo, después se duerme él —contesté soñadora y mirando al vacío, Sol sacudía su cabeza sin entender.

—A ver... eso obviamente solo pasa en la imaginación, porque los hombres se quedan dormidos apenas tocan una cama, y menos si no hay actividad en ella —bromeó mi amiga.

—No todos —corregí yo—, el mío siempre esperaba que yo me durmiera primero y como eso no es demasiado difícil... —Me encogí de hombros a la espera de descubrimiento.

—Espera, ¿tú estás hablando de Nico?... ¿Tú estás mensajeando con Nico? —Yo solo asentí sonrojada.

—Necesitaba contártelo, solo no sabía cómo hacerlo. ¿Estoy cometiendo una locura verdad? —pregunté con temor.

—¡Miriana por Dios!, es el amor de tu vida, ¿qué tiene de malo? ¡Deja de pensar y haz lo que sientes!, olvídate de todo por un rato —dijo mi amiga y luego me mostró su mano en un gesto con el cual me solicitaba le diera el celular—. A ver muéstrame los mensajes.

Le mostré los mensajes y ella se emocionó, pegaba unos grititos que ahogaba con su mano porque estábamos rodeadas de gente. Cuando los leyó todos me observó seria y pensativa.

—¿Lo amas? —me preguntó.

—No lo sé, pero sé que lo extraño —mencioné encogiéndome de hombros.

—Mira amiga, me encanta lo que hacen, me parece genial. Pero Nico te ama, no lo lastimes, él ya ha sufrido demasiado.

—¿O sea que la mala acá soy yo?

—Yo no dije eso Miriana —replicó Sol poniéndose seria—. Solo que tú has decidido echarlo de tu vida, tú has decidido separarte de él sin darle una opción. Ahora, no lo confundas, si lo amas vuelve con él, todos seríamos felices si volvieran porque todos pensamos que se aman. Pero piénsalo, ¿sí?, no lo lastimes.

—Recién me decías que no piense tanto y ahora me dices que lo piense... —dije enarcando las cejas molesta—. Me confundes.

—No lo sé, haz lo que sientas —agregó sacudiendo su cabeza, también confundida—. Pero trata de no dañarlo —sonreí.

—Lo que menos quiero es dañarlo, Sol, solo tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—De no ser lo que él espera que yo sea.

—Vamos Miri, si te convirtieras ahora mismo en un mono, él igual te amaría. Nico no espera que seas nadie, solo espera que lo ames... No, ni siquiera eso, solo espera que lo dejes amarte.

—¿De verdad lo crees?

—Claro que sí... —asintió Sol sonriéndome con ternura.

—Yo no estoy segura de merecer el amor de Nico —me encogí de hombros—. No después de todo lo que pasó.

—Miri, deja el papel de víctima, ¿sí? —Mi amiga me observó fríamente—. Aunque te merezcas o no su amor, lo tienes desde hace años. Déjate amar nada más, y ámalo también, que el pobre se lo merece.

—Lo pensaré...

—No se piensa... se siente. Y tú sabes que lo sientes...

Sonreí. Terminamos de almorzar y fuimos al hotel, cada una a su habitación para recostarnos a dormir una siesta. Yo estaba cansada porque había grabado desde muy temprano, y Sol, bueno a ella siempre le gustaba dormir, más cuando estaba sola sin Benja y sin los niños, decía que eran sus vacaciones perfectas.

Me acosté en mi cama y sentí la suavidad de las sábanas, anoche había dormido tarde pensando mucho en Nico.

El sueño fue tomando mi cuerpo y de repente dejé de sentir cansancio, estaba en algún lugar blanco, muy blanco, parecía la cima de una montaña llena de nieve, donde no se sabe dónde termina la tierra y empieza el cielo... Pero no hacía frío, así que supuse que no era nieve. De repente vi a un niño sentado mirando al horizonte. Se giró y me miró, se sonrió y con sus manitas me hizo señas para que fuera hacia él. Habría tenido unos seis años aproximadamente, tenía el pelo claro y rizado, y sus ojos eran verdes y de mirada profunda.

Caminé hasta él y me señaló para que me sentara a su lado. Lo hice, el niño me observó y se sonrió, esa sonrisa se parecía a alguien, fruncí el ceño, no sabía quién era pero me resultaba familiar. Recostó su cabeza en mí y yo

sentí la calidez de su cuerpecito. El niño no habló, ni yo tampoco. Un rato después señaló con su dedo el horizonte, yo miré hacia donde indicaba. De pronto un arcoíris se dibujó en el horizonte, parecía pintado con acuarela, era realmente hermoso. A un lado del arcoíris había un corazón grande y rojo que tenía mucha luz, al otro lado del mismo había algo blanco, también emitía rayos de luz. El niño me señaló para que caminara hacia allí, pero yo no lo hice, ¿podía caminar en el vacío?... El niño se levantó y me pasó la mano, caminamos hacia ese lugar, parecía lejos pero estaba cerca. Eso blanco que veía a lo lejos se veía como algodones sobre los cuales había un bebé, tenía el pelo oscuro y dormía plácidamente. El niño me miró y me sonrió, yo le devolví la sonrisa.

—¡Agostino! —susurré observando al bebé y las lágrimas comenzaron a salir de mis ojos. Iba a cargar al pequeño en brazos pero un sonido agudo empezó a sonar y yo volví de mis sueños. Era el teléfono de la habitación.

—¿Hola? —pregunté adormilada.

—Miri, son más de las seis de la tarde —decía Sol del otro lado—. Creo que para una siesta ya es bastante, salgamos a dar una vuelta, ¿sí? Me aburro —suplicó.

—Okey, pero aun debo bañarme y vestirme.

—Okey, voy a tu habitación —respondió entusiasmada.

—Te espero —sonreí.

En unos minutos ella estaba golpeando la puerta, así que le abrí. Sol estaba toda preparada para salir y yo estaba en ropa interior y con una remera larga.

—Bueno, te espero —dijo ella señalando el baño para que me apurara y yo solo le sonreí.

—¿Que vamos a hacer?

—No lo sé... —contestó ella.

—Sol, acabo de tener un sueño muy raro —comenté desde el baño mientras me duchaba.

—¿Que soñaste? —me preguntó.

—Estaba en algún lugar muy blanco, no había arboles ni flores, el cielo y la tierra eran blancos, había un niño pequeño, unos seis o siete años... no lo sé. No me hablaba solo me llamó y me guio hasta un lugar donde nos quedamos a descansar, entonces se formó en el cielo un arcoíris como pintado a mano, a un lado del cual había un corazón y al otro lado algo blanco y brillante. El niño me guio hasta ahí, caminábamos como en el aire y allí había un pequeño bebé. Sé que era Agostino, tenía el pelo negro y cuando lo iba a cargar, me despertaste.

—Qué lindo sueño —comentó mi amiga con ternura mientras yo salía de la ducha y me metía en la habitación envuelta en toalla.

—Él estaba durmiendo, plácidamente, no estaba muerto —dije mientras empezaba a secarme. Sol me observó con cariño.

—Sabes que él está en algún lugar hermoso, jugando con otros angelitos, ¿verdad?

—Lo sé... pero no sabes lo que se siente perder un hijo, amiga. Tu vientre se prepara tanto tiempo, tus brazos están listos para acunarlo, tus senos para alimentarlo. Sueñas con besarlo, abrazarlo, cantarle... Nunca imaginas enterrarlo, nunca imaginas que ese cuerpecito frágil que debería depender de ti quedaría sin vida y lejos para siempre... Se siente un vacío tan grande Sol, un vacío que nada puede llenar.

—El amor puede llenar ese vacío, Miri —sonrió mi amiga con tristeza—. No sé lo que es perder un hijo, pero sé lo que es tener uno, porque tengo dos y sé lo que es verlos crecer, abrazarlos, jugar con ellos, escucharlos... Tú tienes una hija aquí, en este mundo, con vida y necesítandote, no puedes vivir del pasado y llorando por algo que ya no puedes remediar. ¿Sabes que algunas personas creen que si lloras por la muerte de un bebé se les mojan las alitas y no pueden volar?

—Es imposible no llorar, Sol —suspiré mientras elegía con tristeza la ropa para vestirme.

—Lo sé, me lo imagino... pero creo que Agostino, donde quiera que esté, desearía que su madre fuera feliz, que su familia fuera feliz. Él está en tu corazón Miri y estará allí por siempre, pero debes superar ese dolor, debes volver a encontrar la alegría de vivir y debes permitir que quienes te amamos

te ayudemos.

—Yo ya lo superé, Sol.

—No, no es cierto, ya no ríes como antes, ya no amas como antes, no disfrutas de la vida... Eres triste, como una sombra. Te has encerrado en ti misma para no sufrir y apenas sucede algo malo todos tenemos miedo de que entres en otro cuadro depresivo y vuelvas a empezar con las pastillas... Eso no es vida amiga. —Me encogí de hombros, ella tenía razón.

Tomé el peine y arreglé mi cabello aun mojado, me puse unas zapatillas deportivas y tomé mi cartera.

—¿Vamos? —pregunté y ella asintió, entonces salimos.

Fue una tarde divertida, como cuando éramos solteras, sin hijos y vivíamos en México, salimos a merendar y luego a comprar. Éramos compradoras compulsivas, compramos joyas y una cartera para ella, yo me compré unas zapatillas hermosas y luego regalos para Benja y los hijos de Sol, también le compré a Sofy una camiseta de su grupo favorito y una mochila.

Decidimos ir a cenar a una pizzería del shopping en el que estábamos.

—Me duelen los pies de tanto caminar —se quejó mi amiga—. Definitivamente la edad no viene sola —sonrió.

—Ni que fuéramos tan viejas —bufé.

—Bueno, ya no tenemos veinte —se encogió de hombros y cuando vino el camarero hicimos nuestros pedidos—. ¿Qué quieres hacer mañana? —preguntó mi amiga.

—¿Vamos a la Isla Mágica? —le sonreí como una niña.

—¿En serio? —comentó incrédula—. Tu sí te sientes de veinte.

—Y tú si te sientes vieja —le recriminé.

—Es tu día, supongo que debo hacer lo que quieres —se encogió de hombros y se llevó su bebida a la boca—. Más si de un cumpleaños de princesa se trata, ¿no? —sonrió misteriosa y yo fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté.

—¿Con qué? —Se hizo la desentendida mientras comía lo que nos

acababan de servir.

—Con lo del cumpleaños de princesa.

—Mmmm ¿yo dije eso? —preguntó y yo solo negué con la cabeza, sabía que no me diría más nada.

Después de cenar volvimos al hotel. Me había quedado sin batería así que enchufé y luego prendí mi celular. Vi un mensaje de Sofy.

«*Ma, te extraño*». —Decía ella.

«*¿Que pasó pequeña? ¿Es aburrido con papá?*». —Le pregunté y sonreí.

«*No, para nada, me divierto muchísimo... Pero me divertiría mucho más si estuviésemos los tres juntos mañana en tu cumpleaños*». —Me contestó.

«*Bueno, pensaré en ti mañana*». —Ofrecí.

«*Te llamo mañana mami*».

Me desvestí y me preparé para dormir. Prendí la tele un rato y pensé en escribirle a Nico pero no lo hice, llevábamos noches escribiéndonos y eso era... raro. Ya estaba por cerrar los ojos cuando sonó mi celular.

«*¡Feliz cumpleaños princesa!*». —Decía su mensaje, y tras él inmediatamente llegaron unos cuantos más, uno de Sol, uno de Tammy, uno de Davide y uno de mi papá.

«*Gracias, como todos los años el primero en saludarme*».

«*El primero siempre... Hoy quiero que duermas ya porque es tarde y mañana debes pasar de lo mejor porque es tu cumpleaños princesa*» —me escribió y por un momento deseé poder estar con él mañana.

«*Está bien, estaba a punto de hacerlo. ¿Dormimos juntos hoy?*». —Le pregunté.

«*Claro, cierra tus ojos, allá voy*».

«*Hasta luego Nico*».

«*Hasta luego princesa*».

12. CUMPLEAÑOS DE PRINCESA

Sofía

Toda la tarde del miércoles me pasé con papá ideando qué haríamos mañana con mamá en Sevilla. Por la mañana llamamos a la tía Sol y le contamos los planes, necesitábamos saber dónde estaban para localizarlas. Ella nos informó el hotel donde se hospedaban y nos comentó que al día siguiente mamá sólo grabaría hasta el mediodía. Decidimos pedirle que investigara más o menos qué le gustaría hacer en su día y le explicamos lo del cumpleaños de princesa. Salimos a comprarle regalos, muchos regalos y también le compramos una corona.

Papá quería llevarla al *paseo del Marqués de Contadero*. Yo deseaba ir a *la Isla Mágica*, eso más bien era algo que quería hacerlo en familia, por eso me pareció una genial oportunidad. La tía Sol nos sorprendió a la noche contándonos que ese era el lugar al cual mamá quería ir.

Decidimos viajar en el vehículo de papá, si íbamos en avión estaríamos en poco tiempo, y en auto eran como nueve horas un poco más, pero viajar juntos era divertido e ir en auto nos daba libertad para movernos por Sevilla.

Íbamos a salir a las diez de la noche, cosa de llegar al hotel a eso de las siete de la mañana y dormir un rato, porque papá iba a manejar toda la noche. Al medio día buscaríamos a tía Sol y a mamá en un restaurante donde la iba a invitar a almorzar la tía y le llegaríamos de sorpresa.

Yo estaba muy entusiasmada, estaba feliz ante la idea de que estemos juntos, pero a la vez tenía miedo que mamá se enfadara y comenzara a gritarle a papá y todo se fuera a descomponer; sabía que papá se sentía igual. De todas formas yo pensaba en esos mensajes que había leído y me decía a mí misma

que no pueden estar tan mal si se escriben esas cosas, ¿cierto?

El día anterior había venido Ana, la hija de Jose, a buscar lo que su mamá le había enviado, cuando llegó yo estaba en la sala con papá viendo la serie. Ella se sentó con nosotros y se quedó un buen rato, recordaba las escenas de papá y mamá a la perfección, dijo que amaba la pareja, papá respondió que él también y ambas reímos.

Me divertía mucho ver la interacción de mis padres en la televisión, trataba de ver más allá de las miradas y cosas que se decían, quería poder saber dónde terminaba la actuación y empezaba la realidad, pero no lograba dilucidarlo. De todas formas lo disfrutaba, lo disfrutaba y mucho. Me imaginaba como habrían sido sus vidas en aquellos momentos, que era lo que hacían, cuáles eran sus historias, como empezaron a sentir algo más el uno por el otro. Mi papá admitió que esperaba con ansias grabar el primer beso con mamá, que ellos pasaban mucho tiempo juntos y que ella había empezado a gustarle de una forma diferente y especial.

Me comentó que las escenas no se grababan en orden, pero que él esperaba ansioso que se grabe algún beso. Me dijo que le encantaban los abrazos porque podía aspirar su aroma y sentirla bien cerca. Me contó que le encantó grabar un capítulo —que yo no había visto aun— en el cual se tenían que besar por mucho tiempo. Me dijo que disfrutó de ese beso y que se olvidó de todos mientras se besaban, y que sabía que mamá lo había disfrutado también. Yo sonreí.

Cuando eran casi las diez de la noche empezamos a cargar el auto con nuestros bolsos y algunas de las cosas que llevaríamos para pasar dos días con mamá, porque nos quedaríamos hasta el viernes por la tarde. Luego cargamos los regalos que le compramos y nos dispusimos a salir.

Pusimos música y vinimos cantando gran parte del trayecto. También

pusimos un disco de mamá y cantamos con ella. Yo no quería dormir porque no quería dejar a papá manejando solo. Recibí un mensaje en mi celular.

«*¿Estás lista para el gran día?*». —Me preguntaba Dante.

«*Si... ojalá todo vaya bien, solo espero que no discutan*». —Contesté con sinceridad, necesitaba el apoyo de mi amigo.

«*Todo saldrá bien, me vas escribiendo cuando puedas*».

«*Claro que sí, que duermas bien*».

«*Tú también*». —respondí y papá me observó de reojo.

—¿Con quién mensajeas que te ríes sola? —preguntó.

—Con Dante —le contesté segura.

—Te gusta Dante, ¿verdad?

—No, es mi mejor amigo —dije frunciendo el ceño ante su pregunta.

—Yo creo que le gustas a él —comentó papá.

—Eso dices porque eres un celoso —le sonreí.

—No, siempre le gustaste, no te mira ni te trata de la misma forma que a Azzurra y a Giulianna —mencionó.

—¿Y tú como lo sabes? —pregunté divertida, me parecía raro que papá se fijara en eso.

—Porque siempre lo tengo en la mira —respondió señalando con sus dedos índice y el del medio cada uno de sus ojos, yo sonreí ante su gesto.

Su celular sonó, le llegaba un mensaje.

—¿Quieres que lo vea? —le pregunté.

—No, déjalo así —respondí sonriendo.

—¿Quién te escribe tan tarde? —insistí.

—Puede ser cualquiera —contestó el sonriendo—. ¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones?

—Desde que no quieres que revise tu celular. —Él siempre me lo prestaba.

—Eres astuta, chiquitita. —Me observó de reojo.

—¿Quién te escribe tan tarde? —le pregunté de nuevo.

—¿Cómo voy a saberlo si no lo veo?

—Entonces déjame verlo. —Papá se quedó pensativo y yo expectante a su respuesta.

—Está bien, revísalo —consintió después de un rato.

No era un mensaje de mamá, era de un tal Jorge que le escribía sobre un libro o algo así, se lo leí. Él sonrió y pareció aliviado, luego me dijo lo que debía responderle y lo hice.

Después de eso mensajé un rato con mamá diciéndole que la extrañaba. Cuando fueron las doce de la noche papá me pidió su celular, se detuvo en la banquina, envió un mensaje y sonrió apenas le llegó la respuesta, lo volvió a contestar y estuvo así por un rato. Yo no le pregunté nada, sabía que hablaba con mamá porque supuse que le mandó felicitaciones a las doce en punto. Solo sonreí y esperé a que terminara. Luego retomamos la marcha.

—Espero que la pasemos lindo mañana —suspiré mirando las estrellas desde mi ventanilla.

—Lo espero también —asintió papá—. ¿Por qué no duermes un rato?

—No te quiero dejar solo.

Seguimos hablando por un rato más y luego me quedé dormida. Cuando desperté ya habíamos llegado al hotel. Íbamos a quedarnos en el mismo de mamá, la tía Sol nos esperaba en el lobby.

—Miri ya fue a grabar —informó después de saludarnos—. Quedé con ella en encontrarnos para almorzaren un restaurante que queda cerca de donde ella está. —Le dio a papá una dirección—. Estén ahí para las doce del mediodía —sonrió—, también ya compré los pases para la Isla Mágica.

—¿Crees que estará feliz de vernos? —pregunté.

—Estoy segura que sí. —Miró a papá y le guiñó un ojo.

—Iré a pagar por una habitación para nosotros —dijo él dejándome sola con la tía.

—Ojala mamá y papá no discutan —susurré con miedo.

—Creo que no lo harán —sonrió ella tranquila—. La pasaremos lindo —me abrazó—. Te extrañaba, estás cada día más hermosa.

—Gracias tía.

Papá vino de nuevo y fuimos a la habitación. Preparé la bolsa que llevaría luego y me acosté en mi cama a dormir.

—Papá duerme, estarás muy cansado —dije al verlo absorto en sus pensamientos mirando fijamente al techo.

—Lo haré, hija —contestó girándose y quedando de costado, sé que estaba nervioso por verla.

Me desperté a las diez cuando mi alarma sonó. Desperté a papá que seguía durmiendo y él se alisto para salir. Se dio una ducha rápida y se puso un jean y una camiseta negra, arregló su pelo y se puso bastante colonia. Yo sonreía mientras lo miraba prepararse con esmero.

—Estás como un adolescente a punto de salir en su primera cita —le sonreí.

—¿Y tú qué sabes de eso? —preguntó él.

—Papá, existen las películas. —Me levanté y tomé los regalos que le habíamos comprado a mamá, también llevamos la guitarra para cantarle el tema que yo le compuse y le dije a papá que ya nos fuéramos.

Subimos al auto y manejamos hasta el restaurante. Cuando llegamos bajé y esperé a que él bajara. Se tomó su tiempo, estaba nervioso. Le mandé un mensaje a la tía Sol avisándole que ya estábamos allí. Ella debía decirle a mamá que se iba a los sanitarios y vendría por nosotros. Luego llegaríamos junto con los mozos del lugar con una torta y cantándole el «cumpleaños feliz».

Y eso fue así. La tía Sol nos vino a buscar y entramos al restaurante por atrás. Desde allí nos unimos a los mozos que llevaban un pastel y le cantaban a mamá. Cuando casi estaba terminando la canción, aparecimos nosotros. La boca de mamá casi se le cae de tanto que la abrió por la sorpresa. Se levantó y yo corrí a abrazarla, ella me abrazó también. Luego mamá y papá quedaron viéndose por largo rato, ninguno de los dos hacía nada, solo se miraban. Eso parecía algo así como si estuvieran hablando mentalmente, o con las miradas... algún lenguaje que ninguno de los demás conocíamos. Mamá se acercó a él y cerró sus brazos por alrededor del cuello de papá, fue un gesto hermoso e íntimo. Sus ojos estaban cargados de lágrimas que trataban de salir pero no lo hacían. La tía Sol y yo respiramos, suspiramos. Hasta ese momento no sabíamos cómo iba a reaccionar.

Me senté en la mesa para cuatro que tía Sol había reservado y que luego me contó que mamá le había interrogado por los asientos restantes. Mamá quedó en el medio entre papá y yo.

—¡Feliz cumpleaños, mami! —repetí cuando todos los mozos se fueron y quedamos solos.

—Gracias pequeña —dijo mamá tomándome de la mano.

Yo traía una bolsa con tres regalos que mamá empezó a abrir. Una pañoleta de las que a ella le gustaba usar por el cuello, un anillo con una piedra enorme de color negro, y un libro de su escritora favorita. Entonces papá le dio otro regalo.

—Esto es para ti —dijo cuándo mamá terminó de agradecerme todos los regalos que le hice.

—¿Más? —preguntó mamá a papá sorprendida—. Los demás eran de Sofy, este es mío. —Ella sonrió, sabía que todos los había comprado papá.

Mamá abrió su regalo, era una cajita pequeña, yo no había visto cuando papá lo compró. Adentro había un colgante en forma de corazón, era de esos que podías abrirlo y había lugar para poner fotos. Una foto a cada lado. Esas cosas tienen un nombre, pero no lo recuerdo. Mamá lo abrió y adentro estaba mi foto, pero en el otro lado no había ninguna. Mamá miró a papá sonriendo.

—Es hermoso —dijo visiblemente emocionada.

—Era de mi abuela —admitió papá—. Es muy antigua y valiosa, no solo material, sino también sentimentalmente. Ella lo heredó de hace tres generaciones, me lo dieron a mí porque no tengo hermanas. Quiero que lo conserves y alguna vez, se lo des a Sofy —mamá sonrió.

—Gracias Nico. —Papá sacó otra caja un poco más grande y la abrió. En ella estaba la corona que le habíamos comprado, una pequeña tiara, casi una vincha.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó pasándome a mí la corona—. ¿La quieres coronar? —preguntó y yo asentí levantándome para ponerla en la

cabeza de mamá.

—¿Y esto? —preguntó ella.

—No hay princesas sin corona —explicó papá.

—¡Feliz cumpleaños de princesa! —exclamamos la tía, papá y yo al mismo tiempo, mamá estaba feliz, lo notaba en su sonrisa.

Esa tarde fuimos a la isla. Tía Sol se había encargado de preparar el bolso de mamá con todo lo que necesitábamos, bloqueador solar, ropa cómoda, traje de baño, todo. Hacía mucho calor, el verano estaba en todo su esplendor.

Corrimos, jugamos, fuimos de una atracción a otra, también fuimos a los toboganes de agua. Todo lo que se podía hacer en las pocas horas que estuvimos, lo hicimos. Y salimos de allí muy contentos. Todos se olvidaron de los problemas y solo disfrutamos. Papá y mamá se agarraban de las manos ocasionalmente, creo que no se daban cuenta, pero cuando lo notaban se separaban.

Más tarde fuimos a hacer el paseo Marqués de Contadero, papá dijo que sería genial, subimos a un bote e hicimos un recorrido por el Rio Guadalquivir, luego paramos a tomar un café y comer algo en uno de los locales por ahí y vimos monumentos y lugares mágicos de Sevilla. Aproveché para cantarle la canción que le compuse, papá me acompañó con la guitarra y creo que mamá estuvo a punto de llorar, la tía también.

Era ya entrada la noche cuando nos sentimos todos realmente agotados.

—¿Quieres hacer algo más princesa? —preguntó papá haciendo como una referencia cuando terminábamos el recorrido.

—Si no se enojan quiero volver al hotel, pedir servicio de habitación y dormir, estoy exhausta —sonrió mamá.

—Todos te lo agradeceremos —dijo tía Sol suspirando—. No sabía que esto de ser escolta de una princesa en su cumpleaños fuera tan extenuante. — Todos reímos.

Fuimos al hotel y quedamos conversando un rato en el *lobby* mientras papá iba a retirar las llaves.

—¿Puedo ir a ver tu habitación? —pregunté a mamá.

—¡Claro! —asintió ella sonriendo.

—Yo ya voy a dormir, fue un día genial —se despidió la tía Sol—. Gracias por permitirme vivirlo con ustedes.

—Papá, voy a ver la habitación de mamá y luego voy a la nuestra — agregué emocionada.

—No quiero que te andes paseando sola por los pasillos del hotel —se quejó mi sobreprotector padre.

—Ven con nosotras —lo invitó mamá y mi corazón dio un brinco.

Subimos hasta el sexto piso donde estaba su habitación y caminamos los tres por el pasillo. Entramos a la habitación que era grande y tenía una cama enorme. Había un ventanal gigante desde donde se podía ver la hermosa ciudad iluminada.

—Bueno, vamos a dormir, Sofy —mencionó papá después de un rato—. Mamá está cansada y tiene que trabajar mañana.

—Mañana tengo el día libre. ¿Hasta qué hora se quedan? —preguntó.

—Hasta la tarde, luego debo volver porque el sábado tengo que grabar el comercial que se suspendió el martes —informó papá.

—Está bien, creo que podremos almorzar y pasear un poco, pasar tiempo juntos. —Ellos se miraban con cariño.

—Suenan genial —asintió papá.

Nos despedimos de mamá y fuimos a nuestra habitación. Me di un baño y me puse mi pijama, luego papá hizo lo mismo poniéndose un pantalón de algodón y una remera para dormir.

Estábamos los dos acostados en silencio, cada uno en su cama pensando. No sabía en qué pensaría él, yo tenía esos mensajes en mi cabeza, esos en los que ellos imaginaban dormir juntos. Se me ocurrió una idea, esperaba que funcionara.

—Papá, quiero dormir con mamá —hablé con voz de niña pequeña y él sonrió.

—Te llevo. —Bien... yo sabía que no iba a dejarme andar sola por los pasillos y menos a esa hora.

Mamá abrió la puerta y sonrió al vernos. Tenía un camisolín rosa corto y el pelo recogido en un rodete. Llevaba en las manos un libro y traía puestas sus gafas de lectura.

—¿Qué pasó? —sonrió al vernos.

—Quiere dormir contigo —explicó papá señalándome, yo entré rápido y me acosté en su cama.

—¡Mamá! —grité desde allí.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Todavía no terminó tu cumpleaños, ¿no hay algo más que tengas ganas de hacer esta noche? —cuestioné mientras cruzaba los dedos para que diera la respuesta que esperaba.

—¿Algo como qué? —preguntó mamá mirándome con curiosidad, yo solo sonreí.

—Se me ocurría que podíamos dormir los tres juntos. Bueno, si tienes ganas...

Papá me miró de forma rara, supongo que tenía miedo que mamá se enojara con semejante propuesta, pero tenía que arriesgarme. Mamá sonrió y me observó, luego miró a papá y le hizo un gesto para que pasara.

—Creo que hay suficiente espacio en la cama. —Suspiré satisfecha.

Mamá se acostó en un lado y papá en el otro, quedándome yo en medio de los dos. Estuve disfrutándolo durante un buen rato, la última vez que estuve así con ellos tenía solo diez años. Estaba tan feliz, reíamos y conversábamos sobre lo que habíamos vivido.

—Voy al baño. —Me excusé y me levanté de la cama. Me quedé allí encerrada un buen rato, tratando de darles tiempo para que hablaran. Cuando hubo terminado el tiempo en que sería normal que permaneciera en el baño salí, y lo que vi, me dejó congelada. Mamá estaba recostada en el pecho de papá, y dormía mientras él le hacía mimos en la espalda.

Él me hizo un gesto como para que hiciera silencio y yo sonreí. Me acosté al otro lado de mamá dejándola a ella en el medio, entre papá y yo.

—Buenas noches Sofy, fue un gran día —se despidió papá.

—Si pa, los mensajes se hacen realidad —susurré.

—¿Qué quieres decir con eso? —Intentó mirarme por sobre la cabeza de mamá sin moverse demasiado para no despertarla.

—Ya duermo, no te escucho —sonreí feliz, y aunque continuó susurrándome para que le dijese algo, lo ignoré fingiendo que dormía.

Me desperté como a las ocho y vi que ambos dormían en la misma posición de anoche, tomé un lápiz y un papel de esos que dejan en los hoteles

en las mesitas y les puse que iba a lo de la Tía Sol, que no se preocuparan y que nos veíamos en el almuerzo.

Caminé hasta la habitación de la tía, que estaba al lado. Golpeé rogando que me escuchara y me abriera.

—¿Sofy? ¿Qué pasa? —preguntó toda confundida, adormilada y con el cabello hecho un desastre.

—¿Puedo seguir durmiendo aquí?

—Sí, pasa pero, ¿qué pasó?

—Mamá y papá duermen en la habitación de al lado, y pensé que cuando despierten, sería bueno que estuvieran un rato solos —sonreí con picardía y la Tía Sol meneó la cabeza.

—Eres terrible —murmuró, y nos acostamos en su cama para seguir durmiendo.

13. ARDIENTE PASIÓN

Nicolás

Cuando desperté eran cerca de las nueve y media de la mañana, tenía el brazo completamente adormecido, al punto que dolía. Miré y Miriana seguía durmiendo sobre él, así mismo como quedó anoche.

Cuando Sofy fue al baño, fue un momento raro y hasta incluso un poco incómodo. Ella estaba en un extremo de la cama y yo en el otro.

—Supongo que hoy no hay mensajes —dije sonriendo nervioso cual adolescente.

—Supongo que no... —La noté igual.

—Pero hay algo mucho mejor —agregué mirándola—. Estamos haciendo lo que decimos en los mensajes.

—No exactamente. —Ella se giró a verme.

—¿Por qué?

—Porque en los mensajes yo duermo en tu pecho y tú me acaricias la espalda hasta que quede dormida.

—¿Y qué esperas? —pregunté abriendo el brazo para que se acercara. Ella lo hizo lentamente y yo me derretí al aroma de su pelo, suspiró en mi pecho y acarició mi estómago suavemente.

Empecé a hacerle masajes en la espalda y sentía su piel estremecerse, ella sonrió, cerró los ojos y se durmió. Sofía se tardó una eternidad en el baño y empiezo a creer que lo hizo a propósito, sobre todo por su comentario de antes

de dormir, «*los mensajes se hacen realidad*». Estoy casi seguro que revisó mi celular, me las pagará por eso. Sonreí y la busqué con la mirada.

No estaba por ningún lado y me alteré. Me levanté tratando de no despertar a Miriana pero fue en vano, ella despertó y me miró confundida.

—¿Qué pasa? —preguntó adormilada.

—¡Sofía no está! —soné desesperado buscándola en el baño. Miriana se sentó en la cama tallándose los ojos con el dorso de su mano y luego de unos segundos me llamó.

—Nico... —dijo y la miré, tenía un papel en la mano y me lo pasó.

Vi el mensaje de mi hija avisándome que estaría en lo de Sol. Iba a salir a buscarla, ya caminaba hacia la puerta, pero luego lo pensé mejor; la niña y su castigo podían esperar. Me giré a mirar a Miri, ella se había vuelto a tirar en la cama, estaba despeinada y adormilada. Su camisolín se levantaba un poco dejando ver sus piernas y algo de sus caderas. Sonreí, me acerqué a ella y me acosté a su lado, sólo la miraba, ella fingía dormir.

—¿Por qué me miras así? —cuestionó después de un rato, sabía que estaba fingiendo.

—Porque me gusta verte, me gusta ver cada detalle de tu rostro y de tu cuerpo. ¿Sabes?, es tan cierto eso que dicen que uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde... Verte, disfrutarte con la mirada, era algo que podía hacer todos los días, pero no lo hice lo suficiente, no me detuve a observarte, a mirar tu sonrisa, a ver como se te alborota el cabello cuando te despiertas recién. —Acaricié con ternura su cabello—. O a contemplar tus cejas y el camino que recorren en tu rostro. —Pasé mi dedo índice por ellas—. Hace tanto que no me pierdo en tus facciones y la paz que transmites cuando duermes. —Acaricié sus mejillas—. Y ni qué decir de tus labios... —Los toqué

suavemente con mi dedo índice. Ella cerró los ojos y besó mi dedo cuando pasaba por su labio superior—. Déjame mirarte princesa, solo hoy, una vez más —supliqué, ella se quedó en silencio sintiendo, pensando, tenía los ojos cerrados.

Yo no pude contenerme más, empecé a acariciar sus cabellos y pasé mi mano dibujando de nuevo cada facción de su rostro, bajé el dedo por sus mejillas y dibujé un camino por su cuello hasta llegar a donde empezaba la tela de su camisión a cubrir sus senos. Me detuve allí y volví a sus hombros pasando la mano a lo largo de su brazo hasta sus muñecas, hice lo mismo con el otro brazo.

Su piel se estremecía al paso de mi mano, ella no abría los ojos, pero tampoco me decía que me detuviera. Quería besarla, quería acercarme y respirar el aire que ella exhalaba, quería llenarme de ella, de su aroma, de su vida. No sabía si hacerlo o no, tenía miedo de que fuera un sueño y despertar cuando ella abriera los ojos y comenzara a gritarme desenfrenadamente.

Bajé hasta el borde de la cama y le acaricié los pies haciéndole suaves masajes en ellos, luego los besé, uno por uno con amor, con devoción, con dulzura. Recorrí con mi mano el camino de sus piernas desde sus tobillos hasta sus muslos, me detuve donde empezaba la tela de su camisolín a cubrir ligeramente sus partes más íntimas.

Recosté mi cabeza en su pecho, para oír su corazón y tratar de deducir si aún decía mi nombre. Cerré los ojos y me concentré en sus latidos. Ella movió sus manos y las enredó en mis cabellos, sonreí y abrí los ojos suavemente, ella me estaba mirando. Sonrió, se mordió los labios humedeciéndolos y haciéndolos completamente deseables para mí.

—¿Qué esperas para hacerlo? —preguntó.

—¿Hacer qué? —respondí sonriendo.

—Besarme, Nico. Siempre dijiste que si me mordía los labios te incitaba a besarme.

—¿Lo hiciste a propósito? —cuestioné divertido.

—Te estás tardando mucho —se quejó ella y yo me acerqué lentamente.

Tomé su rostro entre mis manos como si fuera la cosa más delicada y valiosa del mundo, la miré a los ojos, ella entreabrió los labios esperándome ansiosa. Yo los miré, miré sus labios llamándome y la volví a mirar a los ojos.

—¿Estás segura? —Ella asintió levemente. Me acerqué cada vez más, sentía su respiración agitarse y yo podía respirar su aire, cerré mis ojos y me sumergí en ese aire, me acerqué aún más y acorté toda la distancia que nos separaba.

Rocé mis labios con los suyos en el beso más dulce que jamás nos hemos dado, movimos lentamente nuestros labios saboreando esa miel que hacía tanto no disfrutábamos. Recordé cuánto me gustaba besarla, podía pasarme el día solo besándola. Su lengua empezó a acariciar mis labios, llamando a la mía y sonreí en el beso, ella estaba ansiosa y yo lo sabía. Nos besamos por varios minutos suavemente, hasta que ella se apartó y se paró de la cama.

—Ven aquí—dijo y caminó hasta la ventana.

Yo la seguí embobado por su figura, por su aroma.

—Abrázame —me pidió con ternura—, necesito un abrazo tuyo.

Yo me sentí avergonzado, a estas alturas estaba excitado y si la abrazaba lo notaría, temía que se enojara por eso. Cielos, parecía un adolescente, bajé un poco la vista y ella también lo hizo. Siguió mi mirada, y enseguida lo entendió. Sonrió.

—Abrázame —dijo de nuevo—, no importa.

Caminé hasta ella y la abracé, la envolví con mis brazos y ella me envolvió a mí, como si el mundo fuera a acabarse mañana nos apretamos uno contra el otro, como si quisiéramos fundirnos en un solo cuerpo. Era un abrazo anhelado, deseado. Sentí humedad en mi pecho y supe que lloraba.

—¿Por qué lloras princesa? —le pregunté.

—No lo sé —contestó—. Porque extraño mucho esto quizás —agregó sin mirarme.

—Puedes tener esto cada vez que tú lo quieras —respondí sonriendo y acariciando su cabello—. Pero no llores, no quiero verte llorar. —Tomé de nuevo su rostro en mis manos besando sus lágrimas y secándolas así.

—Bésame de nuevo —pidió deseosa.

El beso era tierno, era dulce y salado. Pero se fue haciendo más denso y apasionado. Su lengua se enredaba con furia con la mía y ella había llevado sus manos a mi cuello para impedir que me separara. Yo la tomaba de la cintura y aunque moría por recorrer su cuerpo con mis manos me obligaba a dejarlas solamente allí.

Un rato después ella envolvió mis manos en sus manos, aun nos estábamos besando. Guio con sus manos las mías desde sus piernas hasta sus muslos levantando el camisolín para que le tocara la piel.

—Tócame, recorre mi cuerpo —suplicó en medio del beso—. Necesito tus manos, tus caricias, necesito sentirte. —Volvió a besarme.

—¿Estás segura? —volví a preguntarle.

—Solo hazlo, Nico —me ordenó.

Empecé a acariciar sus muslos, su espalda, su cuerpo en general, mientras nos seguíamos besando de manera apasionada. Ella se separó y me miró a los

ojos.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Tu ropa estorba —dijo sacándome la remera, yo sonreí.

Ella recorrió sus manos por mi torso desnudo y empezó a besarme por todas partes. Yo solo cerraba mis ojos, si existiera el cielo, debería parecerse mucho a esto.

Seguimos besándonos y ella me empujó hacia la cama. Caí acostado en ella y ella subió encima de mí dejando sus piernas a ambos lados de mi cuerpo. Yo aún traía el pantalón de mi pijama y ella su camisolín y ropa interior. Se sentó encima y sintió mi excitación al tiempo que se frotaba por mi cuerpo, sonrió.

—¿Puedes creer que tenías vergüenza de esto recién? —preguntó pícaramente. Sonreí, amaba a esa Miriana atrevida, que no tenía miedo de nada, la conocía tan bien.

—No tenía vergüenza de «eso» —me defendí—. No quería que te enfadaras...

—Oh, jamás me enfadaría con «eso» —sonrió y puso los ojos en blanco.

—Te ha dado tanta diversión, ¿no? —pregunté sonriendo con malicia.

—¡Oh sí! —agregó ella—. Y espero que lo haga ahora también porque también lo extraño demasiado.

Empezó a despojarse de su camisolín y pude ver su cuerpo desnudo una vez más. Estaba en el cielo, definitivamente estaba en alguna especie de paraíso a donde ella me estaba llevando y yo la seguía como tonto. Me sacó el pantalón y sonrió mirándome con deseo.

—¿Traes protección? —preguntó.

—¿Te parece que me paseo por la vida con protección?

—Eres hombre Nico, se supone que debes estar preparado.

—¿Preparado para encontrarme con mi ex esposa de la que estoy separado hace cuatro años y que vive a novecientos kilómetros y esperar por si en vez de discutir como lo hacemos siempre, hacemos el amor? —ella sonrió.

—No vas a decirme que no sales con chicas —comentó mientras besaba mi torso desnudo.

—No, no salgo con nadie, ya te lo dije.

—¿Y cómo aguantas?

—Lo soluciono yo solo, pensando siempre en ti —agregué susurrando y ella me miró con el ceño fruncido.

—¿Lo dices en serio?

—No tengo porque mentirte. ¿Tú? ¿Ya no te estás cuidando? —pregunté mientras acariciaba la piel de su espalda y bajaba mis manos por sus muslos.

—¿Para qué? No ando por la vida acostándome con nadie así que no tengo necesidad de estar metiéndole hormonas a mi cuerpo y de estar acordándome todos los días de tomar algo que no hará más que destruir mi ciclo y cambiar mis estados de ánimo de un día al otro. —Ella odiaba las pastillas y yo lo sabía.

—Vamos, eres famosa, tendrás miles de hombres queriendo estar contigo —sonreí.

—No necesito de eso —dijo ella sin dejar de besarme—. Aparte ya tengo dueño. —Sus ojos brillaban con pasión.

—Yo también tengo dueña. —Ella hizo un movimiento y se colocó encima

de mí dejándome zambullirme en su interior lentamente—. No nos estamos cuidando —volví a insistir.

—Llevo meses sin la regla, Nico —dijo mientras se acomodaba y yo sentía sus movimientos—. Quizás Sol tenga razón y ya me estoy volviendo vieja, quizás ya no volverá —murmuró cerrando los ojos y moviéndose encima de mí, ya no podía eludir aquel placer que inundaba todo mi ser.

—Eres joven para eso aun —susurré cerrando los ojos y empezando a delirar por las oleadas de sensaciones que estaba recibiendo.

—Ya deja de hablar, ¿quieres? —dijo y la obedecí.

Fueron como tres veces las que logramos consolidar nuestro amor en una unión completa de cuerpo y alma. Luego ella quedó rendida durmiendo en mi pecho y yo, aunque estaba agotado, no quise dormir por miedo a despertar y que todo fuera un sueño. Miré mi celular eran como las once del mediodía, si llamaba a pedir desayuno no saldríamos a almorzar. ¡Y cómo me hubiera gustado quedarme todo el día así!, pero no se podía...

Empecé a besarle el cuello para que despertara.

—Despierta bella durmiente —susurré cerca de su oído con ternura—, tenemos que buscar a Sofy que nos espera para almorzar.

Ella despertó, me miró y sonrió.

—Voy a tomarme un baño. —Caminó hasta la puerta del baño para luego voltearse a verme—. ¿Vienes? —me preguntó y yo sonriente y la seguí.

14. ME SIENTO VIVA

Miriana

Nos estábamos vistiendo para ir a encontrarnos con Sofía y Sol, ya les había escrito un mensaje diciéndoles que nos encontrábamos a las doce y media en el restaurante del hotel. Estaba feliz, me sentía bien, radiante. No puedo explicarlo... solo sabía que me sentía completa.

—¿Que vamos a hacer? —preguntó Nico—. ¿Qué fue todo esto? —dijo parándose detrás mío y abrazándome por la cintura.

—No lo sé Nico, ¿debemos saberlo hoy? —cuestioné confundida.

—Solo quiero saber que vamos a hacer ahora. Yo viajo esta tarde de nuevo y el domingo vuelves a Italia. Quiero saber cómo quedamos, los papeles de divorcio están sobre mi mesa y el abogado me llamará en cualquier momento. —Nico necesitaba respuestas y yo no las tenía, solo sabía una cosa.

—No firmes esos papeles, por favor, no lo hagas —rogué girándome para verlo, él sonrió, sus ojos se cargaron de una alegría inmensa, me sentí feliz por ello.

—No quiero hacerlo, nunca quise firmarlos. —Tomó mi rostro en sus manos y lo llenó de pequeños y dulces besos.

—¿Podemos ir despacio? —pregunté.

—¿Que sería ir despacio? Digo, somos esposos, tenemos una hija —sonrió y me besó el cuello.

—Solo dame tiempo, Nico; te juro que quiero hacer bien las cosas, quiero darte lo que te mereces, quiero arreglar mi vida. Pero necesito tiempo, necesito estar bien conmigo misma, asegurarme que no volveré a deprimirme y

que todo se repetirá. No soportaría volver a perder lo que tenemos —añadí con toda la sinceridad que podía.

—Haré lo que me pidas —contestó sonriendo y besándome en la frente. Besaba cada una de mis facciones, lo hacía con amor y dulzura.

—Disimulemos las cosas delante de Sofia, arreglemos todo entre nosotros antes de que ella lo sepa —le pedí—. No quiero ilusionarla.

—Lo que quieras, princesa. —Ya había tomado mi cartera y me disponía a salir pero él me detuvo tomándome del brazo.

—No sé cuándo volveré a besarte ni a tenerte en mis brazos, ven aquí. — Me estiró hacia sí con suavidad y me abrazó, fue un abrazo largo y luego nos dimos un beso dulce. Me sentía en las nubes

Cuando llegamos al restaurante Sol y Sofy ya estaban sentadas esperándonos. Ambas nos saludaron sonriendo.

—Sofy, tú y yo tendremos que hablar —regañó Nico fingiendo enojo cuando tomó asiento.

—¿Qué? ¿Qué hice? —preguntó Sofy poniendo cara de inocente, yo quería reír pero me mantuve expectante.

—Sabes que no me gusta que andes sola por los pasillos ni por ninguna parte. —Nico intentó sonar serio, yo sabía que en realidad estaba agradecido por todo lo que pudimos hacer en la mañana, solo porque Sofy fue a la habitación de Sol.

—La habitación de la tía está al lado de la de mamá, no exageres pa, aparte yo necesitaba un rato a solas con mi madrina, hace demasiado tiempo que no la veo. —Ambas se miraron sonrientes.

Nico negó con la cabeza y sonrió también.

—¿Qué ordenamos? —preguntó Sol—. Tengo mucha hambre.

—Yo igual, no desayunamos.

—¿No desayunaron? —repitió Sol sonando un poco irónica y enarcando las cejas. La regañé con la mirada, nosotras nos entendíamos así, ella solo sonrió y movió ligeramente las cejas como sabiendo lo que había pasado.

—No, nos despertamos recién —mencioné yo sin dejar de mirarla.

—Ah, ya veo —dijo Sol enfocándose ahora en el menú—. ¿Pedimos pasta o carne? —preguntó sonriendo.

Reímos y hablamos acerca de cualquier cosa, Sol le preguntó a Nico si no podían quedarse hasta el domingo pero él recordó que debía grabar al día siguiente esa estúpida publicidad y por eso debía volver. Decidimos ir a pasear al centro comercial e incluso ver una película en el cine hasta la hora que ellos debían volver.

Almorzamos y fuimos al centro comercial. Empezamos a recorrer tienda tras tienda y a mirar vidrieras. Llegamos a un negocio de electrónica y Sofy le pidió a Nico que le comprara algunos accesorios para su celular y algo que quería llevarle a Dante de regalo.

—¿Por qué vas a llevarle un regalo a Dante y no a las niñas? —preguntó Nico celoso, Sol y yo reímos.

—Si quieres comprarme más regalos para mis amigas no tengo ningún problema —respondió Sofía y Nico sonrió.

Ambos entraron a la tienda mientras Sol y yo quedamos en el pasillo exterior esperándolos.

—¿A qué hora piensas contarme? —habló ansiosa mi amiga.

—¿Contarte qué? —pregunté desentendida.

—Miriana, no te hagas. ¿Qué pasó entre ustedes en la mañana? —Quiso saber parándose en frente de mí y poniendo los brazos en jarra.

—Nada... —dije sonriendo y disfrutando de su ansiedad.

—¿Nada? —preguntó levantando las cejas y mirándome a los ojos desafiante—. ¿Crees que soy tonta?, se te nota en los poros de la piel que estuviste con él, los ojos te brillan de nuevo y no puedes dejar de sonreír. Eso sin contar que él está más idiotizado por ti que de costumbre.

—Está bien —sonreí aceptándolo— Pasó todo.

—¿Todo, todo? —preguntó ella.

—Si... todo, todo —acepté sonriente y sonrojada—. Pero no vamos a apurarnos, vamos a pensarlo bien. No sé qué haremos...

—Oh, claro, total pasó todo pero no van a apurarse —sonrió Sol irónica.

—Sol... ¿Qué tiene de raro? Somos esposos, ¿o no?

—Separados hace cuatro años y a punto de divorciarse —recordó ella moviendo la cabeza como si lo estuviera pensando.

—Le pedí que no firmara el divorcio —dije suspirando y mirando hacia donde él se había ido.

—Hasta que hiciste algo inteligente —comentó mi amiga saltando de emoción.

—Todo lo que hice hoy es inteligente —sonreí con picardía y le guiñé un ojo.

—¡Esa es mi amiga! —gritó Sol aplaudiendo y ambas reímos—. ¿Y qué tal estuvo? —preguntó entonces, sabía que lo haría.

—Genial, como siempre —me encogí de hombros—. Dijo que no había

estado con nadie en todo este tiempo. ¿Lo puedes creer?

—Mmmm... Es complicado de creer, ha pasado mucho tiempo —dijo ella frunciendo el labio para un lado en un gesto de estarlo pensando.

—Dijo que se alivia él solo pensando en mi —susurré orgullosa levantando las cejas y a Sol casi le da un ataque de risa.

—¡Por favor no me des más detalles! —sonrió mi amiga sacudiendo sus brazos en un gesto para que me detuviera.

—¡Pero si te encantan los detalles! —mencioné mirándola, siempre hablábamos de todo y con detalles.

—Lo sé, lo sé... —aceptó ella—. ¿Y tú le contaste que hacías lo mismo? —preguntó descaradamente.

—¡Estás loca Sol! Yo no lo hago —respondí con cara de indignada.

—¡Oh vamos! —insistió Sol pero no pudimos seguir hablando porque Nico y Sofía llegaron junto a nosotros.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó Nico viéndonos divertidas—. ¿Por qué ríen?

—Ah, no nada... mi amiga acá me contaba lo mucho que se divirtió... —dijo Sol mirando a Nico intensamente y luego de una pausa le sacó la mirada y continuó—, ayer, ayer en su cumpleaños de princesa. —Nico me miró frunciendo el ceño confundido y yo me sonrojé, luego sonrió.

—Oye Sofy —llamó Sol a mi hija—. ¿Me acompañas a aquella tienda para comprar algo para los niños? —preguntó señalando una tienda y Sofy asintió. Sol la tomó de las manos y se la llevó no sin antes girarse hacia nosotros y guiñarnos un ojo.

—¿Se lo contaste? —preguntó Nico y yo me encogí de hombros

asintiendo.

—No hace falta que se lo cuente, ella lo supo apenas me vio. Es mi mejor amiga, lo más cercano a una hermana, con mirarme lo sabe —sonreí nerviosa—. ¿Te molesta?

—Para nada. —Nico me tomó de la mano—. Vamos un rato para allá...

—¿Para dónde? —le pregunté.

—Solo sígueme —me estiró suavemente y caminé tras él mientras sentía que mi celular vibraba, lo saqué para revisarlo.

«Te doy una hora para que tu amante y tú jueguen a los adolescentes enamorados, yo me encargo de Sofía. Sé que te gusta hacer locuras y llevas tiempo sin hacerlas. ¡Aprovecha! Nos vemos en la entrada del cine dentro de una hora. Sol».

Sonreí y Nico me preguntó quién era, le mostré el celular y sonrió también.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—¿Alguna locura? —me besó.

—¿Cómo cuál? —Eso era lo que hacíamos de novios, locuras, muchas locuras.

—Vamos —dijo volviendo a tomarme de la mano.

Me llevó a un lugar donde había una puerta que decía: *«Solo personal de limpieza, prohibido el acceso»*, abrió la puerta y nos metió adentro, luego la cerró con el pasador.

—¿Que vamos a hacer acá? —pregunté haciéndome la inocente.

—Todo lo que tú quieras —respondió con una sonrisa pícara y me guiñó

un ojo.

—¿Todo, todo? —inquirí mientras me acercaba y liaba mis brazos por su cuello.

—Todo lo que podamos en una hora —dijo acercándose mucho a mis labios.

—No perdamos tiempo entonces. —Y empezamos a besarnos.

Traté de arreglar mi cabello más o menos mientras Nico sonreía y me decía que me veía genial. Tenía la impresión de que todo el mundo con sólo mirarme se daría cuenta lo que acabábamos de hacer. Abrió la puerta y miró a todos los lados, salimos de allí como un par de adolescentes escondiéndose de los padres, o algo así. Adrenalina llenaba mi sangre como antes y me hacía sentir viva. Viva como hacía años no me sentía.

Caminábamos normalmente por el pasillo de ida al ascensor que nos llevaría al cine, yo sonreía, no podía estar viviendo todo esto, él sonreía también. Lo miré de reojo

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por todo... porque me siento viva. —Quise que lo supiera.

Él solo sonrió. Llegamos al cine. Sol y Sofy ya habían comprado las entradas y estaban esperando en la fila. Nos colocamos a su lado aunque una señora nos miró de mala gana por meternos en la fila

—¿Dónde fueron? —preguntó Sofy.

—Ahh mmm. —No sabía que decir.

—A merendar —completó Nico ante mi incómodo silencio.

—Ah, ¿y qué comieron? —preguntó de nuevo ella.

—Ehmmm cosas... —hablé rápido y un poco nerviosa, Sol ya estaba divertida.

—Sólo tomamos un café —respondió Nico tranquilo mirando a Sofy.

—¿Y estaba rico? —preguntó Sol insistiendo en hacerme pasar vergüenza, le di un empujón sin que Sofy lo notara.

—Papá ¿me compras palomitas? —pidió Sofy y él asintió con un movimiento de cabeza.

—Vamos. —Se la llevó al puesto de palomitas.

—Veo que están insaciables —dijo Sol observándome y arreglando un poco mi cabello.

—Sol, son cuatro años, ¿entiendes eso? —expliqué sonriendo y ella se echó a reír.

—Oh amiga, te echaba de menos. —Me abrazó y luego de separarnos me miró—. Entonces, ¿cómo estuvo el café? —guiñó un ojo.

—Oh, rico y caliente —la señora que estaba tras nuestro negó con la cabeza, ambas nos pusimos a reír.

Entramos al cine y elegimos una fila de cuatro asientos. Nico entró primero hacia la pared y Sol me empujó para que yo fuera al lado, luego entró Sofy y por último quedó ella hacia el pasillo. Las luces se apagaron y la película comenzó. No sabía qué íbamos a ver, una película de caricaturas o algo así. No podía dejar de pensar en lo que pasó antes y sonreía sola en la oscuridad. Recosté mi cabeza por el respaldo de la silla y cerré mis ojos recordando cada beso, cada caricia. Lo siguiente que sentí fueron los labios de Nico besando mi cuello y acercándose a mi oreja.

—Estos días han sido perfectos —susurró—. Gracias.

Yo solo sonreí, acarició con sus dedos mi mejilla y puso un mechón de mi pelo atrás de mi oreja. La gente comenzó a reírse, por lo visto la película era cómica. Su mano derecha estaba en mi rodilla ahora y yo abrí los ojos. Lo miré como señalando a Sofy y él sonrió.

—Está metida en la película, no se dará cuenta —susurró de nuevo al oído sonriendo, yo me derretía con su aliento tan cercano.

El apretó mi rodilla suavemente y subió más su mano hasta casi llegar a mi entepierna, yo me estremecí y estuve a punto de detener su mano, en ese momento se levantó un poco y como recargándose en mi cuerpo miró a Sofy.

—¿Compartes las palomitas? —dijo y ella sonrió pasándoselas, él las tomó con la otra mano y se sentó de nuevo sacando su mano de mis muslos para comer un poco.

—Estás loco —susurré al oído.

—Por ti —admitió y colocó un par de palomitas en mi boca, yo acaricé sus dedos con mi lengua y él sonrió.

Estuvimos el resto de la película entre caricias suaves y palabras en los oídos. Las luces se encendieron. La película había terminado. Me pareció que fue muy corta...

15. ERES TERRIBLE

Sofía

Mis papás estaban súper raros, pero me divertía eso. Me pareció que no atendieron nada lo que pasó en la película porque cuando regresábamos al hotel y mientras yo hablaba de la trama ellos no decían nada, la única que me respondía era la tía Sol.

Esa misma mañana, más temprano, decidí que debía dejarlos solos y fui a dormir con la Tía Sol. Me abrió la puerta y nos dormimos un rato. A eso de las diez nos despertamos y bajamos a desayunar.

—¿Cómo anda todo Sofy? —preguntó la tía.

—Bien... —sonreí—. Sabrás que estos días están siendo fantásticos.

—Lo imagino —dijo ella sonriendo—. Oye, me dijo tu mamá que andas mirando la serie.

—Sí, tía. Por cierto, eres una gran actriz...

—Gracias, en realidad me divertía mucho —comentó mientras comíamos.

—¿Qué crees que están haciendo papá y mamá? —pregunté de repente y ella sonrió.

—No lo sé. ¿Tú qué crees?

—¿Reconciliándose? —dije poniendo una cara lo más pícaro posible.

—Eres terrible —añadió la tía, yo solo sonreí.

—Tengo que contarte algo. —Realmente necesitaba hablarlo con un adulto.

—Dime. —Yo sabía que podía confiar en ella.

—Vi unos mensajes de papá y mamá. —Le conté entonces sobre los mensajes que había leído detalladamente y ella me escuchó atenta—. ¿Qué dices de eso? —pregunté ansiosa, quería saber su opinión, ella conocía bien a mamá.

—No lo sé Sofy. Mira, tus papás son adultos ya, y han vivido demasiadas cosas, yo quisiera que tú dejaras que ellos solucionen sus problemas. Ten por seguro que lo harán pensando en lo que es mejor para ti.

—Lo mejor para mi es que estemos todos juntos —afirmé convencida.

—Crees que eso es lo mejor, pero si discuten y se pelean todo el día, también te hará daño, entonces no sabes si eso es en realidad lo mejor.

—Pero ahora se llevan bien —repliqué tratando de mantener las esperanzas.

—Lo sé, pero dales tiempo, deja que lo hablen, que lo resuelvan ellos.

—Papá la ama y tú lo sabes.

—Lo sé, y aquí entre nosotras creo que tu mamá también, pero aún le queda mucho camino por resolver dentro de ella misma antes de seguir adelante.

—Ojalá lo haga rápido —sonreí esperanzada.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó cuándo terminamos de desayunar.

—Vamos a pasear un rato por los alrededores. —Le propuse y eso hicimos.

Volvimos para almorzar y los esperamos en una mesa. Mamá y papá llegaron sonriendo, estaban alegres, estaban distintos. Yo me sentí feliz. Comimos, hablamos y luego fuimos al shopping. Papá me compró cosas para

mi celular y regalos para mis amigos, mientras mamá hablaba con la tía Sol. Seguro le contaba lo que habían hablado a la mañana con papá, me hubiera gustado escuchar eso pero la tía tenía razón, tenía que dejar que ellos solucionen sus problemas. Yo no podía hacer nada.

Luego de eso la tía me llevó a elegir regalos para sus hijos, que eran como mis primos. Pero más bien creo que lo que quería era dejarlos solos de nuevo, quizás mamá le había dicho que necesitaba hablar con él o algo así y que los dejáramos solos. Y eso hicimos. No sabía a dónde fueron pero no estuvieron a la hora que habíamos quedado frente al cine, así que la tía y yo compramos las entradas y nos formamos a esperar. En eso llegaron ellos y se pusieron a nuestro lado en la fila. Le pedí a papá para comprar palomitas y fuimos, cuando regresamos a la fila mamá y tía Sol reían como niñas de alguna travesura. Yo sonreí al verlas, me gustaba ver feliz a mi mamá.

La película estuvo genial, pero en un momento me pareció ver a papá tomar la mano de mamá. Miré de reojo para que no se percataran y los vi. Estaban de la mano, él acariciaba los dedos de mamá. Ella sonreía ligeramente y hasta creo que tenía recostada su cabeza en el hombro de papá. Quería girarme para verlos pero no podía, me iban a descubrir y seguro se iban a separar. Le hablé a la tía al oído.

—Se toman de la mano —susurré y ella miró de reojo.

—Eso es bueno, pero que no te vean husmeando —dijo dándome un golpecito en la cabeza y yo sonreí.

La película terminó y fuimos al hotel. Como dije antes, papá y mamá no parecieron haber atendido mucho la película. No insistí con eso. Llegamos y decidimos ir cada uno a la habitación a bañarnos y prepararnos. Papá y yo saldríamos en un rato de regreso, aunque ninguno de los dos queríamos hacerlo. Papá se quedó tirado en la cama y yo entré a bañarme. Cuando salí él

tenía los ojos cerrados pero yo sabía que no dormía.

—Tu turno.

—Está bien. —Se levantó pesadamente e ingresó al baño. Yo me vestí y guardé mis cosas para el viaje. Cuando papá salió del baño y comenzó a vestirse yo ya estaba lista y sentada en la cama.

—¿Puedo ir un rato a lo de mamá a conversar con ella antes de irnos?

—Sí, anda —dijo papá—. Nos vemos en media hora abajo para irnos. ¿Está bien? —me preguntó.

—Sí —asentí y fui a la habitación de mamá. Como lo pensé, ahí estaban ella y la tía Sol tiradas en la cama conversando pero cuando llegué la tía dijo que iba a bañarse y se fue. Mamá también se preparó para entrar al baño y yo me senté en su cama.

—¿Qué hicieron esta mañana? —pregunté.

—¿Quiénes? —Sabía que mamá no me daría muchas respuestas pero debía intentarlo primero con ella para saber qué hablar con papá durante el viaje.

—No te hagas la desentendida, papá y tú.

—Nada, nos despertamos tarde —dijo pero sus mejillas estaban más rosadas que de costumbre, yo fruncí el ceño.

—¿Al menos hablaron algo? —cuestioné.

—Sí, un poco.

—¿No discutieron?

—No, para nada —sonó satisfecha, como feliz de dar esa respuesta.

—Me alegro. —Hice una pausa para sopesar sus reacciones—. ¿Se

besaron?

—¡Sofy! —regañó suavemente mamá.

—¿Qué? —pregunté encogiéndome de hombros.

—Demasiadas preguntas —zanjó ella.

—El que calla otorga —sonreí—. Se besaron —afirmé y mamá solo sonrió—. ¿Van a volver? —pregunté intentando ocultar mi emoción.

—Aún es pronto para hablar de eso Sofía, no insistas con estas cosas, déjanos a nosotros solucionarlo.

—Está bien, todos me dicen lo mismo, solo quiero lo mejor para todos y que sean felices... Y los dos lo fueron estos días —agregué encogiéndome de hombros—. Y vi cómo te tomaba de la mano en el cine, y que recostaste tu cabeza en su hombro; también sé que dormiste ayer donde querías dormir, en su pecho. —Se lo dije todo de una y mamá salió de la ducha envuelta en una toalla y mirándome fijo, fingiendo enojo.

—Déjanos a nosotros resolver estas cosas, Sofía —sonó como una orden.

—Solo resuélvanlo de la mejor manera posible. Bueno, ya me tengo que ir —dije levantándome—. Papá me espera para partir. Nos vemos el domingo en el aeropuerto.

—No... espera, voy a vestirme y bajo contigo, quiero despedirme de él —yo sonreí con picardía y ella meneó la cabeza—. Eres terrible.

—No sé porque todos me dicen lo mismo. —Puse cara de inocencia.

Bajamos y papá ya estaba en el *lobby* esperándome. Sonrió al ver a mamá bajar conmigo.

—No quería que pasee sola por los pasillos así que la acompañé —explicó mamá.

—Mentira, quería despedirse de ti. —La descubrí yo sonriendo y pasé al lado de ambos, mamá me miró sorprendida. Papá sonrió también—. Voy a ir al restaurante del hotel a comprar un jugo y algo para comer por el camino, mientras ustedes dos se despiden, seguro no querrán decirse cosas que yo puedo escuchar porque quieren «solucionarlo todo ustedes solos». —Mencioné con voz cansina y exagerada, como remedándolos—. Así que los dejo solos ya que no está la tía Sol para encargarse de mí. —Llevé la billetera de papá y me marché antes que ninguno de ellos pudiera decirme nada.

—Me va a volver loca —escuché decir a mamá y sonreí.

Un rato después volví con las provisiones para el viaje y los vi abrazados. Fui y los abracé también. Nos quedamos allí por un rato.

—Nos vemos el domingo, Sofy —dijo mamá y me besó en la frente.

—Nos vemos mamá, cuídate.

—Cuídense ustedes —pidió ella mirando a papá—. Maneja con cuidado, Nico.

—Lo haré, princesa. —Papá se acercó a ella y se quedó viéndola. Tomó su rostro en las manos y la miró a los ojos, yo observaba eso como si estuviera viendo un capítulo de una telenovela. Él la besó en la frente y luego le dio un dulce beso en los labios. Yo abrí mi boca grande por el asombro, no esperaba que lo hiciera en frente de mí pero por lo visto no se pudo contener. Traté de aguantar mi felicidad y las enormes ganas que tenía de saltar por el salón y luego escribirle a Dante para contarle todo cuanto antes. Lo haría apenas subiéramos al vehículo. Se separaron y me miraron con algo como, ¿vergüenza? Yo les sonreí, quería que lo tomaran con naturalidad, traté de disimular mi emoción.

—No significa nada —dijeron los dos al unísono como excusándose.

—Oh sí, ya lo creo, solo ensayan una escena —cargué la valija—. ¡Vamos, pa! —Los dos rieron, papá cargó su bolso y salimos de allí saludando a mi mamá.

Estábamos en el vehículo hacía como media hora, papá no había pronunciado palabra alguna, así que decidí intentarlo, él siempre hablaba más que mamá.

—¿Que hicieron esta mañana? —pregunté igual que a mamá.

—Dormimos —contestó él. Hasta sus respuestas estaban sincronizadas.

—Oh, vamos, mamá ya me lo contó, solo quiero oír tu versión. —Intenté que él cayera en mi trampa, papá frunció el ceño y me observó de reojo.

—Ah, ¿sí? Y, ¿qué te dijo? —preguntó desconfiado.

—Que hicieron «cositas» —mencioné divertida. Los ojos de papá se abrieron grandes y si no hubiera estado en la ruta estoy segura que hubiera frenado de golpe, yo empecé a reír—. Tranquilo, mamá no me dijo nada —dije para tranquilizarlo, después de todo estaba manejando.

—Sofía, ¿de dónde sacas esas cosas? —preguntó serio.

—Ah papá, ¿cuántos años crees que tengo? Mamá y yo ya hemos hablado de todas esas cosas hace mucho tiempo —meneé la cabeza en señal de obviedad y papá frunció el ceño pero no dijo nada.

—Dale pa, cuéntame. ¿Sí lo hicieron? —insistí porque quería saberlo, pero también quería divertirme de sus expresiones.

—Un día tendrás un novio y yo me vengaré de esto —habló mi papá muy serio, lo que hizo que yo riera aún más.

—Si me lo cuentas, te prometo que cuando yo lo haga te lo contaré con detalles. —Ahora reía a carcajadas, papá negó con la cabeza.

—No lo quiero saber. ¡Y no lo harás nunca! —me miró serio pero yo sabía que bromeaba.

—Okey papá, no lo haré nunca. Te prometo que solo haré lo que tú y mamá hicieron esta mañana, hablar y dormir, así estarás tranquilo —dije sonriendo y mi papá se echó a reír, lo había descubierto.

—Eres terrible Sofia,

—Oh, dime algo nuevo.

Seguimos riéndonos un poco más, pero ya no tocamos el tema. Dante me escribió para preguntarme cómo iba todo y aproveché a contestarle y contarle todo. Papá puso música y manejó en silencio un rato mientras yo mensajeaba con Dante. Papá necesitaba pensar.

16. AMOR

Nicolás

Antes de irse y cuando Sofy nos dejó solos Miriana me miró a los ojos y me sonrió.

—Gracias por estos días, tengo miedo de despertarme de este sueño —susurré, ella no contestó pero se puso de puntillas y me dio un tierno beso en los labios.

—Gracias a ti —sonrió y nos abrazamos. Quedamos allí en silencio por varios minutos hasta que sentimos que alguien se unía a nuestro abrazo. Era Sofy, haciendo lo que siempre solía hacer. Nos quedamos allí los tres por un rato, disfrutando aquello y luego nos despedimos.

No pude evitar darle un último beso por más que Sofy nos estuviera viendo, igual yo sabía que ella no era tonta y podía imaginar lo que estaba sucediendo.

Quisimos excusarnos, pero Sofy era inteligente. Aun así y para no hacernos sentir incómodos ella lo dejó pasar y solo hizo un comentario simpático. Salimos de allí y me dispuse a utilizar esas horas de ruta para pensar un poco. Sabía que lloverían las preguntas pero no empezaron enseguida.

De todas maneras casi choqué cuando Sofy mencionó que su madre le había dicho que hicimos cosas. Yo sabía que Miriana no se lo diría jamás, así que no caí en su juego, pero me sorprendió que mi hija me hablara tan directamente de aquello, también me dijo que ya lo había hablado con su madre desde hacía mucho tiempo. Bueno, era lógico, ellas eran muchachas, y las muchachas se desarrollan rápido, supongo que Miriana ya le habría

explicado cómo eran las cosas. De todas formas era extraño hablar eso con tu hija, aunque ella lo hacía de una forma tan divertida que fue sencillo y hasta terminé riendo. Ella era astuta, siempre lo supe.

Luego se quedó callada y sumergida en sus mensajes, seguro estaba hablando con su amiguito Dante. Quería saber qué era lo que tanto hablaban. Pero no me detuve mucho en eso, aproveché a pensar un poco en todo lo sucedido, no pensar en qué hacer ni nada de eso, solo recordar, recordar cada beso, cada caricia... No quería olvidar nada de lo que pasó.

Llegamos a la casa en la madrugada y Sofy estaba dormida, así que la cargué y la llevé a su habitación. Luego fui a dormir pero antes de hacerlo le envié un mensaje a Miriana para que supiera que habíamos llegado bien.

«*Estamos en casa, sanos y salvos. Que descanses*». —Escribí y no me respondió, supongo que dormía. Me dispuse a descansar también porque al día siguiente tenía esa tonta grabación que no me dejó quedarme con Miriana en Sevilla. Pero bueno, el trabajo es el trabajo.

Me desperté temprano y tomé un baño, fui a despertar a Sofy para que se preparara también. Ella había quedado con Ana para salir a dar una vuelta y luego iría junto a mí al *set* de grabación, así no se aburría tanto.

Sonó el timbre y supe que era Ana que venía por ella. Atendí y la dejé pasar, Sofy estaba desayunando aun.

—Las dejo chicas, diviértanse —dije y salí de allí.

Llegué al *set* de grabación y la modelo aún no había llegado. Pasé al lugar donde me maquillarían y me peinarían, y luego me dieron las ropas que usaría para la publicidad.

Estaba ahí hablando con el director cuando la vi llegar, ¿qué hacía ella ahí? Tan hermosa como siempre, los años no habían pasado por ella, ninguna

arruga delataba su edad. Sus ojos celestes transparentes como el cielo se fijaron en los míos.

—Creo que ustedes ya se conocen, ella es Guillermina Suarez —dijo el director—, y será la cara femenina del perfume.

Esto tendría que ser una broma, llevaba sin ver a Guillermina toda mi vida después de aquella discusión en la que ella me había dicho tantas cosas dolorosas.

—Hola Nico —me saludó y me besó en la mejilla, yo estaba inmóvil—. Parece que viste un fantasma —bromeó.

—Hola Guille —saludé y luego de eso, no sé por qué, pero la abracé con fuerza. Ella correspondió el abrazo y la sentí sonreír.

—Los dejo un rato voy a preparar todo —se excusó el director.

—¡Tanto tiempo! —saludé sonriendo—. ¡No lo puedo creer!

—Sí, ¿verdad? La vida da sorpresas. —Se mostraba fresca y jovial.

—¿Lo sabías?

—Sí, o sea, sabía que trabajabas para ellos hace años y cuando me lo ofrecieron supe que te vería —dijo sonriendo.

—¿Qué haces en España?

—Vine para un desfile y para esto —comentó ella—. Me quedo un par de meses —agregó.

—Qué bueno. Si quieres, podemos salir y te muestro la ciudad —ofrecí.

—Sí, eso estaría bien. ¿Y Miriana? —preguntó genuina.

—Está en Sevilla, grabando un video clip —contesté, yo sabía que ellas

ya no hablaban desde aquello.

—¿Siguen juntos? —Me pareció raro que no lo supiera, todos lo sabían, o quizás sí lo sabía y solo preguntaba para oír mi respuesta.

—Sí... bueno no... No lo sé —me encogí de hombros.

—Bueno chicos, ¡empecemos! —gritó el director y fuimos a nuestras posiciones.

Cerca de las tres de la tarde vi a Sofía entrar al *set*. Ella me miró y sonrió, pero luego vio a Guillermina y frunció el ceño, enseguida noté que la había reconocido. Se quedó allí observando un rato lo que hacíamos, pero yo sabía que no le gustaba lo que estaba viendo. Las imágenes eran abrazos, y cosas así, publicidades de perfumes, ese estilo.

Tener tan cerca a Guille otra vez me resultaba raro, abrazarla, sentirla, era extraño. No sabría decir qué me sucedía, pero estaba feliz de que fuera ella. Había mucha química entre nosotros, era fácil hacer las escenas, siempre lo había sido. Terminamos pronto y me acerqué a Sofy.

—¿Ya almorzaste? —pregunté.

—Sí, ¿tú?

—No, muero de hambre —dije y en eso Guillermina se acercó.

—Hola... —saludó con una sonrisa amena.

—Hola —contestó rudamente Sofía.

—Soy Guillermina, ¿tu? —saludó intentando ser amable.

—Soy Sofía Alcázar Baccaro —contestó con seriedad—. O sea que soy hija de Nico y Miriana. —Dicho esto sonrió con algo similar al orgullo en su rostro.

—Eres tan hermosa como tu madre —mencionó Guillermina sin darle demasiada importancia a su actitud—, con el cabello de tu padre —Sofía sonrió.

—¿Quieres almorzar con nosotros? —pregunté.

—Si no es problema —habló ella como pidiendo permiso a Sofía.

—No, no lo es —contesté y Sofía fingió una sonrisa.

—Está bien, voy a cambiarme y vuelvo. —Entonces se perdió hacia los camarines.

—¿Qué hace ella acá? —inquirió Sofía altaneramente.

—¡Ey!, tranquila —dije mirándola serio—. Yo no sabía que era ella la modelo que iba a grabar conmigo, me enteré recién y bueno, está sola acá, vamos a ser gentiles —mencioné con calma—. Es una buena amiga.

—Oh vamos papá, ella no es tu amiga —bufó Sofía con un gesto de enfado.

—Lo fue Sofía —zanjé con tono imperativo—. Fue una persona importante para mí y la quise mucho, me gustaría poder hablar con ella y que me perdone el daño que le ocasioné, el tiempo ha pasado y espero poder hablarlo ahora. ¿Okey? Tú compórtate. —Le ordené y ella frunció los labios pero luego aceptó.

—Está bien, pero cuidadito con arruinarlo todo. —Me amenazó, yo la miré levantando las cejas en asombro por el tono que utilizó.

—A mí no me hables así —dije autoritario—. Yo sé lo que hago.

Yo también me fui a vestir y cuando vine la vi a Guille hablando con Sofía y esperándome. Salimos y fuimos a un restaurante cercano donde ella y yo ordenamos algo. Sofy solo pidió postre porque ya había almorzado con Ana.

Hablamos un poco de la carrera de cada uno y de los países por donde habíamos estado. Nada muy personal.

Un par de horas después acompañamos a Guillermina a su hotel y luego fuimos a mi casa. Antes de despedirnos ella me dio su número y yo lo anoté en mi celular. Al llegar a casa le dije a Sofy para que veamos un par de capítulos de la serie pero ella no quiso, se encerró en su pieza a escuchar música. Estaba enojada, lo sé, pero no tenía motivos.

Me fui a mi habitación, era temprano pero como anoche llegamos tarde y hoy estuve grabando, estaba bastante cansado. Tomé el celular y vi que tenía varios mensajes pendientes. Antes de revisarlos escribí a Guillermina.

«Este es mi número, agéndalo. Soy Nico. Si mañana te apetece, podríamos salir por la tarde».

Lo envié. Luego abrí los mensajes sin leer y vi que tenía dos mensajes de Miriana, uno era de la mañana y decía: *«Gracias por avisarme, no te respondí porque ya dormía».* Era la contestación al que mandé anoche. El siguiente decía: *«No ha pasado mucho tiempo pero ya te extraño, no sé cómo podré estar lejos de ti de nuevo, no sé si es lo que quiero...».*

Sonreí... estaba pensando qué escribirle cuando recibí un mensaje de Guille.

«Está bien, me parece genial, pasa por el hotel mañana a las diecinueve y damos una vuelta».

«Genial». —Le respondí y me quedé pensando lo que le respondería a Miriana.

«Yo nunca he dejado de extrañarte, pero a la vez sé que te tengo, que eres mía a pesar de todo, que siempre lo serás. Y tú debes saber que yo soy tuyo y siempre lo seré, se extraña lo que no se tiene y tú a mí me tienes... No

quiero que estemos lejos, iré a verte en cuanto pueda organizarme».

Dejé el celular y me cambié para dormir, me recosté y sentí que me llegaba un mensaje.

«¿Qué tal estuvo Sofía con las preguntas?». —Dijo agregando una sonrisa a su mensaje.

«Astuta, quiso hacerme caer diciéndome que tú ya le habías dicho que habíamos hecho cosas». —También le mande una carita que se tapaba el rostro.

«Dios, no puedo creer que Sofía te haya dicho algo así». —Mencionó pareciendo indignada y envió un emoticón de una carita que abría los ojos grandes y con sorpresa.

«Pues ya lo ves, dice que es grande y que ya ha hablado de esas cosas contigo». —Le respondí.

«Sí, lo hablamos, claro, pero yo no le dije nada de eso, por supuesto». —Me dijo ella.

«Lo sé, lo supuse desde el principio, pero no es tonta, debemos hablar, pensarlo juntos, decidir lo que haremos, por ella, por nosotros... No quiero presionarte, pero sabes que debe ser así». —Escribí esperando que no se enfade.

«Lo sé amor...». —Mi corazón comenzó a palpar de solo leer la palabra «amor». Leí ese mensaje como diez veces antes de contestarle.

«Amor...». —Le contesté solo eso.

«Amor...». —Me respondió ella y me puso el dibujo de un corazón.

Con aquel gozo en el pecho, cerré los ojos y me dispuse a dormir.

17. TE AMO

Miriana

Amor por aquí, amor por allá... palabras no dichas del todo pero sentidas. Me sentía feliz y plena como hacía mucho tiempo no me sentía. ¿Por qué había decidido sacar a Nico de mi vida? Miraba hacia atrás y no podía entenderlo, solo podía ver la cantidad de errores que había cometido. Llevaba tiempo sin caer en estados depresivos como los que solía caer, ahora podía ver mi vida desde otro punto de vista y veía ese periodo como un estado gris, como un estado triste, entonces me di cuenta que cometí demasiados errores bajo los efectos de esa maldita enfermedad.

Dejar a Sofía sola era uno de esos errores, dejé de darle tantos abrazos, dejé de compartir tiempo con ella, de conversar sobre su vida y sus cosas. Ya era una adolescente y yo no podría culparla si el día de mañana no quisiera contarme sus cosas, yo mismo me alejé de ella. Era afortunada de que fuera tan buena hija y me amara tanto. Otras niñas de su edad, con una madre tan ausente como yo, ya andarían perdidas. Otro error fue sacar a Nico de mi vida, era el amor de mi vida y lo sabía, pero lo había empezado a odiar por recordarme todo lo malo que me había sucedido y porque sentía que me tenía pena. No entendía como él podía amarme siendo yo el desastre en que me había convertido, y pensaba que solo me tenía lástima, y se quedaba conmigo por eso.

No sentí su ausencia cuando se fue, no la sentí porque estaba vacía, no tenía más lágrimas para llorar ni tristeza para sentir. En mi vida no fluctuaban las emociones, era toda igual; como el molesto sonido de una sola nota que fuera ejecutada por mucho tiempo y que termina hartando, penetrando en tu oído y hasta produciéndote dolor. En mi vida ya no había melodías, no había alteraciones ni armonías. Todo era gris, todo era monotonía. No había odio, pero tampoco amor, no había sentimientos, no había nada...

Cuando el tiempo fue pasando me di cuenta de mi error, pero no lo quise admitir, me enfrasqué en el trabajo, era lo mejor que sabía hacer y lo único que siempre me salía bien. Los *fans* me amaban porque no sabían quién era yo en realidad, porque pensaban que mi sonrisa era real y porque les gustaba mi

voz o lo que yo escribía en mis redes sociales, solo por eso, y yo me sentía bien sintiendo sus palabras de aliento y su cariño transmitido en cartas y regalos. Pero pensaba que nadie de los que estuvieran cerca podría amarme, porque me conocían y sabían que no me lo merecía, porque yo no valía la pena, y ellos solo estaban alrededor mío por lástima. Por eso no aceptaba el amor de nadie, y en especial el de Nico.

Él terminó por apartarse y aceptarlo, porque yo se lo pedía y porque él hacía todo lo que yo necesitara en su afán de hacerme feliz. Con Sol me peleé varias veces porque a ella le gustaba decirme las cosas en la cara, decía que era la única que lo hacía y que si me quería enojar, pues a ella le daba igual. De todas formas terminaba siempre recurriendo a ella de nuevo. Tammy hacía lo mismo, aunque con ella hablaba un poco menos por las distancias, ella vivía en México. Davide solía dejarme llorar en su hombro y me abrazaba, él era un hermano para mí, no me decía nada, solo estaba allí, pero yo pensaba que también era por lástima así que intentaba no molestarlo mucho.

Esos días recordando mi juventud a través de las pantallas, recordando escenas grabadas que me llevaban a escenas reales, vividas en esa época, pude ver un poco más de lo que había perdido, observé mi vida tras el paso de los años y me empecé a dar cuenta de lo estúpida que había sido todo este tiempo. También estaba el sueño ese que tuve, donde aquel niño me mostraba a ese bebé feliz, quizás quería decirme que Agostino estaba bien, y que lo dejara irse en paz. Dolía, siempre dolería, pero a lo mejor debería tratar de vivir yo lo que me quedaba de vida antes de irme con él, porque yo seguía viva. Quizás fuera eso lo que Agos quería, por eso se me mostraba ese bebé bonito en sueños, mi bebé, que estaba feliz.

Luego en mi cumpleaños pude sentir todo el amor que aún tiene Nico para mí, y es grande, es mucho y yo lo quiero merecer, quiero ser digna de ello, quiero amarlo y darle todo lo que se merece, ser lo mejor para él. Necesitaba demostrárselo, necesitaba avanzar, necesitaba su perdón... por dejarlo solo, por no valorarlo, por tanto sufrimiento. Pero no sabía cómo hacerlo ni por dónde empezar... por eso le pedí tiempo, y que no firmara el maldito divorcio. También estaba Sofía, no podía darme el lujo de equivocarme con Nico otra vez y que ella terminase sufriendo más de lo que ya la habíamos hecho pasar. Había que ir despacio, con calma, con cuidado.

Le mensajeé esa noche porque quería hablar con él, me gustaría sentarme y hablarlo, hablarlo hasta que ya no duela, hasta que tengamos la solución. Pero a la distancia no se podía, me conformé escribiéndole lo que me nacía. Quería gritarle que lo amaba, pero esperaría a verlo, no por mensaje.

Me quedé dormida entre mis pensamientos. Y todo se volvió blanco, era el mismo lugar donde estuve el otro día, pero ahora había un árbol cuyos colores contrastaban por completo con el monocromático blanco del paisaje. Sus hojas eran grandes y verdes, llenas de sabia, llenas de vida y el tronco era amplio y marrón.

El mismo niño estaba sentado recostando su espalda en aquel tronco, al verme me sonrió. Caminé hacia él y me senté a su lado. Él me pasó algo y yo lo sostuve, eran unos cochecitos de juguete, uno era celeste, el otro azul. Me dio el primero y con su dedo dibujo una pista en el suelo blanco que quedo dibujada en gris, me hizo señas para que jugáramos con los autitos y yo los tomé. Estuvimos haciendo andar los autos alrededor de la pista que él había dibujado y solo sonreíamos; él no hablaba, yo tampoco, pero sentía un inmenso gozo en mi corazón. Ese lugar era pacífico y silencioso. Una melodía comenzó a sonar, era hermosa, indescriptible. El arcoíris se empezó a pintar en el cielo, color tras color en un espectáculo maravilloso. El corazón apareció a uno de los lados, brillaba, latía..., y al otro lado los algodones blancos empezaron a emanar una brillante luz.

Caminé hacia allí de la mano del pequeño niño y allí estaba el bebé de nuevo, esta vez estaba despierto y sonreía. Estaba vestido con una ropa blanca, reluciente y brillante. Me agaché y lo levanté en mis brazos, y el bebé me sonrió, lágrimas empezaron a caer de mi rostro pero el niño que estaba al lado mío pasó sus manitas por mis mejillas para secarlas y meneó su cabeza en forma negativa, entendí que no quería que llorase. El bebé habría tenido unos dos meses en ese momento, pero de una forma surreal levantó la mano y me tocó el rostro como si me reconociera, y volvió a sonreír. Me senté sobre los algodones y empecé a cantarle una canción de cuna para que durmiera, el niño se sentó a mi lado y se recostó por mi brazo. Ambos quedaron dormidos al ratito y yo sentí un enorme gozo en mi corazón.

Cuando desperté eran las ocho de la mañana, debía ir al aeropuerto a buscar a Sofía, había paz en mi corazón, ese sueño fue fantástico. Yo estaba

segura que Agostino se manifestaba en ellos para decirme que donde sea que estuviera, era un bebé feliz. De solo soñarlo en mis brazos, yo también era muy feliz.

Llegué a buscar a Sofía y en un rato más ella salía de la puerta de desembarque. Estaba seria y algo enojada. Lo podía deducir, lo podía sentir.

—¿No querías venir aun? —le pregunté al verla.

—No es eso —dijo seria y pareció querer decir algo más, pero solo se giró bruscamente—. Vámonos.

—Hola mamá —remedé irónica—. Saluda por lo menos —mencioné sonriente, yo estaba feliz.

—Hola mamá —saludó letárgica y seguimos caminando en silencio.

Cuando estábamos en el auto de camino a casa volví a hablarle.

—¿Qué pasa, Sofía? —Quise saber.

—¿Amas a papá?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Solo respóndeme, por favor mamá —rogó ella—. Por una vez solo respóndeme y sé sincera.

—Sí, Sofía; lo amo —admití.

—Bien, si es así creo que es hora de que luches por él como él lo ha hecho por ti durante tanto tiempo —dijo mi hija sonando como una persona de mucha más edad de la que tenía—. No pierdas más el tiempo porque puedes perderlo —me aconsejó volviendo a mirar al frente.

—¿Perderlo? ¿Por qué lo dices? —pregunté confundida—. Estamos hablando ahora más de lo que lo hemos hecho en cuatro años, las cosas están bien.

—Pronto lo entenderás —dijo ella—. Yo no voy a decirte nada más, solo haz lo que te digo y no te dejes estar. —Fruncí el ceño mirándola de reojo.

—Será mejor que me digas lo que sabes —dije y ella me miró sin hablar.

—Guillermina... —mencionó entonces y luego se quedó callada.

—¿Qué hay con ella? —pregunté sin entender.

—Ha vuelto a su vida. —Se quejó enfadada—. Apareció de la nada, fue la modelo con quien grabó el comercial de los perfumes. Papá y ella van a salir estos días, van a hablar.

—¿Qué? —musité nerviosa, el miedo empezó a apoderarse de mí.

—Mamá, él te ama —añadió Sofía con ternura—, pero a ella la quiso mucho y dice que deben arreglar las cosas, que debe hablar con ella para ver si lo perdonó, yo no creo que pase nada, todavía... Pero mientras tú estás acá, lejos; ella está con él, se quedará en España por dos meses —continuó Sofía—. No digo que vaya a pasar nada entre ellos, solo digo que si lo amas luches y no le dejes espacio a nadie más. —Yo me quedé en silencio, no podía creer lo que estaba escuchando. Guillermina aparecía ahora... después de tantos años.

¿Que habrá sentido él al verla? ¿Cómo habrá reaccionado? Yo sabía que la quiso, yo sabía que la había amado; y aunque haya pasado el tiempo, uno nunca sabe... y yo estaba lejos. ¿Y si despertaban de nuevo los sentimientos pasados? Yo no estaba segura de nada, y justo ahora que iba a empezar el camino de salida hacia la vida de nuevo. ¿Por qué todo tenía que ser así de complicado? Y Guillermina no era cualquier chica, ellos habían tenido una historia, una historia interrumpida solo por mí... ¿Y si la vida me cobraba una revancha?

Llegamos a casa y Sofy me pidió para ir a lo de Dante. Yo asentí y fui a mi habitación. Quise escribirle, decirle algo pero no sabía qué, no sabía cómo... Al final lo hice...

«¿Qué sentiste cuando la viste de nuevo? Dime la verdad». —Fue el mensaje que le mandé y la respuesta tardó unos diez minutos en llegar mientras a mí las manos me sudaban de los nervios, preguntándome si no había leído el mensaje o no sabía que responder.

«Alegría». —Respondió.

«¿Y qué más?».

«Sorpresa».

«¿Y qué más?».—Le insistí.

«Nada más Miriana, no vas a decirme que te vas a poner celosa de Guillermina después de tantos años de estar conmigo, después de que le rompí el corazón por elegirte a ti». —Respondió y yo volví a respirar.

«¿Y ella? ¿Qué sintió?». —Le pregunté.

«¿Cómo quieres que yo lo sepa?».

«¿Saldrás con ella?».

«Lo haré, mi amor. Saldré con ella y le mostraré la ciudad, conversaremos y le pediré perdón. La vida me ha mostrado todo el daño que le he causado y quiero que me perdone, quiero saber que me ha perdonado». —Me aclaró y yo supe que era importante para él.

«¿Debo preocuparme?». —Pregunté con sinceridad.

«Me encanta que estés celosa, amor; me hace feliz sentir que te importo... pero no debes preocuparte, solo tú eres mi vida, solo tú eres mi amor». —Suspiré y me sentí una chiquilla enamorada.

«Te amo» —dije porque no podía darme el lujo de esperar a verlo, porque no podía dejar que Guillermina me lo arrebatara como yo se lo arrebaté a ella hace años atrás. La respuesta tardó en llegar.

«¿Ese mensaje fue para mí?». —Preguntó sorprendido, yo sonreí

«Te amo». —Volví a escribirlo... segundos después mi celular estaba sonando.

—Dímelo, necesito oírlo —dijo apenas lo atendí.

—Te amo, Nico, te amo... Perdóname por favor por todo, perdóname por el dolor que te causé. Dime que no vas a dejarme porque no lo soportaré, te juro que no lo soportaré —sollocé con las lágrimas ya cayendo de mis ojos— Te amo, aunque no te merezca.

—Te amo, Miriana —susurró—. No voy a dejarte nunca, no lo dudes por favor, te lo juro.

Hablamos un rato más y le prometí que viajaría junto a él en cuatro semanas que es cuando tendría un poco de libertad, así podríamos hablar. Tenía planeado pedirle a Jose que se quedara el fin de semana o bien enviar a Sofia a quedarse en lo de una de sus amigas o en lo de mamá. No quería

llevarla conmigo porque necesitábamos hablar a solas.

18. PRIMER BESO

Sofía

Estaba enfadada y sentía miedo, mucho miedo. Apenas había sostenido las ganas de llorar. No sabía por qué quería llorar, pero las lágrimas se me estaban a punto de caer. Toqué el timbre en la casa de Dante y él me abrió.

—Sofy... —sonrió abrazándome y yo correspondí el abrazo, las lágrimas empezaron a salir a borbotones—. ¿Qué te pasa? —preguntó asustado—. Pasa, pasa —dijo y nos fuimos a su habitación.

Me senté en la cama y él se sentó a mi lado, me dio un vaso de agua y esperó a que me calmara. Ponía su brazo en mi hombro y no me decía nada solo esperaba a que yo hablara.

—La chica que filmó el comercial con papá es Guillermina, su ex novia, a la que dejó para estar con mamá. Ellos no se veían desde entonces, pero tuvo que aparecer justo ahora. Tengo mucho miedo porque las cosas entre él y mamá están genial; se hablan, no se discuten, se besan y se hacen mimos... Pero mamá esta acá y papá está allá, sólo, con esa chica que por cierto es hermosa... y no sé qué vaya a pasar Dante, tengo mucho miedo, no quiero que lo vuelvan a arruinar.

—Sofy, te dije que no te apures ni te llenes de ilusiones antes de que las cosas pasen —comentó Dante pasando su brazo por mi hombro y yo recosté mi cabeza en su hombro, ahora me sentía más tranquila, solo por poder llorar a su lado.

—Lo sé Dante pero lo que me dices es difícil. Yo estuve con ellos allí, los vi mirarse, abrazarse, los vi incluso besarse y sé que aún se aman. Mi papá me lo admitió y mamá también...

—¿Y entonces qué te preocupa? —preguntó mi amigo.

—Que aunque se aman no vuelven, están ahí separados por las distancias, no sé qué esperan... Y mientras tanto, tengo miedo que papá sienta de nuevo algo por esa chica... tengo miedo que si eso pasa ya nunca vuelvan a estar juntos y tengo miedo de ver a mamá sumirse de nuevo en la depresión. —Volví a llorar de solo imaginarlo—. Tampoco podría ver a papá con nadie, ahora entiendo lo que sientes... tuve que salir con papá y Guillermina sólo para almorzar y me sentí de lo más incómoda, no me imagino si tuviera que aceptarla como algo más.

—Mira, Sofy; tienes que calmarte, no te precipites, deja que las cosas sucedan. Ya hiciste todo lo que podías, los ayudaste muchísimo después de todo lo que me contaste, dejándolos para que hablen, llevándole a tu mamá una sorpresa de cumpleaños fantástica junto con tu papá. Pero ya no puedes hacer más nada, deberás dejar que ellos lo solucionen y deberás aceptar lo que ellos decidan —dijo mi amigo con paciencia.

—Parece fácil, pero si no deciden lo que yo quiero; ¿qué haré?

—A pesar de que eres su hija y sufrirás, es la vida de ellos, ellos eligen con quien estar o no estar, así como un día elegirás tú y no podrán ellos decirte con quien quieren que estés. Si no te gusta, no te quedará otra que aceptarlo, pero te aseguro que ellos tienen futuro juntos, si te dijeron que se aman, seguro lucharán por eso. No estés mal, ya no pienses en eso, disfruta tu vida y tus vacaciones —agregó Dante y secó mis lágrimas con sus dedos con sumo cuidado y un toque de ternura.

No sabía cómo pasó pero él me miró fijo y también me quedé observándolo, al rato él estaba más cerca y su mirada había bajado a mis labios. Cerré mis ojos y él cerró los suyos y lo siguiente que sentí fueron sus labios en los míos.

Se alejó enseguida, fue un beso dulce. Nos quedamos mirando, yo no sabía que pensar, había besado a mi mejor amigo, y me gustó. Pero acaso, ¿él me gustaba?

—Sofy... yo... tú... me gustas —dijo y yo no supe que responder.

—Será mejor que me vaya, Dante. —Salí corriendo de su habitación.

—¡Discúlpame! —gritó cuando yo ya estaba afuera.

Corrí a casa y me encerré en mi habitación. Necesitaba pensar, y no sabía por qué, pero estaba enfadada, no sabía si por besarlo o por huir. O porque me dijo que le gustaba y ahora nuestra amistad ya nunca sería igual. Un rato después sentí que alguien caminaba por el pasillo y seguidamente sentí los golpes en la puerta.

—¿Puedo? —preguntó mamá.

—Pasa —respondí y ella entró. Me miró y supo que había llorado, se acostó a mi lado, yo le dejé espacio.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Todo —respondí.

—¿Puedes contarme?

—No sé por dónde empezar. —Ambas mirábamos el techo.

—¿Por qué estas así? ¿Qué sientes?

—Miedo, enojo, impotencia... todo.

—Empieza por el principio —me pidió.

—Mamá; papá y tu llevan cuatro años separados, cuatro años en los que yo he sufrido por no tenerlos juntos, por no poder abrazarlos, por no ver que se miraban con amor, que se besaban como antes. Cuatro años en los que mi

vida cambió de golpe y hasta me obligó en cierta forma a madurar más rápido. Tuve que ser centro de sus discusiones, tuve que verte tirada en esa cama sin ganas de vivir, preguntándome cada día si acaso yo no era suficiente para ti. Pasé por muchas cosas..., pero ahora los vi, sólo dos días en los cuales decidieron dejar el orgullo de lado y amarse como sé que se aman. Y ahora viene esa chica, aparece hermosa y reluciente con su pelo rubio y sus ojos claros —mamá sonrió—. ¿Y qué pasará si papá siente cosas por ella?

—Sofy, primero me gustaría que sepas que las cosas pasan porque deben pasar, si ella apareció ahora en la vida de tu padre será por algo. No creas que es fácil para mí, tengo miedo también de perderlo, porque sé que dejé mucho espacio, pero incluso si lo pierdo será por mi culpa, quizás, porque no supe verlo a tiempo.

»De todas formas nosotros nos amamos y no creo que suceda nada malo ahora, quizás al fin podamos reconstruir todo esto. Pero tú, tú tienes que preocuparte por tu vida, tus cosas, tus sueños, tus amigos, no vivir de los problemas de los adultos. Ya tendrás toda tu adultez para encontrar problemas a solucionar, no te amargues antes de tiempo. Papá y yo siempre pensamos en lo que es mejor para ti y seguro que todo saldrá bien. También siento haber fallado como madre, sé que dejé mucho espacio libre, soy consciente de que te dejé muy sola mientras estaba hundida... Sé que sufriste...

—Papá me explicó que es una enfermedad mamá, sé que no pudiste hacer nada. —No quería que se sienta mal.

—Sí, pero ahora me doy cuenta y lo sufro, sufro por el tiempo que perdí. Pero quiero que seamos amigas, que confíes en mí, que me cuentes tus cosas y rehagamos nuestra historia. Tú sabes que yo te amo, que eres mi princesa, que eres mi vida —dijo eso y me abrazó, yo puse mi cabeza en su pecho y quedamos en silencio un rato.

—Mamá...

—¿Mmmm?

—Fui a lo de Dante, quería hablar con él, porque sólo él me entiende y me escucha —dije tímidamente—. Pero luego él me besó —susurré nerviosa y mamá sonrió.

—¿Y qué hiciste? —preguntó.

—Salí corriendo —admití—. Pero antes él me dijo que yo le gustaba.

—¿Y a ti él te gusta?

—Pensaba que no, que era sólo un amigo, pero me gustó el beso... y me gusta estar con él, siempre me escucha, siempre me ayuda a sentirme mejor... Pero tengo miedo que cambie nuestra amistad.

—Creo que no está bien que hayas corrido, quizás él se sienta mal y piense que no te gustó o que estas enfadada —analizó mamá y quizás tenía razón—. Pero primero piensa bien lo que quieres hacer, si no te gusta lo mejor será que seas sincera con él y le digas que tú no sientes las mismas cosas. No lo ilusiones, sobre todo porque no podrían seguir con su amistad si no son sinceros.

—¿Y si me gusta? —le pregunté.

—Y si te gusta escucha lo que él tiene para decirte. —Mamá sonrió y me miró con ternura.

—¿Cómo se sabe si se está enamorada mamá?

—Lo sabrás, pensarás mucho en él, te sentirás a gusto a su lado... sentirás cosas cuando esté cerca o cuando te roce. Lo sabrás... —dijo mamá besando mi frente

—¿Te pasa eso con papá? —pregunté.

—Oh sí, me pasa eso y mucho más —agregó ella sonriendo y yo sonreí también, se veía feliz y radiante.

—¿Ya puedo tener novio?

—Digamos que no estoy segura que a Nico le guste la idea, pero puede ser un amiguito especial —sonrió cómplice y me guiñó un ojo.

—¿Vemos los últimos capítulos de *El Estudio*?

—¿Ya llegaste allí? —preguntó.

—La vi con papá, en secreto, las chicas no lo saben —sonreí y mamá asintió.

Nos pusimos a ver algunos capítulos juntas y mamá reía mientras repetía sus viejos parlamentos. Me gustaba verla feliz.

—¿Quién es tu personaje favorito?

—Laura —sonreí orgullosa.

—No, en serio.

—En serio lo es —asentí sincera.

—¿Por qué? —me preguntó ella

—Porque es tierna, es dulce, es romántica y es buena amiga... y sobre todo es hermosa —dije tomando su rostro entre mis manos—. Tiene esos maravillosos ojos verdes y ese pelo tan lacio que amo y que tanto me gustaría tener y además, ¿sabes qué?

—¿Qué? —cuestionó ella sonriendo.

—Se parece mucho a alguien que amo y admiro mucho —sonreí y ella me abrazó.

19. PLANEANDO VERTE

Nicolás

Estaba preparándome para salir con Guillermina a comer algo y conversar. Estaba emocionado con la idea de tener de nuevo a Miriana conmigo en un mes más, pensaba que al fin podríamos estar juntos, ya estaba pensando cómo haría para mudarme de nuevo a Italia. Quizás me estaba precipitando, pero bueno, eso es lo que quería, estar con mi familia, vivir con ella. Tenerla para mí todas las noches, dormir en sus brazos y ella en los míos. Ya estaba harto de esta soledad que agobiaba mi alma, soledad que yo elegía porque no quería amar a nadie que no fuera ella, porque comparaba a todas las mujeres que se me acercaban con ella y por supuesto, ante semejante comparación, ninguna tenía alternativas, siempre perdían.

Sonreí al recordar su voz diciéndome que me amaba, me hubiera gustado verla cuando me lo decía, tomarle de la mano y que me mirara a los ojos. Pero pronto, todo eso pronto sucedería.

Me puse un jean y una camisa azul marino, un poco de colonia y salí a buscarla. Ella estaba preciosa, uno de esos vestidos con escote amplio como a ella tanto le gustaba usar, seguía teniendo esa figura escultural, perfecta, que siempre tuvo y le gustaba lucir. Esos ojos claros delataban un poco de tristeza, ya la chispa de alegría que había en ellos antes, se había perdido un poco con los años. Por lo demás estaba igualita, terriblemente hermosa.

—Hola Guille —saludé con un beso en la mejilla.

—Hola Nico —respondió el saludo.

—Voy a llevarte a un restaurante muy bonito, vamos —comenté mientras caminamos hasta mi vehículo.

Fuimos en silencio, era un poco incómodo en realidad. Llegamos al restaurante y nos sentamos. Entonces ella inició la charla.

—¿Sofía volvió a Italia? —preguntó.

—Sí... esta mañana —sonreí.

—¿Y ya llegó? ¿Hablaste con ella?

—Sí, ya hablé con ella y llegó bien.

—Es hermosa, una mezcla perfecta entre Miri y tú —añadió sonriendo.

—Sí... la verdad es bella, pero se parece mucho más a Miri.

—¿Qué pasó con ella? ¿Por qué no están juntos?

—Es una larga historia. En resumen, perdimos un bebé y ella entró en una depresión profunda, desde allí todo vino cuesta abajo y bueno, nos separamos —comenté sin querer ahondar demasiado en el tema.

—Qué pena, ha de ser difícil superar esa pérdida —habló pensativa—. ¿Cómo está ella? ¿Hablan aún?

—Bueno, llevamos cuatro años separados, los primeros no fueron fáciles, pero ahora estamos bien...

—¿Se divorciaron? —preguntó.

—No, ya está todo listo para que firmemos el divorcio, pero hemos decidido esperar. —Mi sonrisa al decir aquello denotó mi entusiasmo.

—Ah... ¿O sea que aún hay esperanzas de que lo arreglen? —Quiso saber.

—Eso creo... Pero cuéntame de ti.

—Yo... no hay mucho que contar. Estoy en pareja hace mucho tiempo, pero no estamos casados ni nada, vivimos juntos.

—Que bien y ¿tienen hijos? —pregunté.

—No... No puedo —respondió con tristeza.

—Oh, lo siento.

—No te preocupes, estamos viendo para adoptar ahora, pero es mucho trámite —mencionó ella encogiéndose de hombros.

—Sí, ya lo creo —afirmé cuando el mozo llegó con nuestros pedidos—. Guillermina yo... yo quisiera que me perdonaras, sé que te he hecho tanto daño —hablé luego de que dejara nuestros platos y se marchara.

—Ha pasado mucho tiempo —se encogió de hombros—. Ya lo he superado.

—Lo sé, pero te he dañado, has sufrido, y la última vez que hablamos me dijiste tantas cosas... y tenías razón en todas ellas —agregué con pesar.

—Solo dime la verdad, ya ha pasado demasiado tiempo. —Me observó fijamente—. Ustedes empezaron apenas terminamos de grabar, ¿no es así?, cuando ella volvió de Italia y tú terminaste conmigo.

—Sí —acepté yo suspirando con alivio, de alguna forma aquello me libraba de un peso—. Pero jamás quisimos lastimarlos, tú eras demasiado importante para los dos —dije tratando de sonar sincero, ella suspiró.

—Necesitaba saberlo, nunca lo quisiste admitir y yo lo suponía.

—Lo siento —dije con verdadera tristeza.

—Está bien, ya no hay rencores Nico, las cosas no fueron porque no eras para mí y ya... No te niego que sufrí muchísimo, lloré, me cerré al mundo y al amor por mucho tiempo. Yo tenía mi vida planeada contigo y de un día para el otro, todo terminó. Yo no me lo veía venir, pensé que estábamos bien. Y cuando me enteré que se casaban, no lo pude creer, aun guardaba esperanzas... dolió, lloré, maldije en mil idiomas. Mi amiga y mi ex novio... —Ella sacudió

la cabeza como si quisiera alejar el recuerdo.

—Lo siento, yo... es que ella... —Traté de decir algo coherente pero no podía, no quería lastimarla.

—La amabas, lo sé —dijo mirándome y yo asentí—. Ya está Nico, hablemos de otra cosa, somos amigos ahora y podemos recuperar esa amistad —sonrió. Era tan hermosa, tan sencilla, tan amable. Recordé todo lo que me hacía admirarla y amarla cuando éramos novios... Sonreí.

Pasamos una tarde divertida, fuimos al teatro, ya que a ambos nos gustaba mucho el teatro y era una actividad que solíamos hacer a menudo años atrás. Hablamos de trabajo, nos pusimos al día con nuestras vidas. Era lindo volver a encontrarla y sobre todo volver a hablar con ella como antes, como si todo hubiera sido un mal sueño. Si hubiera podido elegir jamás hubiera elegido lastimarla, jamás hubiera elegido romperle el corazón de esa forma. Si no hubiera sido tan fuerte lo que sentía por Miriana, hoy estaría con ella... Lo sabía.

La dejé en su hotel y volví a mi casa contento, feliz porque sentía que me había sacado un peso de encima. No me gustaba vivir sabiendo que había dañado a alguien, que había alguien que me odiaba. Aunque ella me dijo que nunca pudo odiarme por más que lo intentó, era bueno saber que todo estaba solucionado, así hayan tenido que pasar muchos años para ello.

Me senté en el sofá y me dispuse a ver una película. Después de un rato de hacer *zapping* no encontré nada para ver, así que subí a mi habitación para leer el libro que Sofy y Miriana me habían regalado. Me puse un pantalón de pijama y me recosté.

«*No sé cómo voy a aguantar un mes, pero me es imposible ir antes*». — Decía un mensaje que me acababa de llegar, sonreí.

«Hemos aguantado tanto ya».

«Por eso, no quiero perder más tiempo». —Sonreí ante su declaración.

«Nuestros corazones están juntos, eso es lo que importa».

«¿Saliste con ella hoy?».

«Sí, salimos a comer y al teatro». —Respondí sincero.

«¿Y?». —Quiso saber.

«Todo bien, hablamos, lo arreglamos, me siento bien, como si me hubiera liberado de un peso... Quizás algún día puedas hablar con ella también». —Le dije sonriendo para mí.

«Quizás... pero antes debo sacarme el sentimiento de celos que tengo en este momento».

«¿Por qué sientes celos princesa?».

«Porque ella está cerca tuyo y yo no».

«Definamos cerca y lejos».

«¿Qué quieres decir con eso?». —Me cuestionó.

«Ella está cerca físicamente, pero tú estás en mi mente y en mi corazón... Las distancias solo son medidas».

«¿Sigue siendo hermosa?».

«Te mentiría si te dijera que no». —Respondí sincero.

«Mmmm, otra vez siento celos».

«¿Tú no eres hermosa también?». —Le pregunté divertido.

«Eso dicen mis fans —adjuntó una cara que sonreía y continuo—, pero ella es realmente hermosa, siempre lo fue».

«Tú eres realmente hermosa, siempre lo has sido, y no solo lo dicen tus fans».

«¿Que haremos esta noche?». —Me preguntó cambiando de tema.

«¿Qué quieres hacer?».

«Lo que quiero hacer no podemos, estamos muy lejos».

«Tomaría un avión ahora mismo si me sigues diciendo esas cosas».

«No me lo digas dos veces que me preparo y te espero».

«Un día de estos llegarás a casa y me encontrarás esperándote allí... quién sabe, cualquier día me escapo». —Dije creando expectativas.

«No me digas eso que viviré pendiente de ese día» —Sabía que sonreía.

«¿Sofy está menos enojada?».

«Digamos que sí... pero tiene miedo de que tengas algo con Guille». —
Contestó con sinceridad.

«Las dos mujeres de mi vida tienen el mismo miedo». —Bromeé.

«Así es» —aceptó.

«Tontitas».

«Nico quiero contarte sobre un sueño que tuve en estos días, bueno, ya van dos veces que lo sueño». —Dijo cambiando de tema.

«¿A quién sueñas?».

«A Agostino... me veo en un lugar blanco, sin cielo ni tierra, aparece un niño de unos seis u ocho años y me guía hasta un bebé que duerme al pie de un arcoíris. La primera vez solo lo vi, la segunda lo cargué, me sonrió... Tiene tu sonrisa... ».

«¿Él es feliz?». —Pregunté, muchas noches me dormía pensando en dónde

estaría.

«Es un bebé feliz, lo puedo percibir».

«Me alegra que lo sea».

«Es un sueño genial».

«Me imagino mi amor».

«¿Que harás mañana?». —Preguntó entonces.

«Trabajar... tengo que preparar unos temas que estoy componiendo para artistas de aquí. Tengo una sesión de fotos y una reunión para una actuación en papel principal en una teleserie, aun nada seguro... ¿Tú?».

«Voy a ir a ver lo de la escuela de Sofy, hay que inscribirla ya, luego debo ir a la disquera a ver algunas cuestiones del disco. El lanzamiento es en tres semanas».

«Genial —sonreí orgulloso—. Un nuevo disco, eres toda una estrella, mi estrella».

«Probablemente luego salga una nueva gira, pero antes de definirlo debo, bueno... quiero... hablar contigo y que definamos nuestra vida». —Dijo y yo suspiré, yo también quería hacerlo y me fascinó que le diera tanta importancia.

«Cuando vengas... ¿Te quedarás conmigo?». —Le pregunté.

«Por supuesto... ¿Viajaría para volver a estar lejos de ti? Estaremos lo más pegados que podamos los días que esté por allá». —Sonreí ante su comentario.

«Eso de lo más pegados que podamos me deja pensando algunas opciones».

«Eso también... habrá tiempo para todo... Cuento los días». —Me contestó.

«Y yo, amor... ».

«Mañana debo madrugar... Te amo». —Se despidió.

«Descansa princesa, yo también te amo».

20. LA PÉRDIDA

Miriana

Las tres semanas se me pasaron muy pronto y a la vez muy lento. Pronto, porque tenía muchas cosas que hacer con los últimos detalles para el lanzamiento del disco, lento porque los días no me pasaban para encontrarme con Nico. Había planeado viajar hacia España unos días después del lanzamiento de mi disco, pero no se lo diría, le daría una sorpresa. Él constantemente me preguntaba si ya tenía fecha, pero yo le decía que apenas consiga un espacio en mi agenda se lo iba a avisar. Pensaba salir para allá en domingo y llegar para el medio día a su casa. Estaba muy emocionada con la idea de ver su rostro cuando me viera allí.

Todo con mi nuevo disco estaba yendo de maravillas, ya había mucha expectativa entre mis *fans* por su salida y el evento estaba planificado. Durante esas semanas estuve cargada de trabajo y me agradecí a mí misma el haberme tomado ese tiempo de descanso. No estaba durmiendo bien, no sabía si por el cansancio, la emoción o la expectativa, por lo que fuera, pero siempre había algo que me llevaba al insomnio; o quizás era insomnio, pero me pasaba despierta hasta muy tarde y tenía que levantarme muy temprano.

Mis conversaciones con Nico eran de todos los días, hablábamos de todo a cualquier hora del día, yo le contaba lo que hacía, lo que pensaba o lo que decía; él me contaba a donde iba o de donde venía. Le enviaba fotos de lo que veía o le preguntaba su opinión sobre los preparativos del evento. Él había hecho el *casting* y le habían elegido para el protagónico de la teleserie que me había comentado, así que estaba feliz y tenía trabajo asegurado. Eso en parte era una preocupación para mí, las grabaciones eran en España, y yo estaba en Italia, ¿cómo íbamos a vivir juntos? Pero bueno, esas eran las cosas que

dejábamos para hablarlas cuando estuviéramos juntos.

Supe que había vuelto a salir con Guillermina, muchas veces más. De hecho se veían bastante y habían retomado su amistad. Él me lo contaba todo, pero mentiría si dijera que eso me tenía tranquila porque no era así, una angustia atormentaba mi alma, el miedo trataba de apoderarse de mí, pero luchaba contra él día tras día. Mi cabeza era mi peor enemiga, cuando la noche caía, yo me recostaba en mi cama y mi cerebro me decía que él estaba cerca de ella, que quizás estaban juntos, que ellos nunca habían sido amigos en verdad, y que no podían retomar algo que nunca fueron. Pensaba en que Nico recordaba lo mejor de ella, su parte dulce, su parte positiva, porque es eso lo que él conocía de ella; habían terminado antes de que las cosas pudieran ponerse difíciles, y fue él quien la lastimó, el que tomó el papel de villano, ella fue la víctima. Eso tampoco ayudaba, porque él tenía un sentimiento de culpa y pesar, y en mi cerebro, ese sentimiento lo ponía a él en el lugar del *culpable* que debe saldar su cuenta y a ella en el lugar de *la perfecta* que no ha hecho nada malo y por el contrario merecía compensación. No era nada contra Guillermina, ella fue mi amiga y yo la quería, era más bien contra mí misma.

¿Y yo?, a mi sí que me conocía, y conocía todos mis puntos negativos, que últimamente fueron muchos más que los positivos. Yo sí que lo lastimé a él, yo sí que lo hice sufrir. Lejos estaba de ser *la perfecta* o *la buena*... Era todo lo contrario, me había hundido en el pozo de la depresión mostrando mi parte más horrible, no me había levantado en días de la cama ni me había aseado, no me peinaba ni me arreglaba, no me importaba estar viva o no. Y él siempre a mi lado, sin importarle nada de eso, cuidándome, amándome. Hasta el día en que con una mirada fría, de puro hielo y despojada de todos los sentimientos, lo eché de mi vida. Recuerdo sentirme vacía, nada me importaba, no tenía frío ni calor, tristeza ni alegría, todo se había ido... y yo pensaba que era lo mejor,

la única forma de no sufrir.

Todo eso lo había visto él, lo había vivido él a mi lado. Lo injusta que fui al echarlo, dejándolo solo y sin acceso a mi vida después de todo lo que él había hecho por mí. Todos esos miedos atormentaban mi cabeza una y otra vez, querían estirarme al submundo en donde mi autoestima desaparecía por completo y yo me sentía completamente incapaz de ser merecedora de su amor... Incapaz siquiera de recibir su perdón...

Y cuando todo esto pasaba por mi mente, yo lloraba, lloraba sola en mi cuarto recordando mi cumpleaños y el día después de éste, recordando sus palabras, sus caricias, sus abrazos... recordando cada mensaje que me envió en estos días diciéndome que me amaba, que me necesitaba, que me extrañaba... y no podía evitar preguntarme: ¿Por qué lo hacía? si no me lo merecía. A veces me levantaba, iba al baño y me lavaba la cara, veía una película o leía un libro. Cualquier cosa para no pensar y dejarme arrastrar al fondo de nuevo, debía luchar con eso. Y otras veces solo me quedaba dormida, y me sumía en mi sueño, en mi sueño favorito...

Lo soñaba muy a menudo, el lugar blanco, el árbol grande y ahora habían aparecido un poco de césped y algunas flores silvestres alrededor del árbol. El niño sonriente me esperaba siempre allí, su sonrisa era enorme y brillante cuando me veía. La última vez que lo soñé, corrió a abrazarme y yo lo levanté en mis brazos, el niño me rodeó con sus bracitos y puso su carita en mi cuello dándome muchos y pequeños besitos. ¡Era tan dulce!, siempre jugábamos juntos, él elegía el juego, carrera de autos, un poco de futbol, pintábamos el suelo blanco con los dedos y éste iba tomando colores diferentes...

—¿Cómo te llamas? —pregunté un día pero él no respondió, solo sonrió —. Te llamare Ángel, porque creo que eso es lo que eres... —El niño sonrió más aun, esa sonrisa... se parecía a alguien.

Luego de jugar aparecía el arcoíris, y minutos después el corazón a sus pies empezaba a latir, al otro lado la blancura se iluminaba y es ahí cuando caminábamos hasta mi pequeño Agostino. La última vez que lo vi, tuve un gran susto. Lo cargué y el bebé comenzó a llorar, nunca antes había llorado, siempre tenía paz, siempre sonreía. Yo lo cargué y traté de calmarlo, pero nada lo tranquilizaba, me senté entre los algodones y empecé a cantarle, pero él seguía llorando. Angelito me miraba y sonreía, luego se sentó al lado nuestro.

Fue algo instintivo, no lo pensé, solo lo hice. Desate un tirante del vestido blanco y largo que traía y dejé uno de mis pechos al descubierto acercándolo a la boca de Agostino que lloraba, él se acercó y se prendió de él, se calmó. Yo lo miraba y le seguía cantando, entonces mi piel se volvió traslucida, y pude ver la leche fluyendo por mis conductos lácteos y derramándose a borbotones en su boca. Sonreí, me sentí plena, cerré mis ojos y sentí paz. Cuando me di cuenta, ambos niños dormían, Agostino en mis brazos y Angelito en mi regazo.

Me dormí también, y paradójicamente desperté del sueño. Cuando lo hice me miré el pecho, y algo raro había sucedido, la blusa de mi pijama estaba húmeda del lado que había amamantado a Agostino en mis sueños. No estaba muy mojada, pero unas gotas muy pequeñas marcaban una pequeña oscuridad en la tela. Lo toqué con mis dedos y sentí la humedad. Me sorprendí, me asusté, comencé a llorar. No le conté ese sueño a nadie, ni siquiera a Nico, ni siquiera a Sol. ¡Pensarían que estoy loca!, sobre todo con mis antecedentes. Temo que si les cuento que sueño esto cada dos o tres días pensarán que estoy obsesionada, que lo invento o que no lo supero, y no quiero eso, no quiero que nadie me saque la alegría de estos sueños, de esos momentos en los que puedo estar con mi bebé sin que nadie sufra, sin que haya llanto, sin que nadie muera...

Apreté mi pezón para ver si salía algo o solo era mi imaginación, no salió nada. Sin embargo la tela estaba mojada y no había nada alrededor de mí que la pudiera haber mojado. Aunque fueran solo unas gotas. Me quedé pensando, recordando el sueño. ¡Cuánto me había preparado para recibir a Agostino! Tenía ropitas, mantitas, zapatitos, tenía accesorios, juguetes, todo lo que una madre con tanta ilusión prepara para recibir a su hijo; y sobre todo tenía mis brazos para acunarlo, mi voz para cantarle y soñaba con poder alimentarlo con el amor que producía mi cuerpo para él. Pero no se pudo, no pude ni siquiera cargarlo, no pude nunca cantarle, no sentí sus dedos cerrándose alrededor de mi dedo índice ni pude ponerlo a mi pecho. Mi útero que guardaba su vida, de repente se convirtió en su cárcel, dejé de sentir sus movimientos y la sangre comenzó a brotar de mi interior con rabia, con dolor.

No estaba dando conciertos porque mi panza ya estaba grande. Pero fue un día agotador, había estado trabajando mucho con un disco y la presentación del mismo. Era uno nuevo, pensaba lanzarlo antes de su nacimiento y después tomarme un año. Año en el cual se promocionarían las músicas. Después de eso estaría lista para una gira mundial. Estaba de veinticuatro semanas cuando nos habíamos ido a la clínica para hacer la ecografía morfológica, estábamos entusiasmados con confirmar el sexo y ver a nuestro chiquito de nuevo en pantalla.

—La placenta no se ha colocado en su posición, Señora Baccaro —dijo el ecografista.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Nico.

Ya nos habían dicho antes que la placenta estaba baja, pero también dijeron que tendía a colocarse en su lugar al final del embarazo. El médico nos mostró de nuevo una imagen de un feto y explicó dónde debería estar la placenta, luego mostró donde estaba la mía.

—Si esto sigue así, tendrán que hacerle una cesárea —añadió el Doctor, pero para mí eso no era nuevo porque ya la había tenido a Sofy por cesárea.

—¿Esto por qué sucede? —cuestionó Nico.

—No sabría decirle, pero sí puedo decirle que tiende a repetirse, es decir que si fueran a tener otro bebé, podría repetirse. Las probabilidades también aumentan cuanto más cesáreas tenga la mujer —explicó el doctor.

—¿Pero el bebé está bien?

—El bebé está perfecto, pero usted debe cuidarse. Llegando a la parte final del embarazo y si esta condición persiste, debe hacer un reposo relativo y si llegara a tener alguna pérdida sería absoluto. No es bueno que tenga contracciones, ya que si las llegara a tener, la placenta podría sangrar y si el sangrado es muy grande, la vida del bebé e incluso la suya, podrían estar en riesgo. Por el momento todo está en orden, pero relájese y vaya suspendiendo de a poco sus actividades para llegar tranquila al tramo final.

—¿Es para preocuparnos doctor? —preguntó Nico.

—Es un embarazo de riesgo, pero hasta ahora todo ha ido bien, solo deben tener más cuidado y ante cualquier duda o situación acudir a la clínica. Y por sobre todo estar relajada y distendida los últimos meses.

Salí de allí asustada, con sentimientos encontrados, en mi cabeza solo retumbaba la frase: *«la vida del bebé e incluso la suya, podrían estar en riesgo»*. Nico me tranquilizó y me dijo que todo iría bien.

Organicé mi vida y mis tiempos para trabajar hasta la semana treinta y cuatro aproximadamente, y luego, ya dejar todo y quedarme en casa. Aun guardaba la esperanza de que la placenta se pusiera en su lugar, pero por cualquier cosa, había que prevenir.

Ese fatídico día, me encontraba en la semana treinta y dos, a punto de

dejar todo listo y terminado. Había tenido un día largo y cansador. Tuve una discusión en la tarde con uno de los encargados de sonido, por una nimiedad que ya ni recuerdo. Volví a casa cansada y nerviosa. No había sentido a Agostino moverse en un par de horas, ¿o sí?... No lo sabía porque no había prestado demasiada atención. Me recosté en la cama y luego de un rato empecé a sentir pequeñas contracciones, eran un poco dolorosas, pero no eran fuertes, pensé que serían las normales. Me quedé quieta como siempre lo hacía, para calmarme y que pasara, pero no pasó. Entonces llamé a Nico y le dije que viniera, que estaba un poco asustada porque creía estar teniendo leves contracciones, y sobre todo, eran bastante seguidas, lo que podría significar que estaba entrando en labor de parto, lo que era peligroso porque el bebé era aún muy prematuro y por la condición de mi placenta.

Minutos más tarde me levanté para ir al baño, observé entonces las pequeñas manchas rojas y mi corazón empezó a latir acelerado. El miedo llenaba mi alma. Nico llegó en diez minutos y yo se lo conté llorando. Me cargó en brazos y me llevó a la clínica, tratando de tranquilizarme, mi cuerpo temblaba. Cuando llegue allí la sangre estaba prácticamente chorreando entre mis piernas.

Ya no supe más, urgencia, máscara, el rostro de Nico y sus últimas palabras «*todo estará bien*», es lo que recuerdo antes de que me pusieran algo en la nariz que me trasportó a un silencio frío. Cuando desperté estaba vacía, mi cuerpo se encontraba débil y cansado, pero lo peor de todo, no sentía el peso de mi vientre. Estaba conectada a cables y tubos, lo supe enseguida, estaba en terapia intensiva. Había perdido mucha sangre, pero ya me habían estabilizado, eso me dijo la enfermera que llegó minutos más tarde. Luego dejaron entrar a Nico, y de sólo ver su rostro lo supe, no hubo dudas, Agostino ya no estaba...

21. EL LANZAMIENTO

Nicolás

Era sábado, «él» sábado, el día del lanzamiento del disco de Miriana. Al principio ella dijo que luego de eso vendría a verme, pero hasta ahora no me había dado fecha alguna. Me levanté pensando en ella y en todo lo que viviría ese día. Miri amaba los días en que sus discos salían a la luz, se sentía emocionada y llena de esperanzas. Yo amaba verla así, llena de esa pasión que tenía por la música y por cantar. Amaba sus discos, sus músicas y siempre las escuchaba cuando iba manejando, era raro quizás, pero yo era su *fan* número uno, y oírle cantar fue por mucho tiempo la única forma de estar cerca de ella. Cuando todo iba mal, cuando la extrañaba, cuando la necesitaba, ponía su música e imaginaba que ella me la dedicaba a mí. O al menos las canciones que hablaban de amor.

Casi cuatro semanas habían pasado desde que estuvimos juntos, desde que empezamos a reconstruir todo esto. Yo no tenía duda alguna en que deseaba estar con ella, pero debíamos hablarlo, debíamos conversarlo. Por motivos laborales yo no podía ir a quedarme en Italia ahora, estaba empezando con las grabaciones de una nueva teleserie, era una gran oportunidad que no me apetecía abandonar, pero tampoco quería estar lejos de ellas, de mis princesas; así que veríamos como lo manejábamos.

Había salido con Guillermina todo este tiempo, nos habíamos vuelto amigos, los amigos que nunca fuimos en realidad, porque nosotros solo habíamos sido pareja. Ella me contó sus historias, como conoció a Javier —su pareja actual— y todo lo que sufrió cuando se enteró de que no podría ser madre. Yo le conté lo mío, lo sucedido con Agostino, la depresión de Miriana, le hablé de Sofía. La pasábamos bien juntos, nos reíamos, nos divertíamos.

Hacía mucho tiempo que mi vida era muy solitaria así que me venía bien tener una amiga, aunque fuera solo por un tiempo.

—¿Por qué no vas? —preguntó ese día mientras almorzábamos.

—¿A dónde? —respondí confundido.

—A ver a Miriana en su día especial, Nico —habló como si aquello fuera obvio.

—No puedo, el lunes tengo grabación.

—Pero hoy es sábado, te subes a un avión, llegas, vas a la presentación y te vuelves mañana —dijo ella encogiéndose de hombros.

—¿Tú crees? ¿Y si se enfada? —pregunté con temor.

—Vamos, Nico. Si están tratando de arreglarlo y llevan tiempo sin discutirse, ¿por qué habría de enfadarse? Más bien creo que se pondrá feliz.

—¿Por qué no vienes conmigo? —pregunté.

—No estoy muy segura... —Lo pensó por un rato. Yo le había hablado de las inseguridades y miedos de Miriana—. No creo que sea buena idea que lleguemos juntos, tampoco sé si estará feliz de verme...

—Pero ustedes deben hablarlo. —La animé sonriendo, quería que se reconciliaran, sabía que se querían.

—Sí, pero no sé si la presentación de su disco es el mejor momento para hacerlo —dijo ella y tenía razón—. Mejor ve tú solo, llégale de sorpresa —sonrió.

—¿Segura? —pregunté buscando una vez más su confirmación.

—Súper segura —contestó sonriendo y animada.

Preparé un bolso con lo poco que necesitaría una noche y medio día, fui

hasta el aeropuerto y compré el pasaje de ida para las dieciocho horas y uno de venida para el día siguiente a la misma hora.

Esperé un poco más de una hora y abordé el avión. No lo puedo negar, estaba nervioso.

Llegué directo al lugar donde se hacía el evento. Por supuesto que no tuve en cuenta que no cualquiera podría ingresar.

—No puede pasar señor —dijo un tipo gigante vestido de negro.

—Pero usted no lo entiende, yo soy el marido de Miriana —expliqué con calma tratando de hacerlo entrar en razón.

—Lo siento, ya nos han dicho que eran el padre, el tío, el hermano y ahora usted: el marido. Tenemos órdenes de no dejar pasar a nadie. —Suspiré y me alejé dispuesto a esperarla hasta que saliera, aunque eso fuera cuando todos se hubieran ido.

—¿Nico? —preguntó Sol que llegaba bajando de un auto del brazo de Benja.

—¡Gracias a Dios que te veo! —sonreí aliviado.

—No sabía que venías —mencionó sorprendida.

—¡Sorpresa para todos! Igual no me dejan entrar porque no creen que sea el marido. —Benja se echó a reír.

—Déjame ver que hago —dijo Sol mostrándole la invitación al señor y entrando—. Vuelvo enseguida —sonrió.

Luego de un rato volvió con el *manager* de Miriana del brazo. Éste habló con el guardia y me hicieron gestos para que ingresara.

—Lo siento. —Se disculpó el guardia cuando pasé a su lado y yo solo meneé la cabeza afirmativamente.

Una larga fila de personas esperaban que Miriana les firmara el disco y ella estaba concentrada en ello.

—Consígueme un disco —pedí a Sol.

—¿Qué? —preguntó confundida.

—Que me consigas un disco —insistí y ella sonrió negando con la cabeza. En unos minutos venía con el disco en la mano.

—¿Qué piensas hacer?

—Le voy a pedir un autógrafo —dije sonriendo y poniéndome en la fila.

La fila corría lento porque todos querían firma y foto. La abrazaban y le decían cosas como: «*Eres la mejor*», «*Te sigo desde siempre*», «*Te amo, mi sueño era conocerte*», y cosas así. Cuando estaba por llegar mi turno traté de bajar la cabeza para que no me viera cuando saludaba a las *fans* que estaban antes que yo, pero ella ya estaba cansada, ya solo firmaba prácticamente, yo la conocía.

—Hola. ¿Para quién? —preguntó sin levantar la cabeza.

—Para Nico —dije pasándole el disco con la voz más sensual que pude sacar, ella inmediatamente me miró y lo siguiente que sentí fueron sus brazos rodeando mi cuello y miles de *flash* segándome la vista.

—¿Qué haces aquí? —cuestionó sin soltarme.

—Vine a ver a mi cantante favorita —comenté sonriéndole y tomando su rostro para besarla, ya no me importaba nada, ni lo que teníamos que hablar ni lo que había que esperar, ni si Sofía estaba cerca. Solo acerqué mis labios y le di un beso corto que ella correspondió.

—Miriana, termina con las firmas, por favor. —Solicitó su manager y ella sonrió volviendo a sentarse.

—Fírmame mi disco —le pedí sonriendo.

«*Para Nico, mi único gran amor, Miri*». —Lo firmó y me lo pasó contenta, yo le devolví la sonrisa y me corrí de la fila para darle paso a los que quedaban. La sonrisa no se borraba de su rostro.

La noche paso rápida, yo estuve con Sol y Benja, que me contaron que estaban de vacaciones y que en una semana irían al pueblo natal de Sol a pasar unos días en la casa de sus padres. De pronto vi a Sofía, pero ella no me vio a mí. Iba muy entusiasmada y hablando con su amiguito Dante. Los vi caminando de la mano y mi corazón casi se me sale del cuerpo.

—Tranquilo —murmuró Sol siguiendo la línea e mi mirada y golpeándome el hombro con suavidad.

—¡Sofía! —grité sin que me importara el resto de la gente y ella se giró a verme, instantáneamente soltó al chico a quien los cachetes se le pusieron rojos.

—¡Papá! —exclamó ella corriendo y viniendo a saludarme, Dante se acercó atrás.

—Hola tío —saludó pasándome la mano.

—Sí, mucho tío, tío. Pero, ¿por qué estaban de la mano? —pregunté celoso.

—Vamos Nico, Miri va a cantar —llamó Sol estirándome para que fuera hacia el salón y dejara ese tema allí.

Lo siguiente que vi fue a Miriana en el escenario. Vamos que tenía tiempo sin verla cantar en vivo y cuando lo hacía todo mi mundo se paralizaba. La admiraba tanto, sentía que todo mi ser iba a estallar de orgullo, de admiración hacia ella. Era perfecta.

Ya la gente empezaba a retirarse y todo estaba acabando.

—¿Piensas quedarte en casa? —preguntó en un momento que pudimos hablar a solas.

—Si tú me lo permites. —Ella subió las cejas y frunció los labios.

—Depende... —mencionó sugerente.

—¿De qué? —pregunté, ella se acercó a mi oído.

—Del regalo que me hayas traído en este día tan especial —murmuró y se fue caminando hacia donde la esperaban algunas personas de las que se iba a despedir.

Me quedé completamente atónito y tardé en reaccionar, Sol se había acercado.

—Pagaría por saber qué fue lo que te dijo para que quedaras más estúpido de lo que siempre estás por ella —sonrió.

—¡Cállate! —exclamé sonriendo—. Dice que quiere su regalo.

—¡Oh mi insaciable amiga! —sonrió Sol—. Y te dejo todo embobado... —Sol me empujó un poco yo sacudí la cabeza en un gesto divertido.

Miriana estaba de regreso con nosotros.

—Nosotros ya nos vamos —dijo Benja también acercándose.

—Yo también me voy —añadió Miri sonriéndome—. Ya no puedo más...

—Y yo sí creo que todavía puedes más —susurró Sol sonriéndole con malicia.

—Mmmm no lo sé —contestó en complicidad a su amiga y ambas rieron.

—Ustedes no cambian —mencionó Benja abrazándome para despedirse—. Y nosotros somos sus juguetes.

—Yo no tengo quejas sobre eso —afirmé sonriente.

—Bueno, para ser sincero, yo tampoco —dijo él y todos reímos.

Sofía se acercó a nosotros y empezaron las despedidas. Fui hasta el auto de Miriana y me ofrecí a manejarlo, ella se subió en el lugar del copiloto y se sacó los zapatos. Ya era tarde, no había mucho tráfico. Sofía quedó dormida en unos segundos y Miriana se sentó de costado observándome en silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté y ella puso su mano en mi nuca haciendo ligeros masajes.

—Nada, solo te miro —respondió susurrando.

—Estás hermosa, estoy tan orgulloso de ti.

—Eres tan guapo... Te miro y veo todo lo que siempre vi en ti, veo al mismo Nico al que conocí años atrás y de quien me enamoré tan perdidamente —sonrió.

Manejé en silencio un rato más, sintiéndome devorado por su mirada, pero me gustaba. Cuando llegamos cargué a Sofía como tantas otras veces lo había hecho años antes cuando salíamos los tres y ella se había quedado dormida, solo que esta vez era más grande y más pesada. Sonreí al sentir que estaba en casa, que estaba haciendo algo que antes era rutina.

Miriana fue a su habitación —a nuestra habitación—, mientras yo dejaba a Sofy en la suya.

—¿Vas a quedarte papá? —preguntó adormilada cuando la bajé sobre la cama.

—Me quedaré esta noche —dije y ella sonrió girándose sobre sí misma para continuar durmiendo.

Apagué la luz y fui hasta la cocina. Saqué una botella de agua y me serví

en un vaso. Todo eso era rutina, esa rutina que a veces cansa, que a veces aburre, pero que cuando no está, hace tanta falta. Cuantas veces había llegado a casa, acostado a mi hija, había tomado algo y luego me iba a dormir al lado de mi esposa. Y eso hacía tanto que no sucedía...

Caminé por el *living*, miré las fotos. Miriana y Sofia, Sofia sola, Miriana sola, Miriana embarazada de Agostino, era la única foto que teníamos de él. Una foto de los tres juntos en uno de los cumpleaños de Sofia... Suspiré ante el recuerdo.

Subí las escaleras y abrí la puerta de la habitación. Miriana estaba acostada, cubierta con la frazada y dormía placenteramente. Sin prender la luz pasé al baño, abrí mi bolso y saqué mi cepillo de dientes para asearme y alguna ropa para cambiarme, no había traído mucha. Me quedé con mi bóxer y me puse una remera, hacía algo de frío. Salí de nuevo, dejando la puerta un poco abierta para que la oscuridad no fuera completa. No quería despertarla, seguro estaba cansada.

Levanté ligeramente la frazada, cosa que no la destapara y me metí a su lado. La miré, sonreí, y me recosté en la cama sólo mirando el techo. Estaba en mi cama, en mi casa... y se sentía fantástico.

Lo siguiente que sentí fue su pierna sobre mí y su brazo rodeando mi cuerpo.

—Te estaba esperando —dijo en un susurro.

—Miriana, ¿estás desnuda? —pregunté al sentirla.

—Te dije que te estaba esperando —reiteró ella y todo desde allí fue del color de la pasión...

22. TÚ EN MIS SUEÑOS

Miriana

Me desperté y lo vi durmiendo plácidamente y medio desnudo en mi cama. Sonreí al recordar todo lo que hicimos la noche anterior. Lo amo, lo amo... y sólo puedo sentir y pensar que lo amo, y que esto es lo que quiero para toda mi vida, que es lo que siempre quise. Me puse mi ropa interior y su remera, solo para seguir respirando su aroma y bajé hasta la cocina, Jose tenía el día libre porque era domingo así que le iba a preparar el desayuno.

—Qué bonita te ves —dijo Sofía parada en la puerta con los brazos cruzados y una sonrisa pícara. ¡Rayos!, olvidé a mi hija adolescente y sobre todo olvidé lo mucho que les gusta a los adolescentes espiar a sus padres.

—Hola Sofy —saludé sonriente—. ¿Qué quieres que te prepare?

—No te preocupes por mí —respondió ingresando a la cocina—, yo me sirvo lo que haya. ¿Le haces el desayuno a papá? —preguntó.

—Sí...—afirmé mientras elegía unas naranjas para exprimirlas, ella sonrió.

—¿Dormiste bien? —preguntó mientras se sentaba y recostaba su cabeza en sus brazos, su mirada era pícara, yo solo sonreí.

—Sí, dormí bien —respondí y ella se quedó mirándome largo rato en silencio, como buscando signos o señales que delataran algo.

—Si no te molesta iré a pasar el resto del día a lo de Azzurra —habló después de un rato.

—¿No quieres quedarte con nosotros?

—No... —dijo segura—. Prefiero que ustedes se queden solos —sonrió y

salió de la cocina llevando su leche en su mano.

Preparé una bandeja con leche, jugo, galletas y unos muffins y los llevé a la habitación.

—¿Quieres desayunar? —pregunté sentándome a su lado.

—Mmmm —murmuró él.

—Despierta —dije llenado su rostro con pequeños besos—. Te preparé el desayuno dormilón.

—¡Que rico! —exclamó incorporándose y dándome un beso en los labios —, pero te juro que no será más delicioso que lo que me diste anoche. —Me sonrojé ante su comentario.

—¿Qué hora te vas? —Quise saber.

—¿Ya me estás echando?

—No, sólo quiero saber hasta qué hora te puedo disfrutar —le sonreí.

—A las dieciocho sale mi vuelo —dijo mientras se servía algo para comer.

—Genial, tenemos mucho tiempo. ¿Quieres hacer algo en especial? —pregunté—, porque se me ocurre quedarnos encerrados en la pieza todo lo que resta del día —dije llevándome a la boca algo de lo que había traído.

—¿Y Sofía?

—Dijo que se iría a lo de Azzurra para dejarnos solos. —Me encogí de hombros y él sonrió.

—Me parece genial entonces que nos quedemos aquí.

Terminamos de desayunar y nos metimos a bañar. Luego de eso nos tiramos a la cama y empezamos a hablar de cualquier cosa, nada en especial,

solo un poco de todo. Nos reímos, nos abrazamos, nos besamos y luego hicimos más cosas. Llegando el medio día bajamos a cocinar juntos, ensuciamos mucho la cocina y aprovechando que estábamos solos, también hicimos cosas en la cocina mientras las pastas llegaban a su punto. Almorzamos semi desnudos en la mesa del comedor y luego volvimos a la habitación. Nico me hizo masajes en la espalda y luego me quedé dormida. Debo admitir que tantos días de trabajo más toda esta actividad de fin de semana a la que hacía mucho tiempo no estaba acostumbrada, terminaron por agotarme. Me recosté en sus brazos y me dormí en su pecho.

Todo se puso blanco, y mi corazón anticipaba dónde aparecería. Ahí estaba yo, parada en el lugar donde era tan feliz, Angelito vino corriendo hacia mí, pero no se quedó conmigo, corrió hacia Nico... ¿Nico?... ¡Él estaba a mi lado!, yo no me había dado cuenta de eso hasta ese momento. Nico alzó en brazos al niño y lo giró en el aire como siempre solía hacerlo con Sofia cuando tenía su edad. Luego lo cargó en sus hombros y el niño nos señaló el árbol para que fuéramos allí.

Ambos caminamos hasta el lugar y nos sentamos. Angelito sacó sus juguetes y nos pusimos a jugar entre los tres. Ahora tenía una bicicleta y se la mostraba a Nico como pidiéndole que le enseñara a montarse. Éste se levantó y así lo hizo, lo ayudó a equilibrarse y luego de un rato el niño lo hizo sólo. Ambos lo aplaudimos mientras él volvía sonriente hasta nosotros. El arcoíris se empezó a pintar en el cielo, esta vez el cielo también se pintó volviéndose de un celeste claro, tan claro y limpio que solo contemplarlo era placentero. Ambos nos quedamos petrificados ante el horizonte llenándose de colores, Nico me tomó de la mano. El corazón rojo apareció a un lado del arcoíris y empezó a latir a toda velocidad, con fuerza. Sentía que mis latidos estaban en sincronía con ese corazón, que latían al mismo tiempo. Al otro lado la cuna de algodones comenzó a emanar luz. Tomé a Nico de la mano para que se

acercara hasta allí conmigo y entonces vimos a Agostino riendo y moviendo sus manitas. Lo cargué en mis brazos y me sonrió, se lo pasé a Nico y él lo cargó con miedo, cuando lo tuvo en brazos, también sonrió. Nos sentamos sobre los algodones, Nico, Angelito y yo, con Agostino en mis brazos.

—Cántanos —habló por primera vez Angelito y yo me derretí al sonido de su voz. Era una voz celestial, potente, llena de magia y misterio; algo recorrió mis venas al oírlo y yo quedé estupefacta ante ese sonido que era aún más bueno que la música misma—. Cántanos —repitió.

Empecé a cantar la canción que siempre cantaba cuando estaba allí y que nunca recordaba cuando estaba despierta, Angelito se levantó y se sentó en brazos de Nico mientras yo acunaba a Agostino en los míos. Un rato después el bebé comenzó a inquietarse, así que sabiendo lo que debía hacer lo acerqué a mi pecho y le di de mamar. De nuevo mi piel se volvió translúcida y pude ver la leche fluyendo, no era blanca esta vez, era dorada, como mágica, como trascendental.

Me sobresalté y desperté. Nico despertó también. Me miró serio, buscaba algo en mis ojos. Se tocó el torso, estaba húmedo, había tres gotas de algo translucido justo en el mismo lugar en donde mi seno había estado recostado en su pecho. Él lo tocó con sus manos y frunció el ceño. Yo miré aquello y luego lo miré a él, instintivamente toqué mi pecho y una gota del líquido chorreo en mi mano, fruncí el ceño.

—¿Que está pasando? —preguntó.

—Te juro que no lo sé —respondí—. Pensarás que estoy loca, pero es parte de un sueño, ya me había sucedido antes.

—Lo sé —dijo recostando su cabeza en la almohada—, yo estaba allí —agregó y recosté mi cabeza a su lado sin entender nada de nada.

No hablamos más de eso, no podíamos hacerlo, no lo entendíamos y nos hacía sentir extraños. Después de un rato de silencio él prendió la tele y nos entretuvimos viendo una película cómica de la cual nos reímos bastante.

Cuando dieron las cuatro de la tarde nos dispusimos a levantarnos, vestarnos y prepararnos para ir al aeropuerto. La diversión había terminado. De todas formas duraría poco el receso, yo tenía planeado visitarle la semana siguiente, sólo que no se lo había dicho aun ni se lo diría. Buscamos a Sofia de lo de Azzurra y fuimos a despedir a Nico.

Cuando volvimos, veníamos en silencio en el auto.

—Gracias —le dije a Sofia.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por darnos espacio, por no presionarnos, por dejarnos resolver las cosas —sonreí—. Sé que es difícil para ti.

—Me encanta verlos bien —comentó ella—, lo que sea para que estén bien.

—Voy a visitarlo la semana que viene, no se lo dije pero iré de sorpresa, quiero quedarme por un par de semanas —le comenté a Sofia—. Necesitamos hablar y resolverlo todo de una vez. —Ella sonrió pero no dijo nada—. ¿No te molestaría quedarte con mamá? —pregunté mirándola de reojo.

—Claro que no mamá, ya te dije, lo que sea para que estén bien —sonrió de nuevo—. Solo dile a la abuela que me deje visitar a mis amigos porque ella a veces no me deja salir. —Se quejó.

—Hablaré con ella —sonreí.

Lo que restó de la semana me dispuse a dejar todo en orden para poder tomarme esos días sin tener que pensar en el trabajo. Llamé a Sol y le conté

mi plan de viajar a Barcelona el siguiente domingo, ya tenía el pasaje listo y llegaría como a las once. Iría directo a lo de Nico y le llegaría de sorpresa a la casa. Pensaba quedarme una o dos semanas, dependiendo de lo que fuera necesario. Ella estaba en su pueblo natal con su familia pasando unos días así que si todo iba bien, podríamos encontrarnos un día, quizás Nico y yo viajáramos junto a ella, eran como quinientos kilómetros, pero podíamos planear un par de días para visitar a nuestros amigos. Ella estaba entusiasmada con la idea.

23. UN BESO FALLIDO

Nicolás

Volví feliz de Italia y me dispuse a retomar mi trabajo. Estaba muy emocionado porque las cosas estaban yendo bien, pero a la vez, tenía un poco de miedo... Suele pasar que cuando todo va tan bien tememos que algo irrumpa con la felicidad trayéndonos de nuevo un problema.

Ya había empezado con las grabaciones de mi nuevo proyecto en la televisión así que andaba estudiando los libretos, preparando el personaje y todas esas cosas. El lunes las revistas de farándula y chismes presentaban fotos mías y de Miriana en sus portadas bajo títulos como: «Reconciliación», «¿Volvieron?», y cosas así. Las redes sociales explotaban y nuestras fans estaban enloquecidas.

Esa semana mensajeamos bastante y le pregunté cuando nos sentaríamos a hablar. O sea, necesitábamos arreglar todo esto, ver qué haríamos, tomar decisiones. Yo estaba ansioso por ello y me parecía que cuanto más tiempo dejásemos pasar más posibilidades había que algo suceda y todo vuelva a cambiar. Si, debo admitirlo, tenía miedo de que todo fuera un sueño, de que todo vuelva a terminar. Sinceramente y reviviendo todo hasta allí, yo ya no soportaría un nuevo conflicto, una nueva dificultad.

Hubo un tiempo en que pensé que a pesar del amor que siento por Miriana, era mejor estar separados. A veces el amor no es suficiente y quizás ella tuvo razón cuando me dijo que mi amor por más grande que sea no bastaba para los dos. Siempre pensé que una relación debe ser de a dos, ambos deben remar para que todo salga adelante, y ella había perdido las fuerzas para remar, y yo no lo podía hacer solo. Por eso hubo un tiempo en el

cual me resigné a vivir amándola desde mi rincón en el mundo, sin tenerla para mí, sin compartir mi vida con ella. Pero ahora todo había cambiado y todo estaba tomando color de nuevo, ella estaba otra vez a mi lado y tenía ganas de salir adelante.

Sabía que no sería fácil, Miriana era una bomba de tiempo, aparentemente estaba feliz y todo iba bien, pero temía que cualquier dificultad que hubiera pudiese llevarla de nuevo a la depresión. Ella estaba dispuesta a volver al tratamiento, se lo había dicho a Sol y ella me lo había comentado. Yo aún no había hablado de eso con ella, no quería intimidarla ni que sintiera que yo la quería forzar a algo. ¿De qué serviría un tratamiento si uno no quiere ser tratado? Ella necesitaba recobrar su autoestima, necesitaba volver a conocerse, amarse y sobre todo a aceptarse... Y yo, por más amor que sintiera, no podía hacer eso por ella. Era ella quien debía tomar las riendas de su vida. El tratamiento la pondría fuerte, la ayudaría a entender y aceptar errores anteriores para que cuando la vida volviera a mostrarle su cara difícil, ella pudiera afrontarla y salir a flote.

También fue una semana muy especial con Guillermina. Salimos el martes y conversamos, le conté lo que pasó en Italia y todas mis expectativas y mis miedos. Ella también se abrió mucho a mí, me contó todo sobre su relación con Javier, me dijo que estaba enamorada de él pero que habían pasado momentos muy difíciles cuando se enteraron que ella no podía ser madre. Me comentó que en cierta forma entendía a Miriana porque ella también se había deprimido mucho en ese momento, incluso llegando a pensar que no merecía estar con Javier porque no era ni siquiera capaz de darle lo que él más anhelaba. Me dijo que por más que ya lo había superado —gracias a una amiga que era psicóloga y con quien habló mucho— siempre sería difícil asumir que nunca podría experimentar la sensación de llevar a un hijo en su vientre, que nunca podría sentir las patadas ni la emoción del parto, que nunca

podría alimentarlo con su propia leche. Entre lágrimas me dijo que aceptar eso era algo muy doloroso para una mujer, que era como sentirse menos mujer o incompleta.

Era domingo, cerca del mediodía, no sabía muy bien la hora, porque los domingos para mí no tienen mañanas. Escuché el timbre una y otra vez, por lo que salí a abrir con lo que traía puesto, un pantalón de dormir y una remera. Mi pelo completamente alborotado y mis ojos hinchados.

Guillermina estaba parada en frente a mi casa, visiblemente afectada, sus ojos estaban más celestes que de costumbre, habían sido limpiados una y otra vez por las lágrimas.

—¿Qué pasó? —pregunté abriendo la puerta y ella se arrojó en mis brazos, prácticamente se desparramó en ellos y comenzó a llorar —¿Por qué lloras?

—Discúlpame que venga a molestarte —sollozó—, es que estoy sola aquí y no tengo a quien recurrir.

La abracé y la guie hasta una hamaca grande con asiento para dos que está en el pórtico de mi casa. Ella se sentó a mi lado y recostó su cabeza en mi hombro, siguió llorando un buen rato.

—¿Vas a contarme?

—Me llamó Javier —empezó a hablar—, no quería decirme nada pero yo sabía que algo andaba mal, lo noté desde el viernes, por su forma de hablar y su voz. Toda la semana pasada estuvimos esperando respuestas por lo del tema de la adopción —dijo volviendo a sollozar—, ya prácticamente estaba todo, íbamos a adoptar una niña, de dos meses, incluso ya la habíamos visto. —Hizo una pausa en su relato, derrochaba tristeza en su mirada.

—¿Y qué pasó?—le pregunté ante su silencio.

—No lo sé —añadió—. Eso es lo peor, nos la quitaron, se la dieron a otra pareja Nico... me quitaron a mi pequeña. —Volvió a sollozar.

—Tranquilízate por favor —dije tomando su rostro en mis manos y secando sus lágrimas que caían a borbotones sin piedad—.Guillermina, las cosas pasan por algo, sé que te duele... pero quizás ella no era para ustedes.

—Estoy destrozada, ya no soy una niña Nico, y si no puedo adoptar ahora, pronto tampoco me la darán por la edad —añadió entre el llanto.

—¡Pero que tonterías dices! —La abracé.

—Es así, todo es muy difícil en el tema de las adopciones, Javier y yo queríamos hacer bien las cosas... hicimos todos los papeles, hasta íbamos a casarnos para que todo fuera más sencillo —mencionó entre lágrimas—. Estaba tan ilusionada con ella.

—Lo siento —susurré tomando una vez más su rostro entre mis manos y mirándola con cariño—, lo siento mucho Guille. —Fui limpiando sus lágrimas una tras otra—. Eres tan bella, ya no llores por favor. —Me la imaginé llorando y sufriendo por mí de esa misma manera tantos años atrás, y pensé en que la había querido tanto y la había hecho sufrir así—. Ya verás que hay un bebé en el mundo esperando para ser tu hijo o hija y que serás la mejor madre del planeta —dije con una media sonrisa tratando de animarla.

Ella sonrió tristemente entre sus lágrimas y me miró a los ojos.

—¿Lo crees? —preguntó.

—Estoy seguro —contesté sin soltar su pequeño y hermoso rostro que seguía sosteniendo con ternura entre mis manos.

—Menos mal que me dejaste, sino no estarías aquí, siendo el mejor padre para tu hija —agregó ella—, yo no hubiera podido darte esa dicha —añadió y sus palabras dolieron en mi alma.

—No digas eso Guille —rogué con tristeza—. Si hubiéramos estado juntos, no me hubiera importado... el amor va más allá de eso, yo sé que Javier te ama así como eres, y no eres menos mujer por ello, ya no digas eso... eres una gran mujer.

—Te extrañé —confesó ella. Y la distancia entre nosotros se fue acortando.

No pensé, simplemente no lo pensé, tenía el corazón apretado por su dolor, por su tristeza, ella estaba empapada en lágrimas y yo me sentía terrible por lo último que dijo. Yo no dejaría a alguien por eso jamás, me dolieron sus palabras. No lo puedo explicar, no sabía por qué lo hice, estábamos cerca y rodeados de emociones y sensaciones. Ella y yo juntamos nuestros labios al mismo tiempo. Un beso... dulce, largo... tierno... lleno de dolor y de perdón.

—Lo siento. —Se disculpó al separarnos.

—No lo sientas —pedí yo—. Quizás era necesario para cerrar esta historia.

—Quizás si... Quedaron tantas cosas inconclusas...

—Lo sé —susurré con culpa.

—Gracias por ser tan buena persona —dijo y yo sonreí.

—Tú eres una gran persona Guille, después de todo lo que te hice nunca me odiaste y me perdonaste regalándome de nuevo tu amistad.

—Pero tú eres un hombre fantástico Nico. Jamás me engañaste, cortaste conmigo cuando te diste cuenta lo que sentías por ella, nunca nos engañaste a ninguna de las dos y eso es valorable. Te preocupaste por mí y porque no sufriera, aunque yo en ese momento no lo haya entendido. Viviste todos estos años pendiente de que te perdonara, porque aunque no nos hayamos visto apenas nos re encontramos me pediste disculpas. Y ahora te convertiste en un

gran amigo. Yo amo a Javier, lo amo de verdad, pero tengo un cariño inmenso hacia ti, siempre vas a ser alguien especial para mí, gracias por tus palabras y tu contención hoy —sonrió con dulzura.

—Tu eres una chica increíble, Javier es muy afortunado de tenerte —sonreí—. Sé que todo saldrá bien y pronto te veré con el niño o niña en brazos y nos reiremos de esta anécdota. Siempre serás muy especial para mí también —la abracé.

La hice pasar a mi casa y le preparé algo para comer, luego de eso volvió a su hotel. Eran casi las tres de la tarde cuando sonó mi celular, era una llamada de Sol.

—¿Nico? —me saludó.

—Hola Sol

—¿Me pasas a Miriana por favor? —preguntó y yo no entendí.

—¿Qué? ¿Estás borracha? —respondí divertido.

—¿No está contigo? —Quiso saber confundida.

—No, ¿por qué iba a estarlo? —respondí sin entender.

—Ella viajaba esta mañana junto a ti. Abordó el avión de las diez, debió haber llegado hace rato y me dijo que iría de sorpresa a tu casa. Esperaba quedarse contigo una o dos semanas, pero quería llegar de sorpresa —explicó Sol y el corazón se me empezó a acelerar—. La he estado llamando desde hace horas y tiene el celular apagado. La última vez que hablé con ella eran como las once y media y estaba yendo para tu casa, me dijo que me llamaría luego para contarme todo.

—¡Oh, no! —Apenas logré articular esa frase y me senté en el sofá sin saber qué hacer.

—¿Qué pasó? —preguntó Sol sin entender.

—Yo estaba con Guillermina, en la entrada de mi casa a esa hora —dije con un hilo de voz.

—¿Y? —preguntó ella con un tono que denotaba ansiedad y adivinaba que algo estaba ocurriendo.

—Y ella estaba muy mal, por un problema personal que tuvo... y nada, las cosas se dieron, nos dimos un beso...

—¿Quéeee? —Sol gritó del otro lado y casi me deja sordo.

—¿Crees que pudo haber visto eso? —cuestioné intentando que Sol me dijera que no.

—¿Sabes lo peligroso que puede ser que ella haya visto eso justo ahora? —preguntó enfadada.

—Pero no fue nada...

—Nico, a mí no me expliques nada, no me interesa, sólo quiero saber dónde está Miriana y ahora con más razón. Búscala, ayúdame a encontrarla pero no alertes ni a su madre ni a Sofía, que por cierto está en casa de ella —dijo hablando a toda velocidad—. Avísame cualquier cosa. —Cortó.

Me quedé sentado tomándome el rostro entre las manos. Esto no podía ser verdad. Llamé a la línea aérea y me confirmaron que el vuelo había llegado, moviendo algunos contactos pude averiguar que ella llegó en el vuelo. Llamé a algunos hoteles donde supuse podía estar pero nada. No podía llamar a su casa porque alertaría a su madre y eso alertaría a Sofía.

Las horas pasaban y no sabíamos nada de ella, había hablado con Davide pero tampoco sabía nada. También llamé a Guillermina y le conté todo, sólo por si acaso. Si mis miedos se hacían realidad, Miriana nos había visto... Y si

eso fuera así, cualquier cosa podría pasar, porque es probable que ella esté mal. Cuando ella perdía la cordura y los sentimientos negativos empezaban a rondar su cabeza, la razón la empezaba a abandonar. Suspiré. ¿Dónde podría estar?

24. CORAZÓN ROTO

Miriana

Me acababa de bajar del taxi y caminaba hasta la entrada cuando los vi, se miraban, estaban a punto de besarse, iba a gritar sólo para impedirlo, pero me quedé petrificada, algo en mí impidió que lo hiciera. Los vi acercarse y fundirse en ese beso suave y tierno. La vida me estaba sacando lo que yo había tomado sin permiso. El karma, dirán algunos... todo da vueltas, dirán otros. Yo se lo arrebaté a ella, y ella venía ahora a cobrarse su revancha.

Mi corazón se partió en miles de pedazos, me di media vuelta y caminé por esas calles completamente ajenas a mí. Las lágrimas que caían de mi rostro nublaban mi vista; me cubrí con un lente oscuro y una gorra, cosa que no me reconociera algún *fan* y pidiera quitarse una foto o algo, reaccionaría mal, no era el momento... pero los *fans* no entienden de momentos.

Caminé y caminé, dejé que el viento chocara en mi cara y que los pies me ardieran de dolor. Suelen decir que el dolor físico puede hacer olvidar por un rato el dolor emocional. No sabía dónde estaba, había llegado a una plaza y me senté en una banca... estuve ahí por horas sumida en mis pensamientos.

—¿Por qué lloras? —Me sobresalté ante la suave voz que me preguntaba eso, iba a ignorarlo, iba a levantarme e irme, pero me volteé a verlo porque la voz provenía de un niño, ojos verdes, pelo castaño, unos siete años y una pelota en la mano.

—No importa —respondí.

—No debes estar triste —dijo el niño y yo saqué todas mis fuerzas para sonreírle, pero no tenía nada para decirle.

—¿Por qué lloras? —preguntó de nuevo.

—Porque me lastimaron —respondí.

—No importa, yo también me hice una herida en la rodilla ante ayer, pero mi mamá me puso una venda y se me curó rápido. —Habló el chico mostrándome su herida y sonreí ante su inocencia.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Agustín —sonrió el niño y yo no pude evitar pensarlo, mi Agostino tendría que ser más o menos como él ahora.

—Bonito nombre.

—Tú eres muy bonita y cantas muy hermoso, mi tía tiene todos tus discos y no me va a creer cuando le cuente que te vi, pero no le diré que estabas llorando porque se pondrá triste también. Hay mucha gente que te quiere en el mundo, ¿lo sabes verdad? —No respondí, solo asentí con un movimiento de cabeza.

—Gracias, Agustín, trataré de no llorar más —dije con cariño para que no insistiera.

—Bueno, voy a jugar otra vez. —Y se levantó echando a correr.

Yo me quedé allí un rato más. Mi celular empezó a sonar, era Sol, había olvidado que quedé en llamarle. Lo apagué, no quería hablar con nadie. Tenía frío, no sabía si hacía frío, pero yo tenía frío. Me levanté y entré a un centro comercial que estaba cerca, vi la promoción de un hotel que en realidad eran unas cabañas en los árboles. Me pareció genial, encerrarme en uno de esos lugares y no salir de allí hasta que ya nada doliera. Tomé el afiche promocional en mi mano y busqué como llegar, subí a un taxi, aunque era un poco lejos no me importaba. Le di la dirección y el taxista me llevó hasta allí. Me registré, me dieron una cabaña y subí a mi árbol, a mi rincón, a mi espacio.

Dejé mi bolso en el piso y me arrojé en la cama. Las lágrimas que habían dejado de salir empezaron a caer de nuevo por mi rostro y no las podía controlar. Mis pensamientos me llevaban de un lugar a otro, desde la escena que presencié frente a la casa de Nico, hasta el día que me dijo que rompería con Guillermina. El día que Nico llegó llorando junto a mí para contarme todo lo que ella le había dicho y lo mal que se sentía por haberla lastimado tanto. Recuerdos de cuando ellos eran novios. Recuerdos de mis últimos encuentros con Nico, todos, todos los recuerdos iban pasando por mi mente sin orden ni sentido, tejiendo en mi cabeza una telaraña de emociones, de sensaciones, de dolor.

Las lágrimas se salieron de control y la intensidad de mis sollozos aumentó mientras mi cuerpo sufría espasmos por el dolor. Y de tanto llorar me dieron náuseas, fui al baño y eché todo lo que había comido un poco antes. Lástima que no podía echar también mis pensamientos o mis sentimientos, para así quedarme vacía, vacía de emociones, vacía de sensaciones, vacía de tanto dolor.

En algún momento todo se oscureció y me quedé dormida, supongo que el cansancio físico y emocional del llanto agotó mi cuerpo.

Estaba en ese lugar, estaba todo blanco. Me alegré al saber que pronto vería a Angelito y a Agostino, pero estuve sola por largo rato.

—¡Ángel! ¡Angelito! —grité llamándolo pero nadie contestó.

Un rato después apareció Angelito, no sonreía y parecía que había estado llorando; se acercó a mí y me dio un abrazo.

—¿Qué pasa mi niño hermoso? —pregunté pero él no contestó.

Me llevó a sentarnos bajo el árbol, que ahora había perdido todas sus hojas y se veía seco. Estábamos allí, en silencio, sin jugar. Él sólo me miraba,

de una forma profunda, de una forma extraña, como si quisiera decirme algo, pero no hablaba.

El arcoíris se empezó a pintar en el cielo y supe que pronto vería a mi bebé. El corazón apareció seguidamente latiendo de forma muy rápida, estaba como suspendido en el aire y empezó a sacudirse, luego se detuvo y cayó al suelo, seco e inmóvil.

—¿Qué sucede? —pregunté yo.

El bebé al otro lado empezó a llorar, corrí hasta él y lo levanté. Lloraba, lloraba mucho... Intenté darle de mamar pero no quiso, lo intenté acunar pero no lo calmaba, le canté pero nada surtió efecto.

Una desesperación invadió mi alma, una angustia enorme por no poder calmar a Agostino. Me desperté de golpe, estaba sudando y estaba llorando, ese sentimiento que había experimentado en sueños persistía.

—Ya no llores pequeño —susurré y suspiré en el silencio.

Por la ventana de mi cabaña pude darme cuenta que la noche empezaba a caer. El estómago empezó a gruñirme de hambre, pero no quería comer, quería sentir hambre, más hambre... cosa que el estómago me doliera y cuanto más dolor físico, menos dolor emocional.

Mi cabaña tenía una pequeña terracita, salí a sentarme allí. Miré el atardecer, vi el sol ocultarse en el firmamento y dejar su estela dorada, roja y morada mientras lo hacía.

—Amo los atardeceres —dije a Nico mientras estábamos sentados en aquella playa, era nuestra luna de miel.

—Yo prefiero los amaneceres —contestó él—. Nuevos comienzos.

¿Eso estaba buscando en Guillermina? ¿Un nuevo comienzo?

—Un atardecer se lleva consigo todos tus logros de ese día, todo lo vivido en esa jornada, es como si el sol se lo guardara, se lo llevara consigo —comenté sonriendo mientras él me tomaba de la mano y colocaba su cabeza en mi hombro llenándome de besos el cuello.

—Un amanecer siempre está lleno de posibilidades, de nuevas oportunidades —replicó mirándome con ternura.

Eso es lo que él necesitaba, nuevas oportunidades..., oportunidades de ser feliz, cosa que yo no le podía dar. Le había prometido amor eterno ante el altar y no fui capaz de cumplirlo, le había prometido estar para él en las buenas y en las malas, y cuando fueron las malas lo mandé a volar de mi lado.

—Miriana... —habló llorando aquella vez que Guillermina le había dicho que era la peor persona que había conocido en este mundo—, yo nunca quise hacerle daño...

—Lo se amor, lo sé —dije secándole las lágrimas.

—No me lo perdonará jamás...

—Un día ya no le dolerá, y allí podrá mirar atrás y darse cuenta de que siempre fuiste una gran persona, ese día te perdonará.

—¿Y si ese día nunca llega? —preguntó con tristeza.

—Llegará... —Le prometí, al menos había cumplido esa promesa.

—Nunca me dejes solo. —Me imploró.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—No lo sé... porque quizás ella tenga razón y yo no sea la persona que crees que soy.

—Eres todo lo que amo—dije y lo besé—. Jamás te dejaré solo. —Prometí.

Y no lo cumplí... lo dejé sólo, le dejé sólo cuando me encerré en mi dolor por la pérdida de Agostino y no le permití compartirla conmigo; lo abandoné cuando me encerré en mí misma y no lo dejé llegar a mi sufrimiento aunque él implorara que lo dejara ayudarme. Lo dejé sólo cuando lo eché de mi casa y regresó a España porque no tenía más nada que hacer en Italia. Lo dejé sólo todo este tiempo... ¿Y ahora pretendía regresar y que olvidara todo el daño que yo le había ocasionado? Era obvio que eso no era posible, era obvio que a pesar de su amor, no podía olvidar todo lo que le hice sufrir.

¿Y Guillermina?... Ella jamás lo había hecho sufrir, era dulce, lo cuidaba, le hacía las comidas que él quería, era cariñosa con él. Ella era su amanecer, su nueva oportunidad. Yo era su atardecer, la historia que necesitaba cerrar.

Miré mi celular en la mesa de noche, pensé en encenderlo pero no quise hacerlo. Empezaría a recibir mensajes y mensajes de Sol preguntándome donde estaba y por qué estaba desaparecida. Conociéndola ya lo habrá llamado, habrá alertado a toda la población de humanos en el mundo y estarían dándome búsqueda por cielo, mar y tierra. Pero no van a localizarme, me anoté en el hotel con el nombre de mi hermana, nadie lo sospechará. Y no saldré de aquí hasta que mi corazón esté vacío, vacío de dolor, de sufrimientos de todos los sentimientos. Solo así podré enfrentar un nuevo día viéndolos juntos, solo así podré ser fuerte para eso.

Seguro también tendría mensajes de Nico queriendo saber dónde estoy y pidiéndome para hablar. Pero yo no quiero hablar, no hay nada de qué hablar, solo aceptar, aceptar cuando se ha perdido, retirarse con dignidad... si algo queda de eso. Después de todo yo misma me traje hasta aquí, yo me merecía todo lo que me estaba pasando... Yo sola lo perdí...

Pensé en Sofía y en lo mucho que le dolerá enterarse de esto. Pero no importa, yo debo salir de esta para ser fuerte para ella. Pronto ella crecerá

más y podrá entender mejor las cosas, los misterios del amor y de las relaciones, y algún día lo entenderá todo. Es probable que cuando eso suceda me odie, me culpe por ser quien apartó a su padre de nosotras, pero bueno, es solo otra cosa para lo que debo prepararme. Pensé en escribirle a ella, pero no quería que sospechara nada, mejor que pensara que todo estaba bien.

El hambre, el dolor de mis ojos hinchados por llorar... estaba cansada... me dormí otra vez...

25. ¿DÓNDE ESTÁS?

Nicolás

Dos días de no saber de Miriana. Estaba en mi casa con Guillermina, hacíamos llamadas, de aquí para allá. Ya no sabíamos dónde más averiguar, incluso habíamos buscado en los hospitales. Nadie sabía nada...

—¿Cómo una persona, y encima una persona famosa, puede desaparecer de esta forma? —cuestioné sentándome en el sofá y ya no pude contener las lágrimas, me estaba desesperando, tenía mucho miedo.

—Nico cálmate —pidió Guillermina—, ella estará en algún lado.

—¿Y si hizo o hace alguna tontería Guillermina? ¿Si vuelve a tomar esas pastillas? —cuestioné cerrando los ojos, de sólo pensarlo se me achicaba el estómago.

—No lo hará, está Sofía de por medio y ella pensará en su hija.

—No estoy seguro —mencioné con tristeza—. Cuando ella entra en ese estado... —me silenció a mí mismo—. Todo es mi culpa —bajé la vista al suelo.

—Nico, no hiciste nada malo. Nos besamos y quizás nos equivocamos en eso, pero nosotros no tenemos nada y Miriana debería pensar en todo lo que vivieron en este tiempo —replicó tratando de consolarme—. Estoy segura que lo reconsiderará y aparecerá por aquí en cualquier momento.

—La conozco —susurré con tristeza—. No lo hará, se cerrará en sí misma ahora y todo lo que habíamos logrado en este tiempo quedará en el pasado. — La tristeza se apoderaba de mí.

—¡Nico! —exclamó Guillermina—. Debes ser fuerte ahora, debes ser

fuerte para ella. —Me animó.

—Estoy cansado de serlo —dije suspirando.

Alguien golpeó a la puerta y Guillermina se levantó para abrir.

—¡Llegaste! —saludó abrazándola, era Sol y ellas llevaban sin verse muchos años. Se abrazaron como si nada hubiera pasado... y es que nada pasó entre ellas, pero por la cercanía de Sol con Miri, ambas se habían distanciado también.

—Guille, ¡que gusto verte! —dijo ella luego de separarse del abrazo—. ¿Saben algo?

—No nada —contestó Guillermina mientras se acercaban a mí—. Hemos recorrido hospitales y hoteles, nadie sabe nada, se borró del mapa. Tampoco ha tomado ningún vuelo de regreso, o eso pensamos según lo que nos dijo un contacto de Nico. Ya hablé con un amigo policía, si saben algo nos avisarán enseguida.

—¡Dios mío Miriana! Juro que voy a estrangularte —masculló Sol para ella misma más que nada—. ¿Nico cómo estás? —preguntó y solo me encogí de hombros.

—Se siente culpable, pero te juro Sol que fue solo un impulso... nosotros no tenemos nada, no sé qué es lo que vio o escuchó, pero sólo fue un momento, ni lo puedo explicar bien —explicó Guillermina avergonzada.

—No te preocupes, no tienes nada que explicarme, Guille. Además yo sé que Nico la ama... Lo que no sé es como ella aun no lo sabe.

Estuvimos allí dando vueltas en círculos alrededor de la sala, prendidos del teléfono y los celulares por si recibíamos alguna noticia. Guillermina cocinó algo para todos pero casi no quise comer. Si algo le pasara yo moriría. Sofía me llamó queriendo hablar con su mamá pero le dije que estaba dormida

y que la llamaría luego. Me preguntó por qué no le respondía los mensajes y le dije que quizás no había revisado su teléfono, me preguntó si pasaba algo y traté de sonar sincero cuando le dije que todo estaba bien.

Las chicas fueron a dormir, o al menos a intentarlo. Guillermina dormiría en la habitación que yo tengo en casa para Sofía y Sol en el cuarto de huéspedes. Ninguna de las dos quería moverse de allí. Davide llamó también diciendo que no había tenido noticias de ella y preguntando si sabíamos algo.

Me fui a mi habitación y me senté en mi cama, tomé una foto suya que tenía en mi mesa de noche y la contemplé, lágrimas caían de mis ojos.

—¿Dónde estás amor? —Le hablé a la foto—. Regresa por favor... ¿Por qué todavía dudas de todo este amor que tengo para ti?... ¿Por qué haces esto? ¿Por qué siempre te rindes, por qué nunca luchas? ... ¿Hasta cuándo Miriana?

Me recosté y puse su foto en mi pecho, lloré por largo rato, mis miedos se mezclaban con mis pensamientos y la cabeza empezaba a dolerme de los nervios y la ansiedad. Estaba cansado, muy cansado. Me quedé dormido.

Los días se sucedieron uno tras otro y nosotros no teníamos noticia alguna de Miriana. Sol, Guillermina y yo estábamos al pendiente de eso todo el día. El miércoles, nos habíamos repartido las tareas, yo me quedé en casa por si alguien llamaba, Sol fue a recorrer hoteles y Guillermina hospitales. Estaba sumergido en mis cavilaciones cuando el teléfono sonó de repente.

—¿Nico? —saludó Carlos, un amigo policía.

—Carlos... —respondí esperando noticias—. ¿Tienes algo?

—Escúchame Nico, no es la mejor noticia que pueda darte, pero se acaba de encontrar un cadáver en el río cerca del puente. Las características coinciden con las de Miriana, pero no tiene identificación alguna y la ropa no se puede identificar. Está siendo trasladado a la morgue y quizás quieras venir

a reconocerlo.

Mi mundo se detuvo en ese mismo instante ante la terrible idea de ir a identificar un cadáver y las posibilidades de que sea del amor de mi vida.

—Iré. —Fue lo único que articulé a decir, no podía moverme, no podía hablar, no podía pensar.

Fueron los momentos más difíciles de mi vida. Ella nunca intentó suicidarse, por más mal que estuviera y por más que haya dicho miles de veces lo mucho que quería morir, jamás lo había intentado. Las pastillas que tomaba no eran más que nada para dormir y ella nunca había abusado de ellas, solo había conseguido una especie de dependencia, porque prefería estar durmiendo que despierta. Pero ¿tirarse de un puente?, eso no es lo que ella elegiría ¿no? Dejarme solo, dejar a Sofía sin madre... No, no podía ser ella, trataba de convencerme a mí mismo.

—Nico ¿dónde estás? —Era Sol que llegaba a decirme que no había novedades en su búsqueda —. ¿Qué te pasa? —preguntó al verme pálido y temblando.

Logré articular algunas palabras y se lo conté, ella también se quedó lívida.

—No es ella, ella no haría eso —dijo Sol tratando de calmarme y de calmarse—. Yo te acompaño.

Llegamos a la morgue y luego de hacerme un sin fin de preguntas que no sabía cómo responder porque no podía hilar dos pensamientos, me hicieron pasar al frío lugar donde debía identificar al cadáver.

—¿Está listo? —me preguntó el forense y yo asentí con la cabeza. ¿Podía uno estar listo para eso? Destapó la bolsa que cubría el rostro de la joven.

Era delgada, tez clara, completamente azulada e hinchada, su pelo negro

lacio le llegaba hasta el hombro más o menos.

Salí corriendo de la sala con muchas ganas de vomitar, entré al baño más cercano que encontré y lo hice... Lloré, lloré mucho, mi corazón se me estaba queriendo salir por la boca también

—¿Estas bien? —me preguntó Sol golpeando la puerta.

26. DEPRESIÓN

Miriana

La verdad no tenía idea que día era, si era de mañana o de noche, si era de tarde o de siesta... Yo lo único que hacía era intentar dormir lo más que podía, cosa que de tanto llorar y cansar a mi cuerpo con los espasmos del llanto, generalmente lo conseguía fácilmente.

Tuve que comer algo, porque mi cuerpo me lo pedía de una forma intensa y arrolladora. Cuando ya no soportaba el hambre pedía algo a servicio de habitación y me lo traían, pero me lo devoraba en segundos, supongo que eso era por que acumulaba hambre por muchas horas, me gustaba sufrir, hacerle sufrir a mi cuerpo, de esa forma lo castigaba, de esa forma me castigaba por ser lo que era, por haber hecho lo que hice, por convertirme en esta porquería en la que me había convertido.

Por momentos pensaba en lo que había sufrido Guillermina años atrás, en lo que había vivido Mateo cuando yo lo dejé por Nico. Ambos habían dicho que los habíamos traicionado. Y entonces finalmente era mi turno de sentir el dolor de la traición... porque eso era, una traición. Cada vez que recordaba ese beso, la impotencia nublabo mi vista y tenía que respirar fuerte y rápido para sacar todo el aire caliente que pujaba para salir de mis pulmones. Mis lágrimas trataban de escapar de mis ojos para aliviar la presión de mi corazón hinchado y sangrante.

Los primeros días lloré, lloré y lloré, pero de repente ya no podía llorar. Ya no había más lágrimas, me había secado completamente. Alguien dijo por ahí que las lágrimas son la sangre del alma, entonces a estas alturas, mi alma estaba completamente desangrada. Ya no quedaban lágrimas para seguir llorando, pero la tristeza no se había ido, creo que se quedó en algún lugar en

el fondo de mi alma, alimentándose de la impotencia para mantenerse con vida, a veces ya ni siquiera la sentía, era como parte de mí. ¿Acaso me había acostumbrado a ella? ¿A la tristeza?

Me sentía como una persona que se encuentra sola en alguna estación de tren a altas horas de la noche, solo que no tenía miedo, ni nervios, ni apuro. Solo estaba ahí, contemplando... un silencio fantasmagórico envolvía mi alma, y no había ningún tren a la vista, todos se habían marchado ya, llevándose recuerdos, preguntas sin respuestas, angustias, más preguntas, dolores, rencores, malas noticias, más preguntas y rabia. El último que había partido me había dejado una maleta llena de realidad y se había llevado la esperanza que me quedaba, se la había llevado toda. No sabía por qué aún seguía allí, quizás por costumbre, quizás porque no conseguía las fuerzas necesarias para levantarme, quizás porque tanto tiempo había estado así, que no sabía cómo sería levantarme y caminar. El silencio me aturdía, la soledad era mi única compañía, ya nos habíamos acostumbrado a estar juntas, la oscuridad abombaba mis sentidos, y no venía... ningún tren venía... trayéndose nada... Y es probable que si alguno llegase, buscara llevarse algo más, algo que ya no me quedaba, algo que ya no tenía... por eso decidí quedarme, por eso decidí esconderme, donde nadie me vea, donde nadie me duela...

Y otro día que se iba... o no sabía si aún se queda, pero yo había decido dormir, dejar de pensar, dejar de sentir. Volver al mundo donde todo es posible, donde nada me duele, donde nada lástima. Cerré mis ojos y me dejé ir. Llegué al paraíso blanco donde era feliz... Mi Angelito caminaba despacio hacia mí, pero estaba triste, no sonreía como siempre.

—¿Qué te pasa? —le pregunté y él señaló el corazón, que en el sueño anterior se puso inmóvil y gris. No hicimos nada, caminé hasta Agostino, lo alcé en brazos, dormía tranquilo.

—Cántame una canción —pidió Angelito, y por horas y horas fue eso lo que hice. El tiempo en ese lugar no pasaba rápido ni lento, no existía, no apuraba, más bien parecía intenso y eterno.

Me desperté porque sentí los rayos del sol del nuevo día calentándome el rostro. ¡Qué ironía!, mi vida estaba fría, y el sol me llamaba desde afuera, quería abrigarme y cobijarme.

Creo que era miércoles, o quizás jueves, no sabía, también podría haber sido viernes. Me levanté y fui al baño a ducharme, ¡basta de esta melancolía! Quizás pueda darme una tregua a mí misma de toda esta agonía. Me puse un jean y una camisa fresca, se notaba el calor afuera. Decidí salir y caminar por los senderos, empaparme de vida, aunque me parecía ajena.

—¿Puedo sacarme una foto contigo? —recordé por qué no quería que nadie me viera, por qué no quería salir.

—Sí, claro —dije fingiendo una sonrisa amena.

Abrazo, sonrisa, y *click*, una nueva foto, un nuevo *fan* feliz. Que lejanos estaban ellos de lo que me pasaba en realidad. Imaginaban mi vida, mis pensamientos, imaginaban lo que hacía o decía, me imaginaban buena, perfecta, feliz y siempre de buen humor. Tan alejados de quien verdaderamente soy. Si lo supieran: ¿quiénes quedarían en mis filas gritando mi nombre y levantando pancartas?

—Gracias —sonrió la joven—. Eres más linda que en las fotos. — Encima tenía graves problemas de visión, sonreí.

—Gracias a ti. —Me alejé.

Caminé un rato, el viento soplaba caliente en mi rostro y yo sentía la vida, sentía la energía del día, pero todo me era ajeno, todo estaba afuera... adentro mío solo había grises, todos los matices del gris y la soledad.

Fui a comprar algo de comer, me retiré de nuevo a mi cuarto y me dispuse a comer. Toda la tarde leyendo, viendo tele, haciendo algo para no pensar. Pero quería dormir, necesitaba hacerlo, volver a estar en el mundo de Agostino, donde recibía paz. El sueño se estaba escapando de mí, es que ya había dormido tanto, tanto, ya mis ojos estaban hinchados y no querían volverse a cerrar. Saqué las pastillas, mis amigas de hace años, las que me ayudaban siempre a olvidar todo lo malo. Sabía que prometí no volver a ellas, pero esto no era una vuelta definitiva, solo un mientras tanto... mientras tanto halle la vida, mientras tanto halle fuerzas. Saqué dos, para que sea rápido, para que sea fuerte... para que despierte en un día quizás...

Un vaso con agua, el sueño se apodera de mí... un sonido lejano suena y no me deja dormirme... el teléfono de la habitación sonaba insistente.

—Hola... —Apenas articulaba palabras mi lengua estaba durmiendo ya.

—Miriana por Dios, ¡eres una inconsciente! —Sol gritaba desde el otro lado de la línea y yo iba quedando realmente inconsciente.

—¿Qué? —pregunté pero no estoy segura que las letras se hayan unido correctamente.

—¿Qué te pasa? —inquirió mi amiga—. ¿Qué hiciste?

—Tengo sueño... —Me quejé de nuevo.

—¡Eres una idiota! —regañó mi amiga gritando—. Estaré ahí en un rato, no vayas a ninguna parte.

—Voy a dormir —dije y corté.

27. ENCONTRARTE

Nicolás

Sol y yo llegamos llorando de la morgue, no podíamos calmarnos, no sabíamos si era la alegría de saber que no era ella o la explosión de la angustia recién vivida pensando que podría ser. Entramos a la casa y Guillermina al vernos de esa manera se asustó mucho.

—No es ella —resoplé entre respiraciones aceleradas—. No es ella — repetí como convenciéndome. Me arrojé en el sofá y empecé a reír—. ¡No es ella!

Sol rio también y se sentó a mi lado abrazándome. Guillermina nos observó y luego sonriendo fue a traernos algo para comer. Pensé en las pobres personas que igual que nosotros esperan la llegada de esa joven que yace muerta en la morgue. ¿Dónde estará Miriana? Guillermina llegó con comida y comimos.

Después de eso fui a dormir, estaba cansado, estaba agotado y agobiado. Cuando desperté era de noche. Fui hasta la cocina para servirme algo de comer, había silencio, las chicas seguro ya dormían. Ambas se habían quedado en casa durante esos días. Volví a acostarme para continuar durmiendo, pero no pude hacerlo.

Su rostro se reflejaba en mis pensamientos, la recordé ensayando escenas de la serie, la recordé caminando junto a mí al altar, la recordé cargando a Sofía por primer vez y llorando de emoción. Tantos momentos felices, tan hermosa sonrisa. ¿Dónde estaría ahora? pensé que la había recuperado, que había recuperado esa parte de ella que hacía tanto tiempo se había perdido... pero solo fue un espejismo, fue una ilusión.

En algún momento quedé dormido de nuevo, y en mis sueños estaba ella, sonriente, alegre, feliz... abrazándome y susurrándome al oído que me amaba. «No me dejes sola, promételo». —Me pedía— «No te dejaré jamás». —Le respondía yo.

Me tomó de la mano y me llevó hasta un lugar oscuro, me miró y se subió por algo que parecían unas barandas. Miré a mí alrededor, estábamos en un puente, ella me sonreía y me saludaba.

—«Ven conmigo». —Me decía y yo caminé hasta ella. Quise atraparla, pero no pude, se lanzó al vacío gritando mi nombre. La desesperación tomó mi cuerpo y grité, lloré su nombre al vacío por el cual había desaparecido. Aparecí en la morgue, ese lugar frío que ya había conocido, levantaban la bolsa y era ella... luego sus facciones se convertían en el rostro de la chica desconocida que había visto más temprano.

—¡Miriana no! —grité sobresaltado

—Tranquilo —dijo Guillermina que había entrado en mi cuarto—. Llevas buen tiempo gritando, es sólo una pesadilla.

—Ya no aguanto más —añadí sollozando.

—Escucha... Sol fue a buscar a Miriana —susurró—. Salió hace como dos horas, no quería que te dijera nada porque no sabe en qué condiciones está y no quiere preocuparte —me senté en la cama confundido.

—¿Cómo? —pregunté sorprendido—. ¿A dónde fue?

—Alguien subió a las redes sociales una foto con ella hoy. Sol la vio y empezó a intentar comunicarse con la persona que subió la foto original. Fue difícil porque tú sabes que las fotos rápido se hacen virales. Pero Sol lo consiguió y le dieron la localización. Llamó al lugar, es un hotel, son cabañas. Le dijeron que no había nadie con ese nombre allí, pero sí con el apellido, se

había ingresado con el nombre de su hermana. Así que ella habló a la habitación y pudo hablar con ella. Pero no sabemos si no va a huir cuando ella llegue. Por favor esperemos.

Me levanté y bajamos al living a esperar las dos horas más largas de mi vida para saber algo de ellas. Sol tenía apagado el celular y no respondía ni llamadas ni mensajes. Supongo que era porque quería hacerlo sola, estaba enfadado por eso, pero a la vez aliviado, al menos sabíamos algo.

Caminaba de un lado al otro, cada vez más impaciente. Mi celular empezó a sonar, la llamada tan esperada.

—Nico, ven a la clínica. Miriana está aquí, la encontré... —Sol sonaba agitada.

—¿Qué le pasó? —pregunté asustado.

—La encontré dormida, no reaccionó cuando intenté despertarla, llamé una ambulancia y la trajeron aquí. Aparentemente se tomó unas pastillas, pero no sé nada más, acabamos de llegar y le están haciendo estudios. Ven lo más rápido que puedas —cortó.

Por un lado estaba tranquilo, la habían localizado al fin, pero lo de las pastillas no me gustó para nada. Le conté rápido a Guillermina mientras me vestía, ella decidió volver a su hotel a pesar que le dije que se quedara o me acompañara. Me dijo que sería mejor que vaya sólo. Asentí y manejé lo más rápido que pude.

Cuando llegué Sol estaba en el pasillo, caminando de un lugar al otro, me vio y me abrazó. Me contó todo lo sucedido y que estaba esperando el parte médico.

—¿Familiares de Miriana Baccaro? —preguntó un doctor saliendo de la habitación.

—¡Nosotros! —gritamos ambos.

—Bueno, la señora está estable, solo está dormida. Le hicimos un chequeo rápido de sangre y no tiene mucha droga en ella. Habrá tomado a lo sumo una dosis un poco superior a la recomendada. Suponemos que lo que quiso es dormir, nada más, y es lo que está haciendo, durmiendo. No creemos necesario hacerle un lavado de estómago ni nada como eso. De todas formas se le harán más estudios y la tendremos en observación hasta que despierte, si todo está en orden le daremos el alta mañana —dijo el doctor y el alma me volvió al cuerpo, Sol y yo nos abrazamos y quedamos allí por un rato.

—Yo iré ahora a cambiarme —informó Sol—. Tú quédate con ella a ver si despierta —sonrió.

—Está bien.

Entré a la habitación, mi hermosa princesa estaba durmiendo, pálida, blanquecina, su sueño era pesado pero se veía tranquila y relajada. Arrimé una silla a su cama y me senté a su lado, tomé su mano en mis manos

—Amor... despierta... ¿Si te doy un beso lo harás? ¿Eres mi bella durmiente? —pregunté en un susurro—. Te necesito a mi lado princesa, necesito que me ames y me permitas amarte, que arreglemos las cosas y olvidemos de una vez el pasado. Yo sólo te amo a ti, solo tengo ojos para ti, despierta... por favor...

No sabría decir cuánto tiempo estuve con ella allí, me quedé dormido a los pies de su cama. Sol llegó después de unas horas e insistió que fuera a casa a bañarme y cambiarme que ella se quedaría allí. Yo no quise hacerlo, pero ella me miró fijo y se puso seria.

—Estamos juntos en esto Nico —habló con seriedad—. No voy a dejarte solo ni un solo segundo, tú la amas y yo la amo, es tu amor y es mi hermana.

Pero debemos estar bien para cuando ella despierte, debemos estar fuertes, porque ella no lo estará y lo sabes, una vez más debemos pasarle la mano e intentar sacarla del pozo, no sabemos cuánto ya se ha metido en él en estos días. Sabes que dormiré unas cuantas horas más, así que vete, anda, come algo, descansa, toma un baño, llénate de fuerzas y vuelve. Haremos turnos, si no, sabes que no lo lograremos, esto recién empieza.

—Eres la mejor amiga del mundo —sonreí—. Miriana es afortunada al tenerte. —La abracé.

—Y de tenerte a ti —añadió ella correspondiendo mi abrazo—, pero no se da cuenta, y yo me encargaré de que lo vea —agregó sonriendo y luego salí de la habitación, no tenía caso seguir discutiendo con ella.

28. DESPERTANDO

Miriana

Desperté, me sentía pesada, los ojos se me pegaban, no los podía abrir, la claridad que entraba por las ventanas lastimaba mis pupilas.

—¡Hasta que despiertas! —exclamó Sol sentada en un sillón al pie de mi cama.

—Sol... —La miré sonriendo aun obnubilada y medio dormida.

—Eres una estúpida, ¿lo sabes? —me regañó con cariño y luego corrió a abrazarme, yo le correspondí el abrazo.

—¿Qué hago aquí? —pregunté.

—Fui a buscarte a la cabaña cuando me enteré que estabas allí, estabas dormida, no reaccionabas. Busqué una ambulancia y te traje aquí, te hicieron estudios para ver si habías intentado... bueno... ya sabes...

—¡Yo no intenté suicidarme! —aclaré frunciendo el ceño—. Sólo tomé dos pastillas para poder dormir y dejar de pensar.

—¿Cómo se te ocurre desaparecerte así? Hoy es jueves, llevamos cuatro días buscándote como locos, recorriendo hospitales, hoteles y hasta...

—No quería hablar ni ver a nadie —la interrumpí—. Es que vi a Nico...

—Sé perfectamente lo que viste. Déjame decirte que eres una cobarde.

—No quiero escuchar lo que tengas que decirme al respecto, ni a ti, ni a Nico, no los quiero escuchar... Vamos —dije intentando levantarme, me puse rápidamente de pie y casi caigo del mareo, supongo que por lo mucho que dormí, Sol se levantó y me sostuvo—. ¿Dónde está mi ropa?

—Miri, ¿tú estás?... Digo... estás manchada —mencionó señalando mi ropa interior. Yo estaba en bata de hospital y ropa interior, así que volteeé a verme y vi la pequeña mancha de sangre.

—¡Oh, rayos! —Me quejé maldiciendo—. ¿Justo ahora me tenía que volver la maldita regla? —exclamé—. Llevo meses sin ella y se le antoja regresarse en este momento —agregué.

—Voy a sacar de tu bolsa algo para que te cambies e iré a la farmacia de la clínica a comprarte toallas higiénicas, pero regrésate a la cama, no vas a ir a ningún lado —dijo ordenándome y ayudándome a meterme de nuevo en la cama.

Caminó hasta mi mochila y sacó una nueva ropa interior y me la mostró.

—¿Ésta? —preguntó y yo asentí, me la pasó y me ayudó a caminar hasta el baño, de camino tomó su cartera y sacó una compresa que traía en ella—. Usa esta mientras voy a comprar más —me dijo y me la pasó, yo me tambaleaba por el mareo.

—Estoy muy mareada —mencioné—. Será porque dormí demasiado.

—¿Necesitaras ayuda? —pregunté cuando entraba al baño.

—No, no te preocupes —dije ya muerta de la vergüenza.

Sol esperó a que saliera del baño y volvió a acompañarme a la cama.

—Regreso enseguida —habló saliendo de la habitación.

Unos segundos más tardes la puerta se abrió, un doctor y una enfermera entraron junto a mí.

—¿Cómo se encuentra Miriana? —preguntó el doctor.

—Bien, sólo estoy mareada y con un poco de dolor de cabeza —dije acomodándome en la almohada.

—La enfermera le hará algunos chequeos de rutina y luego en unos instantes vendrá un encargado de laboratorio a tomarle otra muestra de sangre —explicó el doctor—. Cualquiera cosa soy el Doctor de Guardia y mi nombre es Andrés Moreno.

—Okey, muchas gracias —asentí y el doctor se retiró

La enfermera me tomó la presión, me controló los latidos, me sacó la temperatura y luego con una sonrisa salió despidiéndose. Minutos más tarde llegó el encargado de laboratorio y me tomó una muestra de sangre, me fijé entonces que ya tenía otro pinchazo y pensé en qué fuerte tuve que haber estado durmiendo para no sentirlo.

Me quedé sola en la habitación blanca, imaculada y con olor a lavandina. Pensé en que pronto me tocaría enfrentar a Nico, y no quería hablar con él, no quería escucharlo, no quería nada de él, sólo ignorarlo. Si lo escuchaba, se abrirían mis heridas y empezarían a supurar lágrimas, y yo ya las había controlado.

Como llamando a mi suerte la puerta se abrió y entro él. Hermoso, como siempre, con un jean viejo, una remera blanca con escote «V». Todas mis barreras estaban cayendo por el suelo.

—Miriana, mi amor —habló con desespero corriendo a mi cama y abrazándome, yo permanecí allí inmóvil, inerte, como muerta en vida aunque por dentro quería abrazarlo y acariciar sus cabellos—. Por favor escúchame, perdóname... háblame... lo que viste no es lo que crees... ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te fuiste?... no vuelvas a dejarme sólo Dios mío... ya no aguanto estar lejos de ti...

—Nico, lo nuestro ya no existe —zanjé lo más fríamente posible interrumpiendo su discurso acelerado y desesperado.

—¿Por qué dices eso? —preguntó y me besó, un beso que no respondí—. Miriana, ¿qué sucede? No te vayas de nuevo ahí... no. —Me imploró pero yo ya estaba cerrada.

La puerta se abrió y Sol ingresó a la habitación con cara de susto.

—Nico, ven un rato. —Lo llamó seria.

—No, ahora no, debo hablar con ella —dijo sin mirarla y mirándome intensamente, buscando respuestas en mis ojos.

—Ven Nico, es importante —insistió Sol y Nico se levantó para salir.

29. SORPRESA

Nicolás

El médico estaba parado afuera esperándome cuando salí de la habitación. Aún tenía en mi mente resonando sus palabras: «*Nico, lo nuestro ya no existe*».

—Tenemos una situación un poco delicada aquí —habló el doctor y yo fruncí el ceño volviendo a esa realidad—. En los primeros análisis que le hicimos a la Señora, el HCG nos dio positivo, lo que quiere decir que está embarazada. —Mi mundo se detuvo—. Cuando entraba para hablar con ustedes, me encontré aquí con la señora Sol y se lo pregunté y me dijo que nadie lo sabía, el tema es que por lo que me está contando ella —explicó mirando a Sol—, Miriana tuvo un sangrado hoy, que asumí era su período, pero es probable que tenga que ver con el embarazo. —Todo me estaba cayendo como un balde de agua fría.

»Necesitamos hacerle una ecografía, pero la Señora Sol me dice que Miriana tiene un problema de depresión derivado de la pérdida de un bebé anteriormente, si le hacemos la ecografía y la sangre es de un aborto espontáneo, ella podría volver a tener un episodio. Por tanto, quisiera pedirle a usted, que es su marido, el permiso para llevarla a hacer la ecografía sin decirle lo que está sucediendo hasta que al menos tengamos la certeza. —Yo sólo asentí con la cabeza.

—Yo la voy a acompañar —ofreció Sol viendo el estado en el que me encontraba.

—Prepararemos las cosas y la llevaremos al ala de ginecología para que le hagan la ecografía —explicó el Doctor pasándome unos papeles que firmé

sin leer.

—Nico... sé que es demasiado —murmuró Sol consternada y sólo me abrazó.

Vi como la llevaban en la camilla. Ella no hizo pregunta alguna, solo se dejó ir, supongo que estaba demasiado triste, demasiado desganada como para preguntar, como para luchar. Sol la acompañó, yo sólo me quedé escuchando mis pensamientos, mis miedos, mis fantasmas, confundido, atormentado.

Unos cuarenta minutos después estaban de regreso. Sol entró con ella a la habitación pero después de un rato salió junto a mí.

—Se durmió —me informó.

—¿No preguntó nada?

—No... —respondió Sol—. Está como ida... no me habló nada en todo el camino —frunció el ceño.

—Se quedó así después de verme.

—Creo que sí —afirmó ella—. Está embarazada Nico... —sonrió viéndome a los ojos—. Y las semanas coinciden con las semanas que hacen desde su cumpleaños. —Hizo una pausa—. Van a ser padres de nuevo, ¿te das cuenta? —yo sonreí—. Aun no se pudo ver el embrión en la ecografía ni escuchar el corazón, porque es pequeño, pero está la bolsita y el médico supone que todo está en orden. Se le repetirá el estudio en dos o tres semanas.

—¿Ya lo sabe? —le pregunté.

—No... —negó con la cabeza—. El Doctor no quiso decir nada porque no la vio bien emocionalmente. El sangrado que tuvo es sangre vieja y fue muy pequeño, dijeron que era algo que llaman hematoma coriónico... es como una pequeña hemorragia entre la membrana que rodea al embrión y la pared

uterina... o algo así es lo que entendí. Pero aparentemente es sangre vieja, o sea que no sigue sangrando y todo está en orden —explicó mi amiga sonriendo—. Debe reposar ahora, no la van a dejar salir de acá por unos días para controlar que no haya más sangrado, y luego deberá reposar en casa.

—¿Cómo haremos Sol? —pregunté desesperado—. Ella no quiere saber de mí, no puede irse a Italia así ni yo puedo quedarme con ella allá.

—Se quedará en tu casa Nico, quiera o no —afirmó ella—, y nos turnaremos para cuidarla —sonrió—. No te dejaré solo. —Me abrazó y de repente sentí lágrimas saliendo de mis ojos.

—Voy a ser papá de nuevo y con la mujer que amo. —Sol asintió sin romper el abrazo.

Un día pasó y no conseguí hablar ni una palabra con ella. Simplemente me ignoraba. Sol me dijo que a ella le hablaba de cualquier cosa pero que si intentaba hablarle de mí, se callaba. Ahora ellas estaban juntas en la habitación y yo estaba afuera, tratando de buscar las palabras para que me respondiera, para que me hablara. No pensaba alejarme de ella, no lo iba a hacer porque ahora tenía un hijo mío en su vientre, y no estaba dispuesto a perder a otro hijo.

Sol salió de la habitación y me indicó que pasara, que Miri dormía, y que ella debía volver a casa. Entré en silencio y la contemplé dormir. Se despertó luego de media hora.

—Necesito ir al baño —pidió y yo me acerqué para acompañarla y ayudarla a levantarse—. No sé hasta cuando piensan tenerme aquí —dijo enojada, al fin me hablaba—. Ya me quiero regresar a mi casa, quiero ir a Italia y estar lejos de ti de una vez por todas, volver a mi trabajo... —Se quejó mientras la dejaba en la puerta del baño.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté ignorando sus quejas.

—Sí, ¡necesito que te borres de mi vida! —gritó desde dentro, el enojo empezaba a bullir dentro mío.

Salió de allí y la ayudé a volver a la cama.

—Quiero que le digas al Doctor que me dé el alta y me compres boletos para volver a casa mañana mismo.

—Miriana no te vas a ir a ninguna parte, estarás acá hasta que el médico lo diga y luego irás conmigo a mi casa.

—No haré eso Nicolás Alcázar, no iré contigo a tu maldita casa donde te revuelcas con tu ex novia.

—¡Deja de decir estupideces, yo no tengo nada con Guillermina! —exclamé, mi tono iba subiendo.

—¡Yo te vi, te vi besándola, te vi mirándola con dulzura y con amor! No me lo vas a negar, ¿piensas que soy imbécil?... Oh seguro que eso es lo que piensas por eso me viste la cara de tonta. ¿Que querías? ¿Vengarte de mí? ¿Hacerme sufrir como yo te hice sufrir a ti? ¿Enamorarme para luego dejarme tirada y volver con ella? —Miriana gritaba alterada.

—Estas diciendo estupideces tras estupideces. ¿Dónde está todo lo que hablamos en estos días? ¿Dónde quedaron tus palabras, tus «te amo», «te necesito»? —pregunté enojado y al borde del grito.

—En el mismo lugar donde quedaron los tuyos, ¡en el basurero! —exclamó—. No te voy a dar el gusto de volver a deprimirme, no te voy a dar el gusto de llorar por ti. ¡Eres un imbécil que no vale la pena! —gritó más fuerte aun.

—Hazme el favor de no deprimirte, porque eso es lo único que sabes

hacer, es lo que mejor te sale, esconderte, evadir responsabilidades, auto compadecerte y tratar de generar lástima en todos los que te rodeamos. ¡Estoy harto Miriana!, estoy harto de estar buscando a la persona de la cual me enamoré. ¡Estoy harto de estar esperándote!, de que hagas conmigo lo que quieras, que me tengas cuando me llames y me tires cuando te aburras. ¡Estoy harto de ti! —No era cierto, pero lo dije por el enojo.

—Hasta que al fin admites lo que siempre supe, que sólo haces todo esto para que la gente diga que eres el bueno en esta historia, no porque me amas, tú no me amas, tú no amas a nadie.

—¿Perdón?... Eres tú la que es incapaz de amar... Y no puedo creer que me estés diciendo esas cosas, no después de todo lo que hice por ti, de todo lo que estuve para ti, no después de que te cuidé como a un bebé cuando no eras capaz ni de bañarte por ti misma. —Las discusiones siempre sacan lo peor de las personas y nos estábamos haciendo daño de nuevo.

—¿Para qué lo haces si vas a estar pasando factura al final? ¿Quieres que levante un monumento en tu nombre por haber sido tan buen marido? ¿Para qué estás acá perdiendo tu tiempo conmigo?... ¿Por qué no sales con Guillermina? ¡Vamos anda con ella! ¡Bésala! ¡Amala!, ¡quizás nunca debiste dejarla!

—¿Estás arrepintiéndote de todo lo que vivimos? —pregunté sin poder creerlo, ella hizo silencio.

—Vete Nico, y no vuelvas nunca. Estas equivocado si piensas que voy a ir a tu casa, voy a volver a Italia esta misa noche.

Me levanté enfadado, preso de la ira y caminé hasta su cama, la tomé de las muñecas para que no pueda moverse y la miré a los ojos con furia.

—No vas a ir a ningún lado Miriana, no lo vas a hacer, no lo voy a permitir mientras tengas en tu vientre a un hijo mío. Y no sólo eso, vas a ir a

mi maldita casa como dijiste y yo te voy a cuidar aunque me odies, te voy a cuidar hasta que ese bebé nazca. Porque éste bebé va a nacer y tú no vas a impedirlo —zanjé enfadado.

—¿De qué bebé me estás hablando? —preguntó pálida.

—Del que está creciendo en tu vientre, del que hicimos la mañana siguiente de tu cumpleaños... De nuestro tercer hijo. —Miriana se quedó muda, estática, callada.

30. AMIGAS

Miriana

—¿Que está pasando acá? —preguntó Sol entrando a la habitación—. Los gritos se escuchan a diez cuadras a la redonda.

Yo estaba llorando, por todo lo que había sucedido, por todo lo que Nico me había dicho y por lo que yo le había dicho a él, pero sobre todo por lo último. Nico soltó mis muñecas y salió de la habitación.

—¿Por qué discutieron? —cuestionó Sol.

—¿Estoy embarazada? —pregunté viéndola a los ojos— ¿Por eso la ecografía?

—Sí —afirmó mi amiga acercándose y tomándome de la mano.

—¿Y la sangre? —pregunté.

—No es nada para que te preocupes, nada malo, todo está en orden, pero deberás reposar Miri, reposo absoluto por unas cuantas semanas. Nico y yo te cuidaremos.

—¡No! —grité— ¡No quiero nada de Nico! —exclamé enfadada.

—Bueno, es un poco tarde para eso —contestó mi amiga señalando mi vientre—. Tienes un hijo suyo ahí. —Se encogió de hombros y sonrió.

—Sol, llévame contigo, no me dejes con Nico —imploré.

—Sabes que no puedo hacer eso, no se lo puedo hacer a Nico —dijo ella compungida—. Lo siento, no tienes opción, nadie podrá cuidarte en Italia, así que te quedarás acá conmigo y con Nico, haremos turnos y te cuidaremos, Guillermina también se ofreció a ayudarnos.

—¿No estarás hablando en serio verdad? —le dije con una mirada fulminante. En eso la puerta se abrió y allí entró ella, radiante y hermosa, con su sonrisa perfecta.

—¿Puedo?

—Si te digo que no, es probable que no me hagas caso —respondí y Sol me miró regañándome.

—Quiero hablar contigo —pidió Guillermina acercándose.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero hablar contigo?

—No hables si no quieres, pero me vas a escuchar.

—¿Y si no quiero?

—Primero no tienes opción, no hay donde puedas ir —habló ella autosuficiente—. Y segundo me lo debes —dijo y supe que tenía razón, a pesar de todo, la culpa por lo que le hice era grande.

—Las dejo solas —agregó Sol saliendo de la habitación.

Guillermina permaneció en silencio sólo mirándome.

—¿Qué miras? ¿Vienes a decirme que ganaste?, ¿que después de todos estos años al final te quedas con él? ¿Que la venganza es dulce y que solo estas recuperando lo que te arrebaté? —Ella frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Me habían dicho que estabas mal, pero jamás pensé verte así Miriana —dijo indignada.

—¡Vete entonces si no quieres verme! —grité, Dios mío estaba tan enojada.

—No me voy a ir sin antes hablar contigo —contestó ella y empezó—.

Cuando Nico rompió conmigo, me dijo que estaba enamorado de alguien más, pero que no iba a estar con esa persona, que iba a estar sólo por un buen tiempo. Siempre supe que era mentira y desde el principio supe que eras tú, lo veía mirarte mientras grababas tus escenas, lo veía sonreír al vacío solo cuando pasabas a su lado. Lo supe... lo presentí. Quise negarlo, lloré, traté de odiarlo. Cuando me enteré que estaban juntos, cuando ustedes lo confirmaron un año después, todo lo que pensé había superado volvió a mí con más fuerza, porque confirmé lo que había pensado; que siempre habías sido tú y que estaban juntos desde antes.

»Quise odiarte, lo intenté con todas mis fuerzas, porque eras mi amiga y confiaba en ti, porque habíamos salido los cuatro miles de veces, pero simplemente no pude hacerlo, no pude odiarte, porque sé que eres buena, porque conozco tu esencia... Sé que eres alguien bella por dentro y por fuera, que eres buena amiga, que eres leal y que jamás me hubieras hecho eso si no fuera porque de verdad lo amabas, y yo lo amaba también... y quería que él fuera feliz, y si tú lo hacías feliz, era suficiente para mí.

—¿Qué me quieres decir? ¿Que yo debo aceptar que ahora te ama a ti y ser feliz por ustedes?

—¡Cállate! —ordenó y yo obedecí—. Solía ver fotos de los dos felices por el mundo, vi fotos de Sofía y me sentí bien de saber que eran felices, que todo valió la pena. Yo no te odié jamás Miriana, sólo no me acerqué de nuevo porque me dolía demasiado. —Sus ojos celestes cielo se estaban llenando de lágrimas—. Ahora estoy en pareja, enamorada de Javier, un compañero de trabajo —sonrió—. Quizás nos casemos pronto —agregó con mirada soñadora—. Lo que pasó con Nico no sé por qué fue, si viste que nos besamos, sí, lo hicimos. Yo estaba mal por un problema personal, me puse muy triste.

—Ah y él te consoló —soné irónica.

—Fui a buscarlo, hablamos, me animó. —Ignoró mi comentario—. En un momento sólo se dio, pero no significó nada, ni para él ni para mí, porque él te ama a ti y me lo dijo desde el principio y yo amo a Javier. Fui yo quien lo alentó a que fuera a verte en la presentación de tu disco, fui yo la que le dije que luchara por ti Miriana. No seas estúpida y lo pierdas de nuevo, él me contó todo lo que vivieron y es hora de que sean felices. Debes superar tus pérdidas y tus tristezas.

—¿Qué sabes tú de perder a un hijo? —pregunté a la defensiva—. Seguro tienes un par de hermosos y regordetes rubiecitos corriendo en tu jardín.

—Yo no sé lo que es perder a un hijo porque no puedo tener ninguno. Al menos pudiste sentir sus patadas en tu vientre, al menos pudiste hablarle y sentirte madre, algo que yo jamás podré —dijo seca, serena y con la voz herida. Hice silencio, no me esperaba aquello.

—Lo siento —murmuré sin encontrar más palabras, el enojo contenido desde hace rato se estaba transformando y me daban ganas de llorar.

—Sofía te necesita y ese pequeño que ahora crece en tu vientre también —sonrió Guillermina—. Disfruta de las cosas bellas que te da la vida Miriana, entre ellas el amor de Nico... ¿Qué no te das cuenta que vive y respira por ti? ¿No te das cuenta lo grande que es lo que sienten el uno por el otro? Ya sufriste el dolor de la pérdida, ¿por qué entonces no valoras un poco más lo que tienes? —dijo y se levantó para irse.

—¡Guille! —La detuve y se giró.

—¿Me perdonas? —pregunté—. Por todo, por antes, por ahora... yo... siempre te quise mucho. —Empecé a llorar y ella se acercó a mí y me abrazó—. Lo siento tanto...

—Ya te perdoné hace rato —sonrió—. Pero de todas formas no hay nada que perdonar, el amor es así, no elegimos de quien enamorarnos, y lo de ustedes vale la pena —sonrió—. ¿Amigas?

—Amigas —respondí , nos abrazamos y lloramos juntas.

31. IGNORÁNDOTE

Nicolás

Llevábamos dos días en el Hospital, y ese día tendrían que darle el alta a Miriana. Después de lo que le dije la vez anterior, ya no habíamos hablado; traté de evitar todas las conversaciones con ella, y ella tampoco dijo nada.

Estaba sentado al lado de su cama leyendo un libro. Ella dormía. El médico llegó y me saludó en susurros.

—Nico —dijo pasándome la mano—. Esta tarde le daré el alta, recuerda que debe hacer reposo hasta que podamos hacerle el próximo control que sería a las siete semanas, y desde allí iremos viendo cómo evoluciona.

—Si doctor, no se preocupe, no va a hacer ningún esfuerzo.

—No sé cómo será la vida de ella, pero estaría bueno que disminuya el estrés y las emociones demasiado fuertes. No puede tomar pastillas durante el embarazo y no sería bueno que vuelva a entrar en un cuadro depresivo. Es muy importante que pudiera hacer terapia durante este tiempo, recuerda que en el embarazo las mujeres están más sensibles y con cambios de humor, si a eso le sumamos los problemas de ella, todo podría resultar un poco complicado.

—Si —murmuré pensativo y mirándola dormir—, trataré de que retome la terapia.

El doctor salió y un rato después Sol y Guillermina llegaron a la habitación. Entraron en silencio.

—¿Comiste algo? —preguntó Sol y negué con la cabeza—. Anda a almorzar, yo me quedo con ella —dijo sonriendo.

—No es necesario —comenté pero Sol me miró de esa forma que

significaba que no tenía opciones así que me levanté.

—Te acompaño —ofreció Guillermina y salió conmigo.

Fuimos al restaurante de enfrente de la clínica y ordenamos algo. Yo pedí una hamburguesa y ella pidió pastas.

—¿Sabes que ella está muy arrepentida por todo lo que te dijo? —preguntó Guillermina y yo me encogí de hombros, ellas se habían arreglado y ayer habían hablado mucho—. Le pregunté cómo podía haber dudado de ti, y le dije también que me pareció que todo lo que hizo, lo de irse, lo de no avisar, era muy inmaduro y no se justificaba sólo por ver un beso. También mencioné que parecía la actitud de una nena de la edad de Sofía.

—¿Le dijiste todo eso? —sonreí, Guillermina no era de callarse, le encantaba decir las verdades—. ¿Y qué te dijo?

—Que tenía razón, pero que no pudo controlar sus emociones. Me dijo que cuando nos vio su mundo se le vino abajo, que no podía explicarlo, pero que cuando algo así le pasaba, no importaba en realidad la intensidad de lo que haya visto sino que ella era incapaz de manejar sus emociones...

—¿Te admitió eso?

—Sí —asintió—. Ella está muy consciente de que no quiere volver a entrar en ese círculo, me dijo que ya no quiere vivir así, pero que hay veces que no sabe cómo hacerlo, que es más fuerte que ella. Que su mundo se vuelve oscuro y lleno de miedos, de incertidumbres y que no lo puede manejar.

—Debe volver a la terapia —dije frunciendo el ceño y suspiré—, pero no sé si quiera hacerlo.

—Lo quiere hacer, me lo confirmó —sonrió Guillermina—. Me comentó que lo iba a hacer por ti, porque te merecías que ella sea alguien mejor. —Yo suspiré y luego bajé la vista.

—No quiero volver con ella Guillermina —susurré aceptando lo que había venido pensando en este tiempo después de nuestra discusión.

—¿Qué? —preguntó ella extrañada.

—No quiero volver con ella mientras ella este así... —Guillermina frunció el ceño como no entendiendo—. A ver, yo no la voy a dejar sola, la voy a cuidar, voy a estar allí, yo la amo y tú lo sabes, ella también lo sabe. Pero no puedo volver mientras ella no salga de eso, no puedo estar con ella sabiendo que mañana, apenas algo salga mal, ella volverá a todo eso... Ya no tengo fuerzas para eso, para estar ahí con miedo de que un día amanezca bien y otro no, estar dependiendo de sus estados emocionales. Me hace mal... y no puedo estar mal porque debo ser fuerte para ella y para mi bebé.

—Te entiendo —dijo mi amiga tomándome la mano—, pero háblalo con ella, lo va a entender. Esta más tranquila y quiere hacer las cosas bien. Háblenlo.

—Buscaré el momento... Es que tengo miedo de pelear de nuevo, nos hacemos daño, nos decimos cosas. —Guillermina negó con la cabeza.

—Sí, pero son cosas que no son verdaderas, no las sienten de verdad. Ustedes se aman y lo que deben hacer es tratar de arreglar sus vidas y luego su relación estará arreglada también —sonrió.

—No me cansaré de decirte lo buena persona que eres.

—Miriana quiere que la acompañe en el embarazo. Voy a estar viajando constantemente para aquí, quiero vivir esta experiencia con ella —sonrió entusiasmada y yo sonreí también

—Me alegra tanto que se hayan arreglado, le harás bien, yo lo sé.

Un rato después volvimos a la clínica. Miri y Sol estaban conversando y reían. Me gustó verla reír, distendida.

—¡Guille! —exclamó saludando a su amiga que se acercó a ella y le abrazó.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ella.

—Bien, ya estoy aburrida, quiero ir a casa —dijo haciendo pucheros como una niña chiquita—. Quiero ver a Sofy también, la extraño.

—Esta tarde van a darte el alta —añadí en tono normal—, pero sabes que vas a ir a mi casa. —Sol asintió con la cabeza—. El doctor dice que debes reposar hasta que vuelvas para la siguiente ecografía y ahí veremos qué pasa. —Ella me miró y asintió.

No habíamos hablado desde la discusión, porque yo no daba oportunidad, nunca me quedaba solo con ella si estaba despierta. Pero noté un cambio en su actitud, estaba más tranquila y cooperaba más.

—Nico, ¿has hablado con Sofy? —preguntó.

—Sí, todos los días —respondí.

—Pero, ¿ya sabe algo? —cuestionó de nuevo.

—No, pero una vez que estemos en casa le voy a llamar y le voy a explicar, igual pienso que algo ha de suponer —dije encogiéndome de hombros.

—Bueno, yo voy a volver más tarde. —Se despidió Sol—. Nico ¿me avisas la hora que salen de acá y vengo un poco antes así los ayudo?

—Genial —dije despidiéndola.

—Voy contigo —agregó Guille levantándose y despidiéndose también.

Las dos salieron de la habitación y yo tomé el control del televisor para buscar algo que ver.

—¿Hasta cuándo piensas ignorarme? —preguntó entonces Miriana.

—No te estoy ignorando —respondí sin mirarla.

—Nico... hablemos. —Imploró.

—No hay nada de qué hablar. —Me dolía responderle de esa forma.

—Escúchame entonces. —Me pidió.

La puerta se abrió y Davide apareció con un ramo de flores y unos chocolates.

—¡Hola! —saludó.

—Hola —saludé con un abrazo—. Voy a aprovechar que llegas y me voy un rato a hacer una llamada. —Él asintió y salí de la habitación.

32. QUIERO CAMBIAR

Miriana

Después de mi conversación con Guillermina me sentí mucho mejor, lo pensé mucho y me di cuenta que había sido una tonta. Que me había equivocado de nuevo. Nico estaba enfadado y no conseguía entablar una conversación con él. Más temprano cuando desperté, Sol estaba en la habitación y me contó algunas cosas que no sabía y que me hicieron sentir peor.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

—Sí, ya no estoy mareada, me siento bien, tengo ganas de salir de acá —respondí.

—Me alegra que te sientas bien —sonrió mi amiga.

—¿Por qué Nico me está ignorando?

—Está enojado por las cosas que se dijeron, está angustiado, asustado, está lleno de sentimientos encontrados y emociones que quizás no sepa manejar. La mejor manera y la más fácil de solucionar toda esa presión es enfadándose contigo —dijo y tenía razón—. Tenle paciencia, se le pasará —sonrió mi amiga.

—No debí haber hecho lo que hice, debí quedarme y hablar con él, no esconderme y asustarlos... —comenté con pesar.

—Menos mal que te das cuenta Miriana, fue una estupidez. No sabes lo que vivimos, te buscábamos todos los días en hospitales, hoteles, fuimos al aeropuerto por si hubieras vuelto a Italia. Nico no dormía y apenas comía pensando cualquier cosa. Lo peor fue cuando llamaron a decir que había un cadáver con tus características, alguien que se había tirado de un puente.

—¿Qué? —pregunté incrédula.

—Sí... Nico y yo fuimos a la morgue para identificar el cadáver, él tuvo que entrar, salió de allí corriendo, se sintió mal, vomitó... lloró... volvimos a la casa. Lloramos por horas de sólo pensar que podías haber sido tú y por la angustia que vivimos el tiempo que no sabíamos si lo eras.

—Dios Sol... —Un nudo se me hizo en la garganta, si hubiera sido yo la que tenía que pasar por eso lo hubiera odiado—. Perdón amiga... —Sólo pude decir eso.

—¡Debes dejar de pedir perdón y hacer algo por ti! —Mi amiga se acercó a mi cama y tomó mi mano—. ¡Ya basta Miriana!, ya basta de todo esto. Levántate, muévete, sacúdete y sigue adelante. Estamos aquí, no te dejaremos sola, pero debes poner de tu parte.

—Quiero retomar la terapia —sonreí.

—Me parece genial.

Después ella empezó a contarme algunas travesuras de sus hijos y nos pusimos a reír, justo cuando Nico y Guillermina entraron. Más tarde cuando las chicas se fueron me quedé sola con Nico e intenté hablar pero él no quiso, le pedí que me escuchara pero en eso llegó Davide y Nico se fue...

—¿Qué pasa? —preguntó cuándo Nico salió.

—Está enfadado. —Me encogí de hombros—. Supongo que tiene motivos, pasó muy mal —dije y él asintió con la cabeza.

—Lo sé, pero ya pronto todo estará bien Miri, tranquila, él te ama —sonrió.

—Y yo a él —admití.

Estuvimos hablando un rato hasta que Nico entró con el Doctor. Venía a

darme el alta. Me controló una vez más y me dio indicaciones, reposo y tranquilidad, eran las claves básicamente.

Mientras Nico fue a cerrar toda la parte administrativa, Sol vino a ayudarme a vestir y preparar mis cosas para ir a casa de Nico.

Cuando llegamos, bajé y entré a la casa.

—Te voy a llevar a la habitación —dijo Nico y me cargó en sus brazos para que no subiera las escaleras. Yo lo miré a los ojos y rodeé su cuello con mis brazos poniendo mi cabeza allí y aspirando su aroma

—Sólo te pido que me escuches, por favor... —Le imploré.

—Ya hablaremos —respondió y me sonrió.

Entramos a la habitación y Sol entró atrás trayendo mis pertenencias.

—Vas a quedarte en mi pieza porque es la más cómoda y tiene el baño cerca —explicó Nico—. Yo dormiré en el cuarto de huéspedes —agregó.

—¿En serio? ¿No vas a dormir conmigo? —pregunté indignada y vi como Sol sonreía ante mi comentario mientras ordenaba mis cosas, Nico no contestó.

—Vamos a ponerte algo cómodo —zanjó Sol sacando uno de mis camisolines de mi valija.

—¿No quieres darte un baño? —preguntó Nico y yo asentí.

Caminé hasta el cuarto de baño y cerré la puerta. Me puse bajo la ducha tibia y sentí la paz de estar en casa... Bueno, técnicamente no era mi casa, pero cualquier cosa era mejor que estar en la clínica. Después de un rato salí de allí con el pelo mojado envuelto en una toalla. Sol me esperaba sentada en la cama, me vestí y ella me hizo sentar en una butaca, trajo el secador de pelo para secar mi cabello y peinarlo.

—Todo va a estar bien —comentó sonriendo—. Vas a ver que no aguantará dormir lejos de ti teniéndote tan cerca.

—¿Lo crees? —pregunté dubitativa.

—Sí —asintió y se detuvo pensativa, apagó el secador y me miró—. Igual no hagan nada Miri hasta que el doctor no diga que pueden hacer algo —dijo levantando las cejas.

—¡Sol! —exclamé.

—¿Qué? ¡Es en serio! —ambas reímos. Mi amiga peinó mis cabellos y luego me acosté, ella me cubrió con las mantas y se sentó a mi lado.

—Gracias...

—Te quiero amiga, lo sabes, ¿verdad? —dijo con ternura.

—Yo también —sonreí—, eres la mejor amiga del mundo.

—Estoy feliz de que estés bien. —Me abrazó.

Nico entró a la habitación con una bandeja con comida y me la acercó para que me sirviera. Sol se despidió y se marchó.

—¿Vas a comer conmigo?

—No, no tengo hambre.

—Dale, ven, yo te invito —insistí y él se sentó a mi lado en la cama. Llené mi tenedor con algo de la ensalada y se la acerqué a la boca, él la comió.

Cuando terminamos retiró la bandeja y la dejó sobre una mesa al costado. Volvió a sentarse a mi lado en la cama.

—Te escucho...

—Podría pedirte «perdón» una vez más —dije sonando sincera—, pero

me da vergüenza —admití—. Me da vergüenza pedirte perdón una y otra vez porque eso sólo demuestra mi incapacidad para aprender de mis errores y ser mejor persona. —Hice silencio, él no habló—. Pero sí quiero hacerlo, necesito que me perdones, por haberte hecho pasar los días tan terribles que viviste... por haber... bueno, Sol me contó lo de la morgue y lo que pasaron... por todo eso Nico... Fui muy egoísta, sólo pensé en mí misma y en mi necesidad de no sentir dolor y de esconderme del mundo, no pensé en ti y en lo que ibas a sufrir, ni en los demás.

—Perdonada —dijo fríamente.

—Nunca pensé quitarme la vida... quiero que lo sepas, solo quería olvidar un rato —me encogí de hombros.

—Duele que no confíes en mí, por Dios Miriana sólo fue un beso, y lo que hiciste fue una reacción desmedida a una acción que nada tenía que ver... A mí eso me asusta.

—¿Qué te asusta? —pregunté.

—Que eres una bomba de tiempo, reaccionas exageradamente por cualquier cosa... y yo no puedo estar siempre temiendo a tus reacciones. No puedo tener miedo de hablarte o de hacer algo por el simple hecho de no saber por cual oscuro mundo te va a llevar lo que yo esté haciendo o diciendo. Me sentí culpable, pensé que si te pasaba algo sería mi culpa y no me lo hubiera perdonado nunca, yo no puedo vivir siempre al borde de la culpa. Necesito poder equivocarme también, y que tu reacciones a mis errores de forma natural, en proporción a lo que hice... ya sea enfadándote, gritándome, dejándome de hablar, pero no desapareciendo o tomando pastillas para dormir. Eso no me deja a mi ningún margen de error.

—Tienes razón —asentí compungida—, y por eso quiero que me ayudes a ser mejor persona para ti, para merecer tu amor de nuevo. —Le supliqué.

—Tú tienes que ser mejor persona para ti, no para mí —dijo tomándome de la mano con ternura—. Tienes que ser mejor persona para sentirte bien contigo misma y ser quien quieres ser. El amor no se merece, el amor solo se siente, se recibe o se da, como te dije el otro día...

—Yo te amo —hablé en tono suplicante—, aunque mi amor no sea tan bueno como el tuyo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Porque en esta historia siempre estás dando, siempre eres el paciente, el que no es egoísta, el que me cuida, el que me levanta, yo no hago nada por ti. —Bajé la cabeza con tristeza.

—No hay amor más bueno o más malo. El amor es entregarse, nada más. Yo también te amo y lo sabes —admitió—, pero no quiero que seamos pareja ahora —zanjó y yo no lo entendí.

—¿Quieres estar separado de mí? —pregunté compungida—. Lo entiendo... supongo que tienes motivos...

—¡Eso no quiero! —Levantó la voz—. No quiero que te auto compadezcas, que digas que eres un desastre y que es justo que me aleje de ti y todo eso que te deja en el papel de víctima. Quiero estar separado de ti, pero no porque no te ame, quiero que nos tomemos las cosas con calma y nos demos el tiempo para hacer bien las cosas.

»Vas a vivir momentos difíciles ahora, sabes que es un embarazo de riesgo, que puede volver a suceder lo del problema de la placenta. Vas a tener momentos complicados y momentos en los que todo va a estar bien. Yo también necesito tener mis momentos, necesito poder derrumbarme o poder ser fuerte, necesito ser bueno y ser malo, necesito equivocarme y volver a arreglarlo. Necesito dejar de ser el que debe hacerlo todo bien, el que debe

arreglar los desastres... quiero ser yo mismo, llorar si quiero o quizás reír. No sé si me puedas entender lo que estoy diciendo... Necesito dejar de ser el héroe que te debe rescatar, necesito que te rescates tú misma —dijo con temor y yo asentí.

—Voy a hacerlo para ti, voy a hacerlo por Sofia, voy a hacerlo por el recuerdo de Agostino y voy a hacerlo por este bebé —expliqué tocándome el vientre con cariño.

Nos quedamos en silencio por un rato, tomé su mano y la puse sobre mi vientre, él sonrió.

—La vida nos da otra oportunidad de ser padres. —Por fin veía su sonrisa.

—La vida nos da otra oportunidad de hacer las cosas bien —susurré—. No la voy a estropear, te lo prometo —dije sonriéndole.

—¿Entendiste todo lo que te quise decir? —preguntó—. Yo voy a cuidar de ti, todo lo que necesites, como siempre, lo hago con gusto y con amor, pero quiero que me tengas paciencia, debo estar seguro que vamos por buen camino.

—Nos amamos Nico, eso no cambió —dije con seguridad y mirándolo a los ojos.

—Lo sé... pero una vez dijiste que el amor no era suficiente —añadió con tristeza—. Nunca creí que eso fuera cierto, pero ahora es cuando lo entiendo...

—¿Que entiendes?, no me asustes—supliqué.

—Que puede ser que por más que nos amemos, con las cosas que vivimos nos hayamos convertido en personas tan distintas que ya no somos compatibles, y que por más que yo te ame o que tú me ames, ya no podamos

encontrar ese punto medio para vivir en armonía. En ese caso, yo preferiría alejarme de ti y guardar este sentimiento tan lindo que tengo a vivir contigo y terminar odiándote —admitió con tristeza—. ¿Me explico?

—¿Y todo lo que vivimos en estos días? —pregunté—. ¿Dónde queda eso?

—Eso puede ser real, pero puede ser solo una ilusión, la ilusión producida por el reencuentro, por haber estado separados tanto tiempo, por los recuerdos... por cualquier cosa...

—Lo que yo siento es real —susurré con ansias.

—También lo que yo siento —añadió él—. Pero no sé si sea suficiente.

—Me toca ahora entenderte y aceptarte —asentí mirándolo a los ojos—, ser paciente y esperar a que aclares tus dudas. Déjame demostrarte que quiero cambiar, que quiero arreglar lo que se rompió en mí y que quiero que volvamos a estar juntos. —Le rogué y él sólo sonrió.

—Veremos qué sucede —dijo encogiéndose de hombros, había tristeza en su mirada, impotencia en su alma, sentí que quería rendirse... lo supe.

—No te rindas —rogué.

33. LATIDOS

Nicolás

Hablar con ella me hizo bien, escuchar que por fin parecía estar entendiendo algunas cosas, darse cuenta de otras cosas y pensar con claridad. Me dijo que ella iba a entenderme, aceptarme y ser paciente. Le di un beso en la frente y me dispuse a salir de la habitación para venir a la mía a descansar.

—¿En serio no te puedes quedar a dormir conmigo? —preguntó y yo la miré, era difícil negarme a su rostro, a sus ojos suplicantes, pero no podía hacer esas cosas o sucumbiría de nuevo a estar con ella, y no es que no quisiera estar con ella, sino que quería estar bien con ella, hacer bien las cosas.

—No... Voy a ir a la habitación de al lado, pero cualquier cosa me llamas —sonreí pero ella quedó triste.

Me costó salir de allí, dejarla sabiendo que quería estar conmigo y yo también quería estar con ella..., pero eso no era suficiente, no ahora. Me cambié, me puse algo cómodo y me acosté. Me quedé pensando.

Cuando la conocí era una chica simpática, jovial, siempre sonriente, nada parecía afectarle, ella siempre estaba feliz y ayudando a los demás. Siempre tenía una palabra de aliento para todos y nunca lloraba o se deprimía. Me enamoré de eso, de su forma de ser alegre, de su forma de sortear los problemas y las dificultades de la vida. Había cruzado sola al otro lado del océano con su maleta llena de ilusiones y sueños, y los había cumplido, era decidida, corajuda. Yo la admiraba mucho, siempre me habían dicho que uno no puede amar a alguien que no admira, y yo empecé a conocerla más, a hablar más con ella, empezamos a compartir tiempo juntos y toda esa admiración se

fue convirtiendo en amor. Un amor tan grande que hizo que dejara todo por ella, que abandonara todo para seguirla, a donde quiera que ella vaya, para acompañarla, para cuidarla.

Mi amor era grande, estaba intacto, a pesar del tiempo y de los golpes. A pesar de los embates de la vida, de las dificultades y pérdidas. Yo la seguía amando, como la primera vez, yo seguía sintiendo por ella las mismas mariposas que cuando empezamos a salir. Cuando nos jugamos por lo que sentíamos, muchos nos dijeron que no era amor de verdad, que solo era «enamoramamiento», ese sentimiento que te hace volar alto, que te emociona hasta lo más profundo, que te deja pensando todo el día en la otra persona y te tiene en el limbo compuesto por las letras que forman el nombre de quien amas; muchos creían que cuando aquello pase, íbamos a caer en cuenta del error que cometimos al haber abandonado a las personas que nos amaban de verdad.

Pero esa gente estaba equivocada, yo la amaba, como antes, como siempre, seguía completamente enamorado. Sus caricias y besos lograban en mí lo mismo que hace muchos años. El poder abrazarla, acariciarla, amarla, era para mí algo de lo que nunca podría cansarme.

Pero ahora era el momento de buscarme a mí mismo. No podía seguir siendo su sombra, seguir estando a merced de sus vaivenes. No porque no la amara, sino porque no la estaba ayudando así. No la ayudaba si reaccionaba bien a todo lo que ella hacía, no la ayudaba si le decía que todo iba a estar bien y le daba un abrazo luego de que acababa de hacerme pasar la peor pesadilla de mi vida al pensar que podía haber muerto por mi culpa. Ella debía entender que sus acciones lastimaban a quienes la amamos, a mí, a Sol, a Sofía y a todas las demás personas que estaban siempre al pendiente de ella. Era hora de que tomara las riendas de su vida, iba a ser madre de nuevo, y si

no era capaz de levantarse de sus propias caídas, de sus propios errores, de sus propios conflictos; ¿cómo sería capaz de ayudar a alguien más?

No sabía si hacía lo correcto o no, sabía que sería difícil porque cada vez que me miraba o me pedía que me quede a su lado, todo mi cuerpo y mi alma reaccionaban queriendo correr a sus brazos; y mi cerebro y todo esto sobre lo que estaba pensando, simplemente desaparecían, nada parecía más importante que ella. Pero una vez más me lo recordaba: debía hacerlo, por mí, por ella, por nosotros. Para que mañana siga habiendo un nosotros.

No pensaba dejarla sola ni un segundo durante este embarazo, sabía que sería difícil y allí quería estar para ella. Pero quería que ella también se tomara el tiempo de estar para sí misma, de escucharse, de comprenderse, de aceptarse, de curar sus propias heridas.

La semana de la ecografía llegó. Pedí permiso en la grabación para ir a llevarla y luego debía volver. Estaba con mucho trabajo en esos días.

—Todo está en orden —dijo el doctor y nos mostró lo que era el pequeño embrión, o para mí, el pequeño bebé. Ahora sí ya se lo podía ver, pero no era más grande que un grano de arroz—. Escucharemos sus latidos —explicó y unos minutos más tarde el aparato nos trajo el sonido de la vida de nuestro nuevo hijo.

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Miriana. Suponía que de emoción, de amor y a la vez de miedo y ansiedad. Yo la abracé y sequé sus lágrimas con cariño. Ella me sonrió, no hubo necesidad de palabras, ambos sabíamos perfectamente cómo nos sentíamos.

Vida... cada latido era la señal que nuestro hijo nos estaba dando para decirnos «aquí estoy». *Amor...* un bebé tan amado desde el momento que supimos de su existencia y siendo el fruto a la vez de nuestro reencuentro, de un momento en el que descubrimos que nuestro amor siempre estuvo allí. Él

venía a decirnos eso, que nuestro amor estaba allí, en él ahora (o ella, no lo sabía). *Emoción...* la emoción de un nuevo comienzo. *Ilusión...* de ser padres de nuevo, de cargar nuevamente a un bebé en nuestros brazos y empezar una vez más este camino, juntos. *Ansiedad...* la que te genera un camino que aun ha de caminarsse y cuyas vueltas y dificultades aun no conocemos. *Temor...* ante la posibilidad de la pérdida, una posible nueva pérdida para la cual no estamos preparados.

Ella me tomó de la mano y yo se la apreté con fuerza, besé su frente y ella cerró los ojos ante mi contacto. Quisiera decirle que la amo, quisiera gritárselo en este momento.

—Gracias —susurré con ternura.

—¿Por qué?

—Por darme la oportunidad de ser padre de nuevo —sonreí y ella contestó con una sonrisa.

—Todo marcha en orden —dijo el doctor—, pero será mejor que continuemos con el reposo al menos hasta la semana doce —agregó—. Lo que más adelante será la placenta, parece estar formándose cerca de tus cicatrices de cesáreas anteriores.

—¿Y eso significa que sucederá lo mismo? —Un ligero aumento en su tono de voz me dio la pauta del temor que empezaba a asecharla.

—No... No precisamente, eso puede cambiar en el curso del embarazo... y ni aunque sucediera igual, cada embarazo es distinto, no se precipiten ni se asusten antes de tiempo —comentó el Doctor intentando tranquilizarla, yo ya le había puesto al tanto de toda la situación—. Ahora quiero que reposes hasta la semana doce porque es la etapa más importante para la formación del bebé, tomarás tus vitaminas y tu ácido fólico, descansarás todo lo que puedas y

estarás tranquila. Cuando lleguemos a esa semana repetiremos la ecografía y si todo sigue en orden te daremos algo más de libertad —sonrió el doctor.

Ambos le agradecemos y luego de que Miriana se hubo terminado de vestir salimos de regreso a casa.

—Debemos ir pensando como lo haremos —hablé mientras manejaba.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Ahora te quedarás en casa hasta la semana doce, yo enviaré un pasaje a Sofía para que venga esta semana. Quiero que le contemos lo que está sucediendo, me está volviendo loco con las preguntas y sabe perfectamente que algo está sucediendo. Quiero que lo sepa y que decida que quiere hacer.

—¿A qué te refieres?—Volvió a preguntar.

—Pienso que lo mejor será que te quedes en España Miriana, por más que te levanten el reposo a la semana doce. No quiero que estés sola en Italia.

—Pero allí están mis padres, no estaré sola.

—Quiero que estés aquí, conmigo, con Sol. Quiero cuidarte yo y quiero cuidar a mi hijo, Sol me ayudará. Quédate hasta el final del embarazo, luego cuando nace y ya te puedas manejar sola, entonces si quieres vuelves a Italia.

—¿Y tú? —preguntó con ternura.

—Es temprano para hablar de eso... Por el momento no puedo ir a Italia porque tengo las grabaciones de la novela por unos siete meses más.

—Lo sé —agregó mirando al frente.

—Quizás, bueno, lo que estaba pensando es que Sofía, si quiere, venga a vivir con nosotros este tiempo, que vaya a una escuela por aquí. Un embarazo es largo, y ella tiene que decidirlo antes de que empiecen las clases, si quiere quedarse allá con sus amigos y tus padres o si prefiere quedarse aquí con

nosotros

—Ella preferirá quedarse aquí, lo sabes. —Me confirmó Miriana.

—Sí, pero quiero darle la opción de elegir, no quiero que se sienta presionada a dejar a los amigos y su escuela. Quiero que lo piense. Por eso es que hoy la voy a llamar y le diré que necesitamos que venga para hablar con nosotros. Le enviaré el pasaje a tu mamá.

—Me parece bien —dijo ella y puso música en la radio. Se puso a cantar y a sonreír, yo sonreí con ella y luego también canté. Eso me gustaba.

—¿Crees que será niño o niña? —pregunté.

—No lo sé —sonrió ella—, no tengo ni la más pálida idea. ¿Tú que crees?

—Creo que será niño —sonreí—. Y si así fuera, me gustaría llamarlo Aldo.

—Qué bonito nombre —comentó alegremente—, pero también podría llamarse Bruno o Filippo —dijo frunciendo los labios.

—Bueno, también suenan bonito —acepté—, pero lo pensaremos cuando sepamos si es niño o niña.

—¿Y si es niña? ¿Has pensado en algún nombre?

—Me gusta Abigail —dije muy seguro.

—A mí me gusta Daniella —comentó ella.

—Costará que lleguemos a un acuerdo —sonreí mirándola de reojo.

—Eso sí que no es nuevo —dijo ella y reímos los dos.

34. MIEDOS

Miriana

A pesar de saber que todo podría repetirse, que todo podía salir mal de nuevo. Me sentía feliz, me sentía plena. Mi vientre estaba dando vida, mi sangre estaba alimentando a mi hijo o hija. Siempre pensé que el poder dar vida era uno de los misterios más grandes del universo, esa capacidad que teníamos los seres vivos de poder juntar lo mejor de cada uno en uno de los momentos más intensos del amor y poder formar así un nuevo ser, tan parecido a los que lo hicimos pero a la vez tan distinto, tan único e irrepetible. Ni siquiera los gemelos eran iguales en su esencia.

No pensé volver a embarazarme, primero porque ya estaba un poco mayor para eso y más bien pensé que ya me estaba secando. Segundo porque después de la pérdida de mi bebé no pensé nunca más en tener otro, recuerdo a gente decirme: *«no llores, eres joven y podrás tener otro pronto»*. Era como una ofensa para mí, entiendo que ante el dolor y la pérdida la gente busca palabras que te alienten, que te ayuden, pero son solo palabras, vacías, sin fondo, y que en contraposición a lo que con buenas intenciones desean los que las pronuncian, solo dañan los corazones que han sufrido la pérdida. Te dicen que pronto podrás tener otro como si la llegada de un nuevo bebé cubriera el dolor por la pérdida de ese que se fue, como si uno pudiera reemplazar a un hijo por otro.

Cada hijo es especial, llega en un momento único de la vida y de la pareja, trae consigo un mundo de oportunidades, sueños, ilusiones. Y cuando un hijo se va, no importa si haya nacido o no, no importa si haya vivido un día o veinte años, se lleva todo lo que trajo consigo y deja solo recuerdos y dolor. Hay gente que piensa que llorar a un bebé que no llegó a nacer duele menos

que llorar a un hijo que vivió muchos años, y no entiendo por qué sería eso, si la ilusión y el amor de la maternidad nacen el mismo día en que te enteras que hay un nuevo ser viviendo dentro tuyo, toda vida es valiosa.

Este bebé no era el suplente de Agostino, no iba a venir a llevarse toda la tristeza que yo había vivido, ni mucho menos ocuparía el espacio que en mi corazón pertenecía a Agostino. Este bebé simplemente era una nueva persona, quizás se parezca a Sofía o quizás se parezca a Agostino —cosa que nunca lo sabríamos—, pero para mí significaba esperanza, significaba ilusiones, significaba un nuevo amanecer.

Estaba acostada en la cama viendo algún programa de televisión. Cuando uno está trabajando y lleno de actividades, siempre añora el poder quedarse en casa y tirado en la cama durmiendo hasta tarde. Pero cuando uno está de reposo y no puede salir, ¡cuánto necesita volver a sentirse útil, volver a salir a la calle, volver a sentirse activo! Estaba empezando la semana ocho, lo que significaba que estaba de reposo desde hacía tres semanas, pero lo peor es que me quedaban todavía cuatro más, y eso, con la esperanza que me lo levantasen después de la semana doce.

Lo bueno es que en esa semana venía Sofy, más puntualmente llegaba al día siguiente. Nico y yo teníamos planeado cenar con ella, en casa obviamente porque yo no podía salir, conversar contándole todo lo sucedido. Ella tenía derecho a saberlo, y aunque me daba vergüenza admitir mis falencias delante de ella, era un paso para crecer, para salir adelante. Y últimamente tenía muchas ganas de hacerlo.

Sol había conseguido un especialista para mí, continuaría mi tratamiento a partir de la próxima semana. Eso me tenía ansiosa también. Escuché el sonido de la puerta abrirse. Nico se había ido a grabar hacia media hora y le tocaba a Guillermina venir a cuidarme. Ellos tres se turnaban para velar por mí, nunca

sabría cómo pagar todo lo que están haciendo, sobre todo mis amigas, pero más Guillermina, porque bueno...

Nico les había dado llave a las dos porque yo no podía bajar las escaleras para abrir la puerta, así que si necesitaban entrar o salir, estaban en libertad de hacerlo. Una vez le dije para contratar una enfermera que esté al pendiente, para no molestar a las chicas, pero él no quiso, ni ellas tampoco, se empeñaron en decir que nadie mejor que ellos para cuidarme.

De todas formas Guillermina volverá a México en poco tiempo y quedarían solo Nico y Sol, aunque ella prometió que volvería cada vez que pudiera.

—¿Hola? ¿Estás despierta? —preguntó al pasar a la habitación.

—Sí. ¿Cómo estás Guille? —saludé.

—Bien, traje unas tortitas de crema y alfajores de chocolate. Tú eres la embarazada pero a mí me dan los antojos —dijo ella sonriendo—. Voy a ir a preparar café y vengo para merendar juntas —comentó y salió del cuarto. Un rato después ya estaba de regreso con dos humeantes y gigantes tazas de café—. El tuyo tiene más leche y casi nada de café, no creo que sea bueno que tomes mucho de eso, pero el mío es más café que leche —agregó divertida. Arrimó una pequeña mesita a mi cama y ella se sentó en una silla.

—¿Cómo vas con los últimos días en España? —pregunté.

—Bien, ya prácticamente terminé de hacer todo lo que vine a hacer, ahora es solo diversión, vacaciones y turismo.

—Y yo que estoy estorbándote obligándote a ser mi enfermera en vez de estar paseando y conociendo todos los rincones de España.

—No digas tonterías Miri, pasar tiempo con mi amiga a quien pensaba había perdido hacia tantos años es una de las cosas más hermosas que me

pudo regalar la vida y este viaje.

—Guillermina yo no sé cómo ni cuándo terminaré de agradecerte todo esto que estás haciendo, y más aún que me hayas perdonado. Estoy tan feliz de que volvamos a ser amigas y de que estés compartiendo todo esto conmigo — dije con sinceridad.

—Voy a venir a cada rato Miri, estoy pensando en venir cada tres semanas, quizás la cuarta semana de cada mes, y por supuesto estaré aquí cuando ese sobrinito o sobrinita mía nazca. —Sonrió ella poniendo su mano en mi panza.

—¿No será mucho gasto? Estamos tan lejos —pregunté suspirando.

—Hay cosas que no tienen precio, como reencontrarme contigo y poder vivir esto a tu lado... —sonrió y observó mi abdomen aun plano—. ¿Me cuentas que se siente?

—¿El qué? —cuestioné para asegurarme a que se refería.

—El saber que tienes un ser creciendo dentro de ti —dijo con una sonrisa triste.

—Es hermoso Guille... es milagroso. ¿Crees en los milagros? —pregunté.

—Quizás... —Ella sonrió.

—Deberías esperar tu milagro. Esto es un milagro para mí, pero estoy segura que tú también tendrás el tuyo... Pero, ¿sabes?, no creo que uno sea menos madre por tener un hijo adoptado, creo que eso solo demuestra la calidez de tu alma, tan grande y capaz de abrigar a un niño con el cariño de una madre. Sé que cuando lo tengas en brazos, sabrás todo lo que siento, aunque no lo hayas llevado dentro.

—Gracias por tus palabras Miri —dijo mi amiga con tristeza—. Ojalá

salga todo bien.

—Así será Guille —sonreí—. Debemos creer que todo va a salir bien, que este bebé va a nacer sano y que tú tendrás un bebé en brazos pronto. Que Nico me perdonará todo y volveremos a estar juntos y que tú serás feliz con Javier y te casarás pronto.

—Que tonta eres Miri, pero me encanta tu optimismo —exclamó divertida.

—¿Y por qué soy tonta? —pregunté frunciendo el ceño.

—Porque dices que quieres que Nico te perdone y él no tiene nada que perdonarte, ¿entiendes?, él te ama con locura, y lo único que hace todo el día es pensar en ti.

—Sí, pero no quiere estar conmigo como pareja —expliqué con tristeza—. Él me lo dijo.

—No es así Miriana, trata de entenderlo un poco y ponerte en su lugar. Desde que me encontré con él, lo único que me dijo fue que quería estar contigo de nuevo, estaba feliz porque le habías pedido que no firme el divorcio. Estaba ansioso por hablar contigo de cómo le iban a hacer, si él iba a ir o tu ibas a venir, para vivir juntos de nuevo. Nico solo piensa y habla de ti, él solo quiere estar contigo. Pero fue difícil lo que vivió cuando pensó que te fuiste de nuevo, que te metiste de nuevo en eso de la depresión y demás. Él tenía mucho miedo, a perderte de nuevo, a que todo lo que vivieron en esos días haya sido solo una ilusión, una mentira... A volver a pasar por el dolor que pasó la primera vez que te perdió. Por eso ahora solo quiere cerciorarse de que estas bien, porque piensa que antes de que nada de ustedes pueda prosperar, eres tú la que tiene que prosperar primero, y si tu estas bien, ustedes estarán bien.

—Yo lo sé, lo estoy intentando con todas mis fuerzas, estar feliz, reírme siempre y ser alegre... ¿Pero qué pasa si no es suficiente y me deja de amar?, ¿si se cansa de mí?

—Miri, si no se cansó cuando estuviste en el abismo, ¿por qué va a cansarse ahora? Entiéndelo, él te ama y lo que más quiere es estar contigo y que seas feliz, solo por eso está haciendo todo esto de mantenerse alejado. Y aparte, tampoco es necesario que estés feliz todo el tiempo, él solo quiere que seas una persona normal, con sus altos y sus bajos, con sus colores y sus sombras, pero no que solo seas una sombra, ¿entiendes?

—Si... pero tú dices que él se aleja de mi porque quiere que sea feliz y ¿cómo voy a ser feliz si él está lejos de mí?

—Primero, no está lejos de ti. Están viviendo juntos, te está cuidando como si fueras algo a punto de romperse, te prepara la comida, te acomoda la almohada, te llena de cuidados todo el tiempo, y uno no anda por ahí haciendo eso por cualquiera. Además están mucho más cerca de lo que estuvieron todo el tiempo que estuvieron separados ¿o no? Y segundo él quiere que encuentres la felicidad dentro de ti, no en él, porque eso es una proyección, eso viene después. Si tú eres feliz contigo misma puedes ser feliz con él, pero si no eres feliz contigo misma, si te odias y te auto flagelas, tampoco podrás ser feliz con él, solo alcanzarás momentos felices, pero cuando las cosas salgan mal, otra vez caerás y nada de lo que él haga será suficiente.

—Gracias Guille, ¿cómo sabes todo eso? —pregunté.

—Hablamos mucho él y yo... —comentó ella sonriendo con cariño.

—¿Te puedo preguntar algo? —cuestioné con vergüenza.

—Lo que sea —sonrió ella segura.

—¿Por qué se besaron? —Ella tardó en responder.

—No lo sé Miri, fue así como un *flashback*. Estábamos hablando, yo estaba mal, él me vio mal y pienso que se sintió culpable porque imaginó que así de mal estuve yo cuando él me dejó, cosa que si era cierto, y fue como un momento de debilidad, como para saldar una cuenta, no lo sé... de verdad que no lo sé —dijo tratando de que la creyera, yo guardé silencio un rato, solo pensando, imaginando el momento y ella continuó—. No sentí nada, nada de lo que piensas que pude sentir... sé que es esa tu siguiente pregunta, pero no fue así, solo sentí cariño, ternura —agregó y yo sonreí, ella también sonrió.

—Gracias Guille —asentí guardando en esas palabras un montón de sentimientos y emociones, sé que ella lo supo porque se sentó a mi lado en la cama y me abrazó.

35. ELECCIÓN

Sofía

Cuando llegué papá me esperaba en el aeropuerto. Estaba ansiosa porque sabía que algo estaba pasando pero no me lo habían dicho. Mamá no estaba allí y eso ya me pareció extraño. Fuimos a lo de papá y durante el camino intenté que me dijera algo que aclarara el panorama, pero no lo hizo.

Cuando entramos a la casa me dijo que fuera a dejar mis cosas en la habitación, me lavara las manos y fuera al comedor. Él subió a su habitación mientras yo seguía preguntándome donde estaría mamá.

Estaba ya sentada en la mesa del comedor esperando por ellos pero no bajaban. La mesa estaba linda, preparada con tres lugares, un ramo de flores frescas y de colores cálidos en el medio y los platos y cubiertos ordenados. En el horno podía ver alguna pasta cocinándose.

De repente vi a papá bajar las escaleras con mamá en brazos. Ella se reía y le acariciaba el pelo, eso me dio una señal de que las cosas estaban bien entre ellos y sentí algo de tranquilidad.

Papá sentó a mamá en una de las sillas y yo me levanté para abrazarla.

—Hola princesa, no sabes cómo te he extrañado —dijo mamá.

—Y yo a ti mami. ¿Vas a volver ya?

Mamá no contestó y solo miro a papá. Él fue hasta el horno y sacó de allí la comida, ambos hacían silencio y eso me ponía aún más nerviosa. Trajo la lasaña y la sirvió, era la comida favorita de mamá, sobre todo si la hacía papá. Nos puso una ración en cada plato y luego se sentó.

—Bueno Sofy, te vamos a contar un montón de cosas y esperamos que

reacciones de la manera más madura posible. Si te lo contamos es porque queremos que seas parte de todo esto y creemos que ya tienes edad para entender ciertas cosas —explicó papá con seriedad.

—Yo vine a ver a tu papá para que habláramos de lo nuestro, pero algo pasó... y las cosas no salieron como esperábamos. —Mi mundo empezaba derrumbándose.

—¿Qué pasó? —pregunté ansiosa.

—Tranquila—sonrió mamá—. Algo pasó... yo lo vi, con Guillermina.

—¡Papá! ¡No lo puedo creer! —dije imaginándome lo que se venía y lo miré con reproche.

—¿Te puedes calmar? —habló mamá mirándome con dulzura— Si no nos escuchas no vas a entender nada .

—Es igualita de precipitada a una que conozco —bromeó papá sonriendo con ironía y mamá le dio un leve golpecito en el hombro.

—Bueno, sigue, perdón —bufé intentando calmarme.

—Vi algo, pero no era lo que pensé, lo malinterpreté y casi me volví loca, me sentí mal, me fui, desaparecí unos días, solo quería estar sola.

—¡Oh, no! —Sabía que eso la habría llevado por el camino de la depresión y la tristeza.

—Bueno, pero papá y Sol me encontraron y me llevaron a una clínica para hacer unos estudios.

—¿Por qué a una clínica? —le pregunté temiendo la respuesta.

—Eso no importa —zanjó papá pero mamá le hizo una seña para que se detuviera y continuó ella.

—Porque cuando Sol me encontró yo dormía y no reaccionaba, es que había tomado un par de pastillas.

—Mamá... —susurré con tristeza y negando con la cabeza.

—No te preocupes —sonrió ella—. No volverá a pasar —afirmó y yo le sonreí apesadumbrada.

—En la clínica, descubrieron que tu mamá está embarazada —mencionó papá llevándome a un completo estado de shock. Nadie habló por unos minutos, creo que esperaban que lo hiciera yo, pero no sabía que pensar ni que decir.

—¿Y tú eres el papá? —pregunté porque fue todo lo que se me ocurrió.

—¡Obvio Sofia! —exclamó mamá y entonces emití un suspiro profundo. Me recosté por la silla, mis padres no pudieron evitar reír a carcajadas.

—Pero eso es una buena noticia ¿o no? —pregunté.

—Sí, claro que si —afirmó papá tomando la mano de mamá—. Pero implica muchas cosas.

—¿Cómo qué? —Quise saber.

—Tu mamá debe reposar, debe ser cuidada y atendida para evitar problemas, ya que es un embarazo de riesgo.

—¿Por qué es un embarazo de riesgo? —Pregunté y papá y mamá me explicaron el tema de la placenta y esas cosas que yo algo entendí porque lo había estudiado en clases—. ¿Y qué vamos a hacer?

—Mamá se va a quedar acá hasta que nazca el bebé —comentó papá—. Yo la quiero cuidar y no quiero que les pase nada.

—Pero nosotros queremos que tu decidas si quieres quedarte en Italia con tus amigos, tu abuela y hacer la escuela ahí, o si quieres venir este año acá a

hacer la escuela y quedarte con nosotros. —Yo hice silencio un rato, dejar a mis amigas, a Dante, la escuela, por todo un año.

—¿Puedo ir de vez en cuando o los fines de semana? —pregunté.

—Claro —afirmó papá.

—Entonces me quedo acá —sonreí.

—¿Segura? —preguntó mamá que sabía de mi relación de «amigos especiales» con Dante y todo eso.

—Sí mamá —afirmé sonriente—. Quiero cuidarte a ti y a mi hermanito o hermanita.

—Está bien. Entonces vamos a ir a ver la escuela donde están los hijos de Sol mañana para inscribirte —dijo y asentí.

—¿Y ustedes dos...? —pregunté.

—No estamos juntos ahora.

—¡Pero estás embarazada, mamá! —exclamé exigiendo mi explicación.

—Lo sé... pero debemos arreglar algunas cosas antes de volver a estar juntos —explicó mi mamá y yo fruncí el ceño.

—Pero no estamos mal —agregó papá sonriendo—, sólo queremos hacer bien las cosas, por ustedes.

—Bueno, no los entiendo nada, son muy complicados los dos. —Me encogí de hombros—. Pero en todo caso esto es lo más cercano a lo que llevo años soñando, así que lo acepto—sonreí.

Me levanté de nuevo a abrazar a mamá y seguimos conversando largo rato más. Luego papá la cargó de nuevo y la llevó a su habitación. Yo fui con ella y nos quedamos hablando hasta la madrugada de Dante y de mis cosas,

papá fue a dormir porque tenía que grabar al día siguiente.

—¿Cómo va todo con Dante? —preguntó mamá.

—Bien, súper bien. Me gusta mucho pasar tiempo con él.

—¿Te estuviste portando bien? —Me miró sonriendo con picardía.

—Más bien que tú, eso seguro —contesté con la misma sonrisa.

—¡Sofía! —exclamó mamá pero las dos terminamos riendo.

—¿Entonces, ese es tu regalo de cumpleaños? —pregunté.

—¿El qué? —me preguntó ella

—¡El bebé! —exclamé, mi mamá empezó a hacerme cosquillas y empezamos a reír como dos niñas. Luego la abracé y quedé dormida en sus brazos.

36. UNA TREGUA

Nicolás

Estábamos en la semana doce, era un día especial porque íbamos a ver de nuevo a nuestro bebé. Miriana estaba entusiasmada y muy feliz porque no había problemas con el embarazo. Sofia volvió a Italia a preparar sus cosas y pasar sus últimas semanas de vacaciones con sus amigos para luego regresar y quedarse con nosotros en casa.

—Señora Baccaro —llamó la secretaria y nos hicieron pasar. La enfermera preparó a Miriana y luego el Doctor vino para dar inicio a la ecografía.

Enseguida pudimos ver la figura de nuestro pequeño o pequeña. Estaba ya todo formado, era una pequeña personita con bracitos, manitos, piecitos; nadando y manoteando como pececito en el interior de su mami. Me emocioné, me emocioné mucho.

Miriana también estaba emocionada y ansiosa a la vez. La tomé de la mano y contemplé su rostro mientras ella miraba esa pantalla. Era tan hermosa, sus ojos brillaban con alegría y las lágrimas de emoción peleaban por no salir. Habíamos tenido unas semanas tranquilas. Ella no había insistido más en que durmiera con ella ni me hablaba de nuestra relación, solo era dulce, estaba alegre y de buen humor.

Cuando yo llegaba de grabar iba a mi pieza, me daba un baño, me ponía algo cómodo e iba a su habitación. Me quedaba allí con ella y veíamos televisión o escuchábamos música. A veces solo conversábamos de lo que ella había hablado con Guille o Sol más temprano, o de mi día laboral. También solíamos conversar de Sofia y las cosas que ella nos decía por mensajes o

llamadas. Siempre había algo de qué hablar. Nos gustaba imaginar cómo sería el bebé, a quien se parecería más, cuál sería su color de pelo o de ojos.

A veces me acostaba con ella en la cama, ella recostaba su cabeza en mi pecho y nos quedábamos así por horas, solo sintiéndonos y amándonos en silencio. Nadie decía nada ni hablaba de amor.

Guillermina se había ido hacia un par de días. Vino a casa a despedirse de Miri y luego la llevé al aeropuerto. Prometió venir pronto y esperaba noticias de la ecografía.

—Todo está perfecto —dijo el doctor. Nos dio las imágenes, y fuimos a llevarle los resultados a la gineco-obstetra.

Ya habíamos elegido una, era mujer, porque a Miriana le resultaba más cómodo. Ella en Italia tenía una doctora de confianza con la que había tenido a Sofia y con quien había pasado lo de Agostino, pero no conocía a nadie en España y viendo que se iba a quedar, pedí a mis amigas y compañeras de trabajo algunas opciones que fuimos eligiendo juntos, visitamos a algunas y nos quedamos con la que nos daba más confianza.

—Vamos a levantar el reposo absoluto y vas a tener un reposo relativo —explicó la doctora.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó ella.

—Que puedes llevar una vida normal, pero no hagas mucho esfuerzo, ni levantes cosas pesadas, ni estés mucho tiempo parada, cosas así, siempre relajadita —sonrió—. Y cualquier cosa ya saben, sólo me llaman.

Esa era una de las cosas que me gustaba y me daba tranquilidad con esa doctora, que siempre nos decía que podíamos llamarla a cualquier hora o por cualquier motivo o duda.

Salimos de allí contentos y Miriana me pidió ir a comer algo a algún

restaurante. Llevaba demasiados días sin salir y tenía ganas de hacerlo, de salir a ver el mundo.

Sonreí y le llevé a un lugar muy bonito en pleno centro. Comimos algo y luego caminamos un par de cuadras. Ella abría los brazos y dejaba que el viento le soplara en la cara, decía que estaba feliz de estar viva y poder salir a la calle a caminar. Luego quiso volver porque se hacía tarde y tampoco quería caminar demasiado el primer día, aún tenía un poco de miedo.

Llegamos a casa riendo por algo que habíamos leído en internet.

—¿Quieres que te cargue hasta la habitación o vas a subir las escaleras?
—pregunté.

—Quiero que me cargues —sonrió y entonces la cargué en mis brazos, ella enredó sus dedos entre mis cabellos y yo sentí esa electricidad que siempre sentía cuando lo hacía, recostó su cabeza en mi cuello y me dio allí un beso—. Cuando me cargas puedo hacer esto y no te puedes quejar —dijo sonriendo, tampoco era como si quisiera quejarme.

La bajé suavemente en la cama pero ella no sacó sus brazos de alrededor de mi cuello, así que no pude levantarme, ella sólo sonrió mientras me miraba fijamente a los ojos, yo me quedé allí perdido en ellos sin saber si en realidad quería o no moverme.

—No quiero presionarte, ni apurarte —dijo susurrando—, pero quiero que me beses —hizo silencio—. Pero si no quieres hacerl...

Callé sus palabras juntando mis labios con los suyos, ella sonrió en el beso y yo también lo hice. Nos dejamos de besar pero dejamos nuestros labios unidos mientras respirábamos el aire del otro. Los ojos estaban cerrados y sus brazos se cerraban atrás de mi cuello. Me acosté a su lado en la cama para poder estar más cómodo. Ella bajó sus besos por mi cuello tiernamente y dejó

allí su rostro, escondido entre mi cabeza y mi cuello. Yo acaricié su cabeza y solté la coleta que llevaba para poder meter mis dedos entre sus cabellos.

Ella hacía sonidos como de ronroneo y se acercaba mucho a mí.

—¿Qué haces? —le pregunté sonriendo.

—Me lleno de ti, de tu olor, de tu sabor, de tu piel —murmuró mientras seguía enroscándose por mí. Subió su pierna y su brazo por sobre mi cuerpo en un abrazo mientras seguía como ronroneando, yo solo sonreí y puse mi mano derecha en su pierna.

Nos quedamos en silencio y así, abrazados... Yo no sé lo que ella pensaba pero yo pensaba que eso era todo lo que estaba bien en la vida, que era así como quería vivir para siempre e incluso terminar mis días en esa misma posición, aferrado a ella y ella aferrada a mí.

Su respiración se fue haciendo lenta y acompasada y supe que se había quedado dormida. Sonreí y seguí acariciando su cabeza y su espalda.

37. LO SÉ

Miriana

Estaba allí perdida en el aroma y la textura de su piel, sintiendo como todo en mi cuerpo reaccionaba a sus caricias e intentando que mis hormonas se mantuvieran en su lugar. Cuando una está embarazada es más sensible a olores y sabores, y también a veces las hormonas enloquecen más de la cuenta. El sólo estar allí en sus brazos, colocando mi pierna y mi brazo sobre él, como queriendo aprisionarlo para mí, sólo para mí, y sintiendo su respiración en mi rostro, sus manos en mi pelo, su corazón en mi oído y ese algo más que podía sentir justo abajo de donde había colocado mi pierna; me estaba empezando a trasportar a ese mundo un poco más apasionado.

De todas formas no iba a hacer nada porque no le pregunté a mi doctora si podíamos. No sabía si el «reposo relativo» incluía o excluía las actividades de pareja. No se lo pregunté porque no estábamos en ese plan, bueno, tampoco pensaba hacerlo porque sé que él me iba a detener, ya que su idea no era ir precisamente por allí, aunque todo en su cuerpo me decía lo contrario. Sonreí ante mis lujuriosos pensamientos y cerré mis ojos tratando de dormir en sus brazos.

Estaba cansada así que lo hice enseguida y pronto estuve en la blancura de mi sueño preferido. Hacía días que no soñaba con Angelito y Agostino. Cuando llegué, Angelito estaba jugando con una niña, habría tenido un año o algo así. Él la tomó de la mano cuando me vio y vino junto a mí a abrazarme, la niña apenas caminaba.

—Hola Angelito —saludé abrazándole—. ¿Quién es tu amiguita?

—Pacita —dijo Angelito mirando a la niña. Ella tenía los cabellos rubios

y llenos de risos y los ojos verdes muy claros. Era realmente hermosa.

—¿Es un angelito como tú? —Quise saber pero él negó con la cabeza.

—Ella tiene que volver —dijo el niño y luego me llevó de la mano para que nos sentemos bajo el árbol.

Angelito tomó entonces unas piedras y las puso en fila, una al lado de la otra, todas eran grises pero a medida que las iba tocando iban cambiando de colores, quedaban rojas, luego verdes, luego azules. Cuando todas las piedras quedaron teñidas me las pasó, levantándose y con gestos me pidió que las lanzáramos. La niña había quedado sentada bajo el árbol mientras Angelito y yo lanzábamos piedras de colores al vacío blanquecino del paisaje.

A medida las piedras tocaban el cielo el arcoíris comenzó a pintarse y el corazón inerte y gris apareció a un lado como siempre. Al otro lado los algodones blancos empezaron a brillar y pude ver unas pequeñas manitas manoteando en el aire.

Fuimos hasta allí y cargué a mi bebé en brazos.

—Hola pequeño —dije besándole en la frente y él sonrió—, mamá ya te extrañaba.

Nos quedamos allí un largo rato en silencio, yo contemplando las facciones de mi bebé, su rostro, su pelo, sus ojos, solo para recordarlo cuando despierte.

—Cántanos —pidió Angelito y comencé a hacerlo. Ambos, como en otros sueños anteriores, quedaron dormidos en mis brazos y mi regazo. Miré bajo el árbol donde habíamos dejado a la niña rubia pero ya no estaba allí.

—¡Despierta Miriana, despierta! —alguien llamaba, abrí mis ojos y vi a Nico a mi lado tratando de despertarme.

—Hola —saludé adormilada.

—Hola —sonrió—. Es domingo, casi el medio día, pensaba que querías salir a dar una vuelta. El día esta hermoso —agregó.

—¿Dormiste toda la noche conmigo? —pregunté y él asintió con su cabeza pero no dijo nada al respecto

—¿Vamos? —preguntó y yo sonreí.

—Vamos, me doy un baño y me preparo.

—Te espero en la sala —dijo saliendo del cuarto.

Subimos a su auto y fuimos a un supermercado. Nico me dijo que lo esperara en el auto y bajó a comprar algunas cosas. Luego me llevó a una especie de parque o plaza donde había muchos árboles, plantas y bastante sombra. Nos sentamos bajo uno de ellos y él sacó todo lo que había comprado e hicimos una especie de picnic. Me serví un poco de todo, estaba hambrienta en realidad. Estuvimos comiendo en silencio hasta que una mujer embarazada pasó frente a nosotros con una niña de la mano.

—Pronto mi barriga será así de inmensa —sonreí—. Recuerdo lo cansadoras que se ponen las últimas semanas —suspiré.

—Yo recuerdo lo hermosa que te ves con esa panza —dijo sonriendo.

—¿De veras lo crees?, porque yo me siento como un barril que apenas se puede mover cuando estoy así.

—Un hermoso barril —sonrió de nuevo con esa sonrisa que solo enloquecía mis sentidos.

—No me sonrías así —dije mirando a otro lado.

—¿Por qué?

—Porque enciendes todos mis sentidos.

—Eso es bueno —habló él divertido.

—No es bueno, primero porque no sé si la doctora me dé permiso de portarme mal contigo y segundo porque en el caso que me dé el permiso, no sé si tú lo quieras hacer —sonreí—. Y a mí las hormonas se me alborotan. —Nico rio a carcajadas.

—Si es una cuestión de hormonas, y la doctora te da permiso, podemos hacer algo por ti —dijo volviendo a sonreír de esa forma—. Ya sabes que a las embarazadas hay que complacerlas en todo —comentó sugerente.

—Ah, para eso si estás listo ¿eh? —bromeé divertida—. Lo pensaré de todas formas porque es justo a causa de eso que estoy en este estado.

—Pero es mejor así, ahora ya no hay problemas porque ya no necesitas cuidarte.

—¡Que simpático! —exclamé dándole un golpe en el hombro.

—Igual no creo que te arrepientas de lo que pasó esa vez y las siguientes, ¿o sí?

—¿Arrepentirme? Más bien lo quiero repetir. —Pasé mi dedo índice por su brazo dejando una estela de estremecimiento a mi paso—. ¡Oh! que sensibilidad —sonreí por el efecto causado.

—Todo lo que consigues en mí...

—Y tú en mí. —Me acerqué a él.

Nico cruzó sus brazos alrededor de mi hombro y yo recosté mi cabeza por él, «Te amo» pensé para mí...

—Lo sé —respondió el cómo escuchando mis pensamientos. Yo sonreí y después de un rato respondí—. Yo también lo sé...

38. TEMORES

Nicolás

En ese silencio de ese abrazo supe que ella pensaba que me amaba, así que la miré y respondí: «lo sé»... Ella sonrió y cuando vi su sonrisa pensé: «yo también te amo», y ella respondió en voz alta: «Yo también lo sé».

Había momentos como éste en los cuales estaba seguro que nuestro amor era lo más grande de este mundo, capaz de sortear cualquier situación. Pero todavía era temprano para hablar de esas cosas. Estábamos bien así, aunque andábamos hablando mucho, diciéndonos cosas de segunda y haciéndonos mimos y caricias.

Habían pasado un par de semanas y yo debía ir mañana a recoger a Guillermina al aeropuerto. También al fin de esta semana, Sofy estaría volando para venir a quedarse con nosotros. Estábamos en la sala viendo una película cuando el celular de Miri sonó.

—¿Hola? —saludó ella—. Entiendo, no te preocupes —dijo después de un rato—. ¿Pero me cuentas luego? —volvió a decir—. ¡Claro! ¡Cuando quieras! —respondió—. Te quiero también, espero nos veamos pronto —cortó.

—¿Quién era? —le pregunté.

—Guillermina, dice que no podrá venir esta semana —se encogió de hombros—, quizás en un par de semanas venga, porque le surgió algo.

—Ahh..., bueno está bien, pobre, no es fácil estar yendo y viniendo.

—Sí... —añadió ella pensativa—. Pero ya vendrá cuando pueda —sonrió después.

Estuvimos un rato más viendo algunos programas y luego sentí que quería decirme algo.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—No quiero que pienses que estoy loca.

—No lo pienso, lo sé —bromeé sonriendo.

—Bueno, si no me tomas en serio no te lo cuento —dijo fingiendo enojo.

—Vale, cuéntame —sonreí.

—Bien, esos sueños... extraños que tengo... se repiten bastante seguido.

—¿Sí? —pregunté recordando la vez que yo también lo soñé.

—Sí... y estaba pensando que quizás significan algo —dijo dubitativa.

—¿Algo como qué?

—No lo sé aun, pero... estoy segura que deben significar algo. Pienso que quizás Agostino me da fuerzas en esos sueños, para salir adelante. No lo sé... puedo verlo allí, puedo alzarle, todo lo que nunca pude —habló pensativa.

—Puede ser —sonreí con dulzura, sé que creer eso le hacía bien.

—Pero hace unos días apareció una niña en mis sueños, una pequeña de algo más de un año...

—¿Sí?

—Sí... era hermosa, rubia con muchos risos y sus ojos eran claros, muy verdes —explicó mientras recordaba el sueño.

—¿Te habló? —pregunté.

—No. Angelito, el niño, me dijo que ella no era un ángel y que debía volver.

—¿A dónde? —cuestioné sin entender.

—No lo sé, fue todo lo que dijo... y estaba pensando que quizás...

—Vayamos a tener una niña —sonreí sabiendo por donde iban sus pensamientos y ella asintió con la cabeza—. Eso sería muy bonito, una princesa más para mi colección —añadí mientras la tomaba de la mano.

—Sí... —asintió ella poniéndose pensativa de nuevo.

—¿Qué piensas?

—Tengo miedo Nico —dijo en un susurro.

—¿De qué?

—De que mi peor pesadilla se vuelva a repetir, no creo ser lo suficientemente fuerte para soportarlo. —Cerró los ojos como conteniendo lágrimas que querían escaparse de su rostro. Me acerqué a ella y la abracé.

—Todo va a estar bien Miriana. —Traté de sonar sincero aunque yo también tenía mucho miedo, miedo a que todo salga mal, miedo a tener que volver a revivir el dolor de una perdida, miedo a no tener las fuerzas necesarias para estar de nuevo para ella si la situación lo requería, miedo al mismo miedo.

Nos quedamos en silencio, abrazados. El miedo es algo tan inmanejable, algo en que a veces prefiero no pensar, porque si se piensa en ello, te apabulla por completo, el miedo genera más miedo y luego, cuando se empieza a hacer incontrolable, uno pierde el sentido de la realidad.

—¿Y si no es así? —preguntó.

—No pensemos en eso —respondí tomando su rostro en mis manos—. Pensemos que estará en tus brazos en un tiempo, que la o lo conoceremos, que veremos su sonrisa, sus ojitos; que viviremos todo lo hermoso que vivimos

con Sofía de nuevo. —Traté de espantar al miedo de mi cabeza mientras yo mismo intentaba convencerme de mis propias palabras, una lágrima lenta y pesada cayó de uno de los ojos de mi princesa y se lo sequé con un beso—. Yo estaré aquí —dije y ella volvió a abrazarme.

—Voy a ir a dormir un rato Nico, el embarazo me da sueño y lo sabes —sonrió.

—Está bien —agregué separándonos del abrazo y la vi subir a la habitación.

El timbre sonó y fui a abrir la puerta.

—¿Qué tal? —saludó Sol

—Bien, pasa.

—¿Y Miri?

—Fue a dormir un rato —sonreí—. ¿Quieres tomar algo?

—Sí —asintió ella—, algo fresco estaría bien. —Se sentó en la sala y yo fui a traer algo para beber—. ¿Cómo anda todo? quería llevar a Miri a dar una vuelta. ¿Llega Guille mañana? —preguntó.

—Déjala dormir media hora y luego la despertamos para que salgan. No, no viene, dice que le surgió algo, no sé qué —añadí encogiéndome de hombros.

—Ah, qué pena —dijo Sol—. ¿Qué te pasa? —preguntó observándome.

—Nada, estábamos hablando con Miri, y tiene mucho miedo...

—Pero si está todo bien —dijo ella.

—Lo sé..., pero es un sentimiento que no puede evitar, y para serte sincero yo tampoco, solo que no se lo digo a ella. Cada situación, cada estudio nuevo,

ecografías, cosas así, todo nos hace recordar la última vez que vivimos todo eso..., y a veces los pensamientos negativos solo llegan.

—Debes ser fuerte —agregó mi amiga.

—Ya no quiero ser fuerte, estoy cansado de serlo, y tampoco sé si podre ser fuerte si algo malo sucede.

—Tranquilo, Nico. Nada malo va a suceder —sonrió Sol con ternura.

—Gracias...

—Nico... —llamó observándome a los ojos—. ¿Vas a volver con Miri? —preguntó.

—No lo sé...

—Ella me dijo que andabas más cariñoso últimamente y se está entusiasmando —añadió sin dejar de mirarme, buscaba la respuesta en mi mirada.

—Sí... no lo puedo evitar —admití sonriendo—. Cuando estoy cerca de ella es como que todo simplemente está bien.

—¿Y entonces? —preguntó con ternura.

—¿Y entonces qué?

—Por qué no hablan de lo que sienten, no solo de su amor, de sus miedos, de todo lo que vivieron y aprendieron. Vean las cosas que necesitan cambiar y traten de que funcione.

—No es tan sencillo...

—Sí, lo es —sonrió ella—. Ustedes lo hacen complicado.

—No... —traté de explicarme—. Prefiero esperar a que nazca el bebé —dije y Sol negó con la cabeza—. El embarazo es un periodo de muchos

cambios de todo tipo pero también emocionales, un día estas bien y otro no, un día estas alegre y al otro triste... y tú lo sabes. —La miré—. No me parece el mejor momento para hablar con ella de todo esto y presionarla a hacer o sentir algo que a lo mejor ni ella misma está entendiendo. También pienso que no sería bueno que lo arreglemos y luego si todo sale mal, volvamos a lo mismo, de verdad Sol que ya no quiero eso. —Me encogí de hombros.

—Mira, yo no estoy de acuerdo, te entiendo, pero no estoy de acuerdo. Porque sé que la amas y sé que te ama, y son marido y mujer. Están esperando otro bebé, un bebé que yo creo va a ayudarles a curar muchas heridas, a mirar para adelante de nuevo... Yo creo que deben estar juntos cuanto antes... —sonrió mi amiga.

—Sol... —Nos interrumpió Miriana bajando las escaleras.

—Miri —dijo ella levantándose—, quédate allí, voy junto a ti. —Me miró y me guiñó un ojo—. Piénsalo.

Quizás tenía razón, o quizás no, pero tampoco podía tomar decisiones si ni yo mismo sabía lo que quería. O sea, sí que sabía que la amaba, pero no sabía si quería estar con ella... ¿Debía sentirme culpable por eso? Es que estaba cansado de verdad, sentía que ya no tenía ganas de luchar ni siquiera por amor. No quería perderla, ni a ella ni a mi familia. No quería vivir lejos de ese bebé, quería verlo crecer, compartir sus primeros pasos y sus primeras palabras como lo hice con Sofía. Pero en ese momento me sentía entumecido, esa es la palabra que mejor se ajustaba... como dormido, como apagado, sin fuerzas... sin ganas. ¿O quizás la estaba dejando de amar?... No, no creía que eso fuera posible... solo que... bueno... no lo sabía...

39. FELICIDAD

Miriana

Para la semana dieciséis iban a realizarme otra ecografía, quizás allí pudieran ya decirme el sexo del bebé. Estaba entusiasmada con que sería una niña, porque pensaba que la niña a la que vi en mi último sueño era mi hija por nacer, estaba segura de eso. Ese día Nico iría a buscar a Sofy al aeropuerto, yo estaba emocionada, ella ya venía para quedarse. Sabía que iba a ser un poco difícil para ella adecuarse a tantos cambios, aunque el idioma no era problema, hacer nuevos amigos podía resultar complicado a esa edad, aunque lo que más le costaría era alejarse de sus mejores amigas y de Dante.

Yo lo viví, sabía lo que era dejar en otro país a tus seres queridos, pero ella tenía la suerte de poder viajar a menudo. Se estaba haciendo grande y cada vez más independiente. Estaba pensando que solo un tiempo después de que naciera el bebé ella estaría de cumpleaños, y quizás le gustaría una fiesta donde pudiera invitar a toda su clase, hacía mucho que no festejaba su cumpleaños.

Guillermina todavía no pudo venir, y tampoco había podido hablar mucho con ella. Me dijo por mensaje que cuando me viera me lo contaría. Estaba pensando en que ella fuera la madrina del bebé, sabía que lo iba a querer y teniendo en cuenta lo mucho que anhelaba tener un hijo, quizás sería una buena opción.

Sol estaba haciéndome compañía ese día. Estábamos las dos sentadas en el jardín escuchando música y tomando algo.

—¿Entonces piensas que la niña que viste en tus sueños es tu hija? — preguntó cuando terminé de contarle mi sueño.

—Sí, eso creo —sonreí.

—Yo cuando estaba embarazada también soñé con mi bebé, lo recuerdo —dijo ella sonriendo.

—¿Cómo están los niños? Nico inscribió a Sofy en la escuela donde van tus hijos.

—Sí, es para que ella no se sienta tan sola, pero igual no serán compañeros de clase.

—Sí, eso lo sé... pero al menos conocerá a alguien —asentí sonriendo.

—¿Como lo está tomando ella?

—Normal, hasta ahora no dijo nada, ella eligió venirse aquí, quiere estar con nosotros.

—Sí, su sueño es que se vuelvan a juntar —dijo Sol y yo solo suspiré—. ¿Y ese suspiro? —preguntó.

—Siento a Nico cada vez más lejos. —Admití con pesar.

—Pero si el otro día me dijiste que estaban bien, que era cariñoso y todo eso.

—Sí, lo sé... pero no sé si eso no es peor —agregué.

—No te entiendo —dijo mi amiga mirándome y esperando explicaciones.

—Él no quiere estar conmigo, no quiere avanzar, profundizar. Hablamos, me abraza, lo abrazo, estamos allí, pero no pasa más, él no quiere hablar del tema y si intento conversar cambia de tema o se va a buscar algo, siempre tiene una excusa, y creo que al final solo está haciéndolo por pena.

—Ah no. No empecemos con eso que estamos tan bien —habló Sol haciendo gestos exagerados—. Él no lo hace por pena, él te cuida porque te

quiere y quiere lo mejor para ti y tu hijo.

—Lo sé...

—¿Y qué tal con la terapia? —preguntó.

—Bien, supongo, aún es pronto. Hablar de todo eso de nuevo me hace un poco mal —admití.

—Sí... puede ser, pero lo superarás. Volviendo al tema de Nico —dijo mi amiga mirando a todos lados por si él estaba por ahí—. ¿Por qué no haces algo tú?, digo para llamar su atención.

—¿Algo como qué? —pregunté—. Me dijiste que lo esperara, que le tuviera paciencia.

—Eso no quiere decir que no puedas arriesgarte un poco y tentarlo —mencionó mi amiga sonriendo—. Ya sabes tenemos nuestras armas y a él le va a costar mucho negarse —sonrió.

—¿Y qué propones que haga?

—¿Miriana? ¿Te tengo que hacer un dibujo o un cuadro sinóptico? —comentó gesticulando en exceso— No sé qué exactamente, solo que busques el momento y lo tientes, cosa que no se pueda alejar, o bien que se debata entre acercarse más o alejarse, lo haces varias veces, aunque al principio se haga el difícil... Ya irá cediendo.

—Mmm suena interesante, solo no quiero que se enfade, me rechace o algo.

—¡No seas tonta! —exclamó mi amiga sonriendo—. Él se derrite con que le toques la uña del dedo meñique. —Las dos nos reímos a carcajadas.

Estuvimos allí conversando un rato más hasta que después de un tiempo Nico y Sofy llegaron a la casa. Ella traía unas maletas gigantes con todas sus

pertenencias y las dejó en la sala para correr hasta mí a abrazarme.

—¡Mamá! —dijo y me abrazó—. Hola, te extrañé.

Yo también la abracé y mientras le daba un beso en la frente pensaba en que ahora si tendríamos mucho tiempo para pasarla juntas. Sonreí. Esa tarde la pasamos genial, los hijos de Sol y también Benja llegaron más tarde y tuvimos una reunión de amigos. Mientras los chicos jugaban juegos de mesa y corrían por los pasillos de la casa, nosotros cuatro nos sentamos a conversar y a reírnos como en los viejos tiempos.

Todo estaba saliendo bien y me sentía feliz, esa felicidad que hace tanto no experimentaba, esa que llena de calor tu corazón y de ganas de volver a sonreír, de seguir experimentando la vida. Me sentía plena, rodeada de amor. Todo con mi disco estaba saliendo genial también, por más que yo no estaba muy inmiscuida en el tema, luego del lanzamiento había tenido mucho éxito. La siguiente semana debía dar una conferencia de prensa para hablar sobre el lapso de tiempo que me tomaría y hacer público el embarazo, mis *fans* iban a enloquecer.

—¿Qué vas a decir? —preguntó Nico una vez que todos se fueron y nosotros nos quedamos solos en la sala.

—Que estoy embarazada y debo reposar hasta que nazca el bebé, y que luego de eso, cuando sea el tiempo prudente voy a retomar con todo y arrancaré con la gira.

—El bebé será pequeño aun —dijo Nico pensativo.

—Nico, también hice una gira cuando Sofy era pequeña, no quiero abandonar mi carrera.

—Lo sé, no te pido que lo hagas, pero cuando eso yo viajé contigo y me encargaba de Sofy —dijo él y en eso Sofy llegó junto a nosotros.

—Voy a dormir, un beso, los quiero —se despidió dándonos un beso a cada uno.

—Buenas noches, linda —me despedí y Nico también lo hizo.

—También yo debo dormir —mencionó él levantándose—. Mañana debo grabar temprano.

Ambos nos levantamos y subimos las escaleras para ir a descansar. Yo entré a mi habitación, me di un baño y me puse un pijama. Estaba por acostarme cuando recordé lo que dijo Sol así que fui a la habitación de Nico y golpeé.

—Pasa —dijo él y yo abrí la puerta, él estaba acostado.

—Hola...

—¿Qué pasó? —preguntó sentándose en la cama.

—Estaba pensando... —añadí mientras me sentaba a su lado—, que podrías ir conmigo a la gira, así cuidas del bebé —sonreí—. Ya estarás libre de grabaciones para esa fecha.

—Puede ser —dijo volviéndose a acostar—. Pero ya veremos... —continuó.

—Nico... no me quiero más separar de ti —supliqué mirándolo con ternura y él me sonrió—. Por favor ya no seas tan duro.

—¿Duro? —preguntó mirándome y frunciendo el ceño.

—Sí... —asentí mientras me acostaba y me ponía de lado para verlo mejor—. Deja de esconderte de lo que sientes y de evadir todo esto, es ridículo, ya somos grandes, estamos casados... quiero que lo intentemos Nico. —Él no contestó.

Yo me acerqué a él pegando mi cuerpo al suyo. Pasé mi mano por su

rostro acariciando sus facciones, toqué con suavidad sus cejas y luego bajé mis caricias por su mejilla y sus labios, rozándolos con mi dedo índice. El cerró los ojos, bajé mis caricias por su cuello y luego fui hacia sus hombros acariciándolos, volví a su torso y lo acaricie con suavidad. Podía sentir su piel estremecerse al paso de mi mano.

—No vas a decirme que no sientes nada cuando te acaricio así —susurré al oído—, o cuando te doy besos... —añadí besándole la mejilla, la oreja, el cuello.

Nico se giró poniéndose de lado y me miró fijamente a los ojos. Yo detuve las caricias y lo miré también, por un momento pensé que me iba a regañar o a decir algo porque lo estaba tentando, pero su mirada se fue convirtiendo en una mirada dulce y una media sonrisa fue formándose en sus labios.

Yo también sonreí, mientras me acercaba más a él, ya podía sentir su respiración y el cerró los ojos. Acerqué mis labios a los suyos y comencé a besarlo, él me respondió el beso y yo lo abracé con mis brazos y mis piernas.

Luego de un rato nos separamos, el abrió su brazo para que yo recostara mi cabeza en su pecho y así lo hice. Besó mi frente y se quedó un largo rato en silencio.

—Duerme aquí esta noche —susurró y volvió a besarme la frente.

—Quiero dormir aquí todas las noches —dije tocando su pecho y dándole un beso allí.

Nos quedamos en silencio sintiendo la química que nos rodeaba, ese halo de misterio lleno de amor y pasión que nos envolvía, respirando ese aire caliente que se mezclaba con nuestros propios aromas. Cerré mis ojos, sonreí y me quedé dormida en paz.

—¡Hola! —Angelito corría hacia mí de nuevo.

—Hola pequeño —saludé.

—¿Quieres jugar? —preguntó.

—¿A qué?

—Se me ocurría que podíamos hacer un juego que me contaron que te gustaba de niña —dijo y yo fruncí el ceño sin entender—. Pero para eso tuve que invitar a alguien —dijo señalando el árbol en cuyas raíces solíamos sentarnos.

Atrás del tronco vi la figura de una persona de edad adulta, unos cincuenta años, su pelo oscuro con algunas canas, su nariz larga y afilada, esos inconfundibles ojos verdes, los mismos que yo había heredado. Me resultaba familiar, se acercó a mí y pude reconocerlo por completo. Corrí hacia él como cuando tenía ocho años.

—¡Nonno! —lo saludé.

—¡La mia piccola nipotina! —sonrió el abrazándome con fuerza.

—¿Sabes cuánto te extrañé? —dije sonriendo, pero luego mi expresión se volvió triste—. Yo no sabía que te había pasado Nonno, mamá me dijo que te habían venido a buscar para ir al cielo, pero yo no lo entendía. Me enojé tanto contigo porque te fuiste cuando yo no estaba, me sentí mal por haber estado en la escuela cuando te vinieron a buscar. Rompí la muñeca que me habías regalado, y cuando pasaron los días, me sentí más mal por haberla roto ya que era todo lo que tenía de ti... Perdóname, Nonno...

—Tienes mis ojos también —dijo mi abuelo secando mis lágrimas—. Puedes recordarme cuando te miras al espejo —sonrió.

—¡Te extraño Nonno! Si tan solo conocieras a Sofy —suspiré.

—La conozco, es inteligente, hermosa y terca como tú —comentó él y yo fruncí el ceño sin entender—. El mundo está lleno de misterios —sonrió.

—¿Podemos jugar? —dijo Angelito atrayendo nuestra atención—. El Nonno Piero dice que cuando eras chica te gustaba jugar a saltar a la cuerda —mencionó Angelito mostrándome una cuerda de un dorado muy brillante.

—¡Sí! —exclamé—. Me gustaba que el Nonno tomara uno de los extremos y siempre obligábamos a la Nonna a dejar lo que estaba haciendo para tomar el otro extremo.

—¡Yo salto primero! —gritó Angelito entusiasmado y el Nonno y yo nos repartimos los extremos de la cuerda.

Allí estuvimos largo rato, turnándonos para saltar. Incluso el Nonno saltó, cosa que cuando yo era pequeña él no podía hacer, porque mamá me decía que se iba a cansar y le iba a doler su corazón. Él estaba enfermo del corazón.

Luego nos tiramos en el immaculado suelo blanco y nos pusimos a reír. En ese momento el arcoíris volvió a pintarse en el cielo y luego el corazón inerte y gris apareció a un lado. Me levanté anticipando la llegada de mi bebé y corrí hasta allí seguida de Angelito y el Nonno Piero.

Lo cargué en mis brazos y lo contemplé durmiendo. Me senté en el suelo y Angelito se recostó en mi regazo cerrando sus ojos también en busca del sueño.

—¿Eres feliz? —me preguntó el Nonno.

—Ahora lo soy —respondí.

—¿Y cuándo despiertes?

—Lo soy, a veces —sonreí con tristeza—. Pero no lo he sido por mucho tiempo —admití.

—El objetivo de la vida es ser feliz —dijo mi abuelo—. Nacemos, crecemos, vivimos en búsqueda de la felicidad, la buscamos en la familia, la buscamos en los amigos, la buscamos en las cosas materiales, la buscamos en los momentos o experiencias vividas..., pasamos la vida buscando en donde pensamos que podemos encontrarla. Pero lo que nunca pensamos es que la podemos fabricar nosotros, que es una decisión personal el «ser feliz» —continuó mi abuelo—. La felicidad no está en las demás personas, no está en esa persona a quien amas, ni siquiera está en tus hijos, no está en las cosas que te suceden o en lo que tienes o dejas de tener. La felicidad está en ti misma y en que estés viva para sentirla.

—Pero hay momentos que no son felices en la vida abuelo —contesté—. No todo es felicidad, hay problemas, momentos difíciles, pérdidas, dolores. —Me encogí de hombros.

—Lo sé... pero esos momentos no deberían sacarte la felicidad de estar viva, por más que cuesten. La felicidad es como un fuego, que debe calentar tu corazón y a partir de allí mover tu vida hacia las personas que amas. Cada vez que pasa algo bueno o alguien te pone feliz, esa llama se aviva, se enciende más y más, sientes ese gozo interno, ese placer, esa alegría única. Y cuando alguien te hace daño o sufres alguna pérdida o engaño, esa llama se achica hasta parece desaparecer, pero debes saber que nunca lo hace, solo queda allí en ese estado, a la espera de un poco de viento que la avive de nuevo. Tienes la capacidad de ser feliz si así lo quieres —dijo mi abuelo mirándome con ternura a los ojos.

—Gracias por tus palabras Nonno, las tendré en cuenta —sonreí y nos quedamos en silencio por un rato—. ¿Esto es el cielo Nonno? —pregunté.

—No —observó él—. Esto es lo que hay en ti.

—Pero acá no hay nada. Todo es blanco y monótono, sino fuera por

Angelito y Agostino, esto sería un lugar triste. —Me encogí de hombros.

—Exacto —afirmó mi abuelo—, deberías hacerlo un poco más alegre.

—¿Te volveré a ver? —pregunté.

—Más adelante quizás.

—¿Eres feliz Nonno? ¿Vives en el cielo? ¿Está Dios allí? —pregunté, parecía esa niña de diez años que solía llenarlo de preguntas.

—Sí, soy feliz, ahora la llama ya no se apaga, no hay cosas tristes —sonrió él—. Podría decirse que vivo en el cielo, eso es algo de lo que no puedo hablar mucho. —Me acarició la cabeza—. Dios está allí, y también en la tierra, y en todas partes —sonrió—. Está en tu corazón y es esa llama de la que te hablé. Ahora debo volver y quiero que cuando despiertes, llames a tu mamá y le digas que: *«aunque parezca que no lo logrará, aun no es el momento y no se debe preocupar»*.

Yo no entendí, pero cuando quise preguntarle él ya no estaba.

Me levanté sobresaltada.

—Nonno, ¿dónde te fuiste? ¡No te vayas! —grité.

—¿Qué pasa? —preguntó Nico despertando a mi lado, la claridad ingresaba por la ventana, había amanecido ya.

—Nada... fue un sueño, soñé con mi abuelo —respondí encogiéndome de hombros.

—¿Y fue lindo el sueño? —Quiso saber Nico que sabía cuánto amaba a mi abuelo y lo mal que me hacía sentir que no pude despedirme de él cuando era chica.

—Sí... le dije que me sentí mal por no despedirme. —Nico sonrió.

—Hoy era su cumpleaños. —Recordó y ahí caí en cuenta de la fecha.

—¡Tienes razón! —exclamé y me dejé caer en la almohada derramando algunas lágrimas.

—¿Estas triste? —preguntó Nico.

—No. Estoy feliz —sonreí—. Debo llamar a mamá, tengo un encargo para ella. —Tomé el celular de Nico y marqué el número de mamá.

—Mamá... tengo que decirte algo. —Sonaba eufórica y luego de los saludos le conté que en mi sueño el abuelo quería que le dijera eso, mamá no entendió nada.

—¿Vamos a desayunar? —me preguntó Nico una vez que corté la llamada.

—Vamos.

40. VOLVIENDO A TI

Nicolás

Desde aquella vez que vino a acostarse en mi cama y dormimos de nuevo juntos, dejé de pensar un poco en todo aquello que revoloteaba en mi cabeza siempre. En si era o no el momento de volver con ella, aunque yo nunca dejé de estar con ella, me refiero a ser pareja de nuevo. De si era o no lo correcto. Ella me había hablado de las cosas que le había dicho su abuelo en sueños acerca de la felicidad. Y yo me quedé pensando en eso.

¿Por qué no intentar ser felices? ¿Por qué ponerle trabas a la felicidad? Yo tenía todo para ser feliz, tenía todo lo que por mucho tiempo había anhelado. Mi esposa, la mujer que amaba estaba a mi lado y sintiéndose mucho mejor de lo que se había sentido en años; y mi hija estaba también viviendo con nosotros, estábamos esperando un nuevo bebé. Tenía a mi familia completa y reunida. ¿Por qué no disfrutarla? ¿Por qué no ser felices? ¿De qué sirve cuestionarme todo lo que estaba sucediendo o no, pensando en el futuro y en lo que podría ser o no?, eso aún no era, aun no sucedía... Entonces, ¿por qué no ser feliz ahora?

Decidí serlo, ella dijo que eso era como una decisión, y decidí intentarlo. Estaba feliz en realidad, rodeado de ellos, mi familia. Sofía empezó el colegio y pronto hizo nuevos amigos, aún seguía hablando todo los días con sus amigos italianos, sobre todo con ese tal Dante. Empezaba a creer que pasaba algo entre ellos porque cada vez que le llegaba un mensaje de él, a Sofía se le pintaba una sonrisa estúpida en la cara y no entendía nada de lo que le estaba diciendo, era como que la atención se le fuera a otro lado del universo, o mejor dicho a Italia.

Miriana iba a la terapia dos veces por semana y se sentía bien, lo sabía porque se le notaba. La panza ya se empezaba a notar y se veía terriblemente hermosa. Estaba tranquila, relajada, se dedicaba a arreglar las plantas del jardín y a hacer postres para Sofy y para mí, porque cocinar no le gustaba, pero las cosas dulces sí. También se sentaba a componer canciones o simplemente a cantarlas. Estaba siempre sonriendo y muchas veces la vi acariciándose la panza y hablándole al bebé.

En la ecografía de la semana dieciséis nos dijeron que todo estaba en orden, seguía baja la placenta pero siempre nos decían que eso podía revertirse. Nos dieron las medidas del bebé y por más que intentamos saber el sexo no se pudo, él o la bebé estaba en una posición en la que no se dejó ver. De todas formas el doctor dijo que pensaba que era una niña.

Una niña, mi mundo se teñiría de rosa una vez más, las florecitas y maripositas inundarían la casa. Una vez más tropezaría con muñecas por la sala y cuando fuera un poco mayor, seguro me tendría que dejar maquillar y pintar las uñas, y por qué no, hacerme una que otra coleta en el pelo. Sonreí con los recuerdos de Sofy jugando conmigo al salón de bellezas y su madre sacándome fotos divertidas, que por suerte nunca subió a las redes sociales. Otra princesa para mi colección.

A la semana veinticuatro deberíamos volver para una ecografía nueva. Era la semana en que en el embarazo de Agostino nos habían dicho que podía ser complicado. Miriana seguro iba a estar muy nerviosa. Las chicas siempre estaban por casa, bueno en realidad Sol. Guillermina al fin logró viajar cuando Miri estaba en la semana diecinueve, y sucedió algo hermoso para ambas.

Ella había llegado del aeropuerto y se había instalado en casa. Miriana y yo dormíamos juntos ahora —en mi habitación—, así que Guillermina tomaría

la de huéspedes. Estábamos sentados merendando y viendo el atardecer en el jardín.

Guillermina y Miri reían y hablaban de lo que más les gusta hablar a las chicas, de los demás. Guillermina le contaba a Miri noticias sobre Tammy y Davide, se habían re encontrado hacia un par de semanas en México cuando Davide fue de vacaciones a recordar viejos tiempos.

—¡Y vaya que los recordó! —dijo Guillermina sonriendo—. Se fueron de paseo el fin de semana y de ahí volvieron de lo más abrazados y encaramelados.

Ellos habían tenido algo en la juventud, pero luego, cuando Davide volvió a Italia la cosa se enfrió, no sabemos bien que pasó porque él nunca quiso contarnos. El caso es que habían decidido intentarlo de nuevo y nadie lo podía creer. Ambos habían quedado solteros, como esperándose, nosotros sabíamos que Davide nunca la había olvidado y Guillermina, que mantenía mucho contacto con Tammy, nos contó que a ella le sucedía lo mismo. Así que fue solo verse y Cupido hizo el resto. Miriana y yo estábamos felices con la noticia.

Luego de eso yo me puse a jugar al ajedrez con Sofy pero seguí escuchando la conversación de las chicas.

—Hay algo que debo contarte —expresó Guillermina mirando seria a Miriana.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Creo que hay una niña —mencionó Guillermina—. Estamos tramitando la adopción —sonrió.

—¿En serio? ¿Ya la viste? ¿Qué edad tiene? —preguntó Miri muy entusiasmada.

—Sí, ya la vi —dijo Guillermina sonriendo—. Es tan hermosa que parece un ángel —sonrió—, no es tan pequeña como la otra que íbamos a adoptar, pero es pequeña aun.

—¿Y qué falta? —preguntó Miri.

—En un par de semana sabremos si sale o no, es una situación un poco complicada porque ella ha pasado por algunas circunstancias poco felices.

—¿Qué pasó? —le preguntó Miri.

—Aun no te lo puedo contar... Pero, ¿te acuerdas cuando me preguntaste si creía en los milagros y que sabías que habría uno para mí?

—Sí —contestó ella.

—Bien, si todo sale bien, en dos semanas estará en mis brazos, es un milagro, un verdadero milagro y yo te lo contaré apenas suceda —dijo Guillermina emocionada, Miri la abrazó y yo solo esperaba que se le cumpla eso que tanto la ilusionaba.

—Estoy feliz por ti —afirmó Miri y Guillermina bajó su mano a la panza de ella.

—Esta panza está creciendo rápido —sonrió y en eso ambas pegaron un grito.

—¡Se movió! —gritó Miri y las lágrimas empezaron a brotar.

—¡Lo sentí! —exclamó Guillermina y también lloraba, yo me levanté y puse mi mano en la panza de Miri, también lo pude sentir. Los tres nos abrazamos y luego vino Sofy a abrazarnos también.

Todo estaba resultando genial.

Esa noche fui el último en ir a dormir, ya la casa estaba en silencio

cuando yo terminé de ver una película y me dirigí a la habitación.

—Pensé que dormías —susurré al verla leyendo un libro.

—No tenía sueño —dijo sonriendo y señalándome la cama para que me acostara a su lado—. Además te estaba esperando...

Yo me acosté a su lado y ella se recostó en mi pecho como siempre, dejando su libro a un lado en la mesa de noche junto con sus gafas de lectura.

—Ojalá todo salga bien con la bebé de Guille —exclamó ansiosa—, la necesita tanto...

—Ojalá que si —sonreí—. Serán muy felices.

—Estaba pensando que podríamos elegirla para ser la madrina del bebé —dijo Miri pensativa tocándose la panza—. Sé que lo amaré muchísimo y me está acompañando tanto.

—Me parece genial.

Nos quedamos un rato en silencio y ella empezó a hacerme caricias en el pecho. Yo me giré para mirarla y acaricié su mejilla con el dorso de mi mano.

—Soy tan feliz —expresó Miri sin dejar de mirarme.

—Espero que lo sigas siendo —le sonreí.

—Ya no quiero alejarme de ti, ni hablar del pasado, ni recordar cosas tristes... Solo quiero mirar al futuro y ver qué haremos de aquí en más, quiero hacerte feliz todos los días de mi vida... cumplir lo que prometí cuando nos casamos.

Yo acaricié su rostro, sus ojos, sus cejas, sus labios.

—Me haces feliz tan solo con existir, y más aun permitiéndome vivir todo esto a tu lado.

—Cuando el bebé nazca me gustaría volver a Italia, porque ahí está nuestra casa, la que construimos juntos, mi carrera también está ahí, y la vida de Sofy, pero si no quieres..., o sea, si tú quieres que nos quedemos aquí, yo me quedo —dijo encogiéndose de hombros—. Me quedo donde estés tú.

—Volveremos a Italia —sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

—Mañana es la ecografía —dijo temerosa.

—Todo saldrá bien, estaremos juntos. —La tomé de la mano para transmitirle algo de calma.

—Bésame Nico —pidió y yo lo hice.

Estábamos así todos los días, entre besos, caricias, palabras bonitas. El beso fue subiendo de intensidad

—Te extraño —susurró ella apartándose un poco.

—Pero si estoy acá —dije no entendiendo.

—Te extraño en ese sentido, tu cuerpo, tus caricias —dijo sonriendo y la vi sonrojarse, yo sonreí, me encantaba tener aún ese efecto en ella.

—Yo también... Cuando nazca ese bebé, tenemos mucho que ponernos al día —murmuré muy cerca de su oído acariciando su brazo.

—Ya lo creo —asintió ella sonriendo.

La doctora nos había prohibido tener relaciones, ella se lo había preguntado en una de las consultas sin siquiera habérmelo mencionado antes y yo casi me atraganto de la vergüenza. Pero luego cuando salimos me dijo que debía hacerlo, debía preguntarle porque sus hormonas la estaban matando.

—¿Qué fue eso Miriana? —pregunté aquel día al salir de la consulta.

—¿Qué fue qué? —respondió haciéndose de la desentendida.

—La pregunta que le hiciste a la doctora. —Ella sonrió.

—Uf, es que hay días que te miro... y bueno, ¿te has dado cuenta lo guapo que eres? —Yo reí a carcajadas y ella también lo hizo—. Pero bueno, supongo que toca esperar —bufó y volvimos a reír.

La doctora había dicho que era peligroso para la condición de ella y todo eso de la placenta previa. Así que tocaba aguantarse. De todas formas en algunas ocasiones, ella había hecho algunas cosas en mí, aunque yo le decía que no era necesario, ella decía que quería hacerme feliz y que me callara. Miriana estaba feliz y estaba haciéndonos felices a todos con su felicidad.

41. PAPÁ CELOSO

Sofía

A pesar de estar lejos de Dante y de mis amigos, estaba feliz. Mamá estaba contenta y su panza estaba creciendo y la hacía ver más bella aun. Hablábamos bastante y pasábamos mucho tiempo juntas, compartiendo todo.

Yo acababa de llegar de pasar un fin de semana en casa de la abuela con mis amigas y con Dante. Estábamos sentadas en la sala conversando.

—La abuela y el abuelo van a venir para cuando nazca el bebé. No quieren que te lo diga pero se están preparando —sonreí mientras mirábamos una película.

—Qué bueno —contestó mamá—. Eso me pone contenta, los extraño mucho—. ¿Qué tal vas con los exámenes? —preguntó.

—Bien, no se me da muy bien la escritura en español, eso me complica un poco, pero las demás materias bien.

—¿Y qué tal son las chicas y los chicos? —quiso saber, siempre me hacía las mismas preguntas porque tenía miedo que no me adecue al colegio.

—Bien, tengo un par de buenas amigas y un compañero que es bastante insistente mamá —sonreí y se lo conté al fin—, se llama Miguel.

—¿Y? ¿Te gusta? —me preguntó.

—Es lindo, pero no me gusta, o sea, a mí me gusta Dante.

—¿Qué? —Papá entro en la sala y para mi desgracia escuchó lo último que dije—. ¿Cómo que te gusta Dante? —Se sentó al lado de mamá.

—Tranquilízate Nico. —Pidió ella—. Solo son amigos especiales. —

Mamá lo empeoró.

—¿Amigos especiales? —preguntó papá enfadado—. Esas cosas no existen. ¿Y que lo hace especial?

—Que me gusta —dije encogiéndome de hombros—, y que yo le gusto.

—¿Y? ¿Están saliendo? —La cara se le ponía colorada.

—Bueno... no lo sé... somos amigos... especiales —dije porque no encontraba la forma de decírselo y mamá sonreía en vez de ayudarme.

—¿O sea que ya te besó? —preguntó papá y no le respondí—. ¿Y tú lo sabías? —cuestionó a mamá y ella asintió—. ¡Es el colmo, no se puede confiar en ninguna de las dos!

—¡Papá no exageres! —exclamé pero él estaba enfadado y se levantó del sofá.

—No estoy exagerando, somos una familia y ustedes me ocultan información, esto no puede ser. Eres muy niña aun para salir con nadie, y tú, Miriana, ¿qué es eso de no contarme estas cosas? No lo puedo creer, dijo y se fue enfadado a la cocina.

—No te preocupes —expresó mamá súper tranquila—, ya se le va a pasar.

—¿Estás segura? —pregunté frunciendo el labio no muy convencida.

—Sí, más tarde hablo con él a ver si entra en razón —dijo sonriendo y yo me encogí de hombros—. ¿Entonces? dile a este chico Miguel que tienes novio y así lo harás volar.

—Bueno, lo intentaré pero no creo que le importe. ¡Es tan insistente! —sonreí.

—¡Es que te estas poniendo tan hermosa! —exclamó mamá y me abrazó.

42. ¿OTRA VEZ?

Miriana

Estaba hablando con Sofy pero llegó la hora de ir a la ecografía, Nico salió enfadado de la cocina por lo que había sucedido y antes me dijo que era hora de irnos. En el camino no habló mucho, yo solo lo miraba y reía.

—Me encanta que celes así de tu hija pero no puedes ser tan infantil — dije sonriendo.

—¡Tú no puedes ser así de alcahueteara! —exclamó y yo reí más.

—Vamos Nico, es adolescente, no hace nada, prefiero que me cuente, que confíe en mí a andarle prohibiendo las cosas y que las haga a escondidas — comenté tratando de hacerle entrar en razón.

—Bueno, tienes razón, pero habla con ella, ¿eh? —dijo mirándome mientras frenaba en un semáforo—. Que no haga tonterías que después se arrepienta. —Yo reí más.

—Dante es un buen chico, lo conocemos desde pequeño a él y a sus padres —sonreí—, solo son amigos

—Un amigo que puede besar a mi hija —bufó enfadado.

—Basta Nico —dije y le di unos golpes en el hombro.

Llegamos a la clínica y todo sucedió como siempre, esperé mi turno, me llamaron, pasé a cambiarme, y me recosté en la camilla.

—La placenta no se ha cambiado de lugar —explicó el doctor—. Es más, puede que se haya adherido un poco al útero, lo que complica la situación. — Mi corazón empezó a querer salirse de mi pecho—. Esto es algo que sucede

muy pocas veces, y aunque aún quede tiempo antes del parto es bueno que estés preparada. Debes decirle a tu doctora que debe tener preparado un buen equipo médico para la cirugía, debes tener listos donantes por si requieras transfusiones, es posible que si la situación empeora deban hacerte una histerectomía, o sea retirarte el útero.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —pregunté temerosa.

—La hemorragia, eso es lo peor que puede pasar —respondió él—. Pero si estás preparada y tienes un buen equipo médico no debes preocuparte—. Sí, eso me lo dice después de todo lo que dijo antes.

—¿Cómo está el bebé? —preguntó Nico.

—La bebé esta perfecta, sus medidas y su peso estimativo coinciden con la edad gestacional, está sentada aun, pero eso puede cambiar, es pequeña todavía.

—¿Es una niña? —preguntó Nico.

—Sí, es una niña —confirmó el Doctor.

—¿Está seguro? —pregunté.

—Sí, muy seguro —sonrió.

Me dio los papeles de la ecografía y fuimos directo desde allí a hablar con la doctora. Yo estaba muy asustada y se me hacía ya muy difícil contener las lágrimas de miedo que querían caer por todos partes. Pero trataba de ser fuerte y no demostrar eso.

Entramos y le mostré la ecografía a la doctora, Nico estaba a mi lado y lo veía también bastante asustado. Se lo mostramos todo y ella nos dijo que no nos preocupáramos, que todo iría bien y que ella tenía un buen equipo para el parto. Me habló de que el bebé debería probablemente nacer a las treinta y

seis semanas, para evitar que haya contracciones y problemas como algún desprendimiento de placenta o sangrados que podrían complicarlo todo. Yo le dije que tenía miedo y ya no pude contener las lágrimas, empecé a llorar como una niña pequeña. Nico me abrazó pero no dijo nada.

La doctora también caminó hasta mí y me acarició el hombro.

—Tranquila, ten fe, todo saldrá bien —me alentó—. No te pongas así que te hace más daño a ti y a la bebé. Solo no pienses en esto y déjame a mí encargarme, todo saldrá bien. —Repitió y me pasó un pañuelito de papel para secarme las lágrimas.

Nico y yo salimos de allí y fuimos a una plaza. No quería volver a casa y que Sofia supiera que estuve llorando, no quería que supiera nada de las complicaciones del embarazo porque se iba a asustar. Lloramos juntos un rato, y luego nos abrazamos y nos calmamos mutuamente. El miedo, la ansiedad, la impotencia de lo desconocido más los recuerdos del pasado hacían mella en nosotros y la claridad emocional se esfumaba por nuestras lágrimas.

Nos calmamos, fuimos a tomar algo y luego regresamos a casa. Al llegar allí vi una valija en la sala y supe que era de Guillermina, pero no sabía que ella planeaba venir.

—Hola —saludó saliendo de la cocina con una niña en brazos.

—Hola Guille —dije y ella se acercó, la miré sorprendida, se veía feliz—. ¡Mi milagro! —expresó mostrándome a la niña que ocultaba su rostro en el cuello de Guillermina—. Tiene un año y dos meses, se llama María Paz —continuó mi amiga y luego miró a la niña—. Pacita, saluda a la tía Miri. —Le habló Guille y la niña miró hacia mí, al verla me paralicé en mi lugar... no lo podía creer...

43. UNA SEÑAL

Nicolás

Miriana se quedó blanca, helada al ver a la niña que Guillermina traía en brazos, no sabía por qué, pero tuvo que acompañarla al sofá para que se sentara y hablar yo con Guillermina mientras ella se normalizaba.

Guillermina bajó a la niña en la alfombra y se sentó también.

—Es hermosa Guillermina y te parece mucho —sonreí—. Solo que sus ojos son verdes en vez de celestes —agregué.

—Como los de Javier —agregó ella orgullosa, la niña se acercó al sofá gateando y luego se paró, caminó lentamente atajada del sofá y fue hasta Miriana, le sonrió y estiró los bracitos para que la levantara—. Le agradas —comentó Guillermina sonriendo—, aun no camina sola pero está a punto de hacerlo —continuó.

—Yo ya la conocía. —Nos informó Miri alzando a la niña en su regazo y mirándola mientras la pequeña jugaba con su cabello.

—¿Cómo? —preguntó Guille confusa.

—Hace unas semanas la vi, en uno de esos sueños que suelo tener, que les suelo contar.

—¿Esta era la niña que viste? —pregunté porque sabía de ese sueño.

—Sí... estaba con Angelito... —Se lo contó entonces a Guillermina—. Yo le pregunté quién era, él me dijo que se llamaba Pacita. Le pregunté si era un ángel también y él me dijo que no, que ella debía volver.

—¿Me lo dices en serio? —Los ojos de Guillermina estaban llenos de

lágrimas.

—Sí —continuó Miri—. Yo pensaba que era mi hija —se encogió de hombros—, pero ya veo que es la tuya, ¡y es hermosa Guille! —dijo sonriendo.

—Sus padres fallecieron en un accidente de automóviles, no tenía más familia. Su papá era un gran amigo de Javier de la infancia, el accidente lo dejó grave y su señora murió en el acto. Antes de morir llamó a Javier y le pidió que cuidáramos a la niña, sabía de nuestra situación. Todo pasó muy rápido pues en horas se organizó lo de la tenencia, los papeles salieron solos, todo simplemente se dio. Es increíble, es un milagro, porque tanto tiempo lo esperamos, tantas veces no salió y esto fue así, sin pensarlo. La pequeña estuvo internada un día, en observación, pero luego salió, perfecta. Y nosotros estuvimos cuidándola desde ese momento. Sentimos mucho lo de sus padres, pero ellos saben que la amaremos más que a nuestra propia vida.

—¿Cuándo fue el accidente? —preguntó Miri y luego analizando supo que la niña estuvo internada el día que ella la soñó. ¡Fue increíble!—. Les dije que estos sueños significaban cosas. ¡Te lo dije Nico! —comentó mirándome—. Y te dije que tendrías tu milagro amiga, estoy feliz por ti y sé que Pacita será muy feliz contigo, y ya tiene su primera amiga —dijo Miri tocándose la panza.

—¿Será una niña? —cuestionó Guillermina.

—Sí... y quisiéramos que seas la madrina —dijo, mientras las dos se abrazaban y se ponían a llorar yo sonreí y me levanté de allí dejándolas solas para que hablen y compartan.

Fui hasta el jardín y me senté un rato a pensar. Aún estaba asustado por las cosas que nos dijeron hoy en la ecografía. Cerré los ojos y recordé el parto de Agostino, yo no pude entrar esa vez, porque fue de urgencia, pero estaba tan

nervioso y me sentía tan mal de no poder estar al lado de Miri aunque sea para sujetarle la mano. Cuando el doctor salió me dijo que hicieron todo por él pero no se pudo, él ya estaba muerto al nacer.

Me preguntaron si quería verlo y asentí. Yo lo tuve en mis brazos, lo alcé y lo miré. Pequeñito, parecía solo dormir, sus ojitos cerrados parecían poder abrirse en cualquier momento. Lo besé en la frente y le pedí perdón por no haber podido evitarlo. Me sentí mal, culpable... quizás si llegaba más rápido a la clínica, quizás sí... ya no había quizás... «*Perdóname hijo*» le dije en un susurro, los bebés dependen cien por ciento de los padres, y yo en ese momento me sentía tan mal padre.

Miriana estaba en terapia intensiva y yo no sabía si saldría de allí. No podía ni siquiera pensar en la idea de perderla, pero se puso bien pronto y tuve que empezar a pensar en cómo se lo diría. Al final cuando entré a verla y ella despertó, con solo mirarme ya lo supo. Yo sabía que él está bien donde quiera que estuviera, yo sabía que era feliz. Pensaba que un día nos reencontraríamos y podría jugar con él, me gustaba creer eso. Si no, ¿qué sentido tendría todo lo que hacemos en esta vida?

Una nueva bebida llegaría a mi mundo, y todo será rosado de nuevo, una nueva princesa, sonreí. Sentí la mano de alguien tomando mi mano y vi a Sofy sentada a mi lado.

—Que linda es la hija de Guillermina —dijo sonriendo.

—Es hermosa y encima de todo hasta se le parece.

—Si... ahora Guillermina me cae bien.

—A mí el que no me cae bien es Dante. —La miré con seriedad.

—Papá, ya para con eso... ¿A los cuantos años diste tu primer beso? —preguntó.

—Eso no importa —zanjé con vehemencia.

—Sí, quiero saber —dijo mi hija—. ¡Y no me mientas!

—A los trece —admití.

—¿Entonces? ¿Qué me reprochas? —exclamó ella triunfante, al igual que su madre, siempre ganaba.

—Yo no quiero que te apures, que quemes etapas, quiero que vivas tu vida tranquila y feliz. El amor a veces es complicado —expliqué con cariño.

—Sí, pero también es lindo papá, y no me apuro nada, no te preocupes. —
Recostó con ternura su cabeza en mi hombro.

—¿No vas a querer a ningún hombre más que a mí?, prométemelo —
sonreí.

—Eres el hombre de mi vida —sonrió ella—. ¿Qué tal la ecografía?

—Bien, pero debemos cuidar de mamá ¿sí? —dije sin entrar en detalles
—. Será una niña.

—¿Voy a tener una hermanita? —preguntó y yo asentí—. Qué bueno, le
regalaré mis muñecas y juguetes y le enseñaré algunas cosas.

—Serás una excelente hermana mayor.

44. TE AMO

Miriana

Guillermina se había ido a hacer dormir a la niña, yo fui a tomar una ducha y relajarme un poco. Estaba feliz por mi amiga, estaba feliz de verla tan feliz y de tener en sus brazos al fin a su milagro. Sonreí para mí, no podía creer lo que había sucedido, todo esto me confirmaba que esos sueños significaban algo y que yo no estaba loca. Últimamente y luego de que mi Nonno me dio ese mensaje para mamá, y que ella no lo entendió ni atrás ni adelante, empecé a sentirme un poco rara con todo esto de los sueños. Igual me divertía en ellos, poder estar con Agostino aunque sea en sueños era reconfortante.

Me detuve a pensar todo lo que me dijo el abuelo acerca de la felicidad, de que estaba dentro de mí y no fuera. Quizás tenía razón, muchas veces las personas ponemos la felicidad en otras personas o en algunas cosas... «Si logro esto seré feliz» o «si tengo aquello seré completamente feliz» o «si esa persona se me acerca lograré ser feliz». Y cuando llegamos a eso, a lo que deseábamos, la felicidad llega a su culmen, pero solo un rato después empieza a decaer su intensidad, y automáticamente buscamos otra fuente de felicidad, en la cual depositar de nuevo nuestros anhelos. Él dijo que la felicidad era una decisión, yo decido ser feliz, pero ¿qué pasa cuando suceden cosas que no me hacen feliz?

Me senté tras un escritorio que estaba en la habitación y entré a Google, es que cuando uno va al médico y no sabe lo que le están diciendo que tiene, lo primero que hace es entrar a Google a mirar que hay sobre el tema, ¡y es de lo peor!, porque te salen cosas horribles y te terminas asustando más. Aun así entré a mirar, abrí mi ecografía y busqué ese término extraño que allí había «posibilidad de acretismo placentario». *Empezamos definiendo esto como*

una «complicación del embarazo»... odio la palabra complicación, pensé para mí... Decía que era una «Inserción anómala de la placenta». Bien, ¿no podía ser normal? ¿Tener un embarazo feliz y normal como el resto de las mujeres de la tierra?... «Si se inserta sobre la cicatriz de las cesáreas anteriores (que era mi caso) puede ser difícil de desprender cuando nazca el bebé, lo que puede llevar a una "hemorragia"». Odiaba esa palabra, me daba miedo. Decía también que «para evitar o detener la hemorragia en muchas ocasiones hay que extirpar el útero». Pero todo se fue haciendo más intenso a medida que leía que «era una de las complicaciones más infrecuentes pero era una de las que llevaban a mayor riesgo de mortalidad materna».

Okey, apagué la computadora, ya estaba asustada, morirme no estaba en mis planes. No tenía ganas de irme al otro mundo ahora que estaba encontrándole el lado bueno a este.

Nico entró y me vio allí sentada mirando a la pantalla ahora apagada. Aún seguía envuelta en mis toallas. Caminó hasta mí y me sacó la toalla que traía por el pelo, tomó un peine y empezó a desenredar mi cabello sin decir nada más. Luego dejó el peine en la mesa y empezó a masajearme los hombros.

—¿Para qué buscas información en internet? —preguntó al ver la carpeta de la ecografía al lado de la computadora—. Eso te hace daño, tenemos nuestros médicos, confiemos en ellos.

—Lo que tengo no es sencillo, en google dice que puedo morir, que es el mayor riesgo de esta complicación —dije mirándolo.

Él me pasó una mano y yo me levanté, él me abrazó.

—No vas a morir.

—¿Me lo prometes? —cuestioné.

—Te lo prometo, no pienses en eso...

Nico me abrazó y nos quedamos allí por un rato, yo me escondí en su pecho y absorbí su aroma, sentí el calor de su piel y los latidos de su corazón «no me quiero morir» pensé...

—Vamos, acuéstate en la cama y deja que te haga masajes en los pies y en la espalda —dijo él guiándome hasta allí.

Yo me recosté de costado, porque aunque no tenía mucha panza me daba la impresión de que si me ponía boca abajo iba a aplastar a mi bebé. Él se sentó al lado en un banco, deslizó la toalla que cubría mi cuerpo y derramó crema hidratante por mi espalda. Mi piel se erizó al momento de sentir el frío.

—Mmmm —murmuré él sonriendo—, parece que te gusta.

—Está fría —sonreí.

—¿Es solo eso? ¿O puede ser el efecto de las caricias? —preguntó.

—Es lindo, ¿no? —exclamé mientras él seguía masajeando mi espalda.

—¿Qué? —preguntó.

—Que a pesar de todos los años que estamos juntos y de todas las veces que hemos hecho cosas como esta, aun mi piel se siga estremeciendo solo con sentir una caricia de tu mano.

—Es la química que hay entre nosotros —admitió él—, siempre fue muy fuerte.

—La química de nuestras pieles mezclada con el amor —sonreí yo y él empezó a besar mi espalda con suaves y tiernos besos.

—¿Me amas?

—¿Lo dudas?

—No me lo dices hace mucho —dijo casi en un susurro, yo estaba de

espaldas a él, no podía ver su rostro, sonreí

—No te lo digo porque tú no quieres que te lo diga —respondí mirándolo de reojo.

—¿Quién dijo que no quiero que me lo digas?

—Bueno, dijiste que no querías que estemos juntos y que íbamos a ir despacio y esas cosas —me encogí de hombros, bueno como pude porque no estaba en una posición cómoda para eso.

—Sí... cierto... pero estamos juntos Miri... —dijo y se silenció a él mismo.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté.

—Que estamos juntos en esto, estamos juntos en todo, yo no puedo concebir una vida sin ti, y pensé que todo esto del bebé es una nueva oportunidad como dijiste el otro día, una nueva oportunidad de hacer bien las cosas. Pensé que quizás lo nuestro es tan importante que este bebé viene a decirnos que no debemos separarnos.

—Hemos atravesado tantas cosas ya —comenté pensativa—. Y estamos juntos otra vez... y soy feliz contigo. —Lo miré de nuevo, ahora él se había movido hacia el borde de la cama y me hacía masajes en los pies—. Es como me dijo el Nonno, yo estoy feliz, estoy feliz conmigo, estoy feliz por haber logrado salir adelante en muchas cosas, por mis logros profesionales, por mi familia, por todo. Y quiero ser feliz contigo, quiero compartir mi felicidad contigo y hacerte feliz —sonreí.

—Tú me haces feliz con sólo existir, cuando me miras, cuando me acaricias... Me haces feliz cada mañana cuando abres los ojos y me sonríes, o a las noches cuando te acuestas en mi pecho para dormir. No puedo vivir sin ti y no quiero, quiero estar contigo siempre —añadió y subió a la cama gateando

y quedando encima de mí.

Nos miramos a los ojos, diciéndonos miles de cosas más con solo miradas. Zambulléndonos en el alma del otro a través de nuestros ojos, porque eso dicen ¿no?, que los ojos son el reflejo del alma, y su alma y el mío se conectaban en esas miradas, siempre fue así, desde que yo era solo *Laura* y él *Alejandro*, porque muy dentro nuestro lo sabíamos, no eran ellos, éramos nosotros. Miriana y Nico.

Sus labios se acercaron a los míos y el reposó su cuerpo encima del mío sin cargar el peso, nos besamos, al principio tiernamente y luego como siempre, el beso fue subiendo de intensidad. Yo estaba apenas cubierta en algunas partes con la toalla. Nico bajó sus besos por mi cuello y pasó más abajo por mis senos, los besó con ternura hasta llegar a mi vientre, recostó su cabeza en él, dejando su oreja por mi piel, como queriendo escuchar lo que sucedía del otro lado.

—Princesita de papá ¿estás ahí? —Le habló a mi panza—. Quiero que sepas que acá te amamos y te esperamos ansiosos, pórtate bien y cuida de mami —continuó.

Besó una vez más mi panza y la acarició con devoción, subió de nuevo con sus besos por el valle de mis senos hasta llegar a mi cuello, fue hasta mi oreja y en un susurro que estremeció todo mi ser me dijo:

—Te amo.

Lo abracé con fuerza y las lágrimas brotaron de mis ojos como si de abrir la compuerta de una represa se tratara.

—Te amo también—dije mientras lo apretaba hacia mí, como si quisiera que ese abrazo fuera eterno, fuera irrompible.

—¿Por qué lloras?

—No lo sé, de felicidad quizás —sonreí y lo besé, le llené de besos la cara y los labios, él también sonreía—. No me quiero separar nunca más de ti.

—Ni yo, te amo, te amo, te amo —repitió y después de un rato se acostó a mi lado—. Ve a vestirme por favor porque o sino no me voy a contener —dijo luego y yo seguí riendo.

Mientras me vestía y él me miraba hacerlo con una mezcla de ternura y lujuria, habló de nuevo:

—Mañana es el día de la madre en Italia y Sofy y yo tenemos planeado ir allá, llevarte y que veas a tu madre. También pensábamos llevar a Guillermina, sé que no es el día de la madre en México, pero pensábamos que sería especial hacerle un festejo de primer día de la madre. Le pregunté a la doctora si podíamos viajar y me dijo que sí, que sólo no hagas muchos esfuerzos y todo eso. ¿Te animas?

—¡Sí! —grité emocionada—. ¡Tengo tanto tiempo sin ver a mamá!

45. DÍA DE LA MADRE

Sofía

Salimos temprano, todos muy entusiasmados por ir a Italia y visitar a la abuela. Mamá estaba realmente feliz porque tenía tiempo de no verla, Guillermina y su niña también estaban contentas de pasear. Papá y yo habíamos organizado una fiesta sorpresa.

Cuando llegamos a lo de la abuela, mamá pudo ver que la casa estaba toda adornada. Había globos de diferentes colores y tamaños. Lo habían hecho mis amigos, yo se los había pedido. Ellos no estarían allí hoy porque pasarían con sus respectivas madres, pero lo habían arreglado todo el día anterior. Dante si iba a venir después del almuerzo porque era obvio que queríamos vernos antes de que volviéramos por la noche.

—¡Hola hija! —saludó la abuela a mamá con un fuerte abrazo y luego le acarició su panza, por cierto la panza de mamá era preciosa, redondita y bella.

Mamá le correspondió el abrazo y ambas echaron algunas lágrimas. Luego vino el abuelo que también abrazó efusivamente a mamá y también le acarició la panza. Después pasamos a la sala donde estuvimos un rato, mamá ponía al día a los abuelos de las cosas que habían sucedido. Ellos ya sabían casi todo, pero ahora se estaban contando los detalles. También les dijo que era probable que luego no pueda regresar hasta después del nacimiento del bebé, porque no le dejaban viajar en avión con el embarazo demasiado avanzado y porque era riesgoso.

La abuela preparó un festival de pastas, había de todo lo que uno se pueda imaginar. Yo estaba jugando con Pacita, o bueno, haciéndola caminar por la casa mientras su mamá conversaba con mis padres y mis abuelos. Más tarde

llego la tía Gioia con sus hijos, Mia que era solo un par de años más grande que yo y mis primos Renzo y Luca.

Mia y yo pasamos al jardín y estuvimos conversando un poco, ella me preguntaba qué tal me iba en España y como eran mis amigos y compañeros, también me contó unos cuantos chismes de la escuela, ella iba a la misma escuela donde iba yo en Italia así que me puso al tanto de las noticias.

Luego la abuela nos llamó para que pasáramos a la mesa a comer así que allí fuimos. Cuando terminamos de comer, fuimos todos de vuelta al living y empezamos a entregar regalos aquí y allá a todas las mamás presentes. A mamá le regalamos una remera que en el lugar de la panza tenía la imagen de un bebé, como si estuviera en el útero, tenía un moñito porque era una niña. A la tía Guillermina (porque sí, ya le decía tía) le regalamos en nombre de Pacita una cartera muy linda de un diseñador español muy famoso, ella, como toda modelo, es muy coqueta y siempre estaba usando cosas de marca y demás. A la abuela le trajimos de España unos libros que estaba queriendo y a la tía Gioia, sus hijos y su marido le regalaron un nuevo teléfono celular.

Todos estábamos muy felices ese día. En un momento papá llevó a la tía Guillermina hacia el jardín para que Pacita pudiera correr y jugar con el cachorro que tenían en la casa los abuelos. Mamá se quedó sentada en el sillón, creo yo que dormía, desde que estaba embarazada se quedaba dormida en cualquier lugar y en cualquier momento. La tía Gioia y los abuelos fueron a la cocina a preparar café y mis primos no sabía dónde estaban. Yo me puse a mensajear con Dante esperando a que llegara pronto.

Estuve allí largo rato solo conversando con él acerca de cómo la estaba pasando y diciéndole que lo esperaba. Mientras esperaba su respuesta miré a mi mamá que dormía plácidamente. Que linda se veía con esa pancita, era linda mi mamá, su pelo estaba suelto y caía desordenado por sus hombros,

tenía una camisa con botones que apenas se le cerraban en la panza y más aún en la posición en la que estaba. Me acerqué a ella y le acomodé un almohadón para que estuviera más cómoda. Escuché el timbre y salí a ver, segura de que llegaba Dante.

—Hola... —saludó dándome un beso en la mejilla.

—Hola... —Lo abracé—. Te extrañé.

—Yo a ti —sonreí.

— Pasa —dije y nos tomamos de la mano.

Fuimos hacia el jardín, donde había una hamaca en la cual solíamos sentarnos a conversar. Mi papá me miró serio cuando pasé a su lado sujetando a Dante de la mano

—Hola tío —saludó él al verlo.

—Dante —respondió papá con un seco movimiento de cabeza a modo de saludo y la tía Guillermina sonrió.

—Hola Señora —saludó Dante.

—Hola Dante —dijo ella y seguimos de largo hasta la hamaca.

Desde ahí pude ver como papá y la tía Guillermina conversaba mientras Pacita jugaba con el perrito.

—¿Esa es Guillermina? —preguntó Dante que sabía todo pero no la conocía aun en persona.

—Sí, es hermosa ¿verdad?

—Sí, mucho.

—¿Y qué tal todo? —me preguntó.

—Todo está en orden ahora.

—¿Y tu mamá cómo está?

—Bien, muy bien... la veo feliz —sonreí alegre.

—¿Qué tal la escuela?

—Bien, no es lo mismo si no estoy con ustedes, los extraño mucho.

—Nosotros también pero yo más —dijo él y yo recosté mi cabeza en su hombro, papá miró y casi se levanta pero la tía Guillermina le puso una mano en el hombro para que se quedara ahí—. Tu papá tiene cara de que me quiere matar —comentó Dante sonriendo.

—No le hagas caso, está muerto de celos —sonreí yo—, yo también te extraño mucho.

—¿No hay algún chico español que llame tu atención?

—No, yo te quiero a ti —dije mirándolo.

—Y yo a ti, y quiero besarte pero si lo hago tu papá vendrá por mí.

Un rato después la abuela salió a llamarnos a todos para ir a merendar, habían preparado una torta con la tía Gioia y Mia. En eso había salido por mamá, yo de esas cosas de cocina no quería saber nada.

El resto de la jornada nos la pasamos riendo, contando historias y hasta cantando. Fue muy divertido. A la noche volvimos en el último vuelo. Todos estábamos cansados así que fuimos directo a la cama.

46. INCERTIDUMBRE

Miriana

Fue hermoso poder ver a mamá y compartir con ella y con mi hermana. Después del almuerzo y los regalos me quedé dormida en la sala, no sabía cómo sucedió pero cuando desperté pude ver por el ventanal a Guillermina y Nico conversando mientras la pequeña jugaba con el cachorro, y a Sofy encaramelada a su Dante en la hamaca del fondo del jardín.

Me incorporé en el sillón y solo me dediqué a mirarlos. Hasta ese momento no había caído en cuenta de tantas cosas. Uno no sabe el valor de algunas cosas o de algunas personas hasta que corre el riesgo de perderlas, o en el peor de los casos, las pierde.

La vida había sido generosa conmigo, a pesar de todo el daño que le causé a mi familia, seguíamos unidos, seguíamos intentándolo y nos estaba yendo bien. Miré a Nico que al conversar con Guillermina se veía preocupado, es probable que le estuviera contando las cosas que nos dijo el doctor y todo lo que yo le conté que leí en internet. Yo sabía que él también tenía miedo, pero no me lo iba a decir a mí, no me lo iba a admitir porque él quería ser fuerte para mí. Supongo que Guillermina era a quien se lo decía, ella tenía una enorme facilidad de palabras y siempre encontraba la forma justa de hacerle a uno sentir bien, ellos tenían una bonita amistad, confiaban mucho el uno en el otro.

Sonreí al pensar que vueltas da la vida, estábamos todos bien ahora, los tres, gracias al perdón que Guillermina nos regaló, y el perdón viene del amor, del amor que nos tiene a Nico y a mí. Es una gran persona, una gran amiga, y estaba ahora recibiendo su recompensa, su milagro como ella le decía, por ser

como era. En los pocos días que llevaba siendo madre lo estaba haciendo genial, como si siempre lo hubiera sido, estaba siempre pendiente de su niña, la cambiaba, alimentaba y cuidaba con el mismo cariño que cualquier madre biológica podría dar. Y esa niña se le parecía tanto como si hubiera salido de ella misma... si, definitivamente era un milagro. Pensé que no pude elegir mejor madrina para mi hija, si algo llegase a pasarme, me encantaría que fuera Guillermina la que ayudara a criarla.

Mi mente se fue entonces a esa frase: «si algo llegara a pasarme», era la primera vez que contemplaba realmente esa idea, y el miedo invadió mi ser. Miré a Nico, estábamos tan bien... si algo me pasara sufriría mucho, se sentiría mal, culpable, yo lo sabía, y pensé que en algún momento antes de que el bebé nazca debería hablar con él y prepararlo, por si pasaba lo peor. Luego miré a Sofy, todavía me quedaba tanto por vivir con ella, se estaba convirtiendo en una bella mujercita, y me quedaba por vivir con ella todo, su transformación en el camino de ser mujer, estar allí a su lado, ayudándola, escuchándola, secando sus lágrimas cuando tuviera su primera desilusión amorosa, acompañándola en la decisión de que carrera seguir, miles de cosas por vivir que no me quería perder. Pensé luego en mi niña, acaricié mi panza, si ella naciera sana y yo no lo lograba, no me gustaría que Sofy o Nico la culparan de haberme perdido, no me gustaría que llevara consigo el estigma de ser la culpable de mi muerte, debía hablar eso con Sofy y Nico en algún momento.

Mis lágrimas caían por mi rostro y yo no me percataba de ello. Si yo no lo lograba, igual ella no lo sentiría tanto, porque nunca me habría conocido, y solo sabría de mi lo que le contaran los familiares y amigos, pero no lo sufriría como Sofy, por eso no quería que la odien, porque iba a necesitar de ellos y de su amor.

Qué hermoso era poder ser madre, y estaba pensando que quizás ese

podría ser mi último día de la madre. ¡Qué incierta es la vida!, es cierto, uno puede morir mañana mismo al salir de la casa porque le atropella un auto, o tal vez esta noche, nuestro avión pueda caer. Pero uno nunca va por el mundo pensando que la muerte está cerca, porque si no la vida no sería vida, pienso que es por eso que no sabemos la fecha que moriremos, imagínense si la supiéramos. Sin embargo, cuando sabes que tu vida puede apagarse, y ni siquiera puedes hacer nada al respecto, todo cambia de color, todo toma otro sentido y otra intensidad, siempre puede ser la última vez de algo.

—¿Por qué lloras? —preguntó mamá.

—No te puedo mentir —dije secándome las lágrimas—. Tengo miedo.

—¿Miedo de que? —cuestionó.

—De morir —respondí con sinceridad—, pero no le tengo miedo a la muerte en sí... Si muero, voy a ir a un lugar mejor, a un lugar hermoso y tranquilo donde están el Nonno, la Nonna y Agostino —sonreí—. Tengo miedo a abandonar a los que amo y aun me necesitan, tengo miedo a dejar sola a Sofy en el momento más difícil, la adolescencia, de abandonar a Nico con dos niñas y teniendo que remarla solo, hacerlo sufrir de nuevo, sé que me ama y yo a él. Tengo miedo de dejar a mi bebé sola, de no verla crecer, de no estar con ella cuando de sus primeros pasos, diga sus primeras palabras o vaya por primera vez a la escuela. ¿Sabes lo triste que puede ser una vida sin mamá? —dije y me encogí de hombros.

—Miri no pienses eso —me consoló mi mamá—, todo saldrá bien.

—¿Y si no?... Mamá hay que estar preparados para todo —expresé mirándola y pensando que si algo me pasaba, esa sería probablemente la última vez que la vea.

—Entiendo tus miedos —agregó mirando al frente—, son inherentes a la

maternidad, y también imagino que atravesando tu situación se hacen más intensos, pero debes pensar que todo saldrá bien. No puedes irte aun, es ahora cuando reharás tu vida y serás plenamente feliz con la hermosa familia que tienes, junto al hombre que amas y te ama, y junto a tus hermosas hijas. Piénsalo de esa forma. La vida te está dando una oportunidad ahora, no creo que te la quite antes de que puedas aprovecharla. —Mamá sonrió pero yo sabía que ella también tenía miedo.

Nico y Guillermina entraron sonriendo, Nico traía a Pacita en brazos y por mi loca cabeza se me ocurrió pensar que incluso estaría bien que si yo no estaba, él y ella pudieran estar juntos. Ella sería una buena madre y buen ejemplo para mis hijas y sé que es la única que Nico amó aparte de mí. Sacudí mi cabeza ante ese pensamiento.

—¿Qué pasó? —preguntó al ver mis ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Nada, son solo las hormonas —explicó mi mamá sonriendo—. Voy a servir la merienda y llamar a los demás.

—¿Estás bien? —insistió Nico sentándose a mi lado

Me recosté por él y suspiré su aroma, para guardarlo en lo más profundo de mi alma, de mi ser, cosa que si algún día no estuviera aquí, lo recordara igual, en mi esencia, en mi espíritu, que es lo que se suponía iba al otro lado del mundo después de la muerte.

—Estoy bien —sonreí, después de unos minutos todos estaban de nuevo alrededor listos para merendar. Contemplé como en cámara lenta a cada uno haciendo algo, mi hija mirando enamorada a Dante y él tomándola de la mano, Guillermina le daba un pequeño chocolate a Pacita en la boca cortándoselo en pedacitos para que no se ensuciara demasiado y sonreía, mamá servía el café y papá jugaba con Luca en su regazo. Renzo estaba sumergido en un mundo de dinosaurios, él era mi sobrino favorito, sólo porque tenía la misma edad que

debía tener Agostino y yo me lo imaginaba a mi hijo en él. Gioia y su marido Marco estaban conversando, Mia mensajeaba y sonreía viendo su celular, y Nico... él me estaba mirando preocupado por las lágrimas que yo había derramado antes. Le sonreí con ternura, él me besó en la frente—. Estoy feliz de estar aquí hoy, gracias por traerme—, le dije y él me abrazó, cerré los ojos y di gracias a la vida, a Dios. Solo quería estar aquí el año que viene, con todos ellos y con mi bebé en brazos... «Dios, solo no me lleves aún, si eso es posible», pensé.

47. ANSIEDAD

Nicolás

Guillermina y yo estábamos sentados en el jardín viendo a Pacita jugar, Miri se había quedado dormida y no quisimos molestarla.

—¿Estás bien Nico? —preguntó ella.

—Estoy preocupado —expliqué y luego le conté todo lo que había pasado en la ecografía y las cosas que Miri me había contado. Yo también busqué en internet a pesar que le dije a ella que no lo hiciera y también me asustó lo que leí, tenía miedo.

—Vas a ver que todo saldrá bien —comentó ella sonriendo—. Pronto esto será solo un mal recuerdo y serás feliz con Miri y tus hijas.

—Ojalá Guillermina —contesté temeroso—. Yo no tendré la fuerza para perderla, si a ella le pasa algo yo moriría, no podría levantarme de eso, y mis hijas van a necesitarme, pero yo no voy a poder, ¿entiendes?

—Sí, entiendo, pero sé que vas a poder, eres un excelente padre y vas a salir adelante con las dos si algo sucediera. Pero no debes pensar en eso.

—Tengo dos hijas Guillermina —me encogí de hombros— ¿Cómo me quedo solo con dos hijas?, una adolescente y una beba.

—No estás solo, estamos Sol y yo, están las abuelas... no te quedarías solo Nico, pero ya no quiero que pienses de esa forma, Miriana está viva, y lo seguirá estando, no la mates antes de tiempo.

—Ni siquiera me lo puedo imaginar. —Negué con la cabeza pero en ese momento Dante y Sofía entraron de la mano al jardín y el chico me saludó, luego fueron a sentarse a la hamaca.

—Qué lindo es el novio de Sofy —sonrió Guillermina.

—No es su novio —aclaré.

—Pero están de la mano —comentó ella como si fuera algo de lo más normal.

—Es solo un amigo especial según ella y Miriana.

—Bueno, entonces si es el noviecito —afirmó de nuevo Guillermina.

—¡Que no, que no es el novio! —exclamé nervioso y Guillermina rio.

—¿Te das cuenta que se está convirtiendo en una bella mujercita , verdad?
—preguntó divertida.

—No, es solo una niña —agregué yo—. Las niñas de su edad juegan con muñecas. —Guillermina se echó a reír.

—Creo que hoy en día las niñas de su edad ya no juegan con muñecas...

—¡Basta Guillermina! —exclamé mirándola serio—. Ya te quiero ver dentro de unos años con Pacita, además que es hermosa. Recordaré este día y me vengaré —sonreí pero en eso vi que Sofía se recostaba por el hombro de Dante así que casi fui a separarlos si no fuera por Guillermina que puso su mano en mi hombro y me detuvo.

—Estas a punto de descontrolarte, calma —sonrió y yo sonreí con ella, cierto, era un padre celoso y posesivo... pero esa ahí, era mi niña.

Cuando volvimos a la sala vi los ojos de Miri llenos de lágrimas, ella y su mamá dijeron que no era nada, solo las hormonas, pero yo sabía que era el miedo, la ansiedad. La vi mirar con amor y un dejo de tristeza a cada uno de los que estábamos allí ese día. No sabía en qué pensaba, pero se detenía en cada uno y sonreía. Luego me miró a mí y se dio cuenta que la observaba, le volví a preguntar qué le pasaba pero volvió a decirme que no era nada, así que

solo la abracé, si no me lo quería decir no importaba, pero que supiera que yo estaba ahí, con y para ella.

Más tarde volvimos a casa, estábamos cansados así que cada uno a su habitación. Guillermina volvía mañana con Pacita a México y Sofy tenía clases. Yo fui a la cocina y preparé algo para llevarle a Miri, unas galletas y un jugo, porque a ella le daba hambre a eso de las tres de la madrugada. Cuando llegué a la habitación ella estaba acostada, me recosté a su lado y ella me sonrió

—No me dejes nunca —supliqué.

—Nunca te dejaría —contestó ella sonriendo—. Pero si algo sucediera, quiero que me prometas que vas a ser feliz por las nenas.

—Miri, no digas esas cosas por favor —le imploré—, nada sucederá.

—Con no hablarlo no hacemos que las posibilidades disminuyan —respondió—. Sabes lo que puede suceder, y por si eso suceda, debemos hablarlo, estar preparados —expresó y yo bajé la vista.

—Hablemos de eso otro día, por favor.

—¿Me prometes que me vas a escuchar?

—Sí, más adelante —respondí y abrí mis brazos para que se acurrucara por mí, ella se dio vuelta y yo la abracé por la espalda y dejé mis manos en su panza—. Te amo —le susurré al oído.

—Yo a ti, no lo dudes. —Cerré mis ojos para intentar descansar.

48. DIFICULTADES

Miriana

Las semanas pasaban rápido y dentro de todo estaba contenta. No niego que al caer la noche caían también a mi mente los pensamientos negros y miedos a la muerte y a las cosas que pudieran suceder, pero estaba feliz, me sentía bien, me sentía plena. No habíamos vuelto a hablar de aquello con Nico pero yo pensaba hacerlo cuando estuviera más cerca del parto.

Trataba de entretenerme con Sofy, hablando, cocinando con ella, saliendo un poco de paseo para no dejarme amedrentar por los miedos que a veces azotaban mi alma. Con Nico estábamos bien, me cuidaba, me llenaba de besos y abrazos, no me dejaba sola nunca. Hablábamos de todo y ya habíamos empezado a pensar en lo que haríamos después de que nazca el bebé.

Habíamos comprado ya algunas cosas, no muchas, pero algunas. Ahora estaba en la semana treinta y Guillermina había llegado esa mañana. Yo me estaba arreglando para salir con ella. Íbamos a ir de compras con Nico, Guillermina, Javier, Sofía y Pacita. La idea era comprar un poco de algunas cosas para la beba.

Aun no habíamos decidido el nombre pero estábamos dando vueltas entre Daniella y Abigail, ese último le gustaba a Nico y Sofía quería que se llame Laura, como mi personaje. Javier había venido con Guillermina y al fin lo habíamos conocido, era un hombre guapo, alto, de tez clara, pelo rubio y ojos muy verdes, esos verdes que son más claros que pardos. Se notaba que amaba a Guillermina y a Pacita, los miraba embobados y la niña hacia lo que quería con él.

Estuvimos caminando por varias tiendas, compramos una cuna de madera

blanca y lustrada con un juego de sábanas y frazaditas que eran de unas telas entre rosa, marrón y verde manzana, tenía dibujos de flores y mariposas. En el centro comercial nos separamos, Guillermina y su familia dijeron que iban a ir a ver algo que necesitaba Pacita pero cuando nos reunimos en el patio de comidas para merendar, habían traído un montón de bolsas para mi beba. Me habían comprado desde chupetes, hasta el bolso, uno bien grande y uno más pequeño, un sin fin de mamaderas anti cólicos de distintos tamaños —que yo no pensaba usar pronto porque quería darle lactancia exclusiva al menos mientras me quedara con ella—, ropitas, y artículos de aseo personal.

—¡No lo puedo creer! —exclamé mirando todo lo que me habían comprado como una niña recibiendo su regalo de reyes—. ¿Por qué lo hicieron?, no necesitaban hacerlo —dije abrazando a mi amiga y luego a Javier.

—¡Claro que sí! —explicó ella sonriendo—. Es mi ahijada y se merece lo mejor.

Nico también les agradeció y cuando parecía que los regalos habían terminado, sacaron un paquete más que dijeron era para Sofy. Ella lo revisó entusiasmada y era una blusita en color rosa pálido que tenía una inscripción con letras grandes y doradas que decía: «Soy la hermana mayor». Ella sonrió y se los agradeció con besos y abrazos.

Cargamos como pudimos todo lo que habíamos comprado en el auto y llevamos a Guillermina y su familia hasta el hotel donde se quedaban. Esta vez se quedaron en un hotel porque estaba con Javier. Era viernes, casi las diez de la noche, no habíamos cenado aun.

—¿Quieres que compremos algo para comer? —preguntó Nico.

—Sí, tengo hambre, pero antes que eso estoy cansada. ¿Podrías dejarme en casa así descanso y vas con Sofy?

—Sí, claro.

Llegué a casa y me bajé, entré a la habitación me saqué los zapatos y me cambié a una ropa más cómoda. Fui hasta el baño porque llevaba horas sin ir y la vejiga tiene menos espacio cuando un bebé está creciendo en la panza. Iba sonriendo recordando todo el día hermoso que pasamos, ansiosa de acostarme a descansar, pero cuando vi aquella mancha, pequeña pero mancha al fin, mi corazón dio un brinco queriéndose salir del susto.

Llamé a Nico pero no contestó, llamé a mi doctora y se lo comenté.

—Recuéstate un rato, si sientes que sangras como cuando tienes el periodo entonces vas de urgencia a la clínica y me avisas.

Me recosté, asustada, temerosa, nerviosa. Sentía la panza endurecida, sabía que eran algunas pequeñas contracciones y traté de calmarme. Nico y Sofy llegaron sonriendo, yo me levanté para volver al baño, y cuando lo hice sentí aquello que la doctora me había dicho.

—Debemos ir a la clínica, ¡urgente! —grité asustada desde el baño cuando entró a la habitación.

—¿Que sucede? —preguntó entrando junto a mí. Sofy había ingresado también a la habitación y escuchó cuando le conté a Nico lo que había pasado y lo que la doctora me había dicho.

—¡Vamos Sofy! —llamó Nico moviendo a la niña que se había quedado petrificada— Anda y prepara un bolso con tus ropas, vas a quedarte con Sol.

Sofy salió de la habitación y preparó sus cosas. En unos diez minutos estábamos en el auto y yo temblaba de miedo. La clínica no estaba lejos pero nunca el camino me resultó tan largo. Dejaremos a Sofy en lo de Sol.

—¿Estarás bien? —preguntó y un nudo se formó en mi garganta, ni yo sabía la respuesta.

—Sí —respondí tratando de sonar segura y convincente.

—Si nace ahora, ¿sobrevivirá? —preguntó ella temerosa.

—Será muy pequeña, pero tiene posibilidades —hablé tratando de esconder mis miedos.

—Te traje esto para que estés cómoda —dijo y me pasó una almohada de media luna, de esas que se usan para amamantar y para dormir cuando una está embarazada, me la había regalado Sol por el día de la madre.

—Gracias. —La abracé atajando las lágrimas—, pórtate bien.

—Lo haré... —Y la vi entrar a la casa.

Nosotros fuimos a la clínica y nos atendió un médico de guardia. Era tarde, como las once o doce de la noche. Dijo que debían ingresarme pero no había lugar allí, le mostré mis estudios y le conté cual era mi situación, así que con cara de susto dijo que conseguiría un lugar.

Me llevaron al quinto piso, que no era el piso de maternidad, pero era donde consiguieron un lugar para mí, me asignaron una licenciada en obstetricia que me cuidaría especialmente, ya que no estaba en la zona de maternidad. Me hicieron los estudios, ecografías, monitoreos y todo estaba en orden, salvo por algunas contracciones que asustaban con venir. Me hicieron una vía y me inyectaron medicamentos para detener las contracciones.

Me sentía completamente acalorada, como si fuera a incendiarme por dentro, eran los efectos de ese medicamento. Ponían el aire acondicionado al máximo en la habitación, y mientras Nico se disponía a descansar entre mantas y frazadas, yo no aguantaba ni el contacto de la sabana con mi piel.

Mi doctora llegó temprano en la mañana y revisó los estudios. Entró a hablarme y ordenó que me quedaría allí unos días hasta que controlaran las contracciones, lo que significaba que seguirían dándome ese horrible

medicamento. También me prohibió moverme incluso para ir al baño.

—¿Qué?

—Es para prevenir, al menos hasta que controlemos que no haya más sangrado —dijo la doctora.

—¿Pero y cómo...?

—Las enfermeras te ayudaran...

Nunca me sentí tan humillada, tan incapacitada y solo pude pensar en esas personas que deben vivir por siempre así. Trataba de no ir al baño, de no tener ganas, porque cuando lo hacía tenía que llamar a la enfermera y esta venía con esa cosa que colocaba de bajo mío y se paraba allí esperando a que yo terminara. Era incómodo y terriblemente humillante.

Me puse a llorar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nico que estaba sentado a mis pies.

—Me quiero levantar para ir al baño —exclamé.

—No puedes vamos a llamar a la enfermera —susurró con suavidad.

—¡No quiero! —grité—. Es humillante. —Las lágrimas caían por mis mejillas.

—Yo me encargaré princesa. —Me consoló Nico y fue a buscar a la enfermera explicándole la situación, desde ese momento ya no llamamos a la enfermera, solo Nico se encargaba de ayudarme, y yo me sentía más tranquila.

De todas formas ese medicamento iba a volverme loca, me hacía temblar las manos y me producía taquicardia, a eso le sumamos el calor que sentía, fueron unos días intensos y largos.

—Esta tarde voy a ir a verte —afirmó Guillermina cuando me llamó al

celular—. Luego vendré a quedarme con Sofy para que pueda ir Sol.

—Ven abrigada, aquí tendrás frío.

Cuando llegó Guillermina, traía su campera en brazos. Nico dijo que aprovecharía para ir a comer algo y me preguntó si estaba bien quedarme con ella. Yo sonreí y le dije que se fuera tranquilo.

Guillermina y yo nos quedamos solas.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Horrible, odio esta vía, odio este medicamento y odio no poder ir al baño. —Me quejé enfadada y las lágrimas caían por mis mejillas.

—Tranquila Miri, lo haces por el bien de la pequeña —dijo acariciando mi panza, en eso una enfermera vino a hacerme un monitoreo, la niña se movía mucho y todo salió bien. Aún estaba sentada lo que hacía un poco difícil que cambie ya de posición, igual íbamos a cesárea claro —por la placenta—, pero quizás su posición lo complicaba aún más. Guillermina se sentó en la cabecera de mi cama y se quedó acariciando mi cabello por largo rato como si yo fuera una niña.

—Me dijiste que hacía frío acá pero no me dijiste que venía al polo norte —bromeó.

—Te juro que estoy sudando —dije sonriendo.

La doctora llegó un rato después acompañada de Nico y Guillermina se retiró. Fue a sentarse tranquila en el sillón para las visitas

—Todo está en orden, la sangre no fue nada, quizás algún pequeño desprendimiento, era sangre vieja de nuevo. Si es roja es cuando debes preocuparte —explicó sonriendo, era dulce y calmada, todo lo contrario a mí en ese momento—. Vas a salir de aquí mañana, vas a ir a tu casa y vas a tener

que hacer reposo absoluto hasta el nacimiento. Antes de irte te pondrán una dosis de una inyección que sirve para madurar los pulmoncitos de la beba, porque hay grandes posibilidades de que sea prematura, y luego debes ponerte otras dos dosis más. Te lo dejaré todo indicado. Lo que queremos es llegar al menos hasta la semana treinta y cuatro —dijo mirándome seria—. Depende de nosotras, depende de ti, de que te calmes y te quedes tranquilita en casa, ahora nada es más importante que ese bebé, y cada día adentro tuyo es un día menos de terapia para ella y una batalla ganada para nosotros, ¿lo entiendes? —preguntó como si yo fuera una niña.

—En la semana treinta y cuatro es muy chica aun —hablé temerosa—. Ira a terapia.

—Probablemente, pero ya tendrá más probabilidades, si llegamos bien a esa semana, podemos estirar una semana más y luego otra. Pero esa es nuestra meta ahora.

La doctora se levantó y se despidió saliendo de allí.

49. ESPERANZA

Nicolás

Yo sabía que Miriana estaba asustada y agobiada, llevaba varias semanas en la casa y solo se levantaba para ir al baño. Se pasaba el día escuchando música y viendo televisión. Ella y Sofy estudiaban las lecciones del colegio juntas y hacían manualidades preparando la llegada del bebé. Yo estaba preocupado, ya faltaba poco y a su vez el tiempo se hacía lento. Había días que Miri estaba de buen humor, pero otros estaba cansada, estaba agobiada, se sentía encerrada, ella no era una persona de estar así entre cuatro paredes. A veces la cargaba en brazos y la llevaba en el auto a dar una pequeña vuelta. Las idas a la doctora o a los controles que ahora eran semanales eran su único momento de libertad. Ya pronto los controles se harían incluso más intensos, cada día de por medio.

La bebé se giró a la semana treinta y dos, y eso nos dio cierta calma. Todo en ella estaba bien, era una niña saludable y las medidas y pesos estimativos decían que era un poco más grande que lo que debería ser, lo que nos daba tranquilidad, pues si pasaba los dos kilos al nacer y respiraba sola no necesitaría entrar a la UCIN (Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales).

Nos habían vuelto a alertar del tema de los donadores de sangre, necesitábamos cinco, así que Davide, Guillermina, Sol, Javier y yo, fuimos al banco de sangre para hacerlo. Gracias a Dios todos éramos de la misma sangre de Miri. Todo eso me tenía preocupado, asustado, la posibilidad de una hemorragia y cosas así, pero trataba de no pensarlo. Yo sabía que ella lloraba en mi pecho todas las noches, no sabía por qué, quizás por el miedo, pero lo hacía, yo la acariciaba el cabello y la dejaba llorar. A veces le pedía que no se pusiera así, ella me decía que tenía miedo, que no quería morir.

A la semana treinta y cuatro, y como si no tuviéramos problemas la doctora en la que ella tanto confiaba tuvo que hacer un viaje y dijo que no podíamos esperarla, que el bebé debía nacer en la semana treinta y seis. Ella no quería que Miriana llegara a entrar en trabajo de parto, por miedo a la hemorragia. Nos dejó con un doctor que según ella era muy bueno, y nos dio sus datos para ir a verlo.

Pensé que Miri se lo tomaría peor, pero cuando salimos del consultorio solo me dijo que ya estaba preparada para todo, que era solo una mancha más al tigre. Fuimos a conocer al nuevo doctor y nos sentimos un poco incómodos, pero decidimos confiar en él y en la doctora que nos derivó. Él nos aseguró que el mejor equipo trabajaría con él en ese día.

El problema era que él quería llegar hasta la semana treinta y siete, y Miri estaba convencida que debía nacer a las treinta y seis, porque así nos había dicho la otra doctora. Pero bueno, no podíamos convencer al doctor, así que quedamos en un acuerdo, último día de la semana treinta y seis o primer día de la semana treinta y siete, uno de esos días sería el parto.

Ella ya no aguantaba más, no aguantaba el encierro, no aguantaba la ansiedad y los temores. Tenía miedo del parto pero a la vez quería que llegara ya, para de una vez por todas sacarse la ansiedad que traía encima.

Estábamos en la semana treinta y seis, iniciando esa semana, y mañana llegarían todos, sus padres, Guillermina y su familia e incluso Tamara y Davide, que ahora estaban saliendo. Miriana nos había llamado a una reunión el lunes. Quería hablar con todos sus amigos, ya veía yo que eso no iba a ser bueno, pero no quedaba de otra que escuchar.

Esa noche estaba recostada en mi pecho como siempre.

—Prométeme que si me pasa algo y la bebé nace, no la van a odiar, ni tu ni Sofy —susurró.

—Miriana, no hablemos de eso —le imploré.

—Prométemelo —pidió.

—Te lo prometo.

—Prométeme que las criarás como habíamos planeado ambos, que no las dejarás con cualquiera para que las críen y cuiden —insistió de nuevo.

—Te lo prometo —dije para terminar lo más rápido esta conversación tan incómoda.

—Prométeme que no te enamorarás de cualquier mujer que se convierta en una madrastra como la de la cenicienta para nuestras hijas —sonrió con tristeza.

—¡Ya basta! Solo te amo a ti, no te vas a ir a ninguna parte, te quedarás aquí y cuidarás de tus hijas y seguiremos con nuestro matrimonio y tu carrera —sonreí tomando su rostro en mis manos.

—¡Prométemelo!

—Te lo prometo, no me enamoraré de Maléfica —sonreí—, aunque Angelina Jolie... —bromeé y ella me dio un pequeño golpe en el hombro—. No te pasará nada —la besé en la frente.

—Prométeme que enseñarás a la bebé a hablar Italiano —suplicó juntando las manos como implorándomelo.

—¡Claro que lo haré! —sonreí—, pero ya basta con esto. —Me puse serio—. ¿Por qué no pensamos en el nombre de la bebé? —Intenté cambiarle el tema—, si quieres se llamará Daniella —hablé tratando de complacerla.

—Estuve buscando el significado de Abigail y me gustó mucho, así que se llamará Abigail como querías —sonrió.

—¿Qué significa? —le pregunté—. A mí solo me gusta cómo suena —me

encogí de hombros.

—«La alegría del padre» —sonrió ella orgullosa de saber el significado.

—Me gusta, ponle tú el segundo nombre.

—Speranza —agregó sin titubear.

—Abigail Speranza Alcázar Baccaro —repetí para mí.

—Exacto —asintió ella sonriendo— Ella trajo esperanzas para todos, trajo esperanzas para ti y para mí, para nuestro matrimonio, trajo esperanza para Sofy que está feliz con nuestra unión, trajo esperanza para Guillermina y Pacita... Es mi milagro de esperanza —sonrió.

—Me gusta, la pequeña Abi... princesa de papá —sonreí y la abracé, ella sonrió y unos minutos después quedo dormida en mis brazos.

50. VERDADEROS AMIGOS

Miriana

Ya teníamos el nombre y sonaba lindo, más aun cuando lo decía Nico. Me sentía feliz, relajada, de alguna manera había perdido el miedo a la muerte, quizás si no lo lograba era porque así debía de ser, aunque aún me daba miedo dejar solas a mis hijas, huérfanas.

Hacia días que no soñaba con Agostino y Angelito, pero algo me decía que esa noche sería diferente. Al día siguiente debía hablar con todos y decirles algunas cosas, yo sabía que nadie quería escucharme, porque pensaban que me estaba despidiendo, pero no era eso, solo necesitaba hacerlo, me había dicho el terapeuta que era bueno sacar todo lo que tenía dentro mío.

Cerré mis ojos y en segundos me sumergí en ese mudo blanquecino. Angelito corrió hacia mí y me abrazo, atrás de él caminaba lento el Nonno, pero venía sonriente y feliz.

—¡Hola! —saludé, había tenido dos sueños más después de aquel donde lo había visto, pero él no estaba en ellos. Hoy había vuelto.

—¡Ciao piccola! —saludó acercándose y dándome un beso en la frente.

—Qué bueno verte de nuevo —comenté feliz y él me abrazo.

—Vine porque necesito saber que eres feliz —dijo mi abuelo.

—Sí, he estado pensando en todo lo que hablamos abuelo, y lo he entendido, es un momento difícil el que estoy pasando, tengo miedos, ansiedades que atormentan mi cabeza, pero soy feliz de todas formas.

—Pronto todo terminará Miriana, y deberás seguir un camino, deberás tomar la elección definitiva, deberás abandonar algunas cosas para luchar por

otras. La vida se basa en decisiones.

—¿A qué te refieres nonno? —pregunté.

—Solo recuerda todo esto en tu corazón, el mundo está lleno de misterios. Ciao piccola —dijo y fue desapareciendo del lugar.

Yo me quedé allí pensando en el significado de sus palabras, Angelito me tomó de la mano y me mostró el arcoíris para que lo viera. Me emocioné con la idea de ver a Agostino, el corazón muerto apareció primero y luego la luz en los algodones donde reposaba mi pequeño. Tenía un vestido blanco largo como los que se usan para el bautismo. Abrió los ojos cuando lo cargué y me miró fijamente, como si no fuera un bebé de meses, como si entendiera, luego sonrió.

—Cántanos —pidió Angelito y eso fue lo que hice.

Cuando desperté Nico no estaba a mi lado, miré el reloj y eran casi las diez de la mañana. Probablemente se había ido a trabajar, pero volvería para el medio día, porque hoy era la reunión a la que había citado a todos. El sueño me tenía pensando, ¿qué podría significar?... solo tenía una idea de lo que podría ser... y sentía mucha paz en mi corazón.

Guillermina llegó temprano y subió a mi habitación mientras yo me ponía algo un poco decente para bajar.

—Buenos días —saludó.

—Hola Guille —sonreí.

—¿Qué pasa? —preguntó conociendo mi expresión.

—Anoche volví a soñar con Angelito y Agostino, y volvió a venir mi abuelo...

—¿Sí, y que pasó? —preguntó ella.

—Me dijo algo sobre que pronto todo acabaría y yo debía seguir un camino. —Mi amiga hizo silencio—. Estaba pensando que quizá él haya venido a buscarme.

—¿Qué quieres decir con eso Miriana? —preguntó Guille.

—Siempre escuché que cuando mueres te buscan familiares que fallecieron antes, que vienen para ayudarte a cruzar. Y estaba pensando en esos sueños y en cómo me ayudaron a arreglar toda mi vida aquí, quizás ese es el otro camino que debo tomar, él dijo algo sobre dejar algunas cosas por otras, sobre tomar decisiones.

—Miriana por favor no digas eso. —Se puso a llorar, ella sabía que mis sueños eran reales desde que Pacita apareció en ellos y por primera vez sintió que lo que yo decía podía ser real.

—Si fuera así Guillermina —hablé con mucha calma—, quisiera pedirte que veles por Sofia y Abi...

—¿Abi? —preguntó sonriendo entre sus lágrimas.

—Abigail Speranza —sonreí yo y continué—. Quisiera que tú y Sol estén allí para ellas, para hablarles de la vida, de las cosas de chicas, para hablarles de los chicos, tu sabes.... prométemelo...

—Por supuesto Miriana, ellas son como hijas para mí, pero no digas eso, no puedes irte... eso no puede ser cierto —dijo ella negando con su cabeza—. Todavía tenemos muchas cosas por hacer juntas, como criar a nuestras hijas, tú tienes que ayudarme porque yo no sé nada de ser mamá. —Guillermina estaba sollozando.

—Escúchame, eres una buenísima mamá, y sobre esto... no quiero que se lo digas a nadie. Promete que no le vas a decir a Nico de este sueño, no quiero que lo sepa. —Le pedí por favor—. Solo necesitaba decírselo a alguien.

—No se lo diré, pero no creo que signifique eso. —Quiso autoconvencerse.

El timbre entonces sonó y ella fue a abrir, todos empezaban a llegar. Nos sentamos en la sala, Sol y Guillermina empezaron a servir cosas para comer.

—Gracias a todos por venir aquí. —Les agradecí—. Yo solo quería estar con todas las personas a las que quiero y que son tan importantes en mi vida. Quería darles las gracias por hacerme feliz, por estar ahí para mí todas las veces que necesité una mano, por cuidarme de la forma en que lo hicieron y lo hacen. Quiero darles las gracias por donar sangre para mí, no se aun si la necesitaré pero el que lo hayan hecho significa demasiado. —Ya me estaba emocionando y las lágrimas caían de mi rostro.

»Sol, eres mi hermana y te agradezco infinitamente el que me hayas ayudado tanto, el que no te hayas cansado nunca de mí y que hayas apoyado a Nico en los momentos ms difíciles. Guillermina, estoy agradecida con la vida por habernos permitido reencontrarnos, ya te he pedido disculpas aunque siento que nunca serán suficientes, porque eres una de las mejores personas que pueden existir en este mundo. Estoy feliz de que seas la madrina de Abi porque sé que serás como una madre para ella. Tammy y Davide, los amo a los dos, las distancias no nos han permitido compartir tanto Tammy, pero sé que ahora que estas con mi compadre —sonreí guiñándoles un ojo—, podremos pasar más tiempo juntas y volver a hacer todo lo que antes hacíamos, ¡que divertido! —Sonreí emocionada y Tammy vino a darme un abrazo.

»Nico... mi amor... ninguna palabra es suficiente para expresar cuanto te amo y cuanto agradezco todo lo que eres y lo que haces e hiciste por mí. Sé que no he sido la mejor esposa, y me arrepiento por ello, pero también pienso que todo lo que hemos vivido ha permitido que hoy estemos así, mejor que nunca. Te amo y quiero ser la mejor persona para ti. Hoy me siento bien y

feliz, a pesar de que no sé cómo terminará esta historia y sé que estoy atravesando por un gran riesgo. Pero esto también me enseñó a valorar la vida, cada segundo de ella y a las personas que en realidad están ahí para mí. Me siento afortunada de tenerlos a mi lado, quiero empezar desde aquí a vivir una nueva y mejor vida junto a ustedes...

Sol, Guillermina, Tammy y yo ya estábamos llorando, así que nos abrazamos por largo rato y luego los muchachos se sumaron al abrazo. Cuando estaba allí en el medio de ellos no pude evitar sentir la tristeza de saber que existía la posibilidad de no verlos más...

51. PREOCUPADA

Sofía

Cuando entré en la sala mi mamá y sus amigos estaban todos abrazados y las chicas lloraban. Yo había ido a mi cuarto con los hijos de la tía Sol y llevamos a Pacita con nosotros para cuidarla porque mamá quería hablar con todos ellos. Ahora ya estaba inquieta porque tenía hambre así que se la trajimos a la tía Guillermina para que le hiciera su leche.

Cuando nos vieron se fueron separando y reían entre lágrimas disponiéndose a comer. No sé de qué hablaban pero cambiaron de tema y se pusieron a reír, el tío Davide tenía que contarles a todos su historia con Tammy, asumo que ahora debo llamarla Tía Tammy. Por cierto, me encantó conocerla, yo solo la había visto en los capítulos de «*El Estudio*» y me parecía tan hermosa y simpática, me saqué una foto con ella y se la mandé a mis amigas italianas. La tía Sol y mamá se pusieron celosas y preguntaron por qué me tomaba fotos con Tammy y no con ellas, pero ellas no eran nada nuevo para mí, sin embargo Tamara sí que lo era. Se lo dije y rieron.

Cuando todos se fueron, me quedé en la sala sola con mamá, papá había salido un rato porque su papá, o sea mi abuelo, le pidió que fuera un rato a su casa.

—¿Estás cansada? —pregunté a mamá.

—No, para nada —dijo ella—, lo que menos estoy es cansada, no hago nada en todo el día —sonrió.

—Los recuerditos para el nacimiento de Abi nos están quedando geniales —sonreí, estábamos preparando unas maripositas de madera que las pintábamos juntas.

—Sí, son hermosas —afirmó mamá.

—Me gusta mucho verte bien, y me gusta compartir tanto tiempo contigo.

—Vas a ver que si todo sale bien pasaremos mucho tiempo juntas después de que nazca Abi, sé que vas a ayudarme con ella y serás una hermana fantástica.

—¿Porque siempre dices «si todo sale bien»? ¿Qué puede salir mal? —pregunté.

—Siempre las cosas pueden salir o bien o mal ¿no? —respondió dubitativa—. Igual, lo que quiero que sepas es que te amo, y que te pido perdón si no supe ser la mejor madre para ti.

—Mamá... ¿porque siento como que te estás despidiendo? —pregunté asustada.

—No me despido Sofy, solo quiero decir lo que siento, necesito hacerlo para curar mis heridas, eso me lo recomendó mi terapeuta —dijo ella sonriendo y abrazándome y yo me quede más tranquila.

—No te va a pasar nada mamá ¿verdad?... ni a Abi ¿no? —Ella no me respondió solo me besó en la frente.

—Voy a ir a acostarme, ¿sí? Necesito descansar —dijo y la acompañé a su cuarto.

Bajé las escaleras y fui hacia la cocina para poder servirme un poco de jugo e irme a dormir. Luego escuché que papá entraba y en unos minutos más estaba también en la cocina conmigo. Se sentó en la mesada y me miró.

—¿Y mamá? —preguntó.

—Se fue a dormir —respondí, papá sonrió—. Yo la ayudé a subir papá, ella no debió bajar las escaleras.

—Era una ocasión especial y yo la cargué para bajar, solo pensé que me esperaba para que la cargue para subir.

—Pa, ¿por qué ella quería hablar con todos? Me preocupa porque luego me habló y era como... que se estuviera despidiendo —expliqué y ya no pude contener las lágrimas. Yo estaba asustada, sabía que el embarazo de mamá tenía complicaciones.

—No Sofy —susurró papá caminando hacia mí y abrazándome—. Ella no se estaba despidiendo, solo hizo eso a pedido de su psicólogo —sonrió con tristeza, él también estaba preocupado y yo lo sabía—. Todo estará bien —me aseguró y yo me sentí segura en ese abrazo.

—Te quiero papá —le sonreí.

—Yo también —dijo y me dio un beso en la frente.

Fui hasta mi habitación y le escribí a Dante para contarle todo lo que pensaba y lo que había hablado con mamá. Él también me dijo que no debía preocuparme...

52. EL PARTO

Nicolás

El día tan esperado llegó. Miriana y yo casi no pegamos un ojo en toda la noche, por ansiedad, angustia, temor. Fingíamos dormir y estar tranquilos para no preocupar al otro, pero yo sabía que no dormía, que estaba allí girando y girando entre las sábanas.

Teníamos el bolso listo con las cositas de Abi, pañales, mudas de ropa, cosas así. También el bolso de Miriana con las cosas que necesitaría, los camisones para amamantar, cambios de ropa interior, protectores mamarios y todas esas cosas que se llevan al hospital. Yo lo sabía porque fui yo quien debió salir a comprar todo eso con la ayuda de Sol para poder prepararle el bolso, ya que ella no podía salir.

Cuando estábamos por salir de casa, ella se detuvo en la puerta, se giró para mirar todo. Sofy ya nos esperaba en el auto, luego se dio vuelta y me sonrió.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Quizás podría ser la última vez que... —Puse mi dedo sobre sus labios a modo de silenciarla.

—No digas tonterías. —La callé con un beso.

Subimos al auto, llevamos a Sofy a la casa de mis padres. Miriana la abrazó y le dijo que la amaba, le prometió que esa misma tarde o mañana iría con sus abuelos a la clínica para poder conocer a su hermanita.

Cuando Sofy entró, lágrimas pesadas se derramaron de los ojos de Miri y yo supe lo que estaba pensando. Coloqué mi mano en su pierna y la miré.

Levanté con mi otra mano su mentón para que me mire.

—No te vas a ir a ninguna parte, no te va a pasar nada. —Le aseguré.

Ella se encogió de hombros y volvió a mirar hacia donde Sofy había entrado a casa de mis padres.

—Quisiera verla crecer, no quiero perderme de nada en su vida —sollocé.

—La verás, te lo prometo. —No sé con qué autoridad podría yo prometerle que su peor pesadilla no iba a cumplirse, pero lo hacía por tratar de animarla.

Cuando llegamos a la clínica ella se detuvo ante el edificio, respiró profundo e ingresamos. Yo le saqué una foto y la subí a las redes sociales; «*últimos minutos con panza*» comenté, sus *fans* enloquecieron y nos llenaron de buenos deseos en cuestión de segundos.

Allí ya nos esperaban todos los demás y también los padres de Miri que habían viajado desde Italia. Su madre se notaba visiblemente afectada y hablaba con Sol que intentaba calmarla. Hicimos todos los papeles para el ingreso y nos dieron una habitación. Acompañé a Miri allí y quedó con Guillermina mientras ordenaban las cosas y se cambiaba, ya pronto vendrían a ponerle la vía para pasarle el suero y prepararla para la cirugía que estaba planeada sería a las diez de la mañana.

—Sol —llamé cuando la vi acercarse a la máquina de refrescos—. ¿Qué pasa con Chiara? —le pregunté.

—Nico, ella tuvo una pesadilla, dijo que Miriana moría en sus sueños y que solo nacía la pequeña. Dijo que había sido muy real, había mucha sangre, está muy asustada. —Yo me quedé sin respiración por un momento y Sol tampoco estaba muy bien, pero ambos tratamos de ignorar nuestros propios

temores.

—¡Nico! —llamó Guillermina—, vienen a llevar a Miri a cirugía.

Corrí a la habitación y la vi ya sentada en la silla de ruedas, ella temblaba y aguantaba las lágrimas en sus ojos.

—Todo saldrá bien —dije sin estar seguro—. Te amo, ¿lo entiendes? Te amo —le aseguré—. Voy a alcanzarte en la sala de partos —sonreí—. Nos vemos allí.

Una enfermera se la llevó y la vi sonreír a todos los que estaban en el pasillo y saludar con su mano. Su madre, Chiara, la besó en la frente y apenas se fue se largó a llorar desconsolada, su padre intentó consolarla pero la tuvo que sacar afuera para que se calme.

Yo fui con una enfermera que me acompañó hasta una sala donde me dieron una ropa verde que debía ponerme para entrar a la sala de partos, me entregó una chaqueta, un pantalón, una especie de zapatos de tela, gorra y tapabocas. Me dijo que una vez que terminara de vestirme quedara sentado hasta que me indicaran. Cuando llamaron me guiaron hasta una especie de lavabo especial donde debía poner mis manos y dejar que el agua las mojara, luego la enfermera me ponía jabón líquido en ellas y yo debía lavármelas bien, después de eso no debía tocar más nada.

Una vez hecho aquello me pasaron a otra sala donde debí volver a esperar. Vi salir a nuestro doctor que buscaba a algunos médicos y lo veía nervioso.

—¿Sucede algo? —pregunté.

—Algunos médicos no llegaron por un error del hospital, estábamos sin anestésico y sin transfusionista por eso nos retrasamos pero ya conseguimos y empezaremos enseguida.

Un rato después me dijeron que podía pasar. Allí estaba ella despierta y temblando, me pusieron un banco para quedar a la altura de su cabeza, yo me senté y la tomé de la mano. Ella estaba fría y temblaba mucho.

—Mírame —dije y ella me miró pero no me sostenía la mirada, daba vueltas la cabeza y miraba a todos lados—. ¿Estás bien? —pregunté.

—Sí —afirmó—, tengo miedo.

—No tengas miedo, todo saldrá bien. —La animé apretando un poco más su mano para calmarla.

—Ya pronto sacaremos al bebé. —Avisó uno de los médicos que estaba tras la cortina que ponían para que ella no viera la cirugía y tras la cual yo me ocultaba porque tampoco quería ver.

—Ya va a nacer —informé dándole fuerzas.

—¿Qué pasa? ¿Ya nace? —preguntó ella unos minutos después ya que aún no nacía.

—Sí... enseguida —respondió el doctor.

El llanto inundó la habitación y la enfermera que esperaba a Abi con la toalla lista para envolverla lo hizo inmediatamente. Se la pasó al pediatra quien la acercó a la cabeza de Miri. Ella la miró y las lágrimas le salieron de los ojos.

—Es hermosa —susurré—, y está perfecta —sonreí.

El pediatra llevó a Abi a una mesa más atrás donde empezó a hacerle todos los controles de rutina, pero antes de llevársela la acercó para que Miri le pudiera dar un beso en la frente. Los otros doctores trabajaban arduamente continuando con la cirugía.

El pediatra y la enfermera encargados de Abi salieron y me indicaron que

yo debía salir con ellos. Tomé la mano de Miri una vez más.

—Te amo —sonreí—, no lo olvides. —Ella no respondió, estaba muy pálida y yo notaba que temblaba.

Salí de allí pero sentí que mi alma se quedaba con ella, me sentía preocupado. Seguí al pediatra y la enfermera y pude contemplar lo que le hacían a mi bebé, la pesaron, la midieron, y luego le pusieron la ropita que Miriana había elegido para ella. Su primera ropita, un conjuntito amarillo que tenía muchos pollitos y una gorrita del mismo color que traía ojos y piquito.

—¡Felicidades Señor! —dijo la enfermera pasándome a mi niña—. Puede cargarla y mostrársela a los tíos y demás familiares que están allí esperando. —Me giré hacia donde señaló y vi una habitación que tenía como una gran pared de vidrio, al otro lado de la cual podía ver a todos nuestros amigos y familiares esperando ansiosos. La madre de Miri estaba también allí ahora visiblemente más calmada. Caminé hasta allí con mi niñita en brazos, tan pequeña, tan viva, tan hermosa y me sentí feliz, me sentí contento por verla sana, por verla viva, por poder cargarla en mis brazos.

Apenas se las mostré, observé la reacción de mis amigos y familiares. Había lágrimas y sonrisas, hablaban entre ellos y se abrazaban, yo no podía escuchar lo que se decían. Luego de un rato me dijeron que podía cambiarme y salir junto a los demás a esperar. El bebé se quedaría en la enfermería a esperar que trajeran a Miriana para amamantarla.

Me cambié y salí, todos estaban alegres y contentos felicitándome y dándome abrazos. De alguna forma u otra yo me sentía ajeno a esa situación. Sentimientos encontrados peleaban en mi interior, estaba feliz, claro que sí, mi bebita había nacido sana y grande, respiraba bien y a pesar de ser una beba de treinta y seis, casi treinta y siete semanas de gestación, pesaba tres kilos, trescientos gramos y tenía cincuenta y dos centímetros. Todo estaba bien con

ella y el pediatra me lo había confirmado.

Pero Miriana no estaba bien, no la vi bien al salir, todos mis miedos empezaron a caer sobre mí como esas gotas pesadas y fuertes cuando inicia una tormenta, uno tras otra, los sueños de ella, la pesadilla de su madre, el miedo a morir, sus palabras dichas como despidiéndose. Pude sentir su temor, palpar su miedo, la angustia y la impotencia me envistieron por completo. No había nada que yo pudiera hacer, ni aunque gritara, ni aunque llorara, ella estaba adentro y yo ni siquiera sabía que estaba sucediendo, ni siquiera sabía si la volvería a ver, si volvería a abrazarla, si volvería a escuchar un «te amo» de sus labios... La impotencia era todo lo que sentía, todo lo que vivía en ese momento.

Todos estaban concentrados en conversar y hacer pasar el tiempo en los pasillos, así que pensé que la mejor forma de calmarme era encerrándome en la habitación, allí podría estar solo, respirar, intentar tranquilizarme y hacer lo único que podía hacer, lo único que me obligaban hacer... elevar una plegaria al cielo y esperar. Caminé hasta allí y me senté en la cama, acariciando el lugar que su cuerpo había rozado unos minutos antes. Abracé su almohada, la que ella había llevado para estar más cómoda, absorbí su aroma en ella... y lloré...

53. EL MOMENTO

Miriana

Salir de casa fue difícil, despedirme de Sofy fue difícil... mis pensamientos se volvían oscuros y pesimistas, transportándome a todas esas posibilidades que siempre estaban allí, en las que intentaba no pensar y con las que luchaba cada día. Los últimos días de mi embarazo ya me fueron complicados, entre la panza grande, el cansancio, la falta de aire, las ganas de ir al baño todo el tiempo, el aburrimiento eterno del reposo y el miedo a lo que podía ser, los días se me hacían eternos. Al principio no quería que llegue el día del parto por el temor a lo que sucedería, pero luego, la agonía se hacía lenta y larga y mi mente me torturaba con ideas negras y perversas sobre mi posible futuro, así que prefería que llegue ya, y de una vez por todas supiera lo que iba a suceder allí. Contaba los días, cual carcelero en la muralla de su celda, yo lo hacía en un calendario de pared colgado tras la puerta de la cocina.

La felicidad, la paz y la armonía que había alcanzado querían escurrirse entre mis manos como fina arena de playa entre los dedos cada vez que un pensamiento negro sobrevolaba mi mente. Pero yo luchaba, peleaba y mis armas eran las palabras de mi abuelo; «*Nada podía apagar la llama de la felicidad que sentía dentro de mí*».

Hoy era difícil, por un lado la ansiedad de tener a mi bebé en mis brazos, por otra todos los temores y la angustia de los momentos que podría vivir. Quería tener algún poder para adelantar el tiempo y no tener que pasar por todo esto.

Cuando me sentaron en la silla de ruedas para llevarme a la sala de parto temblaba, literalmente temblaba. No sabía si de frío, o de miedo, o de ambas

cosas, solo sabía que no podía controlar mi cuerpo. Cuando entré a la sala de partos y vi esa camilla preparada para mí, no pude evitar pensar: «¿Saldré con vida de acá?, oh Dios, por favor, no quiero morir allí».

Los médicos y enfermeras empezaban a prepararse y yo trataba de acostumbrar mi cuerpo tembloroso a la fría sensación del metal de la camilla. Ahora temblaba aún más.

—¿Cómo está Miriana? —saludó el pediatra que ya estaba listo para recibir a Abi.

—Nerviosa —articulé como pude.

—¡Pero si no es su primer hijo! —sonrió—, todo saldrá bien, ya ha pasado por esto antes.

Claro, él no sabía por todo lo que yo había pasado antes, por eso me decía todo eso..., justamente porque no lo sabía.

Pasó un largo rato —no sabía por qué esperaron tanto—, y yo solo me ponía más nerviosa, llegó un doctor y me pidió ponerme en la posición fetal para proceder a anestesiarme. Sentí el dolor, no lo había sentido con Sofy, y menos con Agostino porque estaba ya dormida. Fue un dolor seco, agudo y profundo, que caló mis huesos. Pronto ya no sentí las piernas y unos segundos después los médicos estaban en sus posiciones.

Lo vi entrar a Nico y me sentí en paz, al menos si me pasaba algo no estaría sola rodeada de desconocidos. Él tomó mi mano y me pidió que lo mirara, pero yo no podía concentrarme, el miedo y la ansiedad dominaban todo mi cuerpo y mis pensamientos. El tiempo que tardó en nacer la bebé y las ganas de sentir su llanto se me hicieron eternos, pero nació y lo mejor, lloró. Estaba bien, estaba viva. Yo también lloré, la vi y la besé. Y cuando acerqué mi boca a su carita para besarla antes que se la llevara pensé: «*te amo bebé,*

nunca lo olvides».

La bebé se fue y Nico también, ahora me quedaba sola... y sería la parte más difícil.

—¡La presión está bajando! —gritó uno de los doctores que se encontraba en mi cabecera controlando mis signos vitales.

—¡Está perdiendo mucha sangre! —dijo otro.

—¡Pasen el primer volumen!—ordenó y alguien se acercó a uno de mis lados y colgó una bolsa entre roja y granate que conectaron a la vía que habían preparado en ese brazo por si necesitara sangre.

La luz sobre mí se hizo intensa, tanto que debí cerrar los ojos, y ya no supe que pasó. Las voces se iban haciendo lejanas y dejé de temblar, tampoco tenía miedo ni ansiedad, solo había silencio y paz en el lugar donde me encontraba ahora.

54. ANGUSTIA

Nicolás

La puerta de la habitación se abrió y la vi entrar a Guillermina, me miró y me sonrió con tristeza, se sentó a mi lado.

—¿Estás bien? —preguntó pero yo ni siquiera intenté secar las lágrimas que se habían estado derramando por mi rostro.

—La verdad no —me encogí de hombros—. He intentado ser fuerte todo este tiempo porque sé que ella estaba asustada y también luchaba con eso, pero hoy aquí, en la incertidumbre de no saber lo que le está pasando y la impotencia de no poder hacer nada por ella, de no poder estar yo ahí en lugar de ella, creo que todas las fuerzas se evaporaron.

—Todo saldrá bien Nico —afirmó ella tampoco convencida.

—No lo sé Guillermina —me encogí de hombros de nuevo—. ¿Crees que es mi culpa?

—¿Por qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—Porque no nos cuidamos, y sabíamos que si se embarazaba sería riesgoso...

—Nico por favor... —interrumpió Guillermina poniendo su mano en mi hombro—. ¿Cómo va a ser tu culpa?... Y no digas eso porque ella y tu aman a Abi con todas sus fuerzas, es un regalo de Dios —sonrió mi amiga—. Es el milagro de Miri, ella lo dijo.

—Sí, puede ser... pero si algo le pasara no me perdonaría.

—No pienses en nada de eso ahora —dijo mi amiga—, enseguida la traerán y todo saldrá bien.

—Ya pasaron casi dos horas y no hay noticias, nunca antes tardaron tanto... ni la vez anterior. —Recordé con miedo.

—Tranquilízate. —Trató de calmarme pero ella también estaba preocupada.

—¿Sabes algo de esos sueños?... Últimamente pensaba que su abuelo la venía a buscar, no me lo dijo así, pero lo sospecho, por la forma en que me habló del último sueño y por sus ganas de despedirse de todos.

—Ella cree que es así —admitió Guillermina bajando la vista—, me lo dijo. —Volvieron a escaparse lágrimas de mis ojos. Entonces entró mi suegra.

—Te estaba buscando Nico —dijo y al verme llorar se detuvo—. ¿Estás bien? —No pude responder, aún tenía en mente que Guillermina me confirmó lo que Miri pensaba sobre los sueños. Y sus sueños significaban algo desde que Pacita se volvió real.

—Tiene miedo —dijo Guillermina mirando a Chiara—, hablábamos del tema de los sueños y esas cosas que Miri suele contar.

—Yo tuve una pesadilla horrible ayer —mencionó Chiara y se dejó caer en el sillón—. Ella estaba allí, perdiendo mucha sangre, la bebé nacía pero ella no lo lograba. La vi vestida de blanco de la mano de mi padre —bajó la vista y yo lloré aún más, nunca antes me había desarmado así como ahora.

—Ella piensa que su abuelo venía a buscarla —comenté en un susurro.

—Y que todo lo que le dijo las veces que lo vio y todo lo que vio en esos sueños la preparaba para despedirse de nosotros y tomar el nuevo camino —continuó Guillermina, cada palabra me dolía más.

—No es así —dijo Chiara limpiándose las lágrimas—. ¡Estoy segura que no es así!

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Guillermina.

—Porque la primera vez que ella soñó con mi padre, me llamó a decirme que él me había mandado a decir algo. Yo no lo entendí y tampoco le di importancia, parecía solo un sueño. Pero hoy estaba desesperada, desde que me desperté lo estaba, por ese sueño horrible que había sido tan real... Y entonces recordé la frase que me mando a decir mi padre: «*Dile a tu madre que aunque parezca que no lo logrará, aun no es el momento y no debe preocuparse*», en ese momento supe lo que quería decir, él me estaba avisando que Miri estará bien... lo sé —finalizó sonriendo.

Yo sonreí y me limpie las lágrimas también, eso tenía sentido... si mucho sentido. Y quería creer en ello ahora, lo necesitaba.

—Permiso —ingresó el Doctor con la frente sudada y el rostro agotado —. Nico, tenemos que hablar

Mi mundo comenzó a temblar...

55. EL SUEÑO

Miriana

De repente estaba en el mismo lugar de mis sueños, una vez más... Y mientras miraba a mí alrededor, una manita pequeña tomó mi mano, bajé la vista y ahí estaba Angelito.

—Hola —dijo.

—Hola... — saludé.

—Tengo ganas de pintar.

—¿Qué quieres pintar? —pregunté.

—Todo este paisaje blanco, ya es hora que le pongamos colores.

—¿Qué colores quieres ponerle? —cuestioné.

—Los que tu elijas —sonrió—. Por ejemplo, ¿cómo pintamos el cielo?

—¿Qué te parece un amanecer? —pregunté animada.

—Me parece genial, solo mueve tu mano señalando los lugares donde quieras ir pintando —dijo mostrándome cómo hacerlo con sus manitas pequeñas.

Yo moví mis manos y el cielo se fue pintando de los colores del amanecer, parecía acuarela. Celeste, amarillo, naranja, violeta y algo de rosa, esos son los colores que elegí.

—Ahora pinta el suelo —expresó y moví mis manos para pintar un césped de un verde claro muy brillante.

—¡Listo! —exclamé sonriendo y mirando orgullosa a mi ayudante.

—¿Qué más quieres hacer? —preguntó.

—Pondré algunas florecitas, plantitas y algunas aves en el cielo para darle vida a todo esto —sonreí mientras iba llenando los espacios—. ¿Y podría añadir un río? —pregunté.

—Sí, ¡claro! —exclamó alegre Angelito.

—Ya está —sonreí orgullosa.

—¿Puedes pintar mi ropita? —preguntó el niño que siempre iba vestido de blanco.

—¿Cómo quisieras que la pinte? —cuestioné.

—Con los colores que más te gusten —dijo el niño sonriendo.

Así que le pinté el pantaloncito de rojo y a la remerita le puse rayas azules. Le dibuje un barquito en la remera. Él se veía feliz y sonreía. Tomé esa idea de una ropita que yo había comprado para mi bebé Agustino, para ponerle el día que saliéramos de la clínica, pero nunca se la pude poner.

—¿Puedo ponerte alas? —dije sonriendo—. Eres un Angelito sin alas y me gustaría que las tuvieras.

—¡Me encantaría tener alas! —exclamó él y se giró para que se las dibujara.

Le puse unas alitas hermosas, blancas como el algodón y empezaron a brillar apenas se las coloqué. Angelito estaba feliz y movía sus alitas.

—¿Tu no quieres pintar algo? —pregunté a Angelito.

—Yo ya pinté lo que quería —sonrió feliz.

—¿Y qué fue eso? —pregunté con curiosidad.

—Cuando me dijeron que podía venir a verte, fue la alegría más enorme

para mí, me dijeron que podía traerte dos regalos. Yo elegí traerte el arcoíris y el corazón, esos los dibuje para ti —me dijo sonriendo mientras el arcoíris se ponía en el cielo como tantas otra veces antes, y el corazón aparecía también, pero siempre inerte y gris, tirado en el suelo que ahora era verde porque yo recién lo había pintado.

—¿Entonces tú los pintabas cada vez? —questioné y él asintió. Me tomó de las manos y nos sentamos sobre el césped.

—¿Por qué elegiste pintar el amanecer? —preguntó.

—Porque Nico dice que el amanecer trae nuevas oportunidades, posibilidades de hacer bien las cosas —respondí—. Y creo que eso me hace falta ahora, nuevas oportunidades de hacer bien las cosas.

—¿Y por qué pintaste el pasto de este verde?

—Porque este verde me da esperanzas, me da ganas de moverme —sonreí acariciando el pasto suave y fresco.

—¿Por qué pusiste el río? —preguntó entonces.

—Porque el agua es vida, y por eso también puse las flores y las aves, porque a esto le faltaba vida... —Sonreí recordando que mi abuelo me había dicho que eso era lo que yo tenía dentro.

—Este es el lugar que elegiste cuando llegaste por primera vez, todo era blanco y frío, ahora todo es cálido y feliz —dijo mirando al rededor—. Es igual que en tu vida, necesitas pintar tu vida con muchos colores —sonrió mirándome con ternura.

—¿Por qué elegiste el arco iris? —pregunté.

—Cuando viene una tormenta, todo se pone gris, el cielo se oscurece, hasta las casas parecen perder sus colores, el viento lleva todo con su fuerza,

la gente se esconde. Pero cuando la tormenta se va, lo primero que llena de color el cielo es el arcoíris, y luego todo va volviendo a tomar vida con cada uno de sus colores —explicó sonriendo y señalando el colorido arcoíris—. Así mismo como acá, que todo está colorido ahora.

—¿Y el corazón? —pregunté.

—El corazón es el símbolo del amor y de la vida —dijo señalándolo.

—Pero ese ya murió, se puso gris y ya no late. —Señalé observándolo—. ¿El árbol también lo pintaste tú?

—No, eso fue un regalo del Nonno Piero, también le permitieron traer un regalo, y él dijo que el árbol representa las raíces, aquello que nos mantiene firmes a nuestra realidad, y nos da sombra... Como la familia, que es el lugar al cual uno pertenece, sus raíces, y que cuando todo es difícil, puedes refugiarte en su sombra.

—¿Y el bebé? ¿Quién lo pinto? ¿Tu?

—No, el bebé no es mi regalo —sonrió él—. Representa el milagro de la vida y viene de más arriba.

—¿Y dónde está? —pregunté porque aún no aparecía.

—Ya no está —comentó mirando hacia el espacio donde solía estar.

—¿Dónde se fue? ¿Por qué no está? —Me empezaba a desesperar.

—Ella ya nació —dijo él sonriendo.

—¿Ella? —pregunté yo.

—Sí... Abigail —afirmó él—. Por eso ya no está, yo la cuidé mientras estaba acá, pero ahora ya nació —dijo él sonriendo y mirándome—, y la cuidarás tú.

—Pero... —Me puse un poco triste, siempre creí que ese bebé era Agostino, y que yo estaba aquí viviendo con él las cosas que no había podido vivir antes.

—No estés triste, la verás pronto. —Me consoló—. Ahora vamos a revivir el corazón, para ello debes ayudarme.

Angelito se levantó y me pasó la mano, me llevó hasta el corazón y me hizo sentar en frente. Era grande, estaba flácido, frío y muerto, estaba gris.

—Ahora piensa en todas las personas que amas junto con un recuerdo de cada una. Pon tu mano en el corazón y dilo en voz alta —indicó.

—Recuerdo a Nico y el amor que me tiene, recuerdo nuestro casamiento y lo feliz que fui ese día por unirme a él para toda la vida, ¡nos sentíamos invencibles! —El corazón se inflo y una parte de él empezó a teñirse de rojo sangre—. Sofía y ¡cuánto la amo!, recuerdo el día que la cargué por primera vez en brazos, sus primeras palabras y sus primeros besos para mí —mencioné dándome cuenta de que tenía muchos recuerdos hermosos con cada una de las personas que amaba, el corazón se tiñó un poco más de rojo—. Abi, que la amo aunque aún no la conozca, sus pataditas. —Imaginé a mi bebé que estaba por nacer—. Sol, es mi hermana, es mi amiga y recuerdo el día en que nos conocimos —mencioné recordando cuando toda la aventura de *El Estudio* comenzó y ella se volvió mi mejor amiga—. Guillermina, recuperar su amistad, recibir su perdón —continué recordando a Davide, a Tamara, a otros amigos, a mi mamá, a mi papá, a toda mi familia. El corazón se había pintado casi todo de rojo pero en el centro mismo quedaba una parte gris oscura y el corazón aun no latía.

—¿Por qué no se pinta esa parte? —preguntó—. Es de alguien a quien no estás nombrando, si no lo nombras el corazón no va a latir de nuevo. Se necesita de todas las personas que amas para que tu corazón funcione bien.

—Esa parte es de Agostino —dije muy segura—, pero no tengo recuerdos de él, más que las pataditas de la panza. —Esa parte del corazón que estaba gris se puso un rosa tenue—. Nunca estuve con él, nunca lo cargué ni lo abracé, jamás pude darle un beso ni decirle que lo amaba... —Una lágrima cayó de mis ojos.

Angelito caminó, me tomó de la mano y puso nuestras manos justo en esa zona gris del corazón mirándome a los ojos.

—¿Recuerdas cuando jugaste conmigo a los autitos? ¿O cuando me enseñaste a patear la pelota?. ¿Recuerdas cuando trajiste a papá contigo al sueño y él me enseñó a andar en bicicleta?. ¿Recuerdas cuando coloreamos las piedritas y las arrojamos al aire?, ¿o las veces que me dormí en tus brazos mientras nos cantabas a Abi y a mí?. Yo creo que tenemos muchos recuerdos juntos mami —dijo y el corazón empezó a teñirse de rojo, el niño sonreía enormemente y supe que su sonrisa me recordaba a todo, me recordaba a Nico, me recordaba a Sofy, me recordaba a mi...

—¡Agostino! —Caí al suelo de rodillas echa un mar de lágrimas.

—Mami... —dijo y corrió a abrazarme, el corazón comenzó a latir fuerte ahora.

—¡Te amo! —susurré mientras llenaba de besos su carita.

—Y yo a ti mamá —dijo mirándome con dulzura—. Ahora debes volver con papá y con mis hermanas, debes cuidarlas, debes ser feliz, debes pintar tu mundo de colores. Ya no llores más por mí, ya me pusiste mis alas y yo voy a volar y voy a ser feliz aquí, mientras les espero.

»Un día estaremos todos juntos. El tiempo aquí no es el mismo, pero tú debes vivir tu tiempo en la tierra y ya no sufrir por mi mamá... yo no puedo ser feliz si tú sigues llorando. Mis hermanas te necesitan, y papá también —dijo

abrazándome de nuevo.

—No quiero separarme de ti. —Me aferré a su cuerpecito acariciando las alitas que yo misma le había puesto.

—Estoy en tu corazón, allí en esa zona —dijo señalando el último lugar del corazón que se había pintado. Y estaré en cada arcoíris que veas, porque te recordará que siempre hay alegría después de la tristeza, y que siempre hay amor después del dolor mamá. Ahora debes volver, te están esperando allá.

Todo se puso blanco...

—¡La recuperamos! —escuché como una persona decía y el sonido de la máquina que marca los latidos del corazón empezó a escucharse.

Ya no estaba allí, con mi Angelito, con mi Agostino, ahora estaba acá, había vuelto... Mi cuerpo no reaccionaba, no podía despertar, pero estaba bien, me sentía bien, quería pintar mi vida de colores.

56. COLORES

Nicolás

—Miriana perdió mucha sangre, en un momento pensamos que se nos iba pero logramos detener la hemorragia. Se le han hecho transfusiones, pero es muy probable que necesite más, está bien ahora, está estable. La tendremos un rato más en observación y luego la traeremos.

—¿Ira a terapia intensiva? —pregunté sabiendo que ahí la vería poco.

—No, de alguna manera se está recuperando rápido y no creemos que haga falta. De todas formas la vigilarémos de cerca, esperamos que los sangrados que tenga ahora sean normales y no haya más complicaciones.

Fui a contarle todo a los amigos y familiares, lloramos todos juntos y cuarenta eternos minutos después vi que la traían. Tenía un color entre blanco, amarillo y verdoso en la piel, no sabría definirlo pero traía unas ojeras enormes. Estaba despierta, o algo por el estilo.

—Corrí a tomar su mano mientras los enfermeros la traían a la habitación, todos la miraban pasar por el pasillo que conducía a la pieza.

Apenas la acomodaron en la cama, una enfermera llegó con la bebé en brazos.

—Mami, tu bebé tiene mucha hambre, debes darle de mamar. —Colocó a la bebé en brazos de Miriana. Guillermina se puso a un lado de la cama y Sol al otro, los demás fueron acomodándose a los costados, nadie hablaba, ella se veía muy débil.

—¿Quieres que te ayude Miri? —preguntó Sol—.La bebé tiene hambre —dijo pero Miri estaba con los ojos como perdidos, de repente empezó a

rascarse, se rascaba la nariz, la cara, los brazos, el cuello con tanta fuerza que algunas zonas comenzaron a sangrar.

—No te hagas eso —pidió Guillermina sosteniendo su mano—, te vas a romper toda la piel.

—Me pica mucho —replicó Miriana y yo fui a preguntarle a la enfermera que sucedía, ella me contó que estaba teniendo una reacción alérgica y que ya le habían medicado.

Guillermina sujetó la mano de Miriana para que no se dañara la piel y empezó a rascarle con mucho cuidado las zonas que le picaban, era más bien una caricia. Miri seguía perdida, pero ahora miraba embobada a la niña en sus brazos. Sol desabrochó el bretel que tenía la bata de hospital que Miri traía y acomodó a la bebé para que quedara a la altura de su seno, yo le pasé la almohada especial de media luna que teníamos para eso y ella la colocó debajo del brazo de Miri, luego miró a su amiga que parecía tratar de embocar la boca de Abi sin mucho éxito mientras la beba empezaba a ponerse nerviosa, así que la ayudó a hacerlo.

Un rato después la pequeña se durmió y las chicas se separaron de ella.

—Los dejamos solos —dijo Sol y todos salieron de la habitación.

—Mi amor —susurré acercándome a ella y le besé en la frente.

—Fue lo peor que viví —expresó ella ahora más en sí misma—. Sé que es raro que el nacimiento de un hijo sea una experiencia tan mala, pero sufrí mucho, me sentía muy mal, hasta que todo se puso blanco. El bebé no era Agostino Nico, el bebé era Abi.

—¿En serio? —le pregunté yo.

—Si... el niño, Angelito, era Agostino —dijo y sonrió.

Yo lloré, lo recordé, recordé enseñarle a mantener el equilibrio en la bicicleta y Miri me contó todo el sueño logrando solo que llore aún más. Mis lágrimas eran de alegría, de sorpresa, de saber que todo estaba y estaría bien. Ella me lo contaba y sonreía.

—Lo abracé, le dije que lo amo y él me lo dijo a mí, le puse sus alitas, ahora puede volar —habló sonriendo.

Ella bajó su vista a la beba que dormía en sus brazos.

—Es igualita a mis sueños —sonrió y levantó la vista hacia mí—. Seremos felices, te amo —prometió

—Somos felices...

—Vamos a pintar toda nuestra vida con los colores que más nos gusten —dijo mientras daba un beso en la frente de Abi.

57. FELIZ

Miriana

Mi pequeña y hermosa Abigail ya tenía seis meses. Era una niña de tez blanca, enormes ojos verdes con largas pestañas, su sonrisa era gigante y cuando sonreía un hoyuelo se le marcaba a un lado de la cara, justo en el medio de su mejilla derecha. Tenía el pelo oscuro, casi negro, lo que le hacía los ojos aún más claros, sus piernas eran regordetas y sus bracitos también, pura leche materna, puro amor de mamá.

Hacía tres meses que habíamos vuelto a Italia, mandamos a construir una nueva habitación porque aunque Sofy quería dormir con Abi, eso probablemente no duraría mucho tiempo, ya cumplió los quince y pronto no querrá saber de una pequeña niña que toque sus cosas y desparrame sus juguetes en su espacio.

Ella me ayudaba mucho con la beba porque la cuidaba perfectamente. Nico terminó de grabar y se vino con nosotras. Se podría decir que estábamos más enamorados que nunca, aunque en realidad no sabía si eso era posible.

El post parto fue difícil, no porque me agarrara la típica depresión, porque más bien fue todo lo contrario, luego de pensar tanto en la muerte ya me tocaba vivir, disfrutar, saborear la vida y lo que menos tenía era depresión. Miraba a mi hija, mi milagro y recordaba mis sueños, a Agostino, veía su risa en la risa de Abi, ellos se conocían, él la había cuidado allá. Pero sí me costó reponerme físicamente, quedé muy debilitada y con anemia, no tenía ganas más que de dormir, si a eso le sumamos lo poco que se duerme en los primeros meses de vida de un bebé y el cansancio de toda madre, bueno... yo era lo más parecido a un zombi que se puede saber. También tenía mucho dolor por todo

lo complicado de la cirugía.

Pero ya estaba bien, física, mental y emocionalmente. Volviendo a Italia y empezando a trabajar de a poco, alguna que otra producción fotográfica, entrevistas y preparando la gira. Ya había empezado con los ensayos también. Jose se puso feliz de vernos y de conocer a Abi.

Aquella noche, llegué a casa de uno de esos ensayos justamente. Tenía una niñera que me cuidaba a la niña mientras ensayaba, la llevaba conmigo de manera que pudiera darle de mamar cuando lo requería, pero esta chica me ayudaba mucho.

Estaba sentada con los pies arriba del sofá descansando, Abi estaba dormida y Sofy en su habitación, era tarde. Nico llegó con un ramo de flores, se acercó a mí y me besó en la frente

—¿Cansada? —preguntó.

—Mucho —sonreí.

—Te traje esto —dijo dándome las flores.

—¿Por qué? —pregunté sintiéndome halagada por su hermoso gesto.

—¿Debe haber un motivo? —replicó sonriendo.

—No lo sé, solo preguntaba —me encogí de hombros.

—Porque pensaba en ti cuando pasé frente a la florería y se me ocurrió la buena idea traértelas —sonreí.

—¿Me llevas a la habitación?, no tengo ganas de caminar...

Él me alzó en brazos y me llevó a la pieza colocándome suavemente en la cama.

—¿Vas a dormir con esa ropa? —preguntó, tenía un jean y una remera con

lentejuelas.

—Allá —dije señalando un cajón—, trae el pijama lila y pónmelo.

—A sus órdenes —agregó él y lo alcanzó.

Empezó a sacarme la ropa y yo no me movía, pero el rozar de su piel me hacía estremecer. Se quedó a mis pies a punto de ponerme el pantalón de mi pijama cuando se detuvo y me miró a los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunté levantando mi cabeza para mirarlo.

—¿Estas muy cansada? —cuestionó él.

—Siempre estoy cansada —sonreí y dejé caer la cabeza en la almohada, entonces sentí que iba a ponerme el pantalón pero moví los pies para que no lo hiciera y levanté de nuevo mi cabeza—. Pero nunca estoy cansada para ti —le dije y estiré de la parte de arriba de su camisa para atraerlo hacia mí y comenzar a besarlo, después de todo había mucho tiempo que recuperar.

El cumpleaños de Sofy ya había pasado, pero no lo había podido festejar por todo lo del nacimiento y la mudanza, así que lo habíamos postergado. Además, ella quería festejarlo con sus amigos de Italia de una forma única, ya saben, en un cumpleaños de princesa cada uno puede elegir lo que desea. Quería ir a la playa e invitar a sus amigos. Así que Davide nos prestó su hermosa y lujosa casa en una playa muy bonita pero que quedaba bastante retirada de nuestra casa. Tuvimos que organizar una especie de excursión, saldríamos un jueves y nos quedaríamos hasta el domingo, si vamos a ir lejos debía ser al menos por un par de días. Se prendieron todos, Tammy y Davide por supuesto eran los dueños de casa, bueno Tammy no, pero era como si lo fuera, lo de ellos iba rápido y en serio, parece que querían recuperar todo el tiempo perdido. Por supuesto Sol y Benja con sus hijos estaban anotadísimos,

y Guillermina vendría también con su familia. Los amigos de Sofy estaban felices e irían a nuestro cargo.

Una vez que llegamos cada quien fue a su habitación y desempacamos. Los chicos enseguida corrieron a la playa. La casa era enorme y con todas las comodidades posibles, estaba prácticamente frente al mar y nosotros estábamos en una de esas habitaciones que tenían la mejor vista hacia la playa. Saqué una reposera al balcón y me senté a disfrutar la vista mientras amamantaba a mi pequeña. Nico se sentó a mi lado.

—Que hermoso lugar ¿verdad? —sonrió.

—Bellísimo —respondí—, estoy feliz de estar acá contigo.

—Me encanta que seas feliz, siempre estas feliz últimamente —dijo acariciando mi cabello

—¿Por qué no habría de estarlo?, estoy rodeada de mi familia, de mis amigos, tengo salud y todo lo que siempre quise... en especial te tengo a ti.

—Yo también estoy feliz de estar contigo y de que estemos bien.

—Te amo —le sonreí.

—Yo también te amo —me abrazó y besó con cariño mi frente.

58. RENOVANDO EL AMOR

Nicolás

Era de noche y era sábado, para el festejo de Sofy, habíamos hecho una pequeña fiesta en la casa, los chicos bailaban y cantaban en un quincho cercano a la piscina. Nosotros habíamos venido a la playa, estábamos todos sentados alrededor de una especie de fogata que habíamos intentado encender con los chicos, cosa que no fue tan fácil como en las películas.

Yo había ideado esto y esperaba que saliera como lo planeé. Las chicas aun no venían, estaban en el cuarto hablando mientras cambiaban a las bebas y las alimentaban para dormir. Luego se unirían a nosotros y como en los viejos tiempos cantaríamos y nos divertiríamos.

—Cuéntanos como fue. —Quiso saber Javier.

—Estábamos en una playa, fue en Cancún, hacia un año que salíamos y decidimos hacerlo público al fin. Yo compré una de esas caracolas grandes que se venden como artesanía, metí el anillo dentro y la escondí en un saco que llevaba esa noche. Íbamos caminando por la playa y ella iba juntando caracolas, de esas pequeñas que hay por todas partes, cuando se giró para agarrar una yo dejé caer la caracola al suelo, luego por supuesto ella la vio y los ojos se le iluminaron, pensaba que había tenido la suerte de encontrar una caracola gigante a la orilla de la playa, la recogió y me la mostró. Yo la tomé y le dije: *«pero hace un ruido, parece que tuviera algo adentro»*, y entonces la agité, ella se asustó no quería ver qué era lo que había porque pensaba que podía ser un bicho, pero yo le insistí que tratara de sacar lo que ahí había, y entonces sacó el anillo. Sus ojos se iluminaron, me miró y yo le dije: *«te amo,*

¿quieres ser mi esposa para toda la vida?», ella saltó y me abrazó, nos caímos a la arena y se quedó encima mío, me dio el «sí» y nos besamos.

—Bien, hasta ahí es suficiente —bromeó Davide—. El resto nos lo podemos imaginar.

Todos rieron. Vimos venir a las chicas. La fogata estaba al fin dando un poco de luz, cada quién se sentó alrededor al lado de su pareja.

—¡Que hermoso lugar! —sonrió Sol y luego miró a Davide—. Es mágico, de verdad que les agradezco que nos hayan invitado.

Davide tomó la guitarra y empezamos a cantar cualquier música, él cantó una en Italiano que enseguida Miriana continuó e hicieron un dúo genial. Después cantó Sol con Benja, y en un momento se me ocurrió tomar la guitarra para cantarle a Miriana canciones de la época en que nos conocimos, ella cantó conmigo y todo fue genial. Desde ese momento todos empezamos a cantar y a recordar canciones. Fue en realidad muy emocionante. Dejamos de cantar y empezamos a recordar anécdotas chistosas y no tan chistosas del pasado. Todos reíamos como locos.

Un rato después cada quien fue buscando un espacio para el rincón romántico con su pareja, ya saben, playa, arena, estrellas y noche son buena combinación para el amor. Benja y Sol se alejaron caminando hacia un lado, ya que sus niños bailaban con Sofy y sus amigos en el quincho. Davide y Tammy se despidieron y dijeron que iban a dormir, bueno, algo seguro que eso no era lo que iban a hacer, pero eso es lo que dijeron que harían. Guillermina y Javier se quedaron frente a la fogata. Y yo guie a Miriana para caminar un poco hacia el lado contrario al que habían ido Sol y Benja.

—¿Está bien que dejemos a los niños solos? —preguntó ella.

—No, no está bien porque ese Dante puede aprovecharse de mi hija —

dije y ella me sonrió—. No están solos Guillermina y Javier los mirarán un rato, las bebés están con tu mamá —sonreí, Chiara nos había acompañado para ayudar con el cuidado de Pacita y Abi—. Además, no vamos a tardar.

—¿Y a dónde vamos? —preguntó ella.

—A juntar caracolas.

—¿Eh? —Miró sorprendida.

—Sí, para que te hagas un collar —sonreí y ella no entendió, en esa playa no habían muchas caracolas pero yo había preparado un espacio en donde había colocado muchas pequeñas y una grande en el medio como la que le había dado aquel día.

—Acá no hay caracolas.

—Pero allá sí —señalé el lugar, ella corrió hasta allí y vio lo que había. Era un círculo con caracolas pequeñas y en el medio una grande al lado de una flor.

—¿Qué es esto? —preguntó e inmediatamente tomó en sus manos la caracola grande y la flor. Me miró sonriendo, hizo sonar el caracol y enseguida sacó lo que había adentro.

Era un anillo de oro blanco, ancho y con unos grabados que parecían entre corazones y símbolos de infinito, sonrió.

—La flor, es un crisantemo —expliqué—. Me dijeron que simbolizaba la eternidad, y la elegí en rojo porque significa «te quiero». En síntesis lo que quise decir es que te amo hasta la eternidad... El anillo tiene símbolos que significan lo mismo, te amo hasta el infinito. —Hice una pausa mientras ella miraba detalladamente el anillo y sus ojos empezaban a brillar de la emoción que contenía las lágrimas—. No puedo pedirte que te cases conmigo porque ya estamos casados —sonreí—, pero quiero que hagamos una renovación de

nuestros votos y que hagamos una fiesta, con nuestros amigos, con las personas que nos apoyaron en todos estos momentos difíciles, que festejemos la vida y nuestro amor.

Ella me abrazó y me llenó el rostro de besos, sus lágrimas empezaron a caer y yo la levanté en mis brazos y la hice girar.

—Te amo.

—Yo te amo más —agregó ella besándome.

Nos dejamos caer en la arena abrazados y contemplamos el mar en la oscuridad. Esa sensación de misterio y profundidad que se siente cuando uno está frente a la inmensidad del océano en la noche, esa brisa que acaricia el rostro nos envolvía.

—Podríamos hacer la fiesta el día que Abi cumpla un año, así festejamos nuestro amor, las dificultades que superamos, y celebramos la vida, su vida.

—Me parece simplemente genial.

59. ARCOÍRIS

Miriana

Todo estaba listo, la casa adornada con miles de globos de los colores del arcoíris. Todo eran arcoíris en mi casa ese día, los dulces y golosinas envueltos en papeles con colores del arco iris. La torta era un arcoíris. El vestido de Abi tenía los hermosos colores pasteles de un suave arcoíris.

La ceremonia de renovación de votos salió espectacular, fue muy emotiva y a la vez romántica. Ahora estábamos en la habitación con Guillermina y las chicas cambiando a las bebés. Esto se había vuelto una especie de tradición, entrar a cambiar a las bebés, alimentarlas y conversar.

—¡Esta todo tan hermoso! —exclamó Tammy—. Me encanta lo de los arcoíris, ¿es por aquello de tus sueños? —preguntó.

—Sí, pero también por la simbología misma del arcoíris —contesté.

—¿No volviste a soñar verdad? —preguntó Sol.

—No, él se despidió de mí en el último sueño, sabía que ya no lo vería... pero él esta acá ahora —sonreí y toqué mi corazón.

—El arcoíris era su regalo —sonrió Guillermina.

—¿Sabían que cuando uno tiene un bebé después de haber perdido a otro bebé antes, a ese bebé que llega después de la perdida se lo llama bebé arcoíris?

—No lo sabía —dijo Guillermina.

—Pues me enteré de casualidad el otro día, estábamos en una entrevista, en el intermedio de ella, y la conductora del programa me dijo que era hermosa mi bebé arcoíris, yo solo sonreí pero no entendí, me pareció curioso

y le pregunté por qué le decía así, ya que me parecía rara la coincidencia de que mencionara un arcoíris. Entonces me contó eso, me dijo que ella también había perdido un bebé y que ahora tenía un bebé arcoíris de tres años. No pudimos seguir hablando porque volvía el programa al aire, pero al terminar me dio esto.

Busqué en mi bolso la pequeña estampa y se la mostré a las chicas. Sol la leyó en voz alta.

—«Un bebé arcoíris es un niño que nace luego de la pérdida de un bebé anterior. Se llama así porque como el arcoíris, aparece luego de una tormenta. El nacimiento de un bebé arcoíris no implica el olvido de la pérdida anterior, no viene a suplantar a aquel bebé, no significa que aquella tormenta no haya sucedido. Sin embargo llega para llenar de esperanzas a la familia, a llenar de color la oscuridad, a traer sanación y amor».

—Qué bello y que significativo —comentó Guillermina.

—Sí, cuando lo leí me emocioné mucho —sonreí mientras volví a guardar la estampa en mi billetera. Yo no sabía eso, pero cuando me enteré pensé en aquel sueño y en como el bebé aparecía iluminado a un lado del arcoíris. Yo todo el tiempo pensé que ese era Agostino, pero en el último sueño supe que era Abi, mi bebé arcoíris por así decirlo.

»Y fue el mismo Agostino quien me llevó hasta ella en esos sueños, y quien dibujo para mí ese arcoíris, como mostrándome que era momento de regresar a la vida, me dijo que pintara mi mundo de colores, fue tan genial —sonreí y suspiré—. Por eso decidí hacer todo el cumpleaños con motivos de arcoíris. Estaba entre hacerlo de una princesa o de algo de moda, pero luego de esta entrevista lo supe y lo decidí así, porque de esta forma estoy celebrando su vida, y a la vez estoy recordando a Agostino, quien fue el que pintó el arcoíris para mí...

—¡Ay amiga que emoción! —exclamó Sol y me abrazó, Guillermina sonrió y Tammy en un movimiento instintivo llevó su mano a su panza

—¡Ehhh! —gritó Sol a quien nada se le escapaba—. ¿Hay algo que quieras decirnos Tamara?

Todas la rodeamos y a ella las mejillas se le pusieron coloradas.

—¡Ahora hablas! —sonrió Guillermina dándole una especie de orden entre dulce y mandona.

—Estoy de ocho semanas —dijo en un susurro y todas la abrazamos.

EPÍLOGO

Miriana

Hoy a tres años de todo aquello, sigo pintando mi vida con los colores que más me gusten, hay días muy coloridos y otros que no lo son tanto, pero siempre hay colores, siempre hay matices, nunca más dejaré que todo sea monocromático.

Sofía ya cumplió los dieciocho, es toda una mujer, hermosa por cierto, está estudiando música en el mismo lugar donde estudié yo, lo que me pone contenta y orgullosa, no pensé que querría seguir mis pasos, pero le gusta y tiene talento. Abi tiene tres, casi cuatro años, es increíble que tenga dos hijas con tanta diferencia de edad, a veces es divertido porque tengo quien me ayude a cuidarla, Sofía más que su hermana mayor es como una mamá para ella, pero por otro lado me da miedo volver a empezar de cero, ir de nuevo al primer grado, hacer tareas y estudiar... pero bueno, en cierta forma mantiene viva y alegre el alma.

Ella es la alegría de la casa, es divertida, espontánea y juguetona. Hace de Nico lo que quiere, lo maneja a su antojo, es una pequeña tirana. Sol y Benja siguen felices, sus hijos están grandes y ellos se dedican a viajar por el mundo, nunca están quietos, lo que me encanta, lo disfrutan mucho. Guillermina y Javier se casaron hace un par de años, ahora están tramitando una segunda adopción, esta vez es un niño y está todo listo, ya está por salir, nos preparamos para recibirlo. Tammy tuvo un niño también, se llama

Giovanni y es hermoso, una mezcla perfecta de los dos. Ellos también se casaron antes del nacimiento de su hijo y hoy viven juntos en Italia, así que estamos cerca y nos vemos muy a menudo. La acompañé muchísimo en su embarazo, ya que estaba sola en Italia, y una cuando es madre primeriza tiene muchos miedos.

Nico y yo estamos felices, como siempre... Discutimos a veces, como todas las parejas, porque según él yo soy muy mandona o según yo él es muy desordenado, o porque Sofía no llega a la hora que le dijimos y yo no le llamo la atención y él me dice que no la controlo, cosas como esas básicamente. Es un padre excesivamente celoso pero eso a mí me divierte mucho, aunque a Sofía no le hace mucha gracia. Se llevan siempre bien, pero a veces ella se enfada con él por lo pesado que se puede llegar a poner y entonces es cuando debo intervenir entre ambos.

Nuestro amor crece cada día más, sin importar los años ni las dificultades. Lo que más quiero es llegar a casa para recostarme y reposar en su pecho, que me acaricie la espalda... es mi mejor lugar en el mundo.

Nicolás

Tengo la mejor familia del mundo. Sofía se convirtió en una hermosa mujercita, o eso dice Miriana que yo tengo que ver, que ella ya es una mujer... Pero para mí es una niña, y aunque lo intente no la puedo ver como una mujer, no me la puedo imaginar como una...

El caso es que ella y yo seguimos llevándonos bien, aunque a veces ella no entiende mi preocupación extrema, que según ella y su madre son «celos» desmedidos, pero juro que no es eso, solo me preocupo, y no quiero que nadie la dañe. Es tan hermosa, tan parecida a Miriana... y ahora también canta.

Ese chico Dante es perseverante, no la deja ni a sol ni a sombra, creo que ya le estoy tomando cariño porque la cuida mucho, lo que está bien porque la cuida cuando no la puedo cuidar yo. El problema es quien la cuida de él... bueno, Miriana dice que estoy loco.

Mi pequeña Abi es la princesa de mi vida, cuando llego a casa, corre a abrazarme y ya no me suelta, con su vocecita dulce me hace hacer lo que ella quiere, debo jugar a las muñecas o dejar que me peine, a veces tengo que sentarme a tomar el té, me sirve agua en una pequeña taza de plástico una y otra vez. Es cansador, muy agotador, pero a ella no le cansa nada.

Estoy trabajando en una película ahora, hago el papel principal, así que paso grabando mucho tiempo, pero está bien porque Miri ahora no está de gira. Así que llego a casa y olvidamos todo, somos solo ella y yo...

Nuestro amor es fuerte y sólido, hemos pasado demasiadas cosas y solo lograron fortalecernos. Amo amarla, amo estar cerca de ella, nunca voy a cansarme de eso, y amo verla feliz, ser como antes, sus ojos brillan mostrando que su alma brinca dentro de ella, su sonrisa no se borra y siempre encuentra el lado positivo de las cosas. Mi vida está bien ahora, rodeada de amor de mi familia y mis amigos, hay dificultades siempre, pero nada que no se pueda enfrentar juntos...

Sofía

Estoy estudiando música, quiero ser como mamá, aunque sé que eso es difícil. Sigo saliendo con Dante, aunque nos separamos por casi un año, tiempo en que salimos con otra gente para darnos cuenta que nuestro amor es real y profundo.

Mis amigas siguen siendo mis amigas, pero ahora tengo algunas nuevas

que comparten también mis gustos por la música. En casa todo está bien, mamá superó todas sus tristezas y volvió a ser la persona que era, la persona que admiro. Papá, aunque es extremadamente celoso y posesivo conmigo, me ama y yo lo amo a él. Es mi amigo, mi compañero, mi aliado. Abi es la niña más dulce que conozco, la cuido y la quiero mucho, ella también a mí, me espera siempre para darme un abrazo cuando llego de la academia y sube conmigo a mi pieza, toca todas mis cosas, pero la dejo hacerlo, suelo cantarle y le gusta mucho, a veces por las noches elige dormir conmigo, cosa que me encanta porque me abraza y me da muchos besos.

Aprendí mucho de mis padres y sus amigos en estos tres años. De la tía Sol aprendí lo que es la amistad incondicional, que querer tanto a una amiga como si fuera de tu propia sangre, como si fuera tu hermana, es posible. De ella aprendí que esa lealtad y ese amor deben ser incondicional, que no debe pedir nada a cambio, porque uno no es amigo de la otra persona para que esa persona te devuelva lo que haces, de esa forma la amistad no prosperara y una siempre se sentirá insatisfecha. Ella ha sido la mejor amiga de mamá, jamás le ha pedido nada a cambio y ha dejado hasta su propia vida por ella, eso es increíble, es una de las mejores personas que conozco en esta vida y mamá tiene suerte de tenerla de amiga, no se encuentran esas amigas todo el tiempo...

Pero eso me lleva a la conclusión de que mamá tiene mucha suerte de todas formas, porque está rodeada de gente increíble. De la tía Guillermina aprendí muchísimas cosas, algunas más importantes que otras pero cosas al fin, por ejemplo, como es modelo, me ha enseñado cómo combinar las carteras con los vestidos, que clase de colores usar y todo lo relacionado con la moda, y eso no es broma, ella es hermosa y siempre está pendiente de todo eso, y a mí me parece genial, me ha enseñado a maquillarme y a peinarme, ha sido como una especie de mentora para mí en eso, porque mamá dice que no sabe por quién salí tan coqueta.

De todas formas la mayor lección de vida que me dio la tía Guillermina es el perdón, a veces pienso que si yo viviera lo que ella vivió y Dante me hiciera lo que papá le hizo a ella junto con una de mis amigas, por ejemplo Azzurra, no podría perdonárselo ni en mis veinte vidas siguientes. Sin embargo ella no solo los perdono, sino que los ama, estuvo ahí para ellos en los momentos más difíciles y les dio la mano, a cada uno, a los dos... Estuvo para papá y estuvo para mamá, ella me enseñó que el perdón te hace grande, que el perdón te hace fuerte y te libera, que te permite ser feliz más allá del dolor que hayas sufrido, ella me dijo que perdonar es cerrar una puerta para abrir una nueva, y el amor cura las heridas. Yo amo a mi tía Guillermina, me llevo de maravillas con ella, salimos de compras y hablamos de todo, ella en realidad sabe todo de mí, lo que me pasa, lo que siento, mis miedos... todo... no hay secretos para ella. Jamás me hubiera imaginado la primera vez que la vi que nos llegaríamos a convertir en esto. Suelo viajar a México y me quedo semanas en su casa, es tan divertido, a ella le regalan muchas cosas las tiendas de modas y ellas me las da a mí... bueno, eso y que podemos hablar de todo. Con ella no tengo vergüenza de nada.

Mi padrino el tío Davide y Tammy me enseñaron que en la vida siempre hay una persona destinada para nosotros, aunque pase el tiempo, aunque pasen las cosas... el amor es único y el tiempo o las distancias se acaban cuando nos encontramos con esa persona, aunque hayan pasado muchas cosas. Yo creo que Dante es esa persona para mí y espero que lo sea... y también espero que no necesitemos como ellos tantos años de estar separados para darnos cuenta de eso.

Mi familia me enseñó que no hay nada mejor que eso, la familia, que es nuestro refugio, nuestro sostén, nuestro respiro en la adversidad. Cuando se es adolescente uno quiere salir corriendo, se cansa de los plagueos de mamá, de las prohibiciones de papá, de los destrozos de tu hermanita menor... pero

cuando hay problemas, cuando el viento sopla fuerte, el único lugar al que quiero volver es a mi casa, recostarme en el regazo de mamá como cuando era pequeña y que ella me cante una canción, antes así todo se me curaba, hoy quizás no, pero me alivia de tal manera que cualquier mal se hace pequeño... También los abrazos de mi papá, sentirme protegida en sus brazos, cuando era pequeña y me abrazaba sentía que nada en el mundo me iba a pasar si yo estaba ahí, en sus brazos... hoy sé que no es así, y que aunque haya cosas que me hagan daño, sé que siempre podré refugiarme en su abrazo y en la protección de su amor... Y eso es mi familia... el lugar donde tomo mis fuerzas para seguir, donde están las personas que más confían en mí y que más me conocen, sé que aunque me equivoque, que aunque cometa mis errores y me caiga , siempre serán ellos los primeros en darme una mano y levantarme de nuevo, con su amor incondicional y su confianza.

De mis padres aprendí sobre todo a amar, aprendí del amor de ellos que existe el amor verdadero, ese amor grande, generoso, que da sin esperar recibir, ese amor sublime que se entrega todo por el todo. Mi padre me enseñó que hay hombres buenos, que valen la pena, que pueden amar y no se avergüenzan de ello, que pueden llorar porque también tienen sentimientos y sufren, que son capaces de dar hasta su vida por la mujer que aman... Y espero encontrar un hombre como él, o que Dante sea así como es él, que me ame de la forma en la que él ama a mi mamá, porque es simplemente fantástico, y me llena de orgullo poder ser partícipe de ese amor, poder vivirlo y sentirlo, como lo hice siempre, desde que nací y empecé a ver su amor en cada detalle que tenía con mamá, hoy puedo entenderlo todo y apreciar lo invencible de su amor por ella.

Mi mamá me enseñó que en la vida todos cometemos errores, que no porque seas hermosa, talentosa y perfecta, dejas de ser humana... Ella lo es todo para sus *fans*, ellos piensan que es algo así como una diosa invencible e

indestructible, pero ella fue todo lo contrario, cayó, tocó el fondo, se hundió y no fue capaz de ver nada de lo que todo el mundo veía en ella sintiéndose la peor cosa del planeta. Sin embargo salió adelante, se levantó, se sacudió y se convirtió en alguien mejor de lo que era antes, es una persona sabia, con quien se puede hablar, es capaz de entender cualquier situación sin juzgar, simplemente porque ella vivió mucho. El dolor que vivió le curtió la piel, el alma y el corazón y la hizo fuerte, la hizo feliz.

Mi mamá es una persona feliz, eso es lindo porque las personas felices hacen feliz a este mundo, ella trasmite alegría, siempre está sonriendo, por más que este cansada, por más que haya problemas. Si yo llego mal por algo, ella logra verle el lado positivo y hacerme sonreír. Mi madre me enseñó que todos somos humanos y podemos equivocarnos, una y mil veces, que la vida puede darnos golpes fuertes que nos costarán sobrepasar, pero que siempre podemos levantarnos y seguir, encontrar esa fuerza en nosotros mismos y salir adelante.

Mis padres y todo lo que vivieron me enseñaron que el único y el mejor remedio para todo es el amor, el amor de la familia, el amor de los hermanos, el amor de los amigos, el amor de tu pareja. Todos los tipos de amor se juntan para ayudarte a ser mejor persona y atravesar esta vida y sus dificultades. Ellos me enseñaron que por más heridas que tengas, por más dolores que sufras.... siempre será el amor, después del dolor...